



ELENA GARRALÓN

LAS MEDIAS  
NARANJAS  
**NO** EXISTEN



Click  
EDICIONES

# Índice

[Portadilla](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

**Elena Garralón**  
**Las medias naranjas**  
**no existen**

**Click**  
EDICIONES

# 1



Cuando Irene llega estoy un poco achispada. No me extraña, porque llevo sin probar apenas bocado todo el día y los nervios han hecho que me bebiera una pinta de cerveza casi de un trago. Ahora voy por la mitad de la segunda y, aunque me estoy obligando a tomarla a pequeños sorbos, siento que se me traba un poco la lengua cuando digo algo.

Irene, como siempre, se disculpa por llegar tarde —y no me refiero solo a que siempre se disculpe, que también, sino a que siempre llega tarde; es algo innato en ella— y se acerca a nosotras una por una para juntar nuestras mejillas dando perfumados besos al aire. Le hace una seña a Toni, el camarero, al que no le hace falta preguntar para saber que nuestra amiga comenzará tomando una pinta de cerveza negra. Bueno, lo de comenzar es un decir, ya que cuando llega al *pub* nos saca una ventaja de dos rondas por lo menos.

—¿Qué tal, guapas? —pregunta muy sonriente después de colgar su bolso en el perchero y acomodarse en el taburete cruzando hacia un lado sus largas piernas, enfundadas en unas medias de rejilla, con el evidente propósito de llamar la atención de los allí presentes.

Irene nunca pasa desapercibida, no solo porque es escandalosamente guapa, sino porque debería estar prohibido ser tan *sexy*. Domina ese arte a la perfección y no le cuesta nada. Creo que es tan innato en ella como su tendencia a llegar tarde. A veces se atreve

con conjuntos que en cualquier otra mujer resultarían la mar de ordinarios, en cambio en ella realzan cada uno de sus numerosos encantos. Estoy segura de que si no fuera amiga mía la odiaría a muerte.

Observo en silencio a Sara mientras responde con una sonrisita:

—Bien, sin novedad.

Las otras tres intercambiamos miradas divertidas. Sara suele ser muy prudente, callada y reservada... hasta que apura su primera —y única— copa de la noche. Entonces se le suelta la lengua y parece una persona completamente distinta. Por eso la llamamos *Sara Hyde*.

Antes de que Paola y yo tengamos la oportunidad de responder, Toni se acerca con la pinta que ha pedido Irene y la deja encima de la mesa.

—Gracias, bombón —dice ella mientras le guiña un ojo.

Todas conocemos a Toni desde hace un montón de tiempo, cuando decidimos reunirnos en el *pub* todos los jueves a las siete de la tarde. Todos los jueves, sin falta, excepto de vez en cuando Paola, por motivos de trabajo. Pero no es solo por eso por lo que Irene se toma tantas libertades: lo hace porque sabe que a los hombres no les importa que lo haga.

—Para bombón tú, morena —responde Toni mientras se aleja, y todas nos reímos por milésima vez de la misma broma de todos los jueves, ya que ella es rubia (natural, como se empeña en apuntar siempre) a más no poder. Irene suelta un suspiro mientras fija su mirada en el trasero del camarero. Luego hace un gesto con las manos como si amasara pan mientras se pasa la lengua por los labios con lascivia. Todas nos reímos.

Observo cómo da un largo trago a su *stout* y la imito, ansiosa por contarles lo que tengo en mente. Pero se me adelanta Paola, respondiendo a la pregunta que había hecho Irene.

—Uf, yo estoy esperando a ver si me llaman de alguna audición. Últimamente casi no me da para pagar el alquiler.

—Vaya —respondemos todas a la vez.

—Seguro que dentro de nada te sale algo —la anima Sara mientras le pone la mano sobre el brazo.

Yo asiento enérgicamente con la cabeza, no solo me muero

porque por fin me llegue el turno de hablar, sino que de verdad lo creo. La carrera de Paola suele tener estos altibajos, y al final siempre sale adelante. Es actriz, sobre todo en obras de teatro, por lo que no resulta muy conocida. Casi nunca le falta el trabajo, aunque suele tratarse de proyectos más bien pequeños, pero le permiten hacer lo que verdaderamente le gusta y vivir con dignidad. No nos preocupa cuando dice que casi no le da para el alquiler, porque todas sabemos que Paola es como una ardilla haciendo acopio de víveres para el invierno. Bueno, si es que las ardillas hacen tal cosa. Debe de tener ahorrado más dinero del que yo he ganado en mi vida.

—Gracias —responde Paola con una sonrisa, y se aparta de la cara la melena negra rizadísima para beber un sorbo de agua. Paola es la única de nosotras que no bebe alcohol ni consume comida basura ni se fuma de vez en cuando un cigarro. Para ella, su cuerpo es un templo y lo cuida y mimas con gran dedicación. Va al gimnasio tres veces a la semana, más de lo que he ido yo en toda mi vida, y come como los caballos: barritas de apio, zanahorias, muchas verduras, muchas frutas... Es tan guapa como Irene, pero no llama la atención como ella. Paola presume de una belleza limpia, inocente, que suele pasar desapercibida. Desapercibida hasta que a ella le da la gana, claro, porque en lo que a hombres se refiere, donde pone el ojo pone la bala, y raro es el espécimen que se le resiste.

—Bueno, ¿y tú, Cris?

Contenta porque por fin voy a poder explayarme con mi historia, doy otro sorbo generoso de cerveza, pongo los brazos sobre la mesa, gesto que siempre usamos cuando vamos a contar una historia jugosa, e inmediatamente mis tres amigas se acercan, estrechando el círculo formado entre nosotras. Como para acompañar a mi historia, de pronto comienza a sonar la canción principal de la banda sonora de *Rocky* y todas nos reímos.

Estoy ya abriendo la boca, aunque sin saber por dónde empezar, cuando Paola me interrumpe juntando las palmas de las manos e implorando perdón.

—¡Espera, espera, por favor, no empieces sin mí, necesito ir con urgencia al baño!

Sonrío y echo un vistazo a mi vaso casi vacío.

—Tres minutos —le concedo de broma—. Mientras tanto voy a por otra pinta.

—¿Otra? —se extraña Sara.

Tiene razón; normalmente no bebo tan rápido. A estas horas suelo estar empezando la segunda.

—Hoy sí —digo, y me alejo con el vaso en la mano, en dirección a la barra.

El *pub* está comenzando a llenarse. Nosotras nos citamos a las siete porque podemos escoger la mesa que nos da la gana, que irónicamente suele ser la que menos prefiere la gente. Aun así, nunca nos hemos planteado quedar a una hora más tardía.

Cuando llego a la barra me planto allí delante, esperando a que Toni me atienda. Aunque hay un par de chicos al otro lado que, obviamente, llevan esperando más tiempo que yo, Toni me divisa y se acerca a mí con una gran sonrisa.

—¿Otra pinta para la más guapa del *pub*?

Pongo los ojos en blanco, aunque siempre estoy encantada de escuchar sus piropos. No es algo que me pase todos los días y, sinceramente, a punto de cumplir los treinta, cuando en cualquier momento entraré en una crisis de angustia mientras me pregunto por qué no soy menos vaga y voy al gimnasio como Paola para evitar los desagradables efectos que la gravedad está comenzando a ejercer sobre ciertas partes de mi cuerpo, se agradecen palabras como las de Toni.

—Vas a echar a perder el negocio —le digo de broma mientras señalo discretamente con la cabeza al par de chicos que aún están esperando a que les tome el pedido.

Él se encoge de hombros y se apoya en la barra con los brazos abiertos.

—Mientras tú sigas viniendo por aquí, como si se cae a trozos el cielo.

Creo que me he puesto un poco colorada, más por lo cursi del piropo que por otra cosa, y no se me ocurre ninguna respuesta chistosa, así que, tras dejar mi vaso sobre la barra, digo sin más:

—Una *stout*, por favor.

—¿Te pasas al lado oscuro? —me pregunta mientras me guiña un

ojo, señalando en dirección a Irene. No obstante, coloca una jarra bajo el grifo de la cerveza que le he pedido y comienza a tirarla.

—Yo puedo ser tan mala como ella —respondo, un poco coqueta. Siempre me ha dado la impresión de que a Toni no le cae muy bien Irene. Bromea con ella como con el resto y se muestra educado y profesional, pero no le sigue el rollo como hacen el resto de tíos. Cuando ella le suelta alguna de las suyas, él corresponde de la forma más suave posible, casi como si fuera un reflejo. «El reflejo del camarero», lo llamo yo, porque en cualquier *pub* que se precie, ningún camarero rechaza tajantemente el coqueteo descarado de una clienta; eso hace que bajen las ventas. Una vez Irene y yo entramos en un debate muy profundo sobre si aquello podía considerarse una forma de prostitución o no, pero fue un sábado después de unas cuantas copas y no recuerdo si llegamos a alguna conclusión. De todas formas, en el caso de Irene, puedo asegurar que un noventa por ciento de las veces el coqueteo con el que le corresponden los camareros, o cualquier otro hombre heterosexual, no es precisamente fingido. Pero bueno, a lo que iba. La atención que me presta Toni me sabe doblemente bien porque no se la presta también a Irene, y conseguir la atención de un hombre que no se haya fijado antes en ella es algo digno de publicarse en el *Libro Guinness de los récords*.

Ensimismada, no me he dado cuenta de que Toni se ha apoyado en la barra y se ha acercado mucho a mí, tanto que su cara está casi pegada a la mía, y puedo sentir su aliento en mis labios cuando dice:

—Espero que no. A mí me gustan las buenas.

Tardo un momento en darme cuenta de que está respondiendo a mi comentario de antes. Su aliento huele a fresa y a tabaco y estoy a punto de cogerle por la nuca y besarlo, pero me detengo a tiempo. «Quieta, Cris», me digo, «es la cerveza la que habla por ti». Eso me recuerda que mi estómago está prácticamente vacío y, tras separarme con torpeza de él y poner cara de súplica, le pido:

—¿Puedes ponerme también unos frutos secos o algo, porfa?

—Yo te lo llevo —asiente mientras abre de nuevo el grifo sobre la jarra que está llenando para mí—. Tiene que reposar.

—Vale. Genial.

Me siento un poco torpe. Quiero alejarme contoneando las

caderas, como hace Irene subida en sus tacones de vete a saber cuántos centímetros, pero tengo suficiente con no tropezar conmigo misma hasta que llego a nuestra mesa y me siento en el taburete, aliviada, ignorando la expresión burlona del rostro de Irene. Por inercia, voy a coger mi vaso antes de acordarme de que ahora mismo no lo tengo y me quedo con la mano a medio camino, sin saber qué hacer con ella. Oigo la risita burlona de mi amiga, seguida de un bufido.

—¡Tía! —exclama en voz muy alta y, tras darse cuenta de que ha llamado la atención de las personas que hay sentadas en un par de mesas cercanas a la nuestra, dice más bajito—: ¿Cuándo te lo vas a tirar, a ver?

—¡Chsssss, calla! —digo enfatizando mi respuesta con un gesto de la mano. Tras comprobar con una rápida mirada que Toni no la ha oído, susurro—: Ya sabes que ni siquiera me gusta, Ire.

Ella pone los ojos en blanco y después cruza su mirada con la de Sara, que, como todavía no ha terminado su copa, se muestra tan discreta como siempre que está sobria y no dice ni mu.

—¡Anda ya! —insiste—. ¿A qué tía en su sano juicio no le iba a gustar un tiarrón así? —Lo mira descaradamente, con la barbilla apoyada en la mano y prácticamente relamiéndose—. A mí se me ocurren un par de cosas que me gustaría hacerle, qué quieres que te diga, Cris. Si no te vas a lanzar, al final lo haré yo.

Creo que eso es precisamente lo que más le atrae de Toni: que él no muestra ningún interés en ella. Si fuera una simple mortal, como el resto, estaría acostumbrada y no se volvería automáticamente un objetivo-prioritario-en-la-vida, pero Irene lleva muy mal eso de que la ignoren. La mejor manera de conseguir que se fije en un hombre es, precisamente, que él no se haya fijado en ella. Sonríó ante lo irónica que es la vida.

—Que no me gusta —repito—. De hecho, me alegra que saques ese tema, porque de eso quería hablaros precisamente.

Sara me mira con curiosidad y una ligera sonrisa en los labios. Irene, por su parte, abre los ojos tanto que me da miedo que se le salgan de las órbitas y me den en la cara.

—¡No me digas que por fin has echado un polvo, nena! —

exclama, y de nuevo llama la atención de algunas personas, que nos miran con curiosidad.

—¡Más bajo! —siseo.

—¡Venga, cuenta, suelta por esa boquita que a saber dónde has colocado últimamente!

Sara y yo nos miramos, poniendo los ojos en blanco. Nuestra amiga tiene una lengua que todas las madres del mundo estarían deseando lavar con estropajo.

—Espera a que venga Paola... Que, por cierto, mucho tarda en el baño, ¿no?

En ese momento Toni nos interrumpe mientras coloca delante de mí la cerveza y los frutos secos que he pedido. Cuando le doy las gracias, hace aparecer como de la nada otro pequeño cuenco lleno de gominolas verdes, mis favoritas, lo que me provoca una gran sonrisa.

—¡Gracias, Toni, eres un cielo! —le digo con sinceridad.

Él acepta el cumplido con otra gran sonrisa y una ligera inclinación de cabeza, me guiña un ojo y se aleja. Las tres atacamos enseguida el cuenco de frutos secos, hambrientas. Mientras mastica, Irene pone gesto pensativo y mira fijamente por detrás de mí.

—A las doce —dice con voz misteriosa, y luego añade—. Bueno, a las doce de Cris.

—Serán las seis.

—Las doce.

—A mis doce no hay nada —insisto mirando de frente, donde precisamente está sentada ella.

—¿A mis tres? —pregunta Sara volviendo los ojos hacia su derecha, al mismo punto donde estoy mirando yo.

—Ahí no hay nada, ¿verdad? —pregunto fingiendo inocencia y tragándome la risa.

—A la mierda —dice Irene—. Detrás de ti.

Me giro con discreción para observar a un par de chicos que charlan animadamente en la mesa de detrás. Ambos llevan camisetas ajustadas, pantalones pitillo y sendos pares de Vans, un poco ajadas ya.

—¿Qué pensáis? —inquire Irene antes de darle pequeños mordisquitos al cacahuete que sostiene entre sus dedos.

Sara y yo meneamos la cabeza.

—Ni de coña —decimos a la vez.

—¿Estáis seguras? ¿Habéis visto qué ropa tan ajustada llevan?

—Ya sabes que eso no quiere decir nada —dice Sara—. Ricardo viste así y no tiene nada de gay.

Irene lleva años intentando hacerse amiga de un chico homosexual porque dice que es algo muy muy *cool* y que todas las mujeres deberían tener uno en sus vidas. Al principio nos pareció muy divertido y alimentamos su ilusión; incluso en varias ocasiones hicimos de «casamenteras». Pero después de unos cuantos meses nuestra amiga no había encontrado a su alma gemela gay. Pasaron los años y todas, excepto ella, nos dimos cuenta de que ya no era tan *cool* tener un amigo gay. Intentamos quitárselo de la cabeza diciéndole que, ahora que todo el mundo lo tiene, lo verdaderamente guay es no tenerlo, algo parecido a lo que ocurre con los tatuajes o los *piercings*, pero no hay manera. Irene es tan cabezota que sería capaz de flotar solo por negar la ley de la gravedad si se lo propusiera. Así que cada vez que va a un sitio conecta su *radar gay*, localiza a su víctima, nos pregunta nuestra opinión, después la ignora y, por último, se lanza a la conquista del que, con toda seguridad, piensa que va a ser su «mejor amigo gay». El problema es que el *radar gay* de Irene no funciona y siempre termina enrollándose con el chico-no-gay de turno, y después se pasa unos cuantos días quejándose de su maldita mala suerte... ¡Maldita mala suerte que muchas quisiéramos! A veces nos hemos planteado si de verdad su *radar gay* es defectuoso o si, simplemente, Irene va convirtiendo a los homosexuales en hetero. Si hubiera una mujer en el mundo capaz de tal proeza, esa sería nuestra amiga.

Irene se está encogiendo de hombros, supongo que sopesando si merece la pena abordar a los dos chicos, cuando por fin llega Paola y de un pequeño y elegante brinco toma asiento en el taburete.

—Siento haber tardado. Es que me han llamado de la agencia mientras estaba en el baño —se disculpa mientras señala su móvil.

—¿Buenas noticias? —pregunta Sara, esperanzada, y todas sabemos que nos lo ha quitado de la boca a Ire y a mí.

—¡Ya lo creo! Tengo una audición para una película que parece

bastante interesante.

—¡Enhorabuena! —exclamamos las tres a la vez, e inmediatamente todas levantamos nuestras copas y brindamos.

—Es como si llevaras la mierda pegada a la suela —afirma Irene con orgullo. Es su forma de decir que Paola tiene bastante suerte. Y es cierto, porque dentro de lo difícil que es hacerse un hueco en ese mundo, no le está saliendo nada mal. Vale, nada apunta a que vaya a ser la próxima Julia Roberts, pero le va bastante bien.

—Gracias, chicas —responde ella enroscando uno de sus rizos en el dedo—. ¡Bueno! —añade dirigiéndose a mí—, tú estabas a punto de contarnos algo.

—¡Eso, eso! —se entusiasma Irene, que empieza a dar palmaditas—. Creo que un maromo la puso mirando a Cuenca.

—Qué bestia eres —le recrimina en broma Sara, porque sabe que no hay nada que hacer: por mucho que le pese, Irene siempre seguirá hablando así.

—Las cosas por su nombre —responde la aludida mientras se mete un puñado de kikos en la boca.

—Bueno, cuéntanos —me pide Sara.

Bebo un trago de la *stout*, que me sabe demasiado amarga después de las gominolas, y respiro hondo. Ya es la hora. Aquí va, pues, la historia.

—El viernes tuvimos una fiesta de despedida de un compañero de la oficina, que se marcha a trabajar fuera. Cenamos por ahí y después fuimos a tomar unas copas. El caso es que al principio el grupo era bastante numeroso, pero según fue avanzando la noche parecía que íbamos perdiendo gente por el camino y de pronto me encontré sola con los jefes, un grupo de cuatro: los tres de arriba y yo.

—¡Joder, no me digas que te tiraste a un jefazo! —exclama Irene con cara de susto.

—Pero deja que lo cuente —protesta Paola.

—Ay, sí, perdón, perdón. —Y me hace un gesto con la mano para que prosiga.

Trabajo como secretaria de dirección en una gran consultoría, así que estoy acostumbrada a codearme con las esferas superiores, pero no fuera de la oficina. Por eso me pareció una situación incómoda.

—En cuanto terminé mi copa me excusé para ir al baño, con la esperanza de desaparecer sin levantar sospechas, como había hecho el resto de la gente. El bar estaba hasta arriba y no era capaz de encontrar la salida, así que deambulé por el local, un poco borracha, durante lo que me parecieron horas.

—Como si estuvieras en el Ikea —dice Irene, lo que hace que las cuatro soltemos una carcajada.

—Algo así, sí. Me daba corte preguntar dónde estaba la salida, pero me daba más vergüenza aún encontrarme con alguno de mis jefes y que insinuaran que no había sido capaz de localizar el baño. Pero lo peor era tener que volver a la barra con el rabo entre las piernas...

—Vale, hay un rabo en la historia, ya nos vamos acercando a la parte interesante.

Fulmino a Irene con la mirada y se disculpa poniéndome ojitos.

—...Y tener que compartir otra copa con ellos, sintiéndome estúpida porque nunca sé exactamente de qué hablan cuando hablan entre sí. Total, que allí estoy, a punto de volverme loca, con la música atronando en mis oídos, la gente empujándome porque allí todo el mundo se empeñaba en bailar con el puño en alto, como si hubiéramos ido a dar con la discoteca de los jovencitos en vez de con un bar de adultos, cuando de repente me doy la vuelta y me topo con un muro. Me hago un daño terrible en la nariz y suelto cuatro exabruptos del estilo de los que siempre está soltando Ire y, cuando levanto la vista para ver quién ha sido el burro, me encuentro cara a cara —bueno, cara a pecho— con el chico más atractivo del curro.

Mis tres amigas me miran expectantes, con las cejas arqueadas, y doy otro trago porque se me ha secado la boca. Después prosigo:

—Al vernos empezamos a reírnos sin parar, como si fuera la cosa más graciosa del mundo, supongo que porque los dos estábamos borrachos.

»—¡Cris! —dijo mientras me sujetaba por los codos—. ¿A qué viene ese atropello?

»Como lo dijo con sorna, le respondí en el mismo tono:

»—¡Si has sido tú! Yo estaba ahí, tan tranquila, a mi bola, y llegaste tú.

»Nos reímos tontamente unos segundos y después, al ver que me llevaba la mano a la nariz, me preguntó, preocupado:

»—¿Te he hecho daño?

»—Un poco —confesé encogiéndome de hombros—. Pero no importa.

»—Déjame echar un vistazo —me dijo.

»Yo iba a protestar y a decirle que no era necesario, pero se inclinó sobre mí y me puso las manos sobre las mejillas, con tanta delicadeza que parecía increíble que lo hiciera con aquellas manos tan grandes, y acercó muchísimo su cara a la mía, de forma que tenía sus labios a tan solo un par de centímetros de los míos.

»—Yo creo que se te está hinchando —dijo.

»Y a pesar de que le respondí que no creía, porque no me dolía nada, se pegó aún más a mí, de forma que mis tetas quedaron totalmente aplastadas contra su abdomen.

Irene comienza a abanicarse con una servilleta mientras con los labios silabea: «¡Qué calentón!», y yo le saco la lengua.

—Total, que ahí estamos, pegados el uno al otro, y, cuando intento separarme, alguien que pasa por detrás de mí me empuja y él tiene que sostenerme para que no me caiga, con tan mala, o buena, suerte que en vez de agarrarme del codo me agarra de la cintura.

—¡Ja! —exclama Irene sin poder contenerse—. ¡El viejo truco!

—Entonces le digo que me siento un poco mareada y me propone salir a tomar el aire.

—¡Zorrón!

—¡Ssssst, calla, deja de interrumpir! —protesta Paola, que parece muy interesada en la historia.

—Me dirige a la salida sin soltarme la cintura (por cierto, la puerta estaba a escasos pasos de donde yo me encontraba), y al salir me suelta y deja que tome el aire. Tras unos minutos, se acerca a mí y me pregunta:

»—¿Te encuentras mejor?

»Para entonces ya estoy segura de que quiero acostarme con él, así que decido sacar mis mejores armas.

—¡Las tetas! —se ríe Irene.

—La izquierda, al menos —le hace coro Paola.

—Cabronas —siseo sin rastro de rencor en la voz. Todas saben que tengo un cierto complejo con mis pechos, porque el izquierdo es sensiblemente más grande que el derecho. Con el tiempo he aprendido a reírme de ello, y mis amigas también, pero durante un tiempo tuve un tremendo complejo.

»Le digo, con la voz más inocente que puedo fingir:

»—Aún estoy un poco mareada, no sé si llegaré sola hasta casa...

—¡La baza de lolita! —corean las tres, e Irene forma un círculo con sus dedos índice y pulgar.

»—Te acompaño, no te preocupes —me dice y me toma de la mano.

»Yo se la aprieto y me voy pegando más a él mientras camino a su lado, de forma que mi cadera le golpea ligeramente a cada paso. Él pilla la indirecta y me acaricia el dorso de la mano con el pulgar; yo le clavo ligeramente las uñas y empezamos a caminar más rápido. Entonces, de repente, tira de mí con brusquedad y me doy cuenta de que me dirige hacia un callejón oscuro. No me resisto, porque hasta mi piso todavía queda más de media hora y no quiero esperar más... Y hasta ahí puedo contar.

—¿Quééééééé? —protesta Irene—. ¡Te has dejado lo mejor!

Yo me río y pongo expresión inocente.

—Una mujer decente no va explicando por ahí sus amoríos.

—Joder, ¡siempre me haces lo mismo!

—Es que no aprendes, Ire.

—Bueno, al menos dinos qué tal fue... ¿Fuegos artificiales o un petardillo para olvidar?

Cojo un par de cacahuets y me los meto en la boca, para darle un poco de tensión al asunto. Después, afirmo con rotundidad:

—Fuegos artificiales de la mejor calidad.

—¡Síííííí! ¡Esa es mi Cris! ¡Ya era hora de que echaras un polvo, coño!

Miro alrededor para ver si alguien la ha oído, pero el *pub* ya está muy lleno y, entre la música y el alto volumen de las conversaciones, estoy convencida de que nadie ha escuchado nada.

—Eso es casi una serendipia —dice Paola, e Irene y yo automáticamente miramos a Sara para que nos lo traduzca. Paola es

así, aprende palabras raras y luego las suelta cuando le parece. Sara, en cambio, es como si se supiera todas las del diccionario, pero las raras no las utiliza en conversaciones mundanas. Como hace la gente normal, vaya. Sara explica:

—Un hallazgo fortuito.

—Y menudo hallazgo —sonríe socarronamente Irene.

Noto cómo me ruborizo cuando rememoro aquel encuentro en el callejón. Hacía bastante que no me acostaba con ningún chico, y tengo que decir que me dejó con ganas de repetir. Si no fuera porque... En el momento no lo pensé, ni tan siquiera caí en la cuenta, pero es algo que no debe volver a repetirse.

—¿Y has vuelto a verlo? ¿Coincidís mucho en la oficina? —pregunta Paola.

—No mucho —respondo a la segunda pregunta—. Trabajamos en plantas distintas.

—¿Y quieres volver a verlo? —insiste ella echándose de nuevo la melena hacia atrás.

Me muerdo el labio, pensativa. La respuesta no es tan fácil.

—Como querer, querría... Quiero decir, repetiría la experiencia.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —quiere saber Sara.

Me encojo de hombros, le doy otro trago a la cerveza y digo:

—Nada.

—¡¿Cómo que nada?! —se escandaliza Irene—. ¿Por qué?

Me muerdo otra vez el labio, esta vez nerviosa. No sé qué me van a decir, estoy segura de que me caerá una buena bronca, y tengo que admitir que muy merecida. Por un segundo, me planteo obviar esa parte de la historia, pero, llegados a este punto, decido que no puedo mentir.

—Eso, eso, ¿por qué? —pregunta Sara.

Entrelazo los dedos y digo con seriedad:

—Porque está casado.

Las chicas tardan unos instantes en reaccionar. La primera en hacerlo es Paola, que carraspea y dice con timidez:

—Vaya.

Cojo otra gominola, me la meto en la boca y mastico lentamente mientras asiento con la cabeza.

—Ya —digo finalmente—, es un palo.

—Sobre todo para su mujer —suelta Irene, que al instante extiende las palmas de las manos, como disculpándose.

—Madre mía —interviene Sara—. ¿Y qué piensas hacer ahora?

Me encojo de hombros.

—¿Qué quieres que haga? Pues nada.

—Los tíos son unos cerdos —sentencia Irene arrastrando un poco la lengua. Ya se ha terminado su pinta y busca con la mirada a Toni para pedirle otra.

—Bueno, Cris tampoco lo ha hecho muy bien —opina Paola y, después, mirándome directamente, añade—: A ver, sabes que te quiero muchísimo, pero al César lo que es del César.

Afirmo con la cabeza con más efusividad de la que pretendía.

—Ya, ya, si estoy de acuerdo contigo. No lo pensé en el momento. No es que no supiera que está casado. Lo sabía. Pero en el momento... se me olvidó.

Observo cómo Irene consigue finalmente llamar la atención de Toni y le señala su vaso vacío. Él levanta el pulgar y ella vuelve a la conversación.

—Pues a mí me parece que una canita al aire no hace daño a nadie. Que te quiten lo *bailao*, reina.

Sonrío con pesar, en parte porque en realidad no me siento tan mal como debería. ¿Me convierte eso en mala persona? Para empezar, el que debe fidelidad a su esposa es él, no yo, ¿no es cierto? Irene me quita las palabras de la boca y las pronuncia en voz alta. Sara protesta.

—Pero si las mujeres nos hacemos esto entre nosotras..., ¿qué no harán ellos *contra* nosotras?

Percibo un ligero tufo a debate feminista que no me apetece nada tener en este momento, así que intento cortar la conversación concluyendo:

—No se volverá a repetir.

En ese momento aparece Toni con la pinta para Irene y la deja sobre la mesa mientras me dirige una miradita que no me pasa desapercibida. Irene, contra todo pronóstico, no le hace ningún comentario salido de tono, creo que porque no tiene ganas de

terminar la conversación. Después de pegarle un buen trago a la pinta, afirma muy seria:

—Sara, parece que vives en la época de tu abuela, hija. Hoy en día las relaciones son distintas. Tal vez ese tío..., ehhhh, ¿cómo se llama?

—Mateo —respondo yo.

—Bueno, pues a lo mejor Mateo y su mujer tienen un matrimonio abierto, quién sabe.

—Pues no se me había ocurrido —intervengo, y añado—: De todas formas, si la ha engañado será por algo.

—Sí, ¡ahora será culpa de ella! —ironiza, escandalizada, Sara.

Me apresuro a corregirme.

—No, no, para nada. Jolín, Sara, parece mentira que pienses que yo diría algo así. Me refería a que tal vez se les ha acabado el amor, o la pasión, no sé.

Cruza una mirada con Paola, que baja la vista un poco avergonzada cuando la miro a ella.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —exijo saber—. ¿A qué ha venido eso?

Las dos se encogen de hombros y guardan silencio.

—Es solo que... —comienza Paola, y parece estar buscando las palabras cuando Irene la interrumpe.

—¡Es solo que ese rollo tuyo de que el amor no es eterno no les va!

Las miro con las cejas enarcadas. Vale. Tiene sentido.

—Bueno, pero ya hemos hablado muchas veces de eso. No pasa nada porque cada una pensemos una cosa distinta.

De nuevo guardan silencio y cruzan miraditas. Esto comienza a exasperarme.

—¿Y ahora qué?

Creo que voy a empezar a tirarles cacahuetes a la cabeza si no se explican en este preciso momento.

—Sara y yo creemos que piensas así por culpa de Roberto.

Creo que me he quedado con la boca abierta. ¿A qué viene ahora la historia de Roberto? Ocurrió hace millones de años. Sacudo la cabeza, ofendida.

—De eso nada.

—¿Seguro? Porque cuando teníamos quince años las dos

soñábamos con encontrar a nuestro príncipe azul...

—¡Joder, Paola! —espeta Irene con brusquedad—. Tú lo has dicho, hace quince años de eso. Para entonces Cris no sabía ni que iba a tener una teta más grande que la otra, ¿cómo coño iba a saber si quería tener un hombre para toda la vida?

La fulmino con la mirada, pero le agradezco el apoyo.

—Eso digo yo —afirmo muy segura de lo que digo—. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Simplemente he madurado, he... tomado decisiones, he cambiado principios.

—A mí me parece que en el fondo quieres enamorarte de alguien y estar a su lado toda la vida —dice Sara con voz melosa.

Toda la vida. ¿Quién sabe si querrá estar con otra persona durante toda la vida? ¿Quién puede conocer el futuro, los deseos que tendrá en unos años, si sus prioridades cambiarán, si todo será exactamente como es hoy? Creo que prometerse amor eterno es tan falso como el oro de la gargantilla que le está dejando el cuello negro a Irene. Se me ocurre que podría advertírselo, pero no lo hago.

—Pero ¿quién puede saber si quiere estar con otra persona durante toda la vida?

—Pues yo sé que voy a querer a Ricardo para siempre, sé que es mi media naranja —dice Sara, soñadora.

No se lo rebato. Creo que Sara es la excepción que confirma mi regla sobre que las «medias naranjas» no existen. ¿A quién se le ocurrió que para cada uno de nosotros hay una mitad, y solo una, que nos complementa a la perfección y que está en nuestro destino encontrarla? Creo que más bien nos esforzamos —o nos forzamos— tanto para encontrarla que terminamos convirtiéndonos en personas frustradas.

Pero el caso de Sara es distinto. Lleva con Ricardo desde los catorce años y, en los diez que hace que la conozco, siempre ha estado tan enamorada de él como él de ella. Su relación tiene sus problemillas, como todas, pero es, de lejos, la más sólida y verdadera que he visto hasta la fecha.

Evidentemente, también yo pensé que Roberto era mi media naranja. Tenía dieciséis años, por entonces cada chico que conocía era mi media naranja, mi príncipe azul, mi hombre soñado. Estuvimos

saliendo durante años y, entonces, a los pocos días de cumplir los veinte, él de repente cambió de parecer y decidió que no quería seguir saliendo conmigo. Por supuesto, en su momento me costó un disgusto de los gordos que tardó en pasármelo unos cuantos meses. Paola estuvo todo el tiempo a mi lado apoyándome y recogiendo los pedacitos del corazón que Roberto había hecho añicos. Pero después lo entendí. Y no solo lo entendí, sino que lo compartí: desde pequeños, y en el caso de las mujeres resulta más acusado, nos educan sobre la base de que uno de los principales objetivos en la vida es encontrar una pareja que sea para siempre y formar una familia. Así que nuestro cerebro se acostumbra a pensar que, cada vez que nos enamoramos, será la definitiva, en vez de conformarse con vivir la experiencia y ver a dónde nos lleva, sin necesidad de buscarle un «eternamente» a todo. Es como si nos sintiéramos tan inseguros y le tuviéramos tanto pavor a la soledad que necesitaríamos la reafirmación constante de que alguien va a estar con nosotros hasta el fin de nuestros días, lo cual, si se piensa con detenimiento, nadie puede saber.

Así que Roberto simplemente había decidido que ya no quería estar conmigo. En el momento en el que lo vi tan coherente, tan claro, estuve tentada de llamarlo y decirle: «¡Eh, oye, por fin lo he entendido!», pero me parecía un poco fuerte retomar un contacto que habíamos perdido para decirle esa sandez. Así que sí, se puede decir que *gracias* a Roberto, hoy por hoy pienso de esta manera, que no es lo mismo a lo que se refieren mis amigas, que opinan que *por culpa* del daño que me hizo he dejado de creer que en algún sitio hay alguien esperando a que lo encuentre para que nos complementemos y, por fin, seamos felices y comamos perdices y bla, bla, bla.

Sara interrumpe mis pensamientos al dejar su copa vacía sobre la mesa con tanta efusividad que todas pegamos un brinco. Y, efectivamente, aquí viene la deslenguada Sara, alias *Sara Hyde*.

—Estoy hasta el moño de los preparativos —sisea mirándonos muy seria.

A Irene se le escapa una risotada.

—¡No seas malhablada, niña!

La otra la mira sin comprender. Por muy *miss Hyde* en que se

convierta, sigue siendo igual de inocente que en su forma original. Irene insiste:

—Di mejor «hasta la coronilla», es más fino.

Sara sacude la cabeza y decide ignorarla, pero entonces Paola entra al trapo.

—Es lo que tiene ajumarse, que uno no sabe lo que suelta por la boca.

—Emborracharse —dice enseguida Sara, aunque esa palabra sí que me la sabía, y luego se tapa la boca como si se le hubiera escapado y añade—: ¡Jolín!

Nos reímos, porque cuando se enfada un poco con nosotras siempre ocurre lo mismo: Paola suelta una de sus palabras recién aprendidas y Sara la traduce automáticamente, aunque en el fondo no quiera porque está cabreada. A veces hemos soltado hasta tres palabras y es incapaz de contenerse y no traducirlas. Y estoy segura de que, por cada una de esas traducciones, se pegaría una colleja.

—¡Y no estoy borracha! —añade haciéndose la ofendida.

Como sabemos que está deseando quejarse sobre los preparativos de la boda y tiene todo el derecho, de inmediato nos deshacemos en carantoñas para que nos perdone y pueda hablar. En cuanto lo hace, exclama:

—¡No os hacéis una idea de lo estresante que es! Se supone que cuando una se va a casar todo tiene que ser maravilloso y que yo solo debería encargarme de soñar con el gran día, ¿no?

—¡Y con la noche de bodas! —dice Irene mientras le guiña un ojo con picardía.

—Y, sin embargo, me paso los días estresada perdida, haciendo cosas sin parar —gime—. Después de una mañana entera lidiando con un montón de niños, llego a casa y siempre hay algo pendiente que hay que hacer ese día sin falta.

Hemos escuchado estas mismas palabras unas cuantas veces, y siempre decimos lo mismo que afirma ahora Paola:

—Ya sabes que si necesitas ayuda nosotras haremos lo que quieras con mucho gusto.

Todas asentimos y Sara nos mira con una gran sonrisa. Sabemos exactamente lo que va a contestar, más que nada porque ya tiene una

organizadora de boda y aun así la situación sigue estresándola. Además, apenas queda un mes y medio para el gran día y lo esencial parece estar ya organizado, tan solo faltan algunos pequeños detalles que a ella le parecen enormes.

—Lo sé, lo sé, y os lo agradezco. Pero ya hacéis bastante aguantándome.

—Va a salir todo genial, cariño —le digo cogiéndole la mano—. Vas a ser la novia más sensacional del mundo. Ricardo tiene mucha suerte.

Son las palabras que necesita oír y me lo agradece con un ligero apretón.

—¿No podrías coger unos días libres? —sugiere Irene. Siempre olvida que Sara no puede coger vacaciones cuando quiere, sino cuando marca el calendario escolar.

—Qué va, ya lo sabes. —Sacude la cabeza Sara, y su pelo corto se agita ligeramente. Irene tenía razón cuando insistió en hacerle aquel corte de pelo: le sienta genial. Al principio no estaba muy convencida porque un corte estilo chico no favorece a todo el mundo, pero todas nos dejamos aconsejar por Irene, que si bien en lo personal es una cabeza loca, en lo profesional tiene un ojo y una mano inmejorables—. De todas formas, en el fondo los niños me tranquilizan.

Sara es maestra de infantil y está encantada con su trabajo. Siempre le gustaron mucho los niños, y normalmente se refiere a ellos con una gran sonrisa. Pero es lógico que con todo el estrés acumulado de vez en cuando se queje. Creo que yo no aguantaría ni una semana encerrada en una clase llena de mocosos llorones.

Irene se encoge de hombros mientras le da vueltas a su vaso.

—Además, mi suegra también me tiene un poco harta —prosigue Sara, y todas nos ponemos tiesas a la vez. Esto es nuevo, así que le presto aún más atención cuando dice—: A ver, no me malinterpretéis, normalmente es un encanto de mujer, pero no le pareció bien que contratase a la organizadora, y no le gusta nada de lo que hace. Se pasa el día metiendo las narices en todo.

—Bueno, supongo que es normal —opina Paola—. Al fin y al cabo, se casa su hijo, el niño de sus ojos, su bebé, su...

—Vale, vale, vale —la interrumpe Sara—. Nos hacemos a la idea,

gracias.

—¡Ricardín rumbo al matrimonio! Date por contenta si de regalo de bodas no incluye unos cuantos condones —dice Irene con una risotada, y todas la coreamos.

—Venga, no es para tanto, normalmente es muy discreta y... — Para de hablar, respira hondo y luego exhala el aire muy ruidosamente—... ¡Qué demonios! ¡Es una pesada! ¿Me oís? Una pesada. ¡Conchi, eres una pesada! ¡Muy pesada! ¡Te quiero, pero eres un tostón para las bodas!

Todas nos reímos, y de pronto me doy cuenta de que deberíamos ir organizando la despedida de soltera. Sabemos que Sara querrá algo sencillo e íntimo, pero todavía no hemos empezado a preparar nada. Me lo apunto mentalmente y rezo para que no se me haya olvidado mañana. También pienso que parte de las quejas de Sara se deben a que echa de menos tener a su propia madre para que la ayude con los preparativos de la boda, pero ella murió cuando Sara era pequeña.

—Bueno, por lo menos hay una cosa que está clara en los preparativos y a la que mi suegra no le pone pegas... —Hace una pequeña pausa como para darle emoción, pero, por la cara que está poniendo al mirarme, sé exactamente lo que va a decir—: ¡La fotografía!

Todas coreamos y damos palmaditas, muy emocionadas, pero con el ruido que hay en el *pub* aún pasamos desapercibidas.

—Espero que queden bien —afirmo, algo apocada, porque, aunque sé que soy buena, todos podemos tener un mal día y no me gustaría fastidiar las fotografías de la boda de una de mis mejores amigas. Al fin y al cabo, soy solo una aficionada, pero tengo que admitir que bastante buena.

—¡Pues claro que sí! —exclama Ire—. Y si no, no te preocupes, que sin fotos no se va a quedar, yo haré alguna con el móvil.

Todas soltamos una carcajada, porque la fama de lo inútil que es con los móviles precede a la pobre Irene.

Cuando Sara consigue tomar un poco de aire entre carcajada y carcajada, le da tiempo a decir en tono irónico:

—Sí, iya me quedo mucho más tranquila, gracias!

Y de nuevo volvemos a estallar en carcajadas, conscientes de que

en realidad no es tan gracioso y de que estamos atrapadas en una de esas espirales de risas de las que es muy complicado escapar, por lo menos sin hacerse pis encima.

Cuando después de un par de minutos por fin recuperamos la compostura, me llevo los dedos índices de ambas manos a los ojos, intentando averiguar si se me ha corrido el rímel. Sara chasquea la lengua mientras sacude la cabeza, Paola se muerde el labio inferior con una sonrisa e Irene se termina la pinta, a la que le quedaba aún un cuarto, de un solo trago. Después se pone en pie muy decidida y, sabiendo que la conversación ha concluido y que ya estamos pensando en irnos a casa, nos susurra mientras mira en dirección a la mesa del presunto chico gay:

—Voy a atacar.

Antes de que podamos repetirle que ese chico no tiene nada de gay, nuestra amiga se aproxima a la mesa vecina con una sonrisa y se presenta a los dos chicos que están sentados a ella. La mirada que los dos le dirigen disipa cualquier duda que pudiéramos tener sobre la orientación sexual de ambos. Las tres nos miramos con sorna mientras meneamos la cabeza, un «mira que se lo dijimos» silencioso. Entonces, cuando Irene se da cuenta de que teníamos razón, nos lanza una mirada fugaz acompañada de un ligero encogimiento de hombros, y su lenguaje corporal cambia radicalmente cuando empieza a coquetear con ellos. Casi me parece oírla pensar: «No hay mal que por bien no venga», y sonrío. Así es nuestra Irene.

## 2



El lunes por la mañana llego demasiado pronto al trabajo y aprovecho para tomar un cortado en la cafetería del edificio. Normalmente estoy en mi mesa quince minutos antes de la hora de entrada, porque me gusta tomarme un café de la máquina antes de meterme de lleno en faena, pero hoy me ha sobrado casi media hora e iré con más calma aún. Irene, Paola y Sara aún no se explican cómo puedo saltar de la cama en cuanto suena el despertador; dicen que es antinatural y que algo raro me pasa. Pero he sido así toda la vida y en realidad no tengo ganas de cambiar; me parece un auténtico martirio eso de posponer la alarma para aprovechar cinco minutos más en la cama; es como una cuenta atrás en la que, como te dé por coger el sueño en el último minuto, te levantas peor de lo que estabas.

Mientras espero a que se enfríe el café, miro por la ventana de la cafetería y de pronto me siento como en un anuncio de televisión o, mejor, como en un videoclip. Solo me falta una banda sonora de fondo, coger la taza humeante entre mis manos y dejar la mirada perdida. Suelto un bufido al tratar de contener la risa, y me digo que la escena tendría más encanto si las calles estuvieran nevadas y todo el mundo llevase abrigos largos y bufandas. Pero estamos en mayo y la mayoría tenemos suficiente con una chaqueta ligera. Observo cómo la gente camina con rapidez hasta sus lugares de trabajo, una gran parte con la cabeza gacha y los ojos pegados a las pantallas de sus

móviles, mientras los demás los esquivan con dificultad. Tomo un sorbo de café, me doy cuenta de que aún está demasiado caliente y suspiro. Madrid es una ciudad fabulosa, pero el ritmo que se lleva aquí comienza a saturarme un poquito, y eso que, por suerte, no trabajo en plena Gran Vía.

Terminado el «momento videoclip», saco mi móvil del bolso y veo que tengo un montón de mensajes del grupo *(B)Ellas*. La mayoría son de ayer por la noche, pero también hay alguno de ahora mismo.

**Ire**

Chicas, nos queda pendiente concretar lo del cumple de las dos viejitas, jejeje.

Paola y yo cumplimos años el mismo día. Es uno de los motivos que nos hicieron convertirnos en buenas amigas. Desde pequeñas lo hemos celebrado juntas y es una tradición que no cambiaría por nada del mundo. Este año, además, nos enfrentamos a los temidos treinta y, aunque todas bromeamos sobre el tema, yo sí noto que ya me está afectando un poquito. Irene puede permitirse mofarse porque aún le faltan un par de años para lo que llamamos de guasa «el inicio de la decadencia», y Sara, que lo pasó hace tres, no parece haber sufrido ninguna crisis ni nada por el estilo. Siempre nos reímos de ella diciéndole que se le va a juntar con la crisis de los cuarenta y que entonces sí que va a ser un jaleo.

Empiezo leyendo los mensajes de anoche.

**Sara**

¿Cuándo tienes la audición al final, Paola?

**Paola**

La semana que viene. Además es aquí, esta vez no me toca viajar, así que el jueves, como habíamos hablado, por mi parte sin problema.

**Ire**

A ver si se manifiesta la dormilona.

Eso me hace sonreír. Irene es incapaz de entender que apague el móvil más de una hora antes de irme a la cama y piensa que a las nueve ya estoy tapada hasta las cejas. Por eso cree que soy una dormilona. Este año, además, con el jolgorio de los treinta, aprovecha para decirme que ya es cosa de la edad y que no tiene remedio, pero que me quiere tal como soy. Y quién sabe, tal vez sea cierto. Al fin y al cabo, empiezo a notar los primeros estragos del temido paso del tiempo. La primera vez fue un jueves, después de tomar las habituales cervezas con las chicas. Llegué a casa y, cuando me fui a lavar la cara, noté unas ligeras arruguitas alrededor de los ojos. Nada demasiado preocupante, la verdad, pero fue una advertencia despiadada de que el tiempo pasa para todos. Además, el hallazgo me supuso tener que cambiar de base de maquillaje, porque por lo visto la que yo usaba marcaba más esos incipientes surcos. Ahora tengo la paranoia y cada vez que me miro en el espejo busco aposta, esperando encontrar cada día una arruga más, como en un macabro juego del ahorcado, contando el tiempo que me queda. Suelto una risotada cuando me doy cuenta de lo dramático de mi pensamiento y sigo leyendo.

**Paola**

La última vez que hablé con ella del tema parecía estar de acuerdo en celebrarlo el jueves.

**Ire**

Lo que no entiendo es por qué no lo celebráis a lo grande!! No es un año cualquiera, son los treinta, tías!!

**Paola**

Bueno, vamos a ir al pub!!

**Ire**

Pero eso lo hacemos toooooodos los jueves!! No os apetecería cambiar?

**Paola**

A ver qué dice Cris, pero la idea en principio no era montar una gran fiesta.

**Sara**

A mí me gusta el plan de celebrarlo con tranquilidad, pero ya sabéis que me adapto a todo.

**Ire**

Sois unas sosas!!!

**Paola**

Nosotras también te queremos!!

Luego Sara añade una fila llena de corazones. Hay más mensajes, de hace escasos cinco minutos.

**Ire**

Buenos días, chicas!!! Cris, manifiéstate!!

**Paola**

Buenos días! Tranquila, Ire, deja que nos tomemos el café y esas cosas.

**Ire**

No estarás con los rulos y la bata puestos, verdad?

**Paola**

Jajajaja!! Pues casi!

**Sara**

¡Buenos días, lindas!

Doy un sorbo a mi café y noto que ya está a la temperatura ideal. Contesto:

**Cris**

Buenos díaaaaaas!!! A mí lo de celebrarlo en plan tranquilo me parece bien. Además, es jueves, que al día siguiente hay que madrugar!

Mientras espero contestación, pienso que la de Irene será, seguramente, que qué más da estar muerta de sueño el viernes, si total luego ya llega el fin de semana y podemos descansar. Aunque eso es algo que Irene nunca hace. Descansar los fines de semana, me refiero. Creo que se apunta a todas las fiestas habidas y por haber, y si no fuese porque queda con nosotras cada jueves, también esos días saldría de fiesta. Al fin y al cabo, así es como la conocimos. Paola, Sara y yo habíamos salido a cenar, y después a tomar una copa. En el caso de Paola, una de agua; en el de Sara, una única copa, literalmente. Sin embargo, yo me emocioné y cuando iba por la tercera noté que me encontraba fatal. Estábamos en una discoteca, lugar que no solemos frecuentar, y de pronto la mezcla de todas las luces, los cuerpos en movimiento, la música atronadora y las tres copas que me había metido entre pecho y espalda, sumadas al vino de la cena —y me atrevo a decir que fue una botella entera, porque Sara apenas se mojó los labios— hicieron que, de camino al baño, perdiera el equilibrio y fuera a dar con mis nalgas en el suelo. Por suerte, una chica que pasaba me vio y se agachó a mi lado, me cogió de la cintura y tiró de mí hacia arriba. Cuando la vi pensé que me había muerto y había ido al cielo, y que ella era la diosa que me iba a cuidar. Según cuenta Irene, la miré con una sonrisa boba en los labios y musité algo como «quiero morirme», justo antes de vomitar encima de ella. Al instante, Paola y Sara aparecieron y me sostuvieron por la cintura mientras le decían a Irene:

—¡Oh, Dios, lo sentimos mucho!

Pero ella no se enfadó. Al contrario, cuando repetí aquella especie de mantra que, dado el estado en el que me hallaba, seguramente recitaba bastante en serio — «quiero morirme, quiero morirme»—, se acercó a mí, sin importarle lo más mínimo su ropa manchada de vómito, y me dijo:

—De eso nada. Sé lo que necesitas. —Y, mirando a Paola y a Sara, ordenó—: Esperadme un segundo.

Nos quedamos allí las tres, en mitad de la pista de baile, y noté que a nuestro alrededor había un círculo vacío, el espacio por donde nadie quería pisar. Me sentía muy avergonzada e idiota y, para empeorarlo, empecé a llorar.

—No pasa nada, tranquila, cariño —me dijo Sara con suavidad, y recuerdo perfectamente que aquel fue el momento en el que supe que quería a aquella chica. Paola la había conocido hacía unos meses en el gimnasio, se habían hecho buenas amigas y desde entonces solíamos salir juntas las tres. Sin embargo, al principio yo me había sentido un poco celosa por su incipiente amistad, aunque sabía que era una tontería. Así que hasta aquel preciso momento no supe que quería a Sara, que quería tenerla como amiga yo también, y que iba a ser una parte muy importante de mi vida. Si no me hubiera encontrado como si mi cuerpo se estuviera rechazando a sí mismo, probablemente se lo hubiera dicho, pero en aquel momento tenía bastante con respirar.

Irene apareció de nuevo a los pocos minutos, contrariada y exclamando:

—¡Vámonos de aquí!

Mis amigas se miraron extrañadas sin saber qué hacer.

—Venga, vamos a mi casa, no está lejos. —Y echó a caminar hacia la salida. Cuando se dio cuenta de que no la seguíamos, se dio la vuelta y, chillando para hacerse oír por encima del sonido de la música, anunció—: ¡Tengo un remedio estupendo para la borrachera!

No recuerdo qué fue lo que hablaron entre ellas ni cómo se convencieron para seguir a aquella chica que no conocíamos de nada, aunque la historia que siempre me cuentan es que comencé a señalarla con un dedo, a lo E. T., mientras farfullaba algo como: «Eeeeella tiene el remedio... Eeeeella tiene el remedio», aunque yo pongo en duda esa parte de la historia.

El caso es que, fuera como fuese, lo siguiente que recuerdo es estar bien arropada en un colchón muy cómodo y sintiéndome muchísimo mejor. Oía unas risas que me parecían muy lejanas y abrí con cuidado los ojos para ver a mis dos amigas sentadas a ambos lados de una chica increíblemente llamativa, que aún destacaba más

porque conjuntaba un elaboradísimo maquillaje con un chándal raído. No tardé mucho en llegar a la conclusión de que probablemente aquello se debiera a que había tenido que cambiarse de ropa después de que yo le vomitara encima. Avergonzada de nuevo, gemí sin darme cuenta, lo que llamó la atención de Paola.

—Cris —susurró—. ¿Qué tal te encuentras?

Se acercó a mí en un par de zancadas, seguida por Sara, y yo quise incorporarme, pero la habitación empezó a darme vueltas y me tumbé de nuevo.

—¿Qué hora es? —acerté a preguntar.

Por sus caras me di cuenta de que no tenían ni idea y, tras consultar sus móviles, dijeron casi al unísono con voz de sorpresa:

—Las ocho y media.

—En un par de horas estarás mejor —añadió la chica del chándal guiñándome un ojo—. Confía en mí, hago esto infinidad de veces.

Intenté sonreír, pero suponía demasiado esfuerzo. Aun así, me las apañé para preguntar:

—¿Vas por ahí vomitando a la gente encima?

Su risa era como un cascabel. Musical, pero en aquel momento, profundamente molesta. Sin embargo, no era plan de quejarse, la verdad. Así que añadí:

—Muchas gracias por todo... —Me detuve porque no recordaba su nombre; ni siquiera sabía si me lo había dicho en algún momento.

—Irene —respondió ella dándose cuenta de mi confusión de inmediato—. Y no, normalmente no es mi forma preferida de conocer gente, pero, oye, es tan buena como cualquier otra.

Aquello me arrancó una sonrisa.

—Irene te ha preparado un aguachirle milagrosa —explicó Paola.

Fruncí el ceño y vi que Irene hacía lo mismo.

—Una bebida —explicó Sara, y ambas susurramos: «Ahhhhh». Aquel fue el comienzo de la tradición de las palabras raras.

—Estás a un par de horas de que te haga efecto del todo, así que cierra los ojos y descansa —me aconsejó Irene, y no tuvo que decírmelo dos veces, porque la luz me molestaba un montón.

Tal y como me había prometido, me levanté casi como nueva. Sara y Paola seguían allí y, tras darle repetidas veces las gracias a

Irene e intercambiarnos los números de teléfono, me llevaron a casa, donde, a pesar de encontrarme bastante bien, me tiré el resto de la mañana durmiendo.

El sonido de mi móvil al recibir un mensaje me saca de mi ensoñación.

**Ire**

Vale, vale, pues de tranquis entonces. En el pub a la hora de siempre?

**Cris**

OK, pero sé puntual!!

**Ire**

Prometido. En los cumpleaños nunca llego tarde.

**Paola**

Cris, te importa si le digo a Nacho que se pase?

**Ire**

Uyuyuyuyuy!!! Va a haber tomate?

Nacho es un amigo de Paola, al que conoció en el gimnasio y al que Ire estuvo persiguiendo durante un mes, empeñada como estaba en que era gay pero todavía no lo sabía. Por supuesto, quería sacarlo a rastras del armario y hacerle ver lo que para ella era más que evidente. Y, claro está, pretendía convertirse entonces en su más íntima amiga, a la que estaría eternamente agradecido por haberle hecho ver lo que ni él mismo veía. A partir de entonces viviría una vida más plena y feliz, porque todo tendría explicación: por qué no encontraba a su chica ideal, o por qué se le daba tan bien conjuntar la ropa, o por qué era un hombre extraordinariamente sensible. Vamos, todos los clichés sobre el tema que se pueda una imaginar. Por supuesto, resultó que Nacho no tenía nada de gay y en realidad se había colado por Paola. Sin embargo, nuestra amiga no parecía estar muy por la labor, hasta hace un par de semanas, que cada vez

pronuncia más su nombre en todas nuestras conversaciones.  
Respondo:

**Cris**

Por mí no hay problema, Paola, dile que se pase.

**Paola**

Genial, gracias, Cris!! Ire, no te montes historias.  
Simplemente se enteró de que era mi cumpleaños y me propuso ir a cenar.

**Ire**

Pero podías haberle dicho que no simplemente ;)

**Paola**

Pero le dije que se pasase por el pub.

**Ire**

Aquí hay tomate, os lo digo yo!!! Paola va a mojar el jueves!! Va a ser un cumpleaños muuuuuy feliz!! Lo va a celebrar a lo grandeeeeee!!!! Oleeeeeee!!!

Sonrío y consulto la hora. Aún me quedan cinco minutos y todavía llegaré a mi puesto de trabajo con diez de antelación. Tomo otro gran sorbo de café y de pronto me acuerdo del recordatorio que me hice a mí misma el jueves sobre la organización de la despedida de soltera de Sara, así que creo un grupo llamado *Despedida de soltera* — ¡viva la originalidad!— e incluyo en él a Paola y a Irene.

**Cris**

Chicas, va siendo hora de organizar la despedida!! Por dónde empezamos?

Me guardo el móvil en el bolso, con la esperanza y la casi convicción de que Paola tomará las riendas del asunto, porque es muy organizada, y apuro el resto del café. A los tres minutos entro en la

oficina, que, como de costumbre cuando llego cada mañana, está desierta. Comienzo el ritual que sigo todos los días: enciendo los fluorescentes, cuelgo mi chaqueta en el perchero, el bolso, en el respaldo de la silla, compruebo el casillero de correspondencia por si hubiera algún mensaje para mi jefe, entro en su despacho, verifico que todo está en orden y enciendo su ordenador. Después me dirijo a mi mesa, que se encuentra en el anexo al despacho del director, una especie de despachito en el que solo me encuentro yo, aunque a unos pocos metros está el resto del personal, separado de mí por unas cristaleras que, por suerte, no mitigan el ruido de la oficina donde trabajan otras diez personas. Creo que me volvería loca si tuviese que trabajar apartada de todo el mundo en un completo silencio. Lo irónico de la distribución de esta oficina es que mi «despacho» es un espacio por el que es obligatorio pasar para entrar o salir. Por eso, muchas veces, aparte de secretaria, también hago las veces de recepcionista, aunque mi jefe se empeña en recordarme que no es esa mi función y que no tengo por qué hacerlo, aunque a mí no me importe.

Cuando todo está en orden me aproximo a mi mesa, pulcramente ordenada no porque yo sea una perfeccionista, sino porque así lo dicta el protocolo, y descubro un pequeño objeto encima del teclado de mi ordenador en el que no había reparado hasta ahora. Lo observo con curiosidad y lo cojo con delicadeza, preguntándome si será para mí. Es una cajita pequeña, envuelta con papel azul, y en el frontal hay una etiqueta minúscula en la que, sin embargo, se lee perfectamente mi nombre.

Miro alrededor, aguardando ver a quienquiera que haya dejado esto aquí, pero todavía no ha llegado nadie. Me encojo de hombros y me siento en la silla, dispuesta a averiguar lo que hay dentro, esperando que no sea alguna broma y deseando que se trate de un regalo anticipado de cumpleaños. Pero ¿quién iba a acordarse de que es el jueves?

Tomo la cajita, que apenas pesa nada, y la agito con cuidado. Se oye un sonido delicado, pero sigo sin tener ni idea de lo que es, así que la abro sin más contemplaciones y en su interior descubro cinco margaritas, que tienen sus pétalos cerrados. Frunzo el ceño,

extrañada, y entonces me doy cuenta de que debajo de ellas hay un papel doblado. Saco con cuidado las flores, las dejo encima de la mesa y tomo entre mis dedos el papel, lo desdoble y leo lo que hay escrito en él: «Las margaritas son unas flores increíbles. Ahora están cerradas, pero cuando salga el sol se irán abriendo poco a poco y mostrarán toda su belleza, incluso cuando ya no pertenecen a la tierra. Buenos días, preciosa. Gracias por lo de la otra noche».

Noto un escalofrío y casi dejo caer la nota al suelo. No puede ser. No he coincidido con Mateo desde la noche en que nos enrollamos, pero eso no es extraño, teniendo en cuenta que él trabaja en la planta superior. En realidad no había vuelto a pensar demasiado en él.

Releo la nota y se me escapa una sonrisa, que borro con rapidez de mi rostro riñéndome a mí misma por idiota. Solo alguien muy ingenuo caería en semejante zalamería. Aparto las flores y la caja a un lado y me guardo la nota en el bolso al mismo tiempo que saco el móvil y escribo en el grupo *(B)Ellas*:

**Cris**

Adivinad quién me ha dejado encima de mi escritorio cinco margaritas con una nota cursi.

Aprovecho para mirar las respuestas en el otro grupo, el de la despedida de soltera. Como me imaginaba, Paola ha empezado a organizar las cosas en un periquete.

**Paola**

Creo que una podría dedicarse a recoger los contactos de las amigas de Sara, las que pensemos que querría ver en su despedida. Mientras tanto, podemos ir hablando sobre lo que le gustaría a Sara.

**Ire**

Yo puedo encargarme del stripper!!!

**Paola**

Olvídalo, no es su estilo! Creo que ella preferiría una fiesta en plan un poco elegante, algo sobrio.

**Ire**

Joder, un té en la casa de la abuela??

**Paola**

Una reunión más o menos íntima en un sitio tranquilo. No tiene por qué ser té.

**Ire**

De eso nada, una despedida de soltera que se precie tiene que tener obligatoriamente un stripper!

**Paola**

Pero tienes que pensar en lo que le gustaría a ella.

**Ire**

Joder!! Está muerta acaso? A qué mujer en su sano juicio no le molaría un stripper en su despedida de soltera?

Antes de que Irene siga insistiendo, me apresuro a secundar la opinión de Paola.

**Cris**

Yo creo que Paola tiene razón... No me pega nada un stripper para Sara.

Veo que hay varios mensajes en *(B)Ellas*:

**Ire**

Cinco margaritas?? Vaya mierda! Si hubieran sido rosas, todavía tendría un pase!

**Paola**

Precaución, Cris.

**Sara**

Sí, ese tío tiene pinta de ser un zalamero de libro.

**Cris**

Lo sé, lo sé, todo controlado.

**Sara**

¿Coincides mucho con él?

**Cris**

Normalmente no.

**Paola**

Pues no le hagas ni caso.

**Cris**

Entendido, no se me había ocurrido lo contrario, jeje.

**Ire**

Pero ni puto caso!!

Me desplazo por la pantalla de mi móvil hasta el grupo de la despedida, donde Ire y Paola han seguido escribiendo.

**Ire**

Pues nada, nos pondremos nuestras falditas plisadas, cruzaremos las piernas y tomaremos el té con la señorita Pepis.

**Paola**

Anda, no seas dramática, que te lo vas a pasar bien.

**Ire**

Uy, fijo!! Me llevaré una petaca escondida en la liga!!

**Paola**

Jajajaja!!

**Cris**

Bueno, ya en serio, podríamos hacer la despedida en mi casa, si es que no van a ser muchas invitadas. Compró bebidas y cosas de picar, le damos los regalos y luego podemos ir a cenar por ahí.

**Paola**

Ay, sabéis dónde podemos cenar? En el Miu Miu!!!

El Miu Miu es un restaurante que han abierto hace poco. Los precios son asequibles, pero tiene una larga lista de espera porque se halla en pleno centro y organiza las cenas en una terraza desde la que las vistas son una pasada. O bueno, eso es lo que dice la publicidad, porque todavía no hemos podido ir. Desde que lo abrieron Sara lo ha estado deseando, pero todavía no lo ha hecho. Así que la idea me entusiasma y contesto:

**Cris**

Sííííí!!!! Pero hay que decírselo a Ricardo para que no se les ocurra ir antes de la despedida!!

**Ire**

Vale, la cosa se pone interesante!!

Entonces oigo pasos: mis compañeros están comenzando a llegar. Me apresuro a encender el ordenador y tecleo en el móvil la última respuesta:

**Cris**

Os dejo, que llega gente. Bss.

Después, guardo el móvil en el bolso y finjo que estoy muy concentrada observando cómo se ilumina el monitor mientras la gente va entrando, saludándome unos con efusividad y otros, los que todavía tienen los ojos casi cerrados, con una leve inclinación de cabeza.

\* \* \*

Un par de horas después me levanto para ir al cuarto de baño, que se encuentra al fondo de la oficina. Sonrío a mis compañeros según voy pasando a su altura y pienso, como siempre que hago este recorrido, en lo incómodo que me resulta. Es como si sintiera que van a contar las veces que voy al baño o algo así. Sé que no lo hacen, pero la paranoia sigue ahí.

El ambiente ha cambiado bastante de un tiempo a esta parte, desde que surgieron algunos rumores sobre que se iba a abrir un expediente de regulación de empleo. Aunque no hemos tenido nuevas noticias ni hay nadie señalado por un dedo, todos nos hemos puesto un poco más serios, lo cual es una pena, porque la verdad es que lo pasábamos bastante bien y el ambiente era muy distendido.

Cuando llego a la puerta del baño, me doy cuenta de que he olvidado que está en obras. Suelto un «cachis» de fastidio y me giro hacia la puerta que da al pasillo en el que, por suerte, hay unas escaleras que suben al piso superior, donde están los baños más próximos. Mientras suspiro con resignación, Rebeca, que se sienta en la mesa más cercana a los baños, me dirige una miradita de solidaridad mientras se encoge de hombros. Le devuelvo la sonrisa y señalo hacia arriba, queriéndole decir a dónde me dirijo, como si no se lo fuera a imaginar.

Mientras subo las escaleras siento el ya conocido cambio de temperatura entre las plantas tercera y cuarta. No sé a qué es debido, pero las pocas veces que voy a la cuarta bajo sudando a la mía. Por suerte, esta vez no tengo que pasearme por mitad de la oficina, ya que los baños quedan, igual que en la planta de abajo, justo en un extremo, al que voy a dar desde las escaleras. Cuando entro me miro en el espejo y me retoco un poco el maquillaje. Una de las cosas negativas de este trabajo es que me veo en la obligación de ir siempre bien arreglada. Me encantaría poder venir en deportivas y con una coleta descuidada, pero en mi caso no es posible.

Después de retocarme, mientras vacío mi vejiga repleta de café, aprovecho para consultar los mensajes que han llegado al grupo

## *Despedida de soltera:*

**Paola**

Vale, pues yo me encargo de reservar en el restaurante, de hablar con Ricardo y de contactar con las amigas de Sara.

**Ire**

Genial!! Cris y yo nos ponemos a planificar el fiestón en su casa!!

**Paola**

Vale! Qué hora será buena para cenar? Las diez por ejemplo? Espero que tengan mesa!

**Ire**

Hala, las diez, y luego nos vamos a la cama a las once o cómo?

**Paola**

Pero tú a qué hora cenas?

**Ire**

Los días de fiesta? No ceno!! :P

**Paola**

Jajajaja.

**Ire**

Entro a trabajar, luego seguimos. Bss.

**Paola**

Vale, feliz día!!

Como siempre que Irene suelta alguna de las suyas, me río bajito y tecleo:

**Cris**

Por mí las diez está bien. OK, Ire y yo nos encargamos de la reunión en mi casa!!

Cuando llego a mi sitio, tras bajar las escaleras, atravesar la oficina y entrar en mi despachito —un poco sudada, como ya sabía que iba a ocurrir—, dejo el bolso encima de la mesa, al lado de las margaritas, que se han ido abriendo durante estas horas sin que me diera cuenta. Sonrío, me quedo observándolas un rato y de pronto me parecen increíblemente bellas. Me siento un poco ñoña por tener ese pensamiento, pero entonces recuerdo todo lo que he leído acerca del *mindfulness*, que está tan de moda a pesar de que no dice nada que no supieran los budistas: vivir el momento, fijarse en los pequeños detalles, en las pequeñas cosas que podrían hacernos felices si les prestáramos atención. Y, en este preciso instante, para mí solo existen esas delicadas flores que, despertadas por el sol, abren sus pequeños pétalos y se convierten en algo digno de pararse a mirar.

Mi momento zen se ve interrumpido por el sonido que hace el ordenador para avisarme de que tengo un nuevo correo electrónico. Salgo del trance, me acomodo en la silla y me dirijo a la bandeja de entrada. Hago doble clic en el que acaba de llegar, que lleva como título mi propio nombre. El remitente es Mateo Prados.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 22 de mayo de 2017 10:14  
Asunto: Cris

Estás muy guapa hoy.

Tengo que leer dos veces la frase para asegurarme de que realmente pone lo que pone. Después miro alrededor, casi esperando verlo escondido en una esquinita, observándome. Pero claro, eso es absurdo. Por un segundo me pregunto cuándo me ha visto, y enseguida me doy cuenta de que hace menos de cinco minutos que he subido a los baños de la planta donde él trabaja, y que aunque yo no haya reparado en él, eso no significa que él no se haya fijado en mí.

Sintiendo vergüenza de mí misma, me percató de que su gesto me ha hecho sonreír, pero me resisto a ello y, con marcada indiferencia, borro el correo. Al instante llega otro.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 22 de mayo de 2017 10:18  
Asunto: (sin asunto)

¿Se han abierto ya las margaritas?

Muy a mi pesar, echo un vistazo a las flores y se me dibuja una pequeña sonrisa, pero de nuevo borro el correo sin hacerle más caso. Justo después de hacerlo, oigo el tono de mi móvil que me avisa de los correos nuevos, y mi primera reacción es sentirme un poquitín acosada, hasta que me doy cuenta de que esta vez no puede ser él. Una cosa es que haya buscado en el directorio mi correo del trabajo, y otra muy distinta que haya conseguido el personal. Aun así, me apuro a sacar el móvil del bolso y suspiro aliviada cuando veo que el remitente es una tal Victoria. Suelto una risita de alivio y me siento un poco tonta.

De: Victoria Gómez <vickylavikinga@coolmail.es>  
Para: Cris <calejo87@coolmail.es>  
Fecha: 22 de mayo de 2017 10:20  
Asunto: Fotógrafa de boda

Buenos días, Cristina:

Me ha pasado tu correo Reme, después de recomendarte encarecidamente como fotógrafa de boda. Me caso el diez de junio y nuestro fotógrafo nos ha dejado tirados. Reme me ha enseñado las fotos que hiciste en su boda y me han encantado. Podemos ajustarnos al presupuesto que le hiciste a ella. Me gustaría mucho contar contigo.

Un saludo,  
Vicky

Me gusta la fotografía de boda, me encanta intentar captar ese momento en el que los novios se miran a los ojos con complicidad,

con ilusión, con la alegría pintada en las caras. A lo mejor suena un poco falso porque a la vez pienso que esa felicidad tiene fecha de caducidad, pero precisamente esa es la gracia de fotografiarla: de este modo la hago eterna de verdad. Miro un momento el calendario y me sorprendo al comprobar que no faltan ni tres semanas para ese día, y como no tengo nada planeado para la fecha, decido aceptar. El dinero me vendrá bien, y será otra persona que se sume al *boca a boca* que desde hace un tiempo hace que acuda gente a mí solicitando mis servicios sin que me haya anunciado en ningún sitio.

De: Cris <calejo87@coolmail.es>  
Para: Victoria Gómez <vickylavikinga@coolmail.es>  
Fecha: 22 de mayo de 2017 10:25  
Asunto: Re: Fotógrafa de boda

Buenos días, Vicky:  
¡Estaré encantada de ser vuestra fotógrafa! ¿Te parece bien si concertamos una cita para ver el lugar de celebración e ir haciéndome una composición mental?  
Un saludo,  
Cris

Después guardo el móvil y me pongo de nuevo a trabajar.

\* \* \*

Llego a casa a eso de las siete y lo primero que hago es quitarme los zapatos de tacón y soltar un gemido. ¿Por qué, por qué, por qué se inventaron los tacones? Tengo que reconocer que quedan monísimos con la falda que llevo hoy, pero no sé si merece la pena sufrir esta tortura para estar guapa. Voy descalza por el pasillo en busca de Charlie, mi gato cariñoso pero a veces demasiado vago como para salir a recibirme. Por fin lo encuentro hecho un ovillo sobre el sillón de la sala de estar, con las orejas alerta y mirándome con los ojos muy abiertos.

—*¡Ey*, chico! —exclamo mientras me acerco a él. Me siento a su lado y le acaricio el cuello, justo donde le gusta—. ¿Qué tal has pasado el día?

Cierra los ojos y levanta un poco la cabeza, invitándome a profundizar más las caricias. Obedezco. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que los gatos son los que mandan en una casa.

—Mi día no ha estado mal, ya que lo preguntas —le digo sin dejar de acariciarlo—, al menos para ser lunes. ¿Sabes que tenemos trabajo para el día diez de junio? ¡Con lo que saque te podré comprar toneladas de atún!

El minino abre los ojos. Las chicas me llaman loca, pero juro que Charlie entiende unas cuantas palabras, y de todas ellas su preferida es *atún*, seguida de cerca por *mimos* y *jugar*. Las que no le gustan nada son *uñas* y *dientes*, porque siempre salen en el contexto de «hay que cortarte las uñas» o «hay que lavarte los dientes».

Tras pasar un ratito jugando con Charlie, le pongo una generosa ración de comida en su plato y me dirijo al baño con la intención de darme una ducha. Abro el grifo de agua caliente y mientras me estoy desnudando pego un respingo al ver mi imagen reflejada en el espejo.

—¡Jolín! —exclamo entre sorprendida y deprimida. Aquí vienen, se acercan, ya están... ¡los treinta! ¡Los treinta y lo que traen consigo!

Cierro con fuerza los ojos, como cuando eres pequeño —o no tan pequeño— y estás viendo una película de miedo y al instante te sientes más protegido, y los vuelvo a abrir con la esperanza de que sea una confusión, que antes haya visto mal o algo así.

Pero no; ahí está, sutil pero indiscutible: mi teta izquierda sucumbiendo a la ley de la gravedad, de modo que ahora no solo tengo un pecho más grande que el otro, sino que además uno mira hacia el frente y otro hacia abajo. Suelto un gemido mientras tiro de ella desde arriba y mis pezones quedan de nuevo alineados. Vale, para ser justa, no es tan exagerado; en realidad tienes que fijarte mucho para darte cuenta, pero es otra maligna señal del paso del tiempo. Intento no deprimirme, diciéndome a mí misma que es una estupidez, que son cosas que tienen que pasar y que es perfectamente natural. Mis ojos se desvían hacia el contorno de los ojos, donde distingo claramente esas pequeñas arrugas que en unos pocos años

serán profundas y muy antiestéticas, y después se centran de nuevo en mis pechos. Voy cambiando la mirada de una zona a otra como si estuviera en un partido de tenis, y de pronto me invade una profunda desazón. Da igual que intente convencerme de que todo es perfectamente normal. Sí, será normal, pero no me gusta. Finalmente, decido que no voy a arreglar nada quedándome parada delante del espejo mientras me saco defectos, así que me meto en la ducha, donde el agua caliente me produce un gran alivio. Abuso del champú y del gel del baño a modo de consuelo y la mezcla de olores me recuerda un poco a las margaritas de Mateo, que he dejado metidas en su cajita, dentro del cajón de mi mesa de trabajo. Intento despejar la mente, vivir el aquí y el ahora, pero no es tan fácil, y me cabreo con los predicadores del *mindfulness*, porque seguro que ellos también han pasado por la crisis de los treinta y mientras la sufrían no se estaban quedando embelesados con el olor de su champú ni con la sensación de las gotas de agua cayendo por su espalda, pensando que la vida es de color de rosa y que las mariposas son estupendas porque tienen alas.

Cuando salgo de la ducha me envuelvo en una toalla un poco áspera y me cabreo porque no es como esas tan esponjosas que se ven en los anuncios y que luego no existen en ningún sitio más. Salgo refunfuñando del baño y Charlie me mira con curiosidad, como si pensase que estoy loca por hablar sola, lo cual es irónico porque normalmente la gente piensa que lo estoy precisamente porque hablo con él. Me dirijo a la habitación y dudo entre meterme en la cama y no saber nada del mundo, en plan dramático total, o bajar a la cafetería y tomar un caldo calentito. Es una costumbre que adquirí el primer día que lo probé, porque sabe exactamente igual que el de mi madre. Me pongo unos vaqueros sencillos, un jersey fino y unas deportivas y me seco el pelo con la toalla para luego recogerlo en un moño. Charlie se ha tumbado en la cama y está cogiendo postura para dormir. Le doy un beso en la cabeza y le digo:

—Voy a bajar un ratito. Ahora mismo vuelvo, no hace falta que me esperes despierto.

Él me dedica un ligero gorjeo y yo suelto una risita. Parece que, poco a poco, voy recuperando el buen humor.

Cuando llego a la cafetería me siento en mi mesa preferida, que está situada en una esquina desde la que puedo ver el exterior. Enseguida se acerca una camarera a la que no conozco y, después de que tome nota de mi pedido, le digo:

—¿Te importa saludar a Esperanza de parte de Cris?

La muchacha asiente con la cabeza, un poco distraída, lo que me hace dudar de si el mensaje llegará a los oídos de la cocinera. La primera vez que tomé su caldo de pollo me vio tan entusiasmada que ahora, cada vez que voy, sale a saludarme y, a veces, cuando tiene tiempo, a charlar un ratito conmigo.

Aprovecho mientras espero para consultar mi móvil, y entre todos los correos que envío a la papelera sin abrirlos siquiera, encuentro uno de Vicky.

De: Victoria Gómez <[vickylavikinga@coolmail.es](mailto:vickylavikinga@coolmail.es)>

Para: Cris <[calejo87@coolmail.es](mailto:calejo87@coolmail.es)>

Fecha: 22 de mayo de 2017 14:22

Asunto: Re: Fotógrafa de boda

¡Genial! ¿Qué tal te vendría este miércoles a eso de las 19:00? Ya sé que es un poco precipitado, pero con todos los preparativos estamos un poco desbordados, y bueno, el tiempo apremia, la verdad. Pero si no te viene bien, me adapto a lo que me digas.

Un saludo,

Vicky

Pienso un momento, decido que el miércoles no tengo nada que hacer y que a las siete me da tiempo a llegar, siempre que quedemos por la zona de Tirso de Molina, donde vivo. Le respondo confirmando la cita y proponiéndole que nos encontremos en la misma plaza de Tirso, y echo un vistazo a los mensajes que han estado enviando las chicas. En el grupo *Despedida de soltera*, Paola comenta que ha conseguido mesa para el Miu Miu el día diecisiete de junio, fecha que ya teníamos acordada desde hace siglos, a las diez de la noche. Irene, muy en su línea, se muestra un poco disconforme con la hora, pero entusiasmada ante la expectativa de «liarla parda» después. Tecleo rápidamente:

**Cris**

Genial, Paola, muchas gracias!! Va a ser genial!!!

Después leo los mensajes del otro grupo.

**Sara**

¿Alguna novedad sobre el zalamero?

**Ire**

A ver si Cris lo lee y nos cuenta. Viene mi madre de visita el viernes, qué raro!!

**Sara**

¿Viene con tu padre?

**Ire**

Qué va, eso es lo raro, que viene sola. Creo que se han peleado o algo.

**Sara**

Bueno, tú tranquila, ya te lo contará.

**Paola**

Sí, no te preocupes.

**Ire**

Lo que me preocupa es que tendré que limpiar el piso, porque está un poco guarrete, la verdad... Alguna voluntaria??

**Sara**

...

**Paola**

...

**Ire**

Vaya amigas!!

**Sara**

¡Ja, ja, ja! ¡Que es broma! Claro, cielo, yo te ayudo a limpiar si quieres.

**Ire**

Pues Paola no dice nada, eh? Y la otra, según haya leído esto, se habrá hecho la loca también, jajajaja. Pero era broma, me apaño sola.

Sonriendo, me apresuro a seguir la conversación:

**Cris**

Estoy aquí!! He estado un poco liada el resto del día... Pues sí que hubo noticias del zalamero, me envió dos correos, uno diciéndome que estaba muy guapa hoy, y otro preguntándome si se habían abierto las margaritas.

En ese momento llega un mensaje de mi hermano Pablo:

**Pablo**

Ey, pequeñaja, qué tal el día?

Casi todos los días intercambiamos un par de mensajes, que a mí me sirven para sentirme más cercana a él y a mis padres, que viven en Galicia.

**Cris**

Genial, y el tuyo?

**Pablo**

Bastante bien, no me puedo quejar. Ya no queda nada para el día D!!

**Cris**

Mi cumple? Jejeje, ya, está ahí mismo!!

Pablo

Ya eres toda una mujercita :p

Suelto una carcajada. Pablo tan solo es cinco años mayor que yo, pero a veces se comporta conmigo como si fuera mi abuelo.

Cris

Ya ves!!

Pablo

Estoy muy orgulloso de ti, hermana. Te quiero mogollón!!

Siempre me emociono cuando alguien me dice que me quiere, pero hoy, con eso de que estoy un pelín sensible debido a mi inminente decadencia física, casi me hace llorar.

Cris

Y yo a ti, hermano!!!

Y añado unos cuantos emoticonos de corazón.

Pablo

Cursi!!

Cris

:p

En ese momento llega la propia Esperanza con el caldo que he pedido y los recibo a ambos con una gran sonrisa.

—¡Hummmmm! ¡Qué bien huele! —exclamo a modo de saludo.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué tal estás?

—Pues muy bien, Espe, ¿y tú?

El aroma del caldo me evoca recuerdos de mi niñez y noto un picorcillo en la nariz que anuncia lágrimas a punto de brotar. Vaya día más tonto llevo hoy.

—Bien, como siempre.

—¿Qué tal está tu hija? —inquiero recordando que la última vez que la vi me contó que se había torcido un tobillo y le habían recomendado hacer reposo.

Esperanza se pone una mano en la cintura y con la otra hace un gesto como para decir que ya todo pasó.

—Ya está otra vez sana como una manzana.

—Seguro que le preparaste más de uno de estos —le digo con una sonrisa señalando el plato humeante con la mirada.

—No te quemes —me advierte, y echa un vistazo fugaz a la cortina tras la que se esconde la pequeña cocina—. Hoy estoy muy ajetreada, linda, pero me alegro de verte.

—Y yo de verte a ti —respondo, y lo digo con toda sinceridad.

Veo cómo se aleja y cojo la cuchara, dispuesta a dar buena cuenta del delicioso caldo. Al tomar el primer sorbo ya me siento reconfortada. Es igualito que el de mi madre. Pienso en ella, en cómo se esmeraba en prepararlo cada vez que yo estaba enferma o simplemente triste. Cierro un momento los ojos para imaginármela en la cocina, con el delantal de flores atado alrededor de su cintura estrecha, tarareando con suavidad una canción mientras remueve el caldo del puchero. Después me sirve una generosa ración y, aunque yo digo que no quiero, insiste y me dice que me hará sentir mejor. Yo obedezco y me doy cuenta de que tiene razón, como siempre, porque a la tercera cucharada el frío abandona mi cuerpo, sustituido por un agradable calorcito que no ha conseguido proporcionarme ni la más gruesa de las mantas. Abro los ojos de nuevo. Esa escena se repitió muchísimas veces a lo largo de mi niñez, cada vez que me ponía enferma, pero el recuerdo más tierno que conservo sobre él es de cuando Roberto me dejó.

Yo estaba muy enamorada. Desde que empezamos a salir lo hacíamos todo juntos: compartíamos aficiones, amigos, escapadas y también alguna que otra discusión. Tres años y pico de felicidad absoluta. Soñaba con casarme con él a lo grande, invitar a un montón

de gente y hacer después un gran viaje de luna de miel. No tenía ni idea de cómo pagaríamos todo eso, puesto que entonces ninguno de los dos trabajaba todavía, pero era lo que quería. Estaba convencida de que pasaríamos juntos el resto de nuestras vidas y ya me imaginaba una casa llena de niños correteando de aquí para allá, y luego los nietos, y mientras tanto el tiempo pasaría y envejeceríamos juntos, tan enamorados como el primer día.

Pero, por lo visto, Roberto tenía otros planes. Yo no lo vi venir, no sé si porque estaba tan ciega en mi dicha que no fui capaz de captar las señales, o porque no hubo ninguna señal que hiciera pensar tal cosa. El caso es que un día quedamos, como siempre, y cuando fui a echarme en sus brazos como cada día, esperando mi beso a modo de saludo, él me apartó. Lo hizo con suma suavidad, pero para mí fue como si me abofeteara. Al principio pensé que estaba bromeando y de nuevo me acerqué a él, con una sonrisa traviesa, pero la seriedad de su mirada me alertó de que algo no iba bien. Nunca lo había visto mirarme así, o nunca me había dado cuenta. Duró tan solo unos minutos, lo que puede tardar una persona en decir que no quiere seguir adelante con una relación, pero a mí se me paró el tiempo. Sentí que me faltaba el aire, que algo me apresaba la garganta y no me dejaba respirar, y boqueé como un pez, mirando a Roberto con los ojos abiertos como si no supiera quién era. En ese momento mi dignidad me importaba bastante poco y supliqué. Le supliqué que me diera otra oportunidad, que no sabía qué era lo que había hecho mal, pero que lo cambiaría, e intenté echarme de nuevo en sus brazos. Pero él negó tristemente con la cabeza y me dijo que yo no había hecho nada mal, que simplemente ya no me quería. Me quedé fría. ¿Cómo era posible que hubiera dejado de quererme de un día para otro? ¿Cómo podía ser que estuviéramos unidos por la misma relación pero en puntos tan distintos? ¿Cómo podía suceder, maldita sea, que yo estuviera pensando en tener nietos con él y él en cuál sería la mejor forma de dejarme?

Me enfadé. Me di la vuelta para marcharme y él pronunció mi nombre en voz bajita, pero no me giré; no quería volver a mirarlo. Me sentía engañada, abandonada y profundamente deprimida. Solo hubiera podido aliviarme oír que se trataba de una broma —una

broma sin gracia, eso sí— y que todo seguía siendo como hasta entonces. Pero claro, aquello no era posible. Roberto fue sincero al decir que ya no me quería y contra eso no podía hacer nada. Así que eché a caminar en dirección a mi casa y él me dejó ir. Cada paso que avanzaba nos alejaba más y más, y el ser tan plenamente consciente de ello me hundió. Sentía un peso sobre los hombros que me impedía caminar con normalidad y deambulé con paso errante hasta que llegué a casa.

No hizo falta que dijera nada: mi madre me lo vio enseguida en la cara. Se limitó a acariciarme con cariño y a prometerme que el dolor pasaría. Entonces no la creí, por supuesto, pero el tiempo le dio, como siempre, la razón. Recuerdo que me preparó aquel maravilloso caldo y que, mientras me lo tomaba, me sentí de nuevo como una niña que necesita que sus padres la protejan y la cuiden. El caldo consiguió que entrara en calor, porque se había extendido un frío extraño en mi cuerpo y no paraba de temblar. Después, mi madre me llevó a mi habitación y me desvistió como cuando era pequeña para, a continuación, meterme en la cama y arroparme con delicadeza. Me dio un beso en la mejilla y se quedó sentada a mi lado, con las manos sobre el regazo, acariciándome la cara para tranquilizarme cada vez que una pesadilla interrumpía mis ya de por sí atormentados sueños.

El sonido de mi móvil advirtiéndome de la entrada de un correo electrónico me saca de mi ensoñación y me doy cuenta de que estoy sudando, no solo por la temperatura del caldo, sino también por mis recuerdos. Bueno, al menos me ha servido para olvidarme de la imparable caída de mi pecho, pienso con ironía.

Consulto el móvil con una mano mientras con la otra sigo dando buena cuenta del caldo de Esperanza. Es Vicky, mostrándose de acuerdo con la hora y el lugar de la cita. Veo también que las chicas han escrito más mensajes en *(B)Ellas* al respecto de los correos de Mateo.

**Sara**

Y no le habrás contestado, ¿verdad?

**Paola**

Eso! No seas aljibe!

**Ire**

Ehhhh???

**Sara**

¿Cisterna? ¿Seguro que querías decir eso? XDDD

**Ire**

Jajajajaja!!!

**Paola**

Uy, pues creo que no!! Quería decir boba, que no sea boba y que no le responda!!

Se me escapa una risotada y una mujer que está sentada sola en la barra me mira con curiosidad. Suelto la cuchara para teclear:

**Cris**

Me meo, Paola!! Noooo, no le he contestado!!

Me guardo para mí misma el decir que, en el fondo, las puñeteras margaritas me han hecho algo de ilusión.

**Sara**

¡¡Mejor!!

**Ire**

Bueno, tampoco sería un delito coquetear un poco con él, eh!

**Sara**

Ni se te ocurra, Cris.

**Cris**

Tranquilas, que no tengo ganas de meterme en ningún lío.

**Paola**

Eso, mejor.

**Cris**

Hala, niñas, me retiro.

Miro mi plato de caldo: aún me quedan un par de cucharadas, pero ya no puedo más. Los platos que me sirve Esperanza son demasiado copiosos.

**Ire**

Hala, hala, a la cama, dormilona!! Te nos estás haciendo vieja!!

**Paola**

Di que no, estás en la flor de la vida, jeje.

**Sara**

Buenas noches, lindas.

Ignoro el comentario de Irene porque en estos momentos no puedo responder con humor. Sí que me ha afectado el asunto de las tetas caídas, parece mentira.

**Cris**

Hasta mañana!!

Aprovecho para apagar el móvil y dejo el dinero en la bandejita con la cuenta, que en algún momento alguien me ha traído sin que yo me percatara. Suspiro y pienso en mi madre con una mezcla de cariño y tristeza. Me vendría muy bien que esta noche me consolara y me dijera que no tenga miedo de hacerme mayor, que ella también ha pasado por todo eso y que no solo ha sobrevivido, sino que lo ha hecho con una gran sonrisa. Por un segundo pienso en llamarla, pero

me digo que ya soy mayorcita y que debería tratar de tranquilizarme sola. Opto por marcharme a casa. La perspectiva de acostarme en la cama al lado de Charlie me alegra un poco y, con una sonrisa, me levanto y decido que mañana será un día mejor.

### 3



El miércoles salgo pronto del trabajo y me da tiempo a pasar por casa a cambiarme de ropa antes de mi cita con Vicky. Lo agradezco, porque cargar con el equipo de fotografía en tacones resultaría increíblemente incómodo. Charlie me observa con curiosidad mientras me cambio a toda prisa y le voy comentando las novedades del día.

—No sé si al final voy a tener un problema con Mateo. ¿Hasta qué punto algo se puede considerar un simple flirteo? ¿Dónde empieza a llamarse acoso?

Por supuesto, el felino no contesta, pero me mira ladeando ligeramente la cabeza, como si prestase atención a lo que digo. Seguramente lo hace, aunque solo sea porque le gusta el tono de mi voz. Observo sus grandes ojos verdes y sonrío. Está tumbado sobre un fular negro y no se sabe dónde empieza uno y termina el otro.

Como le decía a Charlie, la situación con Mateo se me empieza a hacer incómoda. Ayer y hoy también recibí unas cuantas margaritas por la mañana, aunque esta vez no iban acompañadas por ninguna nota. El martes me sentí tonta de nuevo al darme cuenta de que una parte de mí, ínfima, pero una parte al fin y al cabo, se sentía halagada. Me enfadé conmigo misma y pasé el resto del día de morros. Incluso dejé de ir al baño de la planta de arriba para evitar cualquier encuentro e ignoré un correo que me envió en el que me decía que yo

soy tan bonita como las margaritas. Hoy, sin embargo, he cambiado mi estrategia y no he dejado que este pequeño asunto cambie mis hábitos. El baño de la planta de arriba me queda más cerca que el de abajo —para el que sí tengo que atravesar la oficina entera dos veces, una a la ida y otra a la vuelta—, así que, dispuesta a no dejarme avasallar por Mateo, he decidido acudir al de la cuarta planta. En una ocasión he coincidido allí con él, los dos solos.

—Hola, preciosa —me ha dicho en voz bajita.

Enseguida he descartado que se tratase de un encuentro amañado porque he leído la sorpresa en sus ojos.

—Hola —he respondido con la voz más neutra que he podido encontrar.

—Si te molesta lo de las margaritas puedo dejar de hacerlo.

Me he quedado con la boca abierta, sorprendida de que no salieran de ella las palabras: «Sí, por favor, te agradecería que dejases de hacerlo», y en cambio he negado con la cabeza. Me hubiera dado de puñetazos a mí misma por mostrar tanta estupidez en tan pocos segundos. Me sentía como una adolescente a la que el chico que le gusta le está pidiendo salir y es incapaz de decir que no, incluso sabiendo que es el que peor reputación tiene de todo el instituto.

Entonces se ha acercado a mí y he notado cómo me temblaban las piernas, una mezcla de excitación y nerviosismo. Por mi mente han pasado imágenes de nuestro fogoso encuentro y de pronto he sentido el impulso de aproximarme y tirármelo allí mismo. No lo he hecho, por supuesto, pero el simple hecho de haberlo pensado ya me horroriza. Con la excusa de acercarse al secador de manos, su cuerpo ha rozado muy sutilmente el mío y un escalofrío me ha recorrido entera. Entonces, una vocecita en mi cabeza me ha dicho: «¡Eh, espabila! ¡Este tío no te conviene!», y por fin he reaccionado separándome de él con rapidez, aunque notaba que mi cuerpo se negaba. Mi cuerpo quería permanecer junto al suyo, mi cuerpo quería pegarse tanto a él que pareciesen solo uno, quería desnudarlo y besarlo y lamerlo y...

He tenido que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad, ayudada por las imágenes de mis amigas echándome una bronca

increíble, horrorizadas por tan sucios pensamientos dirigidos a un tío casado.

Mientras Mateo se secaba las manos observaba mi reflejo en el espejo.

—Entonces lo seguiré haciendo.

He tardado un poco en saber qué quería decir, hasta darme cuenta de que se refería a dejarme margaritas. Confieso que esta mañana acudí al trabajo con sentimientos encontrados: por una parte quería descubrir las margaritas encima de mi mesa; por la otra, no quería.

Mateo me estaba mirando con una sonrisa, esperando alguna respuesta. Como seguía sin poder hablar, simplemente he murmurado:

—Ah, vale.

Y a continuación me he metido en uno de los cubículos y después he cerrado la puerta a mis espaldas. Solo entonces me he dado cuenta de que apenas podía respirar y de que estaba jadeando.

—Patético, ¿no, Charlie? —le digo mientras me cambio la elegante blusa por un jersey fino de color azul.

No les he contado nada a las chicas porque ya sé lo que me van a decir. Y como no lo he hecho, para ellas es un capítulo cerrado y no ha ocurrido nada reseñable después del lunes. Nada como que soy una gilipollas integral y resulta que me siento muy atraída por un hombre casado.

Decido sacarlo un ratito de mi mente, aunque me resulta difícil porque una y otra vez vuelve a mí la sensación que experimenté al tenerlo de nuevo a milímetros de mí, y soy muy consciente de que se va a convertir en una debilidad que no sé cómo voy a manejar. Después de nuestro encuentro he recibido un correo en el que me decía que huelo increíblemente bien y me he pasado una hora debatiendo conmigo misma sobre si contestar y, en caso afirmativo, cómo hacerlo. Por una parte quería decirle que dejase de enviarme correos y de regalarme margaritas. Por otra, deseaba seguirle el juego y coquetear con él, lo que me hacía sentir confusa y, en cierto modo, sucia. Sucia porque recibir estas atenciones de un hombre casado que, además, es mi compañero de trabajo, no está bien. Desde fuera ha de

verse como un hombre que está insistiendo demasiado a una mujer que no lo está alentando. Pero ¿de verdad no lo estoy haciendo? No le he dicho que no, ni tampoco que sí, pero estoy segura de que mi lenguaje corporal durante nuestro encuentro no ha dejado lugar a dudas. He estado a punto de consultarlo con las chicas, pero al final no lo he hecho, y me avergüenza reconocer que es porque me niego a que me aconsejen que corte por lo sano. Si nadie me lo dice me parece menos incorrecto no cortar. Es absurdo, pero funciona así.

—¡Céntrate, Cris! —exclamo cuando me doy cuenta de que mi mente se ha ido por otros derroteros. Charlie levanta la cabeza y cuando ve que no hay nada interesante, la apoya de nuevo en el fular para seguir durmiendo.

Miro la hora y veo que apenas me queda tiempo, así que me calzo unas deportivas, cojo una sudadera y mi equipo de fotografía y salgo de casa rápidamente.

Cuando llego a la plaza de Tirso de Molina, a escasos metros de mi apartamento, miro alrededor y observo que hay mucha gente. Espero que sea Vicky quien me reconozca por el equipo de fotografía, porque acabo de darme cuenta de que ni siquiera tengo idea de su edad, así que no sabría por dónde empezar a buscar. Miro mi móvil, por si me hubiera enviado algún correo, y observo que al final he llegado pronto. No hay ningún correo, pero sí un mensaje en *(B)Ellas*, que acaba de llegar.

**Sara**

Chicas, ¡¡mi padre no va a venir a la boda!!

Suspiro. Pobre Sara. Aunque su relación no es muy estrecha y ella intenta fingir que esto no la afecta en absoluto, sé que estaba muy ilusionada ante la perspectiva de que acudiese, aunque eso implicase que trajese del brazo a la «fulanilla de turno con la que estuviese viéndose en este momento», según sus propias palabras. Contesto:

**Cris**

Lo siento!! Y por qué no?

Echo un vistazo para ver si distingo a alguien que también esté buscando a alguien.

**Sara**

Dice que tiene que trabajar ese día.

Eso sería creíble si su padre fuese capaz de conservar alguno de sus empleos, pero me ahorro el comentario.

**Cris**

Estoy segura de que le da mucha rabia no poder venir, pero hoy por hoy el trabajo está fatal, no se puede decir que no a nada.

**Sara**

No seas condescendiente, Cris, por favor. Sé perfectamente que si no viene es porque no le da la gana.

Me muerdo el labio.

**Cris**

Lo siento, tienes razón.

**Sara**

No pasa nada, ya sé que querías que me sintiera mejor. Pero bueno, ¡así es mi padre!

**Ire**

Joder!!! Lo siento mucho, reina!!! Estás bien??

**Paola**

Ohhhhh, cuánto lo siento!! Podemos hacer algo? Quieres quedar?

**Sara**

Gracias, chicas. No, no os preocupéis, la verdad es que en el fondo ya me lo esperaba...

Por un segundo me pregunto si Sara acabará de tomarse una copa, porque, para tratarse de ella, ya son muchas palabras en muy poco tiempo.

**Ire**

Seguro?? Porque en nada montamos un fiestón que te olvidas de tu padre y de todo!!

**Sara**

¡Ja, ja! No, de verdad, gracias, Ire. Necesito conservar las fuerzas para mañana.

**Paola**

Es verdad, mañana ya es jueves!! Estás preparada para saltar de década, Cris?

Me dan ganas de decir que no, no lo estoy, pero decido recurrir al humor.

**Cris**

No lo sé!! El otro día me di cuenta de que se me ha caído una teta!! Si va a ser así a partir de ahora no sé si quiero seguir cumpliendo años, eh?

Añado un emoticono para que sepan que estoy bromeando, aunque en realidad tampoco estoy bromeando tanto. Pero Irene no lo puede saber y escribe:

---

Ire

Pronto empiezas! Verás a los cuarenta, te van a llegar a los pies!!

Sé que no lo dice con maldad y que no tiene ni idea de hasta qué punto estoy sensible con el tema, así que respondo con un emoticono soltando una carcajada, a la vez que Paola dice:

Paola

Cris, estás tan guapa como siempre, no te comas el tarro!!

Sonrío. Por eso Paola siempre será mi mejor amiga. A continuación, Sara escribe:

Sara

¡Paola tiene razón! ¡Los treinta son los nuevos veinte, ya verás!

Por alguna razón, sus comentarios me emocionan. No sé por qué estoy tan ñoña últimamente, pero odio sentirme vulnerable, como si cualquier cosa pudiera hacerme llorar. Tecleo:

Cris

Gracias!! Bueno, a ti no, Ire, por mala pécora :p

No me cabe duda de que Irene se lo tomará a broma, y su respuesta en forma de *emoji* sacando la lengua me lo confirma.

—Perdona, ¿eres Cristina?

Involuntariamente, pego un respingo. Se me había olvidado que estaba esperando a Vicky. Levanto la cabeza con una sonrisa para encontrarme con una chica pelirroja, con la piel muy pálida y pecosa y unos grandes ojos azules, nariz chata y labios finos. No es lo que se dice guapa, pero llama bastante la atención.

—Vicky, ¿verdad? —respondo y le doy dos besos, ya que un apretón de manos me parece demasiado impersonal.

Entonces me doy cuenta de la figura que hay a su lado, esperando a que ella lo presente. Miro su rostro al mismo tiempo que Vicky está diciendo: «Este es mi prometido... ». No hace falta que diga su nombre. Reconocería esa cara aunque me estuvieran apuntando con veinte pistolas a la vez: los ojos negros, el pelo revuelto, la nariz un poco torcida, los labios carnosos, ahora entreabiertos. Termino la frase por ella:

—Roberto.

—Anda, ¿os conocéis? —pregunta Vicky mientras sus ojos saltan de uno a otro como en un partido de tenis de mesa.

El silencio dura unos segundos, mientras Roberto y yo nos observamos como se observan dos personas que llevan una década sin verse. Parece mentira que en todo este tiempo no hayamos coincidido ninguna vez por la calle, pero así ha sido. Observo los pequeños cambios que la edad ha ido dejando en él: empieza a clarearle el pelo por la zona de las sienes y se adivinan unas pequeñas arruguitas bajo los ojos. Recuerdo bien que siempre que se reía le salían y me parecía que le daban un aire muy atractivo. Por lo demás, está exactamente tal y como lo recuerdo, tal vez con unos kilos más, pero que para nada le sobran, al contrario. Me atoro pensando que tal vez él me esté sometiendo al mismo escrutinio, y no puedo dejar de pensar que se habrá dado cuenta de que estoy mucho más vieja. Inconscientemente trato de cubrirme el pecho con los brazos, como si pensara que se va a percatar de que se me ha caído uno de ellos... Aquel que un día él apodó cariñosamente «el mayor». Evidentemente, el otro era «el pequeño».

Cuando por fin Roberto habla me saca a patadas de mi estado de *shock*.

—Sí —responde mientras mira a Vicky—. Eh... Cris y yo salimos un tiempo.

Ella enarca las cejas y se produce un pequeño momento incómodo. Estoy a punto de añadir, para quitarle hierro al asunto, que ocurrió hace siglos y que no fue nada importante, pero me detengo porque no sería verdad. Es decir, sí ocurrió hace siglos, pero también

fue muy importante, al menos para mí. Roberto ha sido mi primer amor, el primero que me rompió el corazón; eso es importante. Sin embargo, él sí recurre a las trilladas palabras.

—Éramos apenas unos críos —dice—. Han pasado..., ¿cuántos años? —Frunce el ceño y mira hacia arriba, como cuando alguien hace un esfuerzo enorme por recordar un dato que ha desechado en el fondo de su mente, como quien se deshace de unas zapatillas viejas guardándolas en el fondo del armario.

—Uf, no sé..., unos diez o así, ¿no? —Le sigo el juego porque no quiero que sepan que a mí me importa más que a él.

—Sí, algo así —replica él con una carcajada—. ¡Madre mía, qué casualidad!

—Y tanto... —sisea Vicky, que me mira con los ojos como platos, seguramente preguntándose hasta qué punto puede ser normal que una exnovia de tu prometido sea la fotógrafa de tu boda.

Yo también me hago esa pregunta, pero la descarto diciéndome que ahora soy una mujer adulta y madura y que estoy por encima de todo esto.

Ja.

Para romper el hielo e intentar reconducir la cita, intento apartar mis ojos de Roberto, al que he seguido mirando como si acabara de aparecérseme en forma de espíritu, y en su lugar miro a Vicky, a la que, de pronto, veo muchísimo más guapa que antes. Calculo que tendrá unos cuantos años menos que yo y eso hace que, por absurdo que parezca, me sienta traicionada, como si yo fuera una mujer de cincuenta años a la que su marido abandona por una veinteañera. Procuero alejar estos pensamientos y le pregunto a Vicky:

—¿Sabéis más o menos lo que queréis? —Y como veo que la pregunta me ha quedado bastante ambigua, aclaro—: Con la fotografía, me refiero.

Ellos sueltan sendas risitas incómodas y veo que se cogen de la mano, como si fueran ellos dos contra mí o algo así. Me doy un puntapié mental por paranoica y lo intento de nuevo.

—¿Dónde os casáis? Me gustaría ver el lugar para hacerme una idea. Y también, si no os importa, hacer una prueba en exteriores.

Hago así con todos los encargos que recibo. De esa manera me

aseguro de estudiar sus mejores ángulos y posiciones para que todo quede lo mejor posible el día señalado.

Vicky me da el nombre de una pequeña capilla que se encuentra a las afueras donde ya he hecho tres encargos anteriores, por lo que decido prescindir de la visita, pues conozco bastante bien el lugar. Sin embargo, necesito hacer la prueba. La plaza de Tirso me parece un lugar tan bueno como cualquier otro porque, al fin y al cabo, solo quiero acostumbrarme a sus gestos y movimientos. Se lo explico con toda profesionalidad y, por un momento, me olvido de con quién estoy hablando. Vicky y Roberto acceden y se dirigen a unos bancos que hay situados más o menos en el centro de la plaza. Yo voy también allí para sacar el equipo de sus fundas, y mientras lo hago pregunto, más por dar conversación que otra cosa:

—¿Y cómo es que os falló el fotógrafo tan a última hora?

Los dos sueltan una especie de «uffffff» tan acompasado que parece que lo hayan practicado antes de venir, y agitan una mano a la vez, como diciendo «déjalo, mejor no sacamos el tema». Me doy cuenta de que deben de habérselo preguntado ya un millón de veces y me disculpo.

—No pasa nada —asegura Vicky con una sonrisa mientras observa cómo desempaco el equipo—. Además, Reme me ha dicho que eres la mejor.

Eso hace que me sienta orgullosa de mí misma. A pesar de que no me dedico profesionalmente a esto, me gusta saber que lo hago bien. Acepto el cumplido con una sonrisa y pongo a punto todo el instrumental. Mientras lo hago no soy consciente de la cercanía de Roberto.

Cuando les digo que actúen con normalidad, caminando por la plaza y luego sentándose en el banco, es cuando cae sobre mí como una losa la idea de que mi primer amor se va a casar con otra mujer. Por un momento me quedo helada, con la boca abierta, y me alejo de ellos para sacar las fotografías. Cuando los tengo en el encuadre me doy cuenta de que no me haría falta hacer la prueba con Roberto. Conozco —conocía— su cuerpo entero al milímetro, y sé trasladarlo a la cámara perfectamente. Fue precisamente a él a quien le saqué mis primeras fotos «en serio». Solía ponerse delante de la cámara, con los

ojos bizcos y sacando la lengua, para hacerme reír. Yo fingía estar ofendida y le decía que debía tomárselo en serio, que de ello dependía mi futuro, y luego me cruzaba de brazos, haciendo como que estaba enfadada, hasta que él venía y me arropaba con los suyos, me daba un besito en la punta de la nariz y me decía: «No te enfades, boba». Los recuerdos son tan vívidos que por un segundo me quedo sin respiración.

—¿Todo bien? —exclama Vicky desde la distancia, porque han empezado a caminar cogidos de la mano y se ha dado cuenta de que he bajado la cámara, cosa de la que ni yo misma era consciente.

Me froto la frente con el dorso de la mano intentando mitigar el dolor de cabeza que empiezo a sufrir y respondo:

—Sí, sí, muy bien, seguid como hasta ahora.

Mientras observo cómo se toman de la mano de nuevo y siguen caminando muy juntos, mirándose el uno al otro como si no existiera nada más en el mundo, recuerdo cuando Roberto me miraba a mí de la misma manera. Intento por todos los medios dejar de pensar en ello porque no tiene sentido. Él tiene razón, aquello pasó hace mucho tiempo y no entiendo por qué he reaccionado así. Soy consciente de que estoy dramatizando la situación y no me gusta porque es algo que no va conmigo. Hago *zoom* y capto el momento exacto en el que Roberto le pasa el dedo índice por la barbilla a Vicky, mirándola como si no hubiera nada más hermoso en el mundo. Clic, clic. A continuación se inclina hacia ella para besarla con suavidad en los labios. Clic. Un segundo más tarde se sitúa detrás y le rodea el talle con los brazos mientras apoya ligeramente la barbilla en su coronilla y ambos miran a la cámara con los ojos brillantes. Clic. Clic.

Recuerdo la primera vez que me besó. Corrían rumores entre mis amigas y sus amigos de que yo le gustaba, pero no le había dado mucha credibilidad, a pesar de que Paola me juraba y perjuraba que era cierto. Un día me dirigía a casa, tras una tarde por ahí con mis amigas, y me lo encontré sentado en el banco de una marquesina del autobús. Hubiera pasado de largo, pero algo en la intensidad de su mirada me hizo detenerme.

—Hola —me saludó con cierta timidez.

Hasta entonces nunca habíamos intercambiado más que unos

cuantos saludos, pero en aquel momento incluso hasta eso me pareció difícil. Tuve que hacer acopio de todo mi valor para responder:

—Hola.

Él me sonrió con calidez, con una de esas sonrisas que achinan los ojos e iluminan el rostro entero. En aquel momento me pareció el chico más guapo del mundo.

—¿Quieres sentarte? —me preguntó dando una palmada en el banco de la marquesina, a su lado.

Me encogí de hombros y acepté en silencio. En cuanto lo hice noté el frío del banco de metal atravesando la tela de mis vaqueros y al mismo tiempo la calidez que desprendía su muslo, que se rozaba con el mío. Me puse muy nerviosa y me entraron ganas de morderme las uñas, aunque nunca lo había hecho. Miraba hacia ambos lados, evitando aposta sus ojos, en parte deseando que viniese alguien a esperar el autobús, en parte deseando que no ocurriese tal cosa.

—Me han dicho que no te crees que me gustas.

Sus palabras me pillaron por sorpresa. Por un momento me dije a mí misma que era una boba, que qué me esperaba si no era esto, pero en el momento en el que había accedido a sentarme allí, a su lado, no tenía en mente nada más. Por mí como si nos pasábamos el resto de la tarde allí sentados, los dos en silencio.

Sacudí la cabeza sin mirarlo a los ojos.

—Pues créetelo: me gustas.

Me mordí el labio, mirando hacia el frente, evitando de nuevo su mirada. Noté que me temblaban un poco las piernas y me alegré de estar sentada. Sentí una especie de vértigo. Él insistió:

—Y por una casualidad..., ¿yo no te gustaré a ti?

La imagen de Paola se pasó un segundo por mi mente. Aquella chismosa... Seguro que le había ido con el cuento a los amigos de Roberto. A ver, yo nunca había dicho que estuviera como loca por él, pero sí que me hacía *tilín*. Bueno, en aquel momento en que se estaba declarando, más bien me hacía *tolón*.

Musité:

—Sí.

Quería que me lo pusiera fácil, aún más de lo que ya me lo había

puesto, y que en aquel mismo momento se inclinase sobre mí y me besase. Pero, en cambio, con una mirada pícaro, respondió:

—Pues no me lo creo.

Entonces, como le dije a Paola más tarde, salió la diva que hay en mí. No sé de qué película o libro la saqué, pero mi reacción fue susurrar en un tono que yo quería lograr sensual, pero que resultó ser vacilante:

—¿Y cuándo te lo vas a creer?

Y entonces sí. Se inclinó sobre mí y yo vi aquellos ojos negros aproximándose y sus labios entreabiertos buscando los míos, y sentí pánico durante un milisegundo, el corazón golpeándome con fuerza en el pecho, la respiración agitada, la excitación ante lo desconocido, ante lo nuevo, la emoción de la proximidad con el ser humano que más me gustaba en el mundo. Cuando llegó, el beso fue, sencillamente, espectacular. No sé cuánto duró, pero durante aquellos segundos, o minutos, solo fuimos él y yo y nuestros labios apretados y nuestras lenguas enroscándose delicadamente, explorando nuestras bocas, ávidas de conocerse más y más. Apenas fui consciente de que sus dedos se entrelazaron con los míos, porque toda mi atención estaba puesta en aquel beso. Había besado a otros chicos antes, por supuesto, pero me sentí como si fuera la primera vez que lo hacía. Y, en cierto modo, lo era, porque fue la primera que sentí que el corazón me daba un salto en el pecho, que mis pulsaciones aumentaban peligrosamente, que pensé que no había nada en el mundo que me apeteciera más que estar así durante horas. Cuando nos separamos ambos estábamos sin aliento. Dejar de sentir la calidez de su boca fue como si me echaran un jarro de agua fría por la cabeza. Nos sonreímos con timidez, como si no hubiéramos sido nosotros los que, hasta hacía apenas un segundo, hubiéramos estado unidos en un apasionado beso.

—Bueno, yo... debería marcharme —dije de pronto, muy consciente de la hora y de la bronca que me echarían mis padres si tardaba mucho más.

—Te acompaño —se ofreció mientras se levantaba, y me tendió la mano para ayudarme, como si de algún modo intuyera que, según me levantase, mis piernas se doblarían como el chicle.

Acepté gustosa la mano y recorrimos en silencio los escasos metros que nos separaban de mi portal. Su dedo pulgar me acariciaba con delicadeza el dorso de la mano y, aunque por dentro estaba exultante, el impacto tras los intensos momentos que acababa de vivir me impidió decir ni una palabra.

Finalmente, cuando llegamos al portal, me preguntó:

—¿Cuándo puedo volver a verte?

—¿Mañana? —propuse sin dilación antes de recordar que ya había quedado con Paola. Aunque, de haberme acordado, seguramente le hubiera dado la misma respuesta. En aquel momento lo único que deseaba era estar con él, volver a sentir lo que había sentido hacía escasos minutos.

Roberto sonrió.

—Mañana —repitió, y se acercó para besarme de nuevo, esta vez apenas un roce en los labios que me dejó con ganas de mucho más.

Me separé a regañadientes de él y, tras algunos problemas para conseguir meter la llave en la cerradura, por fin la puerta se abrió y entré en el portal, tras volverme y comprobar que me estaba observando. Agité la mano a modo de despedida, él hizo lo propio y me dio la espalda para seguir su camino. Entonces el entusiasmo se abrió paso en mí a borbotones y, cuando estuve segura de que ya no podía verme, me puse a saltar en medio del portal, agitando los brazos y exclamando en voz bajita: «¡Sííííí! ¡Sííííí!», mientras me invadía el gracioso temor de que mi amplia sonrisa me desencajara la mandíbula.

—¿Podemos verlas? —La voz de Vicky me saca de mis recuerdos y cuando parpadeo me doy cuenta de que tengo los ojos húmedos. Mierda. La chica se acerca corriendo, entusiasmada, y rezo por que no se dé cuenta de que estoy a punto de llorar, porque si me pregunta qué me pasa no sabré contestar. ¿Ha sido un ataque de nostalgia? Soy consciente de que por primera vez siento envidia de una novia. Y no porque el matrimonio no entre dentro de mis planes —aunque piense que tal vez no sea para toda la vida—, sino porque siempre pensé que no debía apurarme, que había tiempo de sobra, que tenía todo el del mundo. Pero de pronto me doy cuenta de que no es así, de que ya he pasado mi juventud, los mejores años. Lo que no haya conseguido en

estos treinta años a duras penas voy a poder conseguirlo en los que me quedan. Intento tranquilizarme pensando que estoy exagerando, que solo es un ataque de pánico, pero mi cabeza es un torbellino de ideas dispares e irracionales: mañana cumplo treinta años, mi cuerpo está entrando en total decrepitud, mi primer amor —el único al que consideré mi «media naranja»— va a casarse con otra y yo lo voy a presenciar, me siento atraída por un hombre casado y, lo que es peor de todo, encajo perfectamente en el estereotipo de solterona amargada, a falta de seis o siete gatos más, eso sí, pero todo se andará.

Cuando Vicky llega a mi altura estoy hiperventilando y ella se asusta.

—¡Oh, madre mía! —exclama—. ¡Roberto! ¡Ven! ¡No sé qué le pasa!

Noto cómo me libera de la carga de la cámara y extendiendo una mano, intentando decir que estoy bien, que no se preocupe y, sobre todo, por favor, que no haga una escena. Noto la mandíbula tensa y desde ella me sube un dolor de cabeza insoportable.

—¿Qué te pasa, Cris? —La voz de Roberto, que ya ha llegado hasta nosotras, no me tranquiliza en absoluto.

Me pongo los dedos en las sienes y consigo susurrar:

—Solo una migraña...

—¿Qué dice? —casi chilla Vicky, y estoy tentada de decirle que se calle, pero no lo hago.

—Creo que tiene una migraña —responde Roberto y noto cómo entre los dos me llevan hasta un banco, donde me sientan con cuidado.

Si lo viese todo desde fuera estoy segura de que me reiría a carcajadas. Yo, Cristina Alejo, firme defensora de que el amor dura lo que dura, la mayor parte de las veces un suspiro, noqueada por el reencuentro con un ex. Vale, no es un ex cualquiera. Es el que me enseñó que el amor no dura para siempre. Que no hay una mitad para cada uno de nosotros. El mismo que ahora ha encontrado a la suya. Intento tranquilizarme pensando que probablemente dentro de unos cuantos años él engañará a Vicky con otra, o viceversa. O, simplemente, un día se despertará y se dará cuenta de que ya no la quiere, como le ocurrió conmigo, y entonces volveré a estar segura de

que es cierto, de que el problema no fui yo, sino que de verdad puedes dejar de querer a cualquier persona, no importa cuánto la ames. Me doy cuenta de lo absurdo de mi introspección, pero me da igual porque es lo único que consigue calmar este dolor de cabeza, tan intenso que incluso me están dando ganas de vomitar. Siento que la mandíbula y los hombros se relajan y el dolor se mitiga un poco, lo suficiente como para abrir los ojos, que no sé en qué momento he cerrado. Por un instante me pregunto si no tendrán razón Paola y Sara cuando dicen que tengo un trauma por la forma en que me dejó Roberto, pero desecho el pensamiento automáticamente.

—Ya estoy mejor —suspiro finalmente, y de pronto estoy muy avergonzada, así que añado con sinceridad—: Lo siento.

—¡No te disculpes! —exclama Vicky mientras me coge de la mano—. Qué susto nos has dado.

—¿Te pasa muy a menudo? —pregunta Roberto, preocupado.

Sacudo la cabeza, que todavía tengo un poco dolorida. «No, solo cuando me reencuentro con el amor de mi vida», quiero decir, pero me abstengo, no solo porque es del todo inapropiado, sino porque faltaría a la verdad. Roberto nunca fue, ni será, el amor de mi vida, porque tal cosa no existe. Fue mi primer amor, eso es todo. Y sí, me ha impresionado verlo y he flipado yo sola, pero no hay más. Últimamente me estoy sometiendo a demasiada presión a mí misma, y además, aunque me avergüenza reconocerlo, por auténticas tonterías. Esa es la explicación. Ya está.

—No —digo finalmente, y en honor a la verdad añado—: Es la primera vez que me ocurre.

—Quizá deberías ir al médico —sugiere Vicky.

—No os preocupéis más —zanjo el asunto, porque no quiero seguir hablando de ello—. Todo está en orden.

Me quedo parada un momento, sin saber qué decir. Finalmente, con cierta timidez, Vicky pregunta:

—¿Podemos ver las fotos?

Me tiende la cámara, que ha estado sujetando todo este tiempo, y yo la pongo en el modo de visualización. Solo con ver la última que he sacado sé que son un éxito rotundo y que la pareja tiene lo que yo llamo «química con la cámara» —y entre ellos también, dicho sea de

paso—. Además, su visión hace que el estómago me dé un vuelco y les paso la cámara para no tener que verlas yo también.

Mientras Roberto y Vicky exclaman los consabidos *iohhh!* y *iahhhh!* a los que me tienen acostumbrada las parejas que ven la prueba fotográfica y, más tarde, las fotografías de boda, saco el móvil y compruebo si hay algún mensaje. Veo uno en *Despedida de soltera*. Por no cambiar mucho de tema, debe de ser.

**Paola**

He conseguido contactar con casi todas las amigas de Sara. Les he dado tu dirección y les he dicho que se pasen sobre las siete, Cris. Te sigue yendo bien, no?

Respondo:

**Cris**

Sí, claro que sí!! Estupendo, esto ya está en marcha!! Ire y yo ya lo tenemos casi todo organizado para la reunión.

Vale, no es del todo cierto, pero esa afirmación dejará tranquila a Paola, que es superorganizadora, y nos dará un poco de manga ancha a Ire y a mí, que empezaremos a estudiar los detalles este viernes.

Para entonces Vicky y Roberto han terminado de ver la prueba y se muestran encantados.

—¿Hay que hacer algo más? —quiere saber ella—. ¿Otra prueba o...?

Niego con la cabeza.

—No, no. Nada hasta el diez de junio. Ese día me convertiré en vuestra sombra —bromeo, porque es lo que hago siempre, aunque me doy cuenta de que esta vez no me hace ninguna gracia ser la sombra de la parejita.

—Pues muchas gracias, Cris, la verdad es que nos salvas la vida —suspira Vicky, feliz, mirando a Roberto. Después, de forma un tanto brusca, como si se acabase de acordar, vuelve a mirarme y suelta—:

Para ti no es problema, ¿verdad? Lo digo por... Bueno, ya sabes... —Lo dice frunciendo los labios en un gesto que muestra bien lo que quiere dar a entender.

El orgullo me invade y me siento más erguida, sacando pecho, en una postura que me aporte más confianza.

—No hay ningún problema —declaro en un tono neutro, muy profesional—, solo necesito que me deis algún teléfono para estar en contacto.

—¡Por supuesto! —exclama Vicky, que se apresura a decirme los números de ambos, tras lo cual le dejo una llamada perdida en el suyo para que tengan también el mío.

Quedan dos semanas y media para su boda y no estoy del todo segura de que de verdad no me vaya a suponer ningún problema.

## 4



El jueves me despierta la luz del sol entrando a través de las rendijas de la persiana. Me estiro plácidamente, con la sonrisa boba propia de quien puede darse el lujo de quedarse en la cama todo el tiempo que desee, y sin querer le doy una patada a Charlie, que protesta con un sonoro maullido. Hace años que tengo la tradición de pedirme el día libre en el trabajo por mi cumpleaños. ¡Qué menos que poder disfrutar de tu gran día!

Me desperezó a gusto y pienso en la posibilidad de quedarme otro ratito allí tumbada, pero por desgracia hoy no tengo el ánimo como para pasarme todo el tiempo en la cama. Además, después de despertarlo, Charlie empieza a removerse inquieto a mis pies hasta que se levanta, camina y se coloca a la altura de mi cara, donde comienza a frotar sus mejillas.

—Anda, quita —protesto de broma—. Eres más zalamero que Mateo.

Me mira con los ojos muy abiertos, como si estuviera muy atento a lo que le digo, y no me cabe duda de que está esperando captar la palabra *desayuno*. Le devuelvo los mimos y echo un vistazo a mi reloj despertador para averiguar que son casi las diez de la mañana. He dormido más de nueve horas y me noto un poco abotargada.

Charlie maúlla y ladea la cabeza, mirándome fijamente. Suspiro y me doy cuenta de que, aunque quisiera, no podría permanecer más

tiempo en la cama, así que aparto las sábanas de un puntapié y me levanto sin más dilación.

Cuando los dos hemos desayunado, me preparo para salir a dar un paseo y mientras me recojo el pelo en un moño delante del espejo algo me sobresalta. Me giro para ver mejor la zona, por si acaso mi mente me está jugando una mala pasada, pero no. No sé cómo ni cuándo, de repente han aparecido en mi cabeza, por detrás de la oreja derecha, tres maravillosas canas. Vale, ya sé que así dicho no es para tanto, y estoy segura de que si me adivinase el pensamiento una mujer que necesita acudir a la peluquería cada dos semanas para retocarse las raíces me daría con el bolso en la cabeza, pero no puedo evitarlo, me da el bajón. Es como si cada mañana descubriese otro pequeño detalle que se va sumando al anterior y a todos los anteriores y consigue que de un día para otro me sienta increíblemente mayor. Meneo la cabeza y me suelto el pelo de nuevo; la parte positiva es que esas canas solo se ven con el cabello recogido.

Intento no darle tanta importancia porque sé que últimamente tengo tendencia a dramatizar, así que me olvido de mis canas, de mis arrugas y de mi pecho caído y me dispongo a encender el móvil, donde sé que encontraré, incluso siendo más o menos temprano, algunos mensajes de felicitación. Me acomodo en el sofá con las piernas cruzadas, sintiéndome un poco abandonada por Charlie, que debe de estar haciendo sus necesidades matutinas, y clavo mi mirada en la pantalla.

Aunque veo que hay muchos, el que más me llama la atención es el de Roberto. Mi corazón da un pequeño brinco, ilusionado porque se haya acordado de mi cumpleaños después de tantos años, y lo abro ansiosa para llevarme una decepción. El mensaje dice:

**Roberto**

Quería darte las gracias por acceder a ser nuestra fotógrafa. Vicky estuvo muy cerca de anular la boda entera cuando el otro nos dio la patada!! Mil gracias!!

Vale. Pues no se ha acordado de mi cumpleaños. Ha sido una tontería por mi parte pensar tal cosa. Está bien, no pasa nada. Respiro profundamente y me lanzo a leer felicitaciones de otros conocidos y amigos —las chicas incluidas, tanto por privado como *en (B)Ellas*—, que consiguen subirme un poco la moral, en particular la de mi hermano, que dice:

**Pablo**

Ya sabes que para mí siempre serás la peque, pero la peque ya es toda una mujercita. Te quiero mucho, luego te llamo!!

Sonrío. A Pablo no le importa decir cosas tan sensibleras, y eso es algo que me encanta de él. Y estoy segura de que es el motivo por el que tiene tanto éxito con las mujeres.

Aprovecho para enviarle a Paola un *gif* de felicitación, ya que también es su cumpleaños. Lo llevo guardando un par de semanas, desde que lo encontré por casualidad y decidí que le gustaría mucho. Al pulsar en el botón de envío me siento ilusionada.

Cuando me encuentro de mejor ánimo contesto al mensaje de Roberto de la forma más neutral que puedo.

**Cris**

De nada. Espero que salgan bien. Nos vemos el día 10.

Envío mensajes de agradecimiento mientras una parte de mí espera que Roberto responda algo, aunque en realidad no hay nada que responder. Bueno, tampoco está tan claro eso de que no haya nada que responder. ¿Por qué no comenta la gran casualidad que fue encontrarnos? ¿Por qué no dice algo que me haga pensar que también a él se le removieron un poco las entrañas? Sé que la explicación más sencilla es que nuestro encuentro no le afectó como a mí, tal vez porque está enamorado de otra mujer, pero ese motivo no me convence y quiero otro que me beneficie más, uno que me suba la

autoestima, algo como que desde ayer no ha podido dejar de pensar en mí, por ejemplo, que me demuestre que soy el tipo de mujer que deja huella en los hombres. No sé por qué me estoy obsesionando tanto con el tema y decido que ya es suficiente, que nunca he sido una paranoica ni una amargada y que no voy a empezar a serlo ahora, así que me levanto con decisión del sofá, me despido de Charlie, cojo mi chaqueta y mi bolso y me lanzo a disfrutar del día.

\* \* \*

Vale, el paseo me ha despejado la mente y he llegado a la conclusión de que esto no es más que una crisis pasajera. La de los treinta, o la de los cuarenta, o como la quieran llamar. Estoy en el punto de mi vida en el que empiezo a notar cambios en mi cuerpo y... Me río porque parezco una madre hablando con su hija adolescente. Bueno, el caso es que envejecer es, de momento, inevitable, así que lo único que puedo hacer es prevenir lo que sea posible, y lo que no, disimularlo, ¿verdad?

Por eso he entrado en una perfumería, a elegir un par de cremas antiarrugas que me prometen una piel tersa y luminosa, casi como si acabase de nacer, vaya. Aunque soy muy escéptica y sé que al menos la mitad de lo que pone en el envase es mentira, no me puedo resistir y elijo un contorno de ojos. Creo que para empezar será suficiente. Tampoco quiero comprar productos a lo loco, porque, quién sabe, a lo mejor mañana se me ha pasado la paranoia y ya ni siquiera veo las arrugas. Arruguitas. No sé, en este momento me siento muy bien conmigo misma, muy madura, tomando las riendas de la situación, y por eso soy capaz de restarle importancia a las cosas. Satisfecha, me dirijo a la caja para pagar cuando paso por delante del estante de los tintes. Me he teñido el pelo un par de veces en mi vida, aunque entonces lo hice porque me parecía divertido y no porque fuera necesario. Pero pienso que si me molestan ese par de canas, por estúpido que parezca, por qué no cubrirlas con tinte, ¿no? Escojo el color más parecido al mío natural y me dirijo con ambas cosas hacia la cajera, que me espera sonriente.

Aproximadamente una hora más tarde, me arrepiento de mi decisión. Me parece mentira que solo un rato antes caminara por la calle agitando con alegría la bolsa de la perfumería mientras pensaba en que aquella noche seguramente me haría algún recogido en el pelo, pues por el simple hecho de no haber podido hacérmelo por la mañana me apetecía más que nunca. Al llegar a casa me serví una generosa copa de vino blanco bajo la acusadora mirada de Charlie, al que había explicado que hoy era un día especial y me lo podía permitir sin sentirme culpable. Es el mismo argumento que empleo los domingos y los festivos, pero parece que coló, porque me dio la espalda y, con el rabo en alto, se dirigió al salón, se tumbó en el sofá y no se ha movido de allí desde entonces. Después me dirigí al baño con la caja de tinte en la mano y seguí las instrucciones al pie de la letra: me puse los guantes, mezclé los dos botecitos que contenía la caja, me coloqué una toalla vieja sobre los hombros, repartí la mezcla por todo el pelo... Pero algo ha fallado. Muchas cosas han fallado, en realidad.

Me siento en la tapa del váter, derrotada, y me termino la copa de un gran trago. Como parece relajarme un poco, me dirijo a la cocina, agarro la botella y me la llevo conmigo al cuarto de baño. Charlie levanta ligeramente la cabeza cuando paso por delante de la puerta del salón, pero por suerte no me ve. Una vez de vuelta en el baño, me sirvo otra generosa copa y sopeso mis opciones. Por un lado, ahora mismo mi frente parece manchada de ceniza, pero por mucho que froto no logro eliminar el tinte que, accidentalmente, he salpicado mientras me aplicaba la mezcla. Por otro, la caja prometía un color chocolate claro, más o menos mi color natural, pero para mi espanto el resultado es un negro ceniza casi azulado. Me miro en el espejo una vez más y, sinceramente, no me veo nada favorecida. Intento tranquilizarme pensando que a lo mejor, una vez seco el pelo, el color parecerá más claro, pero en el fondo sé que no habrá tanta diferencia. Me froto de nuevo la frente hasta que la tengo roja, pero las manchas siguen ahí. Miro de nuevo dentro de la caja, pensando que debería contener algún producto para limpiar las manchas de tinte no deseadas, porque no es posible que sea la única mujer en el mundo

que se haya ensuciado la frente después de aplicarse el tinte en casa, ¿no?

Me recojo el pelo con las manos, tal vez de esa forma se note menos el drástico cambio de tono, y entonces me doy cuenta de que siguen ahí. ¡No puede ser! Es cierto que no son blancas como antes, pero es indudable que ahí están, unos pelos unos tonos más claros que el resto. ¡Maldita sea! Me fijo en el envase y, al consultar la letra pequeña, leo que no cubre las canas. Suelto un resoplido y meneo la cabeza, frustrada. Me siento de nuevo sobre la tapa del váter y me cubro la cara con las manos.

Y entonces me empiezo a reír. Comienza como un gemido desesperado que me ha hecho pensar que me echaría a llorar irremediablemente, pero continúa con un ataque de risa en toda regla. Y no es para menos: en apenas una semana me he convertido en un ser neurótico, exageradamente preocupado por su apariencia.

—¡Bienvenida a la crisis de los treinta! —exclamo mientras me miro en el espejo entre lágrimas, y mi ridículo reflejo hace que me ría más y más, y según me voy riendo siento como si se me quitase un peso de encima, y me doy cuenta de que estoy llevando todo este tema de la forma más irracional posible. Puedo llevarlo mucho mejor, seguro.

Mis carcajadas han llamado la atención de Charlie, que se asoma al cuarto de baño con mirada inquisidora, y casi espero que me señale con la pata y me pregunte: «¿Qué demonios te has hecho en la cara?», pero, por supuesto, no lo hace, lo que, por alguna razón, me provoca aún más risa.

Cuando por fin se me pasa el ataque y consigo respirar de nuevo, decido enviarle un SOS a Irene. Me dirijo al salón, con el gato en una mano y la copa de vino en la otra, y, una vez acomodada en el sofá, tecleo:

**Cris**

Ire, por favor!! Necesito una peluquera de emergencia, la he liado parda!!

Para corroborar mis palabras me hago un *selfie* y se lo envío.

Echo un vistazo a mis mensajes, y odio decir que me siento decepcionada cuando veo que Roberto no ha contestado nada. Paola sí lo ha hecho, dándome las gracias por el *gif*, que asegura que le encanta, y se despide hasta hoy por la tarde en el *pub*.

Tomo otro trago cuando Irene contesta.

Ire

Te has teñido en casa??? Teniéndome a mí???

Cris

No me riñas, porfa, ha sido algo impulsivo!!

Ire

Vale, vale!! Lo de la frente tiene fácil arreglo con acetona o con agua oxigenada. Lo otro..., mejor me paso por allí!!

Cris

Genial! A qué hora podrías?

Ire

Qué tal sobre las cinco? Así de paso ya te dejo peinada para después!!

Cris

Vale, aquí te espero!! Mil gracias!!

Ire

Te quiero, boba!

Cris

Y yo a ti!!

Miro el reloj y veo que es la una y media. Dentro de un rato me prepararé un gran plato de macarrones con queso, mi comida preferida, y después vagaré hasta que llegue Irene. Siento un alivio inmediato al pensar que ella será capaz de arreglar mi pobre pelo. Entonces el sonido de mi móvil hace que lo mire de nuevo, tal vez sea

ella diciendo que puede venir un poco más pronto. Pero el mensaje proviene de un número que no tengo guardado en mi agenda.

**Número desconocido**

Me ha dicho un pajarito que hoy es tu cumpleaños. Eso explica por qué no te he visto en toda la mañana. Así no merece la pena venir a trabajar. Pero espero que disfrutes de tu día. Muchísimas felicidades.

No hace falta ser un genio para saber quién lo envía. Doy otro trago al vino y contesto, un poco molesta:

**Cris**

De dónde has sacado mi número?

La respuesta no se hace esperar:

**Número desconocido**

Tengo los números de todos los compañeros grabados en mi móvil. Siento haberte molestado.

La verdad es que sí me molesta un poco que se crea con el derecho a enviarme correos y mensajes cuando le da la gana, sin que yo le haya invitado a hacerlo, así que contesto:

**Cris**

No es un poco ilegal usarlos para fines personales? Igual que, por ejemplo, el correo.

**Número desconocido**

Solo si al destinatario no le gusta.

Me muerdo el labio, un poco nerviosa, sin saber qué contestar a eso, porque sé que en el fondo sí me gusta que lo haga. Me siento halagada. No se lo diría a las chicas, pero me siento patéticamente halagada porque un donjuán casado me tira los tejos. Sé que debería cortar esto ahora mismo, que es el momento propicio, que es lo que debo hacer, que es lo que suponía que haría en cuanto se me presentase la ocasión, que es muy mala idea no hacerlo y que no hacerlo ya no tendría vuelta atrás. Pero quizá sea el vino, o mi cumpleaños, o que tengo la sensación de que nunca le he importado lo suficiente a ningún hombre, o que me siento vieja y fea, o una mezcla de todo ello, el caso es que, contrariamente a lo que debería hacer, añado su contacto a mi agenda y respondo:

**Cris**

Me gustan las margaritas.

No es muy directo, no es un mensaje que dé pie a mucho más de lo que está ocurriendo, pero es lo suficientemente claro como para que entienda que puede seguir dejándolas cada día. Porque quiero que lo haga. Quiero seguir sintiéndome halagada, aunque no darle a entender que deseo que ocurra algo más entre nosotros. Él no tarda en responder:

**Mateo**

Entonces continuaré haciéndolo.

Sonrío, un poco victoriosa, y me percató de que me ha dado un pequeño subidón. Y antes de que pueda contenerme, cometo otro error. Total, el día del cumpleaños de una todo debería estar permitido, ¿no? Sin pensármelo dos veces, envío el mensaje que llevo deseando enviar desde hace unas cuantas horas:

**Cris**

Me alegré de verte ayer, Roberto.

Quizá *alegrar* no sea la palabra más apropiada, pero de verdad necesito saber que nuestro encuentro no le resultó tan indiferente como sus actos dan a entender.

Cuando me doy cuenta de que estoy empezando a comerme de nuevo la cabeza con el tema, sustituyo en mi mente la imagen de Roberto por la de Mateo, en concreto por unas imágenes muy claras de nuestro efusivo encuentro en el callejón. Tengo que reconocer que fue uno de los encuentros sexuales más apasionados de mi vida. Teníamos una química increíble, como si hubiera una corriente eléctrica entre nosotros que hiciese saltar chispas cada vez que nos rozábamos. Nunca había sentido nada parecido y me sorprende pensando que no me importaría repetir de nuevo. Es decir, si obviásemos el pequeño detalle de su estado civil. No me frena lo mismo por lo que se escandalizan Paola y Sara, el que haya una mujer, ignorante de la situación, esperándolo en casa, porque por lo que sé ella podría estar haciendo exactamente lo mismo. No, no es eso, o por lo menos no es *solo* eso. Es más bien una cuestión de orgullo, como si al engañar a su mujer conmigo también estuviese, en cierto modo, engañándome a mí. Como si se creyese tan increíble como para tener a la mujer que quiera con solo chasquear los dedos. El problema es que probablemente sea cierto y yo no sea más que otra pobre inconsciente incapaz de rendirse a sus encantos. Eso es lo que más me frena en todo este asunto. Sería distinto si él tuviera hijos; no sé por qué, entonces sí sentiría que los estoy traicionando a ellos. Sé que es absurdo, pero una no puede evitar pensar lo que piensa.

El tema de los hijos inexistentes de Mateo me trae a la mente un pensamiento un tanto sombrío: hoy cumpla treinta años y todavía no sé si quiero tener hijos. Me lo he planteado en algunas ocasiones, por supuesto, pero nunca como si tuviera que decidirlo en un futuro cercano, sería más bien a largo plazo, un plazo tan largo que no veo próxima su llegada. La posibilidad siempre estuvo ahí, sobre la mesa, solo era cuestión de tiempo que tomase algún tipo de decisión. Sin

embargo, hoy siento que, de alguna manera, el reloj comienza a correr en mi contra. Todos sabemos que los óvulos poseen fecha de caducidad, y que esta no es precisamente lejana. Si por casualidad decidiese tener hijos primero debería encontrar al hombre adecuado, y para saber si un hombre es adecuado necesitaría al menos un par de años de convivencia... Luego tendríamos que intentar que me quedase embarazada. Aunque cuando tienes dieciséis años da la impresión de que la primera vez que te acuestas con un chico vas a salir preñada, luego no es tan sencillo, y hay parejas que tardan muchos años en conseguirlo.

Empiezo a agobiarme y le doy vueltas a mi copa, observando su contenido con marcado interés. No me gustaría ser una madre muy mayor, así que considero que la edad tope para tener un hijo son los treinta y cinco. ¡Y para eso solo quedan cinco miserables años! ¿Cómo voy a conseguir en tan poco tiempo algo que no he encontrado en los treinta que tengo? ¿Y qué pasará con la criatura cuando su padre y yo nos separemos? Eh, eh, espera, ¿de verdad quiero traer al mundo a un ser inocente para crearle el trauma de ver cómo sus padres dejan de quererse? Aunque a lo mejor conseguimos explicarle que es algo natural, que hoy mamá y papá se quieren, pero que a lo mejor mañana ya no lo hacen, y eso nadie lo puede prever...

Buf. Sacudo la cabeza y empiezo una cuenta regresiva desde el número diez. Se me está yendo la olla, ya estoy absolutamente segura. Esto es lo que pasa cuando cumples los treinta: te vuelves majara, completamente majara, y eso sí que no tiene vuelta atrás.

Miro la hora y veo que ya toca prepararme la comida. Decido relajarme, porque estoy a punto de sufrir un ataque de pánico por cosas que no puedo controlar, y cuando recuerdo que Irene vendrá a las cinco me siento más tranquila. Si hay alguien que puede conseguir distraer mi obsesiva mente, esa es ella. Con todo, no logro evitar echarle un vistazo al móvil para ver si Roberto ha contestado. Por supuesto, no lo ha hecho.

\* \* \*

Después de comer recibo las llamadas de mi hermano y de mis padres. Aunque me siento más unida a Pablo que a ellos, con la única que me he atrevido a desahogarme un poco ha sido con mi madre; al fin y al cabo, pensé, es una mujer, ella me entenderá mejor que nadie. Le cuento todo lo relativo a mi súbita decadencia física, pero omito mi reacción ante el encuentro con Roberto, que sospecho tiene que ver bastante con lo insegura que me siento. Mientras acaricio distraídamente a Charlie, escucho los sabios consejos que solo una madre sabe dar.

—Vaya, cariño, sí que te ha llegado puntual la crisis de los treinta —bromea para quitarle hierro al asunto.

—¡Ya te digo! Yo creo que tiene algo que ver con mis ciclos.

Ella se ríe, sabiendo que me refiero a que, desde la primera regla, mis ciclos siempre han sido exactamente de veintiocho días; ni uno más, ni uno menos. Puede variar un par de horas a lo sumo, y, atendiendo a los cambios horarios de primavera y otoño, ni siquiera debería tenerlo en cuenta.

—Pero no le des tanta importancia. Estoy segura de que esos pequeños detalles ya están ahí desde hace un tiempo y lo único que ocurre es que te has dado cuenta ahora.

Sopeso lo que me dice y me muerdo el labio, pensativa. ¿Está en lo cierto? ¿Tengo un pecho caído desde hace meses y no me he dado cuenta hasta ahora? ¿Acaso es eso posible? Charlie suelta un gruñidito de protesta cuando dejo de acariciarle momentáneamente, obligándome a regresar a mi labor rápidamente.

—Hummmm.... —dudo pensando todavía.

—¡Es cierto! Es como... como cuando te das cuenta de que tienes estrías.

Asiento con la cabeza, convencida. Eso es definitivo. Mi madre tiene razón. La primera vez que me vi un par de estrías en los glúteos me horroricé, pensando que a partir de aquel momento me saldrían por docenas hasta que mi cuerpo entero estuviese plagado de ellas, pero Irene me tranquilizó, si es que *tranquilizar* es la palabra adecuada, recordándome que llevo con esas estrías desde el primer día que me vio en bikini, de lo cual hacía ya un par de años. Así que decido que mi madre está en lo cierto. Tal vez esas canas —y,

admitámoslo, son solo un par— llevan ahí años y las pequeñas arruguitas también, aunque no las haya visto hasta ahora porque cumplo los dichosos treinta y parece que todo el mundo hace muchos aspavientos al llegar a esa edad. Como si de repente te creciese una segunda cabeza que te saludase con un «¡hola, he venido a amargarte la vida!». Con un ligero estremecimiento, me percaté de que me he convertido en una de esas personas, y lo peor es que no soy capaz de enfrentarme a ello con humor. Me siento un poco perdida, porque siempre he afrontado así las situaciones difíciles, a base de sentido del humor. Sin él, ¿cómo voy a superar esto? Además, creo que soy una estúpida por preocuparme por algo tan banal, pero no logro evitarlo. Se lo confieso tal cual a mi madre, que intenta tranquilizarme.

—Hija, no seas tan dura contigo misma —me dice—. Aunque envejecer es natural y forma parte de la vida, eso no significa que sea fácil. Date un poco de tiempo.

Cuelgo el teléfono sintiéndome ligeramente mejor. Pero solo ligeramente. Reviso los mensajes en busca de la respuesta de Roberto, que en el fondo sé que nunca llegará, y me arrepiento de haberle enviado el último mensaje. ¿Por qué no lo he dejado estar, simplemente? Y ya puestos a autoflagelarse, ¿a qué ha venido ese ligero tonto con Mateo? ¿A dónde quiero llegar con todo esto? Vuelvo a estremecerme cuando pienso que no lo sé, que la situación —¿pero qué situación?, no paro de preguntarme— me supera y no veo por dónde cogerla.

—Me estoy volviendo loca, Charlie —le confieso con pesar, y por un momento me lo creo de verdad. Él me mira un segundo y luego agacha la cabeza de nuevo para apoyarla en el sofá. Cojo una manta, nos tapo y me tumbo a su lado. Que se quiten la meditación, el *mindfulness* o cualquier otro tipo de relajación si tengo a Charlie acostado a mi lado. No hay nada más tranquilizador en el mundo que su suave ronroneo.

\* \* \*

Despierto de un brinco. Estaba soñando con un barco y una sirena, una sirena de las que cantan, como Ariel, pero entonces la criatura se ponía a cantar y no sonaba una voz melodiosa ni nada parecido, sino una sirena exactamente, como las de las ambulancias. Sonaba tan alto y era tan desagradable que me he tenido que despertar para darme cuenta de que la sirena no era tal, sino solo el sonido del timbre.

Miro la hora mientras me levanto de un salto del sofá, lo que me cuesta una mirada de desprecio de Charlie. Son más de las cinco, así que corro a abrir la puerta antes de que Irene queme el timbre.

—¿Dónde te habías metido?! —exclama mientras me da un abrazo. Sé que no está enfadada.

—Me he quedado frita —confieso mientras me froto los ojos y, con un gesto, le digo que pase.

—¿En tu cumpleaños? ¡Eso no se puede tolerar! A no ser que estés descansando para darlo todo esta noche... ¡Felicidades, guapísima!

Me cubre de más abrazos y besos, hasta que estoy segura de que tengo toda la cara llena de su pintalabios rojo pasión. Después se separa de mí y observa mi cabello con aire crítico. Al principio no entiendo a qué viene eso, pero enseguida recuerdo mi malograda obra de arte con el tinte. Me coge un mechón y lo deja caer, entrecerrando los ojos.

—Vale —me dice muy seria, tanto que casi me asusta—. ¿Por qué lo has hecho?

Se me pasa por la cabeza que Irene haría muy bien de abogada. Entre su mirada inescrutable y el tono firme y serio de su voz, no habría criminal que se atreviese a tomarle el pelo. Nunca mejor dicho, por cierto.

—La crisis de los treinta —replico medio en broma, medio en serio.

Frunce el ceño, pidiendo una explicación más amplia. Me retiro el pelo y le enseño mis canas, que si bien ahora no son del todo blancas, desde luego distan mucho de lucir el color negro ala de cuervo del resto de mi pelo. Ire arquea las cejas.

—¿Por un par de canas... todo esto? —inquire haciendo un

círculo con las manos delante de mi cabeza.

—Pues sí. —Me encojo de hombros y sonrío, como diciendo: «Sí, ya ves qué tontería».

—Vale. —Se queda en silencio un momento y luego camina en círculo alrededor de mí, para ver mi pelo desde todos los ángulos.

—¿Tiene arreglo? —pregunto, insegura.

—En realidad no te queda mal —me dice ella alborotando mi ahora negra cabellera.

—¿Qué dices? ¡Me queda fatal!

—No creas —contesta situándose de nuevo enfrente de mí y llevándose una uña cuidadosamente pintada a la boca—. Quizá te endurece mucho los rasgos, pero eso tiene solución.

—Quiero de vuelta mi color castaño.

—¡Oh! ¡Ya sé! —exclama muy entusiasmada de repente—. ¡Te vienes conmigo a la *pelu*!

Me coge del brazo y tira de mí.

—¿Qué dices? —digo yo resistiéndome—. ¡No pienso salir así por ahí! ¡Parezco de la familia Adams!

Pone los ojos en blanco, abre el armario del recibidor y revuelve en un cajón.

—¿Qué buscas? —pregunto, pero me ignora.

Charlie hace acto de presencia, atraído por el ruido que está armando Irene, y se sienta para observarla. Finalmente ella se vuelve hacia mí mostrándome, victoriosa, un gorro.

—¡Toma! ¡Ponte esto!

—¿Un gorro de lana? ¿En pleno mayo?

Ire resopla, pone los ojos en blanco y, dirigiéndose a Charlie, le dice:

—Oye, *Saco de Pulgas*, ya le estás diciendo a tu dueña que no sea tan sibarita. —Intenté durante meses que lo llamase por su nombre, pero no hubo forma. Sé que no es una gran amante de los gatos, y por lo visto ella tampoco es la persona favorita de mi minino, pero de alguna manera han aprendido a tolerarse. Diría, incluso, que Ire le ha cogido cierto cariño, aunque no puedo asegurar que haya ocurrido lo mismo en sentido contrario.

—Venga, Ire, ¿no puedes arreglármelo aquí?

—Sí, claro, podría hacerte un mal apaño. Aunque estoy pensando en algo un poco más sofisticado, algo que te va a gustar, ya lo verás. Pero necesito que vengas a la peluquería.

Sé que estoy a punto de ceder porque, en todos los años que llevamos siendo amigas, Irene nunca se ha equivocado al aconsejarnos tal o cual corte de pelo, peinado o color.

—¿Pero habrá sitio...?

No me deja terminar la pregunta cuando ya está tirando de mí hacia la puerta, con una mirada que significa: «A ver, soy la jefa, por supuesto que habrá sitio».

\* \* \*

Un par de horas más tarde estoy en el *pub* disfrutando de una pinta de Guinness y de unos cuantos halagos —merecidos, tengo que confesar— acerca de mi pelo. Irene tenía razón. Siempre me maravilla cómo es capaz de convertir algo a todas luces malo en algo bueno. Me ha hecho unas mechas californianas de color caoba que me sientan de maravilla. El contraste del pelo negro con mi cara más bien pálida era demasiado intenso como para resultar favorecedor, pero atenuado con las mechas se ve impresionante. Después, además, me ha maquillado, y de vuelta en mi casa hemos elegido entre las dos un conjunto muy favorecedor consistente en unos vaqueros ceñidos, los que mejor culo me hacen, una blusa fruncida por debajo del pecho y unos zapatos de tacón bajo, cómodos pero femeninos. Así que ahora mismo me siento *supersexy* y segura de mí misma, sensación que no ha hecho más que incrementarse al ver las reacciones de Paola y Sara: prácticamente se han puesto a dar saltos de entusiasmo. Luego Toni, aunque de modo un poco dramático, ha terminado de subirme el ánimo.

—¡Por las cumpleaños! —exclama Ire entrechocando su jarra con la mía y la de Sara y, después, con menos efusividad, con el vaso de agua de Paola.

Todas brindamos sonrientes y respiro, relajada, mientras me meto en la boca un par de gominolas verdes.

—A las ocho, a las ocho —susurra Irene mostrando de nuevo lo mal que funciona su *radar gay*. Ya he visto a esos chicos antes y estoy segura de que ninguno de ellos es gay.

—Noooooooooooo —decimos a la vez Paola, Sara y yo alargando la palabra. Nos miramos y nos echamos a reír.

—Alguna vez acertaré —dice Ire encogiéndose de hombros mientras achina los ojos, observando con más detenimiento a su nueva víctima—. Y presiento que va a ser hoy.

—¡Eh, eh! —exclama Sara—. ¡Que estamos de cumple!

—¡Uy, ¡es verdad! ¡Es la hora de los regalos! —vocea Irene dando palmaditas entusiasmadas, y ambas se agachan para alcanzar sendas bolsas moradas que dejan sobre la mesa mientras nos miran ilusionadas.

Creo que tanto Paola como yo sabemos lo que es, pero no queremos chafarles la sorpresa, así que cogemos una bolsa cada una y la agitamos con cuidado, como si intentásemos adivinar lo que hay dentro.

—¿Qué será? —pregunto en voz alta intentando que no se me note que estoy fingiendo. Por suerte, es Paola la que adivina cuándo estoy soltando alguna mentirijilla, y en esta situación en concreto es mi cómplice.

—Hummmm... No sé, no sé... —replica Paola, que sé que está fingiendo igual que yo, y me pregunto si a mí se me nota tanto. Echo un rápido vistazo a Ire y a Sara, pero no parecen percatarse de que ya sabemos exactamente lo que nos han regalado: sus caras son de expectación total.

Saco de la bolsa un paquete cuidadosamente envuelto y lo agito despacio, aunque sé que no se va a romper. Decido no tentar a la suerte con más parafernalia y comienzo a abrirlo a la par que Paola, hasta que ambas sacamos dos bolsos idénticos de Desigual, nuestra marca de ropa preferida y que yo raras veces me puedo permitir.

Soltamos fingidos gritos de sorpresa y de alegría, estos últimos verdaderos, y abrazamos a nuestras amigas mientras les damos las gracias una y mil veces. Paola y yo habíamos visto este modelo en un catálogo y nos había encantado a las dos, pero cuando fuimos a la tienda estaban agotados, y en la página web tampoco aparecían.

—¿Cómo los habéis conseguido? —pregunta Paola secándose una lagrimita del rabillo del ojo.

—Ahhh... Esas cosas no se cuentan —responde Irene con misterio, y luego añade, un poco socarrona—: ¡Jo, tía, eres demasiado sensible!

Pero cuando le da un gran abrazo veo que ella también tiene los ojos brillantes y no puedo evitar sonreír. Ire parece una tipa dura de pelar, y lo es, pero tiene una parte muy tierna y sensible que poca gente conoce.

Cuando todas nos hemos abrazado, besado, medio llorado y medio reído, es decir, cuando hemos montado el espectáculo en el *pub*, volvemos a sentarnos, Paola y yo todavía contemplando extasiadas nuestros nuevos bolsos. Entonces Irene pregunta de repente:

—Bueno, Paola, ¿y qué nos tienes que contar de Nacho? ¿Es hoy la gran noche? ¿Te lo vas a tirar?

Vale. Se acabó la parte tierna de Irene por hoy.

Observo cómo Paola se pone colorada y le doy una patadita cariñosa por debajo de la mesa.

—Si ni siquiera sé si me gusta...

—¡Hala, qué mentirosa! —exclama Irene mientras suelta una carcajada—. A mí me dijo un pajarito que estás loca por él.

Paola la observa con los ojos muy abiertos.

—¡Eso es un infundio! —se defiende, muy digna.

Ire y yo nos miramos mientras enarcamos las cejas y, una vez más, nos dirigimos inquisitivamente a Sara, que nos explica:

—Una mentira.

—Una patraña —dice Paola como para dejar más clara su postura.

—Sí, sí, una patraña... —Irene sonríe irónicamente—. Venga, va, ¡ino te cortes, Pao!!

Paola da un pequeño sorbo y cuando parece que el rubor se le ha escapado de las mejillas, y solo después de observar alrededor por si hubiera alguien escuchando, murmura en voz muy baja:

—Vale, sí, me gusta.

—¡Lo sabía! —aúlla Irene mientras se pone en pie y extiende los brazos, eufórica.

—¡Chsssst! Siéntate, siéntate —suplica Paola seguramente horrorizada ante la idea de que llegue Nacho y se encuentre con semejante percal. Vale que Nacho ya intuye que Irene muy normal no es, pero dudo que sepa hasta qué punto.

Irene obedece y nos mira con inocencia, como si estuviera a punto de empezar alguna gamberrada. Pero antes de que pueda hacer lo que sea que se le está pasando por esa alocada cabeza, suelto así, sin más, sin tenerlo planeado:

—Ayer vi a Roberto.

Todas giran la cabeza hacia mí al mismo tiempo y me miran con los ojos muy abiertos. Sara, tras dar el último trago de su copa, es la primera en hablar, un poco atropelladamente, como siempre que da el último sorbo de su consumición.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

Se unen a ella las preguntas como disparos de Irene, las tuyas un poco más acusadoras.

—¿Y por qué no dijiste nada? ¿Cómo fue? ¿Qué te dijo?

Paola, sin embargo, sigue sentada tranquilamente, observándome mientras espera a que empiece a desembuchar. Hago un gesto con la mano para adelantar que no fue nada del otro mundo, y con eso se tranquilizan y puedo comenzar mi relato.

—Contactó conmigo una chica para que fuese su fotógrafa de boda. Vino recomendada por Reme, ya sabéis, aquella que canceló una boda a última hora y planeó otra inmediatamente después, pero con un novio distinto. Resulta que se había quedado sin fotógrafo...

—¡Al grano! —exige Irene, impaciente.

Frunzo el ceño y continúo:

—Bueno, pues el caso es que esta tal Vicky contactó conmigo y quedamos enseguida para hacer la prueba, porque se casa el diez de junio y...

A Sara se le corta la respiración.

—¿Y está sin fotógrafa? Madre mía, qué estrés, no sé si yo podría soportarlo... Dios mío, si me pasa eso a dos semanas de mi boda, ¡matadme! Por favor, hacedlo, sin compasión.

Disculpo su interrupción porque así es nuestra *Sara Hyde*. No puedes reprocharle a alguien algo que solo hace muy de vez en

cuando, ¿verdad?

—¿Y qué tiene que ver la tal Vicky con que hayas visto a Roberto?  
—la corta Ire, y en cuanto termina de pronunciar esas palabras se lleva las manos a las mejillas, como Macaulay Culkin en *Solo en casa*, adivinando la respuesta. Yo asiento con la cabeza y ella abre mucho los ojos, horrorizada.

—¡Qué putada! —suelta sin poder evitarlo.

—¿Qué? ¿Qué me he perdido? —pregunta Sara mirándonos a todas alternativamente. Solo Paola espera en silencio, aunque veo por su expresión que también conoce la respuesta.

—Esa tal Vicky se va a casar con Roberto.

—¿Qué dices? ¡Qué fuerte! Porque... ¿hacia cuántos años que no os veáis? —me pregunta Sara inclinándose hacia adelante, con aspecto de estar completamente horrorizada.

—Pues más de diez.

—¿Y justamente vais y coincidís en esas circunstancias? ¿Qué probabilidades había? —interviene Ire muy indignada.

—Vaya, ¿y qué tal fue? Quiero decir... Ya sabes —pregunta Paola con suavidad.

—Eso, ¿qué tal estás? —añade Sara.

Sé que si se preocupan por mí es porque me quieren, pero no puedo evitar sentirme un poco ofendida porque piensan que soy tan débil que un mínimo contacto con mi novio de la adolescencia podría hacerme sentir mal. Vale, la realidad es que aciertan de pleno, pero me ofende igualmente. Así que respondo con voz despreocupada:

—Pues muy bien. Nos quedamos sorprendidos de vernos el uno al otro, claro, pero la prueba salió bien y nos veremos el diez de junio.

Ellas guardan silencio. Paola mira a un punto fijo de la mesa como si fuera superinteresante. Sara suelta una tosecilla nerviosa. Solo Ire exclama:

—¡El mundo es un pañuelo!

Asiento con la cabeza, lo que hace que mi pelo se agite y alcance a ver mis nuevas mechas color caoba. Cojo un par de gominolas verdes y me las meto en la boca. Solo entonces digo:

—Fue un poco raro, la verdad.

Y las tres levantan la cabeza a un tiempo para mirarme fijamente.

—Bueno, debería serlo —razona Paola—. Al fin y al cabo, fue el amor de tu vida.

Termina la frase en un susurro, arrepentida al momento de lo que ha dicho. Automáticamente, replico:

—No existe tal cosa.

Como es una discusión que ya hemos tenido unas cuantas veces, ninguna se toma la molestia de defender su postura con más ahínco. Me pregunto si Paola pensará que Nacho es su media naranja, el amor de su vida. Sé que ella se lo piensa mucho antes de salir en serio con alguien, lo cual parece desentonar un poco con el hecho de que sea actriz —vale, una actriz muy poco conocida—, dada la fama que tienen las actrices. Pero ella no es así. A veces me preocupa que dé el gran salto y eso la haga cambiar, porque resulta adorable tal y como es ahora.

—Fue raro, pues claro que sí —interviene Irene—. Al fin y al cabo, con ese tío perdiste la virginidad. ¿También la perdió él contigo? Porque en ese caso, esa chica tiene que haber oído hablar de ti. Cien por cien garantizado.

No respondo a la pregunta, pero sí, Roberto y yo perdimos juntos la virginidad. Lo que no tengo tan claro es la validez de la teoría de Irene.

—Para ella también tuvo que ser incómodo —dice Sara, y me da un poco de rabia que se ponga en su lugar, aunque reconozco que, de toda la historia, es el personaje con el que es lógico que sienta mayor empatía.

—Supongo —admito encogiéndome de hombros—. ¡Pues que se prepare para el día de la boda!

—¿Lo vas a hacer? —se sorprende Paola.

Asiento con la cabeza con más seguridad de la que realmente tengo.

—¡Pues claro! —exclamo con fingida alegría—. El dinero me vendrá de perlas. —Lo cual es verdad.

—¡Genial! —exclama Irene.

Las otras dos asienten sin tanto entusiasmo.

—Bueno, ¿quién quiere otra ronda? —pregunto deseando cambiar de tema. Paola y Sara niegan con la cabeza, e Irene se ofrece

voluntaria para ir a buscar otro par de pintas para nosotras.

Mientras se dirige a la barra, se acerca a nuestra mesa un chico guapísimo, un poco pálido y con el pelo rubio pajizo, ojos verdes enormes que parecen absorberte hasta tal punto que olvidas lo que estás diciendo. Sin embargo, sé que su mejor atributo se encuentra en la parte trasera del conjunto. Nacho tiene un culo de esos que harían que te girases por la calle para mirarlo, de los que dan ganas de fotografiar y luego enmarcar la foto y ponerla en el cabecero de tu cama para verla antes de irte a dormir. Bueno, eso con vaqueros, claro, habría que preguntarle a Paola si tal y como vino al mundo es aún mejor o de esos que pierden.

Sara y yo sonreímos tontamente. No es que nos guste de verdad a ninguna de las dos, pero tiene algo que no puedes evitar captar, aunque no sabrías describir.

—Hola —decimos a la par en un tono que se me antoja increíblemente estúpido.

Nacho nos sonríe, mostrándonos su dentadura de incisivos torcidos que, lejos de hacerlo parecer menos atractivo, consiguen justo lo contrario. Se acerca a Paola y le da un beso suave en la mejilla. Casi puedo sentir cómo mi amiga se ruboriza y en ese momento pienso que sí, que ella cree que Nacho podría ser el amor de su vida. Hago un esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

Veo que Irene se abre paso entre la gente del ahora concurrido *pub*, ganándose miradas malhumoradas de unos por sus pequeños empujones y admirativas de otros por... Bueno, porque es Ire, simplemente. Al llegar a nuestra altura no puede evitar una ligera cara de fastidio al ver a Nacho, aunque la sustituye enseguida por una sonrisa. Siempre le quedará la espinita de que su «oferta de amistad de chica heterosexual hacia chico gay» fuera rechazada y, en cambio, Paola despertara el interés de su objetivo. Pero como Irene dice que no es rencorosa, sino que simplemente tiene muy buena memoria y se acuerda de las cosas malas que le han hecho en la vida, saluda con gracia a Nacho, que corresponde con un amago de sonrisa mientras extiende la mano.

Nos quedamos todos callados. Nacho e Irene, que me entrega mi pinta, están de pie, y la situación se vuelve un poco incómoda. Por

suerte, nos interrumpe un chico que se dirige a Irene diciendo:

—¿Vienes mucho por aquí?

Observo cómo mi amiga se vuelve hacia él, seguramente con la intención de reprimirlo por usar un cliché tan manido con ella, pero se detiene al ver que es uno de los que acompañan al que ella ha puesto en su *radar gay*. Entonces muestra su sonrisa más encantadora y exclama:

—Sí, ¿y vosotros? —Y señala con un gesto hacia el grupo de chicos. A los dos segundos ya se ha infiltrado entre ellos, y estoy segura de que el pobre se está preguntando cómo ha pasado de intentar ligarse a una chica, a que sea ella la que esté intentando ligar con sus amigos. Porque apuesto cualquier cosa a que no se ve venir la auténtica intención de Irene.

Cuando miro de nuevo hacia nuestra mesa veo que Paola y Nacho están un tanto acaramelados, contándose cosas al oído mientras sus brazos no paran de tocarse. Pienso que debería sentarme un poco mal que sea mi cumpleaños y mis amigas anden cada una a lo suyo, pero no me molesta. Voy a decirle algo a Sara cuando veo que está buscando en su bolso para sacar el teléfono móvil y, gesticulando mucho, mientras lo señala, me dice: «Un momento, es Ricardo». Respondo con un gesto para indicarle que no pasa nada y la observo alejarse, teléfono en mano, con una amplia sonrisa.

Miro mi pinta y bebo un trago, observando a la gente que me rodea, y ahora sí me siento un poco incómoda, así que me levanto para ir al cuarto de baño, no porque tenga ganas, sino por hacer algo. Oigo a Paola decirme algo que no comprendo, y señalo hacia la zona de los baños para darle a entender mi intención. Cuando levanta el pulgar me vuelvo y choco de bruces con Toni, que me sujeta para que no me caiga. Menos mal que he dejado la pinta encima de la mesa.

—¡Eh, preciosa, que solo te has tomado un par de pintas!

Me río y sacudo la cabeza.

—Ni eso. Apenas he empezado la segunda —respondo mientras señalo hacia nuestra mesa, donde está depositada la prueba.

—¿Te han dejado sola? —pregunta con tono acusador.

Me encojo de hombros.

—No exactamente. Un cúmulo de circunstancias.

—¿En tu cumpleaños? De eso nada. A ver, ¿dónde está ese camarero? ¡Queremos dos pintas, gracias!

Me río y le doy un puñetazo flojito en el hombro.

—A ver si te vas a desdoblar o algo así.

Me mira mientras finge meditar sobre lo que he dicho.

—Hum, eso me vendría bien algunas veces.

Los dos nos reímos.

—Ya, a mí también —confieso pensando en lo bueno que sería, cuando la carga de trabajo es enorme, tener un par de manos adicional.

Me coge del brazo y me lleva a un reservado que acaba de quedarse libre.

—No te muevas de aquí, vuelvo enseguida. —Y antes de que pueda protestar, echa a caminar con paso rápido hacia la barra. Veo que le dice algo a otra camarera, una morenita baja y delgada que mira en dirección a mí, hacia donde apunta el dedo de Toni, y luego asiente con la cabeza. Después de eso, él se quita el pequeño delantal que hace las veces de uniforme y se lo tiende a la chica, quien lo deposita detrás de la barra.

—Pues ya estoy aquí —anuncia en cuanto vuelve al reservado.

—¿Pero no estás trabajando? —pregunto, un poco insegura.

Él pone los ojos en blanco y me guiña un ojo.

—Bueno, tengo treinta minutos de descanso, ¿sabes?

—Ah. Claro. —Me siento un poco tonta, sensación que se hace más intensa cuando recuerdo una cosa y la digo en voz alta—: ¡Oye, que yo ya tenía mi pinta en la mesa!

Él hace un gesto con la mano, como diciendo que no importa, y afirma:

—A esta invita la casa.

Antes de que me dé tiempo a darle las gracias se acerca a nosotros la chica morena y observo que de cerca no parece tan bajita. Deposita una pinta rubia delante de mí y un botellín de agua para Toni. Le doy las gracias y se aleja tras mostrarme una sonrisa de dientes perfectamente alineados.

—No sé si está bien beber sola —digo con una sonrisita.

—Lo que no está bien es beber en acto de servicio —bromea él abriendo su botellín y dándole un largo trago. Me recuerda un poco a Paola. Sonrío, desviando la mirada hacia nuestra mesa, pero no hay cambios significativos en ella: Paola y Nacho siguen contándose confidencias en voz baja y no localizo a Sara. Irene está próxima a la mesa, con su jarra ya vacía y posiblemente dándose cuenta de que de nuevo ha vuelto a fallar su *radar gay*.

—Te queda genial el pelo así —interrumpe Toni mis pensamientos, y lo miro. Estoy a punto de contarle mi odisea con la crisis de los treinta, pero decido que no tengo tanta confianza con él, así que me limito a darle las gracias. Él sonrío y le confieso:

—Es raro tomar algo contigo. Sin que estés al otro lado de la barra, me refiero.

Lo digo porque no es la primera vez que llego pronto a mi cita semanal con las chicas y me quedo charlando con él en la barra.

—Sí, ¿verdad?

—Creo que si te viera un día por la calle no te reconocería —añado con una carcajada—. Es como cuando ves a un policía o a un bombero sin uniforme, supongo.

—¡Me has pillado! —exclama mientras me señala con el dedo—. Cuando me quito el delantal nadie me reconoce. Y no te cuento ya cuando me pongo las gafas. Es un poco como Superman, ¿sabes? ¿No te parece raro que la gente no lo reconozca simplemente porque Clark Kent las lleva?

Suelto una carcajada.

—Hombre, también cuenta el caracolillo del pelo, ¿no?

Toni bebe otro trago y asiente con la cabeza.

—Chica lista —coincide—. El caracolillo. Cierto.

Los dos nos reímos y después le pregunto:

—¿Así que llevas gafas?

—Para leer —explica—. Estoy cegato como un topo.

Por un momento pienso que es muy joven para tener presbicia, pero como no soy una gran entendida en ojos, decido guardarme para mí el comentario y a cambio le pregunto:

—¿Qué te gusta leer?

—Pues de todo un poco, la verdad, voy variando entre ciencia

ficción, fantasía y misterio. Soy un poco friki.

—No tienes pinta.

—¿Es que los frikis tienen alguna pinta en concreto? —pregunta, divertido.

Estoy a punto de decirle que sí, por supuesto, que si acaso no ha visto *The Big Bang Theory*, pero no tengo ocasión de hacerlo porque me pregunta:

—¿Y a ti? ¿Te gusta leer?

—Sí, pero la verdad es que últimamente lo tengo un poco abandonado. Cuando llego a casa del trabajo estoy tan cansada del ordenador que lo que más falta me hace es descansar la vista.

—Ya, es normal. Yo ese problema no lo tengo.

—¿Qué tal es eso de trabajar de noche? Siempre he pensado que debe de ser muy duro...

—Bueno, te acostumbras. Además, esto tampoco es para siempre.

Le doy un sorbo a mi pinta, que me sabe extraña después de haber tomado cerveza negra.

—¿No?

Él sacude la cabeza.

—Solo estoy ahorrando para abrir un negocio propio.

Asiento con la cabeza, interesada. Nunca me había parado a pensar en que tal vez Toni no quiera ser camarero toda su vida. Bueno, en realidad nunca he pensado en Toni fuera de los momentos en los que lo veo.

—¿Y qué negocio quieres abrir? —le pregunto con curiosidad.

Se ríe y dice:

—Te va a parecer una *frikada*.

—Qué suerte, me encantan las *frikadas*. Va, venga, desembucha.

—Una sala de escape. —Lo dice en un susurro, como si fuera un gran secreto o como si le diera vergüenza decirlo en voz alta.

Frunzo el ceño, sin saber muy bien qué decir. He oído hablar de ellas, pero nunca he estado en una, así que no sé muy bien de qué va la cosa. Le pido que me lo explique y se pasa por lo menos quince minutos describiéndomelas. A mí personalmente no me llama mucho la atención, pero puedo notar la energía positiva que desprende al hablarme de las ideas que tiene para su futura sala, los conceptos, la

parte logística y todo lo que rodea al que ahora sé que es su sueño. Cuando termina respira hondo, como si le faltara el aire —cosa que no me extrañaría— y yo exclamo:

—¡Suenan genial!

Y no lo digo por decir. Lo digo porque me ha contagiado su entusiasmo, que es parecido al que yo muestro cuando hablo de fotografía.

—Uf, pero he monopolizado la conversación, lo siento —se disculpa, aunque no tiene por qué hacerlo.

—Me ha encantado escucharte —le digo con sinceridad—, y de verdad deseo que lo consigas.

—Eh, oye, preciosa, no te irás a poner ahora ñoña conmigo, ¿verdad? —Y se acerca mucho a mí, de manera que puedo oler en su aliento esa mezcla característica suya de fresa y tabaco, lo cual no deja de ser sorprendente, porque nunca lo he visto fumar.

—No, no —le digo mientras pienso lo fácil que sería besarlo ahora mismo. Yo creo que es ese olor característico, que me atrae hacia él sin que en realidad me guste. Es parecido a lo que nos pasa a Sara y a mí con Nacho, algo completamente inocente. Me sorprende pensando que ojalá Toni me gustase de verdad, porque me agrada pasar tiempo con él y lo que voy descubriendo. Pero supongo que la chispa no se puede forzar. O la hay, o no la hay. Y en este caso no la hay, al menos por mi parte.

De pronto mira su reloj y me da un beso enorme en la mejilla que me coge desprevenida. Estoy a punto de preguntarle a qué ha venido eso cuando exclama:

—¡Son las doce y un minuto! Feliz día después de tu cumpleaños.

Me río y le doy un golpecito amistoso. Pienso en lo rápido que se me ha pasado el tiempo desde que llegué con Irene.

—Gracias —le digo a Toni, y algo me hace abrazarlo con fuerza. No sé si es cariño, gratitud o qué, pero me sale tan espontáneo que ni siquiera me parece raro.

Cuando nos separamos me dibuja con sus dedos una sonrisa en los labios y me susurra:

—Sonríe siempre, estás guapísima cuando lo haces.

Noto que me ruborizo y soy incapaz de contestar nada, pero no es

necesario, porque Toni exclama:

—¡Tengo que volver al curro, princesa! ¡Te veo en la barra!

Me río mientras niego con la cabeza, fingiendo estar horrorizada.

—No esta noche. Mañana tengo que madrugar.

—Ahhhh... Y yo estaré plácidamente tumbado en mi cama. Te puedes venir, ¿sabes? —me dice con tono sugerente, forzado para que me dé cuenta de que es una broma, aunque estoy segura de que si le dijera que sí se mostraría encantado.

—Al menos será viernes —respondo dejando adrede sin contestar su coqueteo.

Veo que la morenita le hace señas desde la barra pidiéndole ayuda y me doy cuenta de que el *pub* está muy lleno, mucho más que antes. Nos despedimos y me quedo sentada un momento en el reservado mientras intento localizar a mis amigas. Irene se ha unido de nuevo a nuestra mesa, donde charla animadamente con Sara mientras Paola y Nacho siguen a su rollo. De pronto me preocupa que los bolsos que nos acaban de regalar hayan desaparecido, pero suspiro con alivio cuando los veo en sus bolsas moradas, a los pies de Paola.

Y ahora me siento rara. La conversación con Toni me ha hecho cuestionarme si yo también quiero seguir siendo secretaria toda mi vida. Es cierto que es un buen trabajo y que me permite vivir muy decentemente, pero hasta ahora nunca me había preguntado si me hace feliz. En realidad, tampoco he pensado nunca muy en serio que a alguien le pueda hacer feliz su trabajo. Para mí, los trabajos siempre han sido tan solo un medio para ganarse la vida, pero tras la apasionada exposición de Toni empiezo a preguntarme si puedo aspirar a algo más.

Suspiro, un poco cansada de cuestionarme cada pequeño detalle de mi vida últimamente, y, sin pensar, mientras me levanto y voy de camino hasta la mesa donde se encuentran las chicas, saco el móvil del bolso sin darme cuenta de que lo que pretendo encontrar en él es una respuesta de Roberto, que, por supuesto, sigue sin llegar.

## 5



El viernes llego al trabajo, como acostumbro, diez minutos antes de la hora, dejo mi nuevo bolso en el escritorio y sonrío al ver el pequeño ramillete de margaritas depositadas con cuidado sobre el teclado del ordenador. Me siento, las cojo y me las llevo a la nariz, pero no huelen a nada. Las dejo a un lado y aprovecho que estoy sola para desperezarme. Anoche no estuvimos mucho más rato en el *pub*, pero aun así no he dormido demasiado. Menos mal que es viernes y podré recuperar el sueño durante el fin de semana.

Cuando regresé ayer a nuestra mesa, Irene tuvo que admitir que tampoco había acertado esa noche con su *radar gay*, pero se había quedado con el número de teléfono de un par de chicos a los que probablemente nunca llamará. Paola y Nacho seguían un tanto apartados de la mesa, hablando entre ellos en la misma actitud íntima. Después llegó el inevitable interrogatorio sobre lo que habíamos estado haciendo Toni y yo «escondidos en ese reservado», y, por mucho que repetí una y otra vez que no hay nada entre nosotros, ninguna de las tres se quedó muy convencida.

—Solo somos amigos —expliqué pensando que en realidad ni tan siquiera llegábamos a eso.

Irene resopló y, dando un gran sorbo a la que había sido mi pinta antes de que Toni me invitase a otra, exclamó con socarronería:

—¡Eso es una chorrada! La amistad entre un hombre y una mujer no existe, es una leyenda urbana.

—No es verdad —intervino Sara—. Tengo un montón de amigos con los que nunca he tenido nada...

—¡Ya! ¿Y ninguno de ellos quería tener nada? ¿Estás segura de que por las noches no soñaban con llevarte a la cama?

Sara bajó los ojos, como si lo estuviera meditando.

—¡Deja de pensar! Ya te lo digo yo, el noventa por ciento de esos amigos —prosiguió Irene haciendo con los dedos el signo de las comillas al pronunciar la palabra *amigos*— tenían, tienen o tendrán en mente la idea de bajarte las bragas.

—¿Y qué hay del diez por ciento restante? —insistió Sara.

Irene guardó silencio durante unos segundos para darle un poco de misterio al asunto y, finalmente, acercándose a nosotras como si nos fuera a contar un gran secreto, dijo:

—El diez por ciento restante es gay. —Y nos guiñó un ojo mientras nosotras soltábamos unas carcajadas—. Esos son los únicos hombres con los que de verdad puedes tener una amistad profunda.

Sara frunció los labios y meneó la cabeza agitando su pelo.

—No sé cómo podéis tener esas ideas —dijo mirándonos alternativamente a Irene y a mí.

Intercambiamos una mirada confusa.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Una piensa que no existe el amor para siempre, la otra, que no existe el amor entre distintos sexos...

—A no ser que uno de los dos sea homosexual —apuntó Irene con sorna.

—Eso, a no ser que uno de los dos sea homosexual —concedió Sara, irónica—. Así que una se pasa la vida buscando un hombre que no esté deseando, y cito literalmente, «bajarle las bragas», y la otra autosabotea todas sus relaciones sanas porque se le ha metido en la cabeza que no pueden durar toda la vida, y en cambio se dedica a iniciar relaciones tóxicas.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Y, a juzgar por la cara de Irene, también a ella le había calado hondo el

mensaje de Sara, que al momento se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos y se apresuró a disculparse:

—¡Lo siento! —exclamó como si estuviera horrorizada de sus propias palabras—. Me he pasado.

Tardamos unos segundos en reaccionar, plenamente conscientes de que esas palabras nos habían hecho tanto daño porque, en cierto modo, eran ciertas. A veces no hay nada más doloroso que la verdad. Sin embargo, Irene se apuró a quitarle hierro al asunto:

—Bueno, no pasa nada, así es nuestra *Sara Hyde*. Por favor, cariño, nunca, jamás de los jamases, te tomes dos copas, o no sé qué será lo que digas entonces.

Y le pasó el brazo por los hombros para apoyarla. Yo me uní a ellas, aunque en mi cabeza aún resonaban sus palabras y empezaba a cuestionarme si no tendría parte de razón.

Esta mañana, sin embargo, estoy convencida de que Sara se equivoca. No autosaboteo mis relaciones, simplemente todas tienen fecha de caducidad. Y no es culpa mía. Cuando encendí el móvil mientras desayunaba, ya sabía que iba a haber algún mensaje de Irene intentando tirarle de la lengua a Paola sobre Nacho, ya que los dos se marcharon juntos.

Ire

A ver, Paola, suelta por esa boquita! Te lo tiraste?

Como no recibía contestación, insistió unos minutos más tarde. Ire es de esas personas que creen que la gente lee los mensajes al momento y, si está esperando una información jugosa, se muestra muy impaciente por la respuesta.

Ire

No recibe el mensaje y son las siete de la mañana!  
Alguien se ha quedado frita porque anoche tuvo juerga!!

Paola siguió sin contestar, así que Irene envió otro mensaje media hora después.

**Ire**

Hola??? Hay alguien??

Unos minutos después Sara contestó:

**Sara**

¡¡Buenos días, chicas!! ¿Qué tal se sienten las cumpleañeras después de ayer?

**Cris**

Buenos días!! Yo estoy muerta de sueño, y vosotras? Ire, no chinces a Paola!!

Ahora, mientras espero a que el ordenador arranque, miro de nuevo el móvil para leer la contestación de Paola.

**Paola**

Buenos días, chicas! Hoy no tenía que madrugar, no tenemos ensayo hasta la semana que viene. Por cierto, el lunes tengo la audición!

Paola está actuando en una obra de presupuesto modesto que aún no se deja ver en los grandes teatros, pero sí en los de barrio.

**Ire**

Es verdad, para qué era la audición? No te andes por las ramas, qué pasó con Nacho? Anoche no dejasteis de tocaros en todo el rato.

**Paola**

Es para otra peli de la pantalla grande, no creo que haya suerte, pero el no ya lo tengo. No pasó nada con Nacho, solo me acompañó a casa.

**Ire**

Haces bien en apuntar alto!! Pero seguro que Nacho no apuntó alto anoche???

**Paola**

Es un chiste muy malo, Ire...

**Ire**

No te vayas por las ramas!!

**Paola**

Que solo me acompañó a casa, de verdad!!

**Ire**

Ningunó se lanzó? Qué sosos!!

**Paola**

Bueno, nos besamos, eso sí.

**Ire**

¡¡¡!!!! Y dices que no pasó nada!!! Tía, eres la leche!!

**Paola**

Tampoco es para tanto, Ire...

Sonrío porque sí lo es. Paola no besa a cualquiera, eso por descontado. Su primer beso fue a los diecisiete años, y no precisamente porque antes no hubiera tenido un montón de oportunidades, sino porque ella no es así. A veces pienso que aquello que decía Manolo Escobar en su canción, «la española cuando besa, es que besa de verdad» lo escribió pensando en ella.

**Ire**

Sí que lo es!! Conseguir un beso tuyo es más difícil que encontrar la salida del Ikea!

**Sara**

Eh, Paola, ¡qué bien! ¿Y qué tal estuvo?

Ahí es cuando yo intervengo; tengo la misma curiosidad que las demás, pero no la quiero presionar.

**Cris**

Me alegro, Paola!

**Ire**

Que qué tal estuvo, pregunta Sara.

**Paola**

Estuvo muy bien.

Casi me la imagino diciendo estas palabras con mirada soñadora.

**Ire**

Jo, no seas sosa, descríbenoslo. Usó mucha lengua o poca? Sentiste que un escalofrío te recorría el cuerpo o fue más bien como una visita al dentista?

**Sara**

Ire, no seas soez, ja, ja, ja.

**Paola**

Fue perfecto.

**Ire**

Hija, desde luego, como escritora de literatura erótica no tienes precio, guapa!!

**Paola**

Jajajaja, lo sé. Me gusta así.

Creo que todas damos por zanjado el tema y guardo el teléfono en el bolso. Mis compañeros empiezan a llegar, algunos con un vaso de café en la mano y una sonrisa de viernes en los labios, y otros medio dormidos. Todos me saludan, con mayor o menor entusiasmo, y cuando entra Rebeca me mira con los ojos muy abiertos y, antes de darme siquiera los buenos días, exclama:

—¡Estás guapísima, Cris!

—¡Gracias! —respondo mientras me toco el pelo con sus nuevos colores, y, sonriendo, rodeo con las manos mi taza de café.

Al salir de mi despachito para dirigirse a su escritorio, situado al otro extremo de la oficina, nos deseamos mutuamente un feliz viernes.

Una media hora después recibo un correo de Mateo.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:34  
Asunto: Porque te gustan

Buenos días, preciosa.

No me hace falta pensar mucho para saber que se refiere a las margaritas, por los mensajes que intercambiamos ayer. Le contesto al instante.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:36  
Asunto: Re: Porque te gustan

Buenos días. Muchas gracias por el ramillete, es precioso.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:36  
Asunto: Re: Porque te gustan

No tan precioso como tú.

Por un momento se me pasan de nuevo por la mente las palabras de Sara, sobre que inicio relaciones tóxicas, y decido no contestar, pero cinco minutos después él insiste con otro correo.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:42  
Asunto: ¿Cuándo?

¿Cuándo subes al baño? ¿O ya han arreglado el de abajo?

Entonces me doy cuenta de que de verdad tengo que ir al servicio, pero ahora no me da la gana subir para que se crea que bebo los vientos por él. Contesto:

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:43  
Asunto: Re: ¿Cuándo?

Todavía no lo han arreglado.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:44  
Asunto: ¿Entonces cuándo?

¿Entonces cuándo? Porque tengo ganas de verte. Cuéntame qué tal pasaste tu cumpleaños.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:46  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

Estuvo bien, salí a tomar algo con unas amigas.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:52  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

Seguro que te hicieron un montón de regalos. No me has contestado a la pregunta.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 9:58  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

Iré cuando tenga ganas.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 10:05  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

¿Si te envío un audio con sonido de agua lo abrirás?

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 10:15  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

Jajajajajaja. Buen intento. No.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 10:26  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

Qué mala eres conmigo.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 10:35  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

Eso me dicen todos.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 10:42  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

¿Todos tus novios?

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 10:48  
Asunto: Re: ¿Entonces cuándo?

Sí, todos ellos.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 26 de mayo de 2017 10:56  
Asunto: Qué suerte

¡Qué suerte tienen!

Me sorprendo sonriendo como una boba, como si tuviera quince años, y se me congela la sonrisa en la boca cuando me doy cuenta de que lo que estoy haciendo es tontear con él. Sé que no debería y me contengo para no contestar al último correo.

La hora siguiente me parece eterna, en parte porque lucho conmigo misma para no contestar a su correo, en parte porque estoy pendiente de si me envía uno nuevo, y en parte porque ahora de verdad tengo urgencia por ir al baño y me debato entre subir y permitir que me vea o bajar a la planta inferior. Me decanto por esto último y a la vuelta lo primero que hago tras sentarme es comprobar si tengo algún correo electrónico nuevo. Me siento patética cuando me decepciona ver que no hay ninguno.

Entonces noto la presencia de alguien en mi despachito, levanto la vista y veo a Mateo. Parpadeo un par de veces pensando que me he

confundido, pero no: es él. No me cabe duda de que el motivo de que esté aquí soy yo, porque en todos los años que llevo trabajando en la empresa ha debido de bajar a esta planta dos veces como mucho.

No me salen las palabras y él sonríe mientras se aproxima a mí. De pronto soy muy consciente de su olor, que me trae a la cabeza con fuerza aquella noche en el callejón, y pienso tontamente que entonces no noté su fragancia; por lo visto, sin embargo, se ha grabado a fuego en mi mente.

Cuando por fin consigo abrir la boca, inquiero, intentando aparentar indiferencia, como si no hubiera pasado la mitad de la mañana intercambiando correos con él:

—¿Cómo tú por aquí?

Se encoge de hombros y cruza los brazos mientras me mira ladeando un poco la cabeza.

—He venido a ver al jefe.

—¿Tienes cita? —pregunto recuperando mi profesionalidad al instante. No recuerdo que el director tuviera programado nada para hoy. De hecho, ni siquiera está en su despacho. De momento hoy no ha aparecido.

Mateo enarca las cejas y se finge sorprendido mientras da un paso hacia mí. Apenas nos separan un par de metros y yo, que aún estoy sentada con la silla girada hacia él, tengo que mirar hacia arriba para poder verle la cara.

—No recordaba que hubiera que pedir cita —dice tranquilo, sonriendo socarronamente—. Qué descuidado soy.

Avanza otro paso y noto que empiezan a sudarme las manos. No sé por qué me estoy portando como una imbécil, pero no lo puedo evitar.

—Ya, eh... —tartamudeo—. Pues sin cita no puedes pasar a verlo.

Es evidente que Mateo no está interesado en ver al director, y sospecho que ya sabía que ni siquiera lo encontraría en el despacho. Da un paso más y me doy cuenta de que ahora mi cabeza queda aproximadamente a la altura de su cintura. Se me pasan por la cabeza unas cuantas imágenes dignas de incluir en una película porno, que, por cierto, a Irene le gustaría escucharme relatar, y siento un conocido calorcillo que me sube desde los pies hasta el cuello. Trago

saliva, aunque casi me atraganto con ella, y giro la silla para no tenerlo justo delante.

—Entonces tendré que pedir cita —resuelve él.

Su voz finge tanta normalidad que por un momento pienso que me lo he imaginado todo. Pero cuando noto que su brazo me roza el hombro al extenderse sobre mí para alcanzar el ramillete de margaritas, sé que nada es producto de mi imaginación.

—Vaya, qué margaritas tan bonitas —susurra.

Me admira que pueda estar provocando este efecto en mí con estas cosas tan simples. Estoy segura de que desde fuera nada parece sospechoso, pero su cercanía, el roce aparentemente accidental de su brazo, la cadencia de su voz y su sutil lenguaje corporal están consiguiendo que me entren ganas de despejar los trastos de mi escritorio de un manotazo para tirármelo allí mismo. Noto que me pongo colorada solo de pensarlo. Dios mío, me daría de bofetadas por sentirme así. Resulta patético.

Entonces apoya el trasero en mi escritorio, a mi lado, como hago yo a veces cuando tengo pequeñas charlas de oficina con algún compañero, y se cruza de brazos en una pose desenfadada. Me mira intensamente. Intento sostenerle la mirada, pero no lo consigo y termino bajando los ojos, un poco azorada.

—Te echaba de menos hoy —susurra—. Estás muy guapa con ese pelo.

Debe de ser el primer hombre en la historia que se da cuenta de que una mujer se ha hecho algo en el pelo. Me echo a reír y él me mira un poco descolocado.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

Se lo explico y añade con picardía:

—Eso es que no las miran dos veces. Yo a ti sí que te miro. Te miro entera cuando vas al cuarto de baño.

Empiezo a estar un poco violenta, así que me separo de él. Solo un poco, porque otra parte de mí se siente halagada y deseada como hacía mucho que no me sentía. Exceptuando, claro está, la inolvidable noche en el callejón. Como si me hubiera leído el pensamiento, se las apaña para rozarme el brazo con su muslo, disimuladamente, y dice en voz baja:

—También te miré entera aquella noche. Estabas increíble.

Me muerdo el labio, sin saber decidir si me está molestando o todo lo contrario, y finalmente digo:

—Tú tampoco estabas mal.

Eso le hace envalentonarse un poco más y murmura:

—No me importaría repetirlo.

Joder. Ni a mí tampoco, la verdad. Lo repetiría aquí y ahora sin pensármelo demasiado, aunque racionalmente sé que es una idea pésima. Es decir, no el que sea aquí y ahora, sino el que vuelva a ocurrir, simplemente. Como no digo nada, intenta tirarme de la lengua:

—¿Tú quieres repetirlo?

Sacudo ligeramente la cabeza, cohibida.

—No... No lo sé. —No me atrevo a mirarlo a los ojos y decirle lo obvio: que está casado y que a qué está jugando. En cambio, me limito a repetir—: No lo sé.

De nuevo, con disimulo, me acaricia el dorso de la mano con su dedo pulgar, y ese simple contacto me hace estremecer tanto que noto cómo se me ponen los vellos de punta y se endurecen mis pezones. Espero que él no lo note.

—Dime simplemente que no te encantaría besarme ahora y dejaré de perseguirte.

Es mi oportunidad. Es ahora o nunca. Si quiero zanjar esta historia de una vez por todas, tiene que ser ya. Hasta ahora, y desde aquella noche descontrolada, solo he coqueteado con él por correo electrónico. Vale. Con eso puedo vivir. ¿Pero quiero ir más allá? ¿Quiero volver a tener sexo con un hombre que está casado?

Probablemente si él fuera uno cualquiera mi respuesta estaría muy clara. Pero no lo es. Con Mateo siento una atracción que nunca antes había sentido, tan fuerte que parece arrastrarme y nublar me la conciencia. Y si un polvo rápido en un callejón fue mi experiencia sexual más increíble, no quiero ni pensar cómo sería en un lugar más adecuado.

Sé que, en el fondo, son excusas. Sé que si estoy pensando todo esto es porque esa indescriptible atracción no tiene, de momento, tanto poder sobre mi parte racional como me gustaría pensar. Porque

es más fácil decir que sucedió porque no pude evitarlo que admitir que podría haberlo evitado pero en el fondo no quise hacerlo. Y también sospecho que si empiezo ya no podré parar, que entonces sí que me veré envuelta en una historia de la que no me será sencillo salir. Así que la respuesta debería estar muy clara. Pero cuando siento de nuevo su dedo rozando mi mano y la infinidad de sensaciones que me provoca ese sencillo gesto, mando a la mierda a mi parte sensata, al qué dirán, a la mujer de Mateo y a Roberto y su boda y lo mal que esta me hace sentir y afirmo en un susurro:

—La verdad es que me encantaría.

\* \* \*

Por la tarde voy a casa de Irene con la idea de organizar los detalles de la reunión para la despedida de Sara. Me recibe vestida con un chándal que casi le sienta mejor que a mí mi mejor vestido. Y mi mejor vestido me sienta como un guante. Creo que si Ire no fuera amiga mía, la odiaría por tener ese aspecto. A veces me avergüenzo de mí misma por pensar así, porque ella no tiene la culpa de ser como es. Pero es difícil no sentirse como una pasa arrugada cuando estás a su lado.

Me recibe alegremente y nos dirigimos a su pequeño y confortable estudio, donde reina un pequeño caos pero al mismo tiempo está todo muy limpio. Irene es desordenada, pero no guarra. Simplemente no guarda las cosas donde se supone que deberían estar, y no es difícil encontrarte un sujetador colgando del respaldo de una silla de la cocina.

Nos acomodamos en el sofá y me ofrece un café, pero rehúso. Sé que en un par de horas espera la llegada de su madre, que se ha negado rotundamente a que la fuera a recoger al aeropuerto, y no quiero alargar mucho nuestra sesión. Hacemos una lista de los aperitivos y la bebida que vamos a servir —nada demasiado estrafalario, unos cuantos canapés y algunos cócteles cuyas recetas consultamos en internet—, pero no estoy al cien por cien concentrada en la tarea. Pienso en Mateo.

Después de soltar mi frase, la frase que creo que marca un antes y un después en mí, porque nunca me había saltado tan alegremente mis principios y mi parte racional, él me dedicó una sonrisa ladeada y me guiñó el ojo. Acto seguido, se incorporó y en voz más alta dijo:

—Bueno, entonces llamaré para pedir cita.

Y, sin más, se largó.

Me di cuenta de que mi corazón galopaba y noté que me sudaba la frente. Incluso me temblaban ligeramente los labios, ávidos de esa boca con la que no había podido dejar de fantasear durante todo nuestro encuentro.

Tuve suerte de que el director no se presentase en la oficina en toda la mañana, porque era incapaz de trabajar. Solo pensaba en Mateo y en lo que yo había dejado que comenzase. Pero, en realidad, ¿qué había cambiado? Estuve dándole vueltas a la pregunta, intentando convencerme de que solo había sido un flirteo inocente que no iba a pasar de ahí. Y esa idea me aliviaba y entristecía a partes iguales. Porque no quería hacer nada indebido, pero lo que me moría por hacer era absolutamente indebido. Tal vez por eso deseaba tanto hacerlo. Dicen que deseamos más lo prohibido por el simple hecho de que lo es, ¿no?

La hora después de que se marchase consulté la bandeja de entrada de mi correo en repetidas ocasiones. Entonces algo me impulsó a levantarme para ir al baño de la planta de arriba. Me arrepentí cuando ya era tarde, cuando ya estaba poniendo la mano en el picaporte de la puerta, mis ojos se desviaron hacia donde sé que se sienta Mateo y lo sorprendí mirando disimuladamente en mi dirección. Abrí la puerta con rapidez y la cerré a mis espaldas, respirando agitadamente. Me apoyé en el lavabo mientras estudiaba mi rostro en el espejo y descubría que mis mejillas estaban coloradas. Me dieron ganas de refrescarme la cara, pero luego me di cuenta de que arruinaría mi maquillaje, así que simplemente me quedé allí, esperando a que mi pulso se normalizara. Aproveché que el lavabo había enfriado las palmas de mis manos para pasármelas por el rostro.

La puerta se abrió de repente y yo pegué un respingo. Cuando a través del espejo vi a Mateo entrando, se me cortó la respiración.

Observé su reflejo sin decir ni una palabra mientras también él me observaba a través del cristal. Tragué saliva. Ninguno decíamos nada y yo estaba segura de que él podía escuchar perfectamente mi corazón golpeando con fuerza contra mi pecho. Mateo se acercaba a mí muy lentamente y yo sentía las piernas como si fueran de goma. Deseaba que me rozase de nuevo, quería sentir otra vez su dedo acariciando mi mano, aunque tan solo con su presencia a escasos metros de mí ya estaba teniendo la explosión de sensaciones que me había embargado hacía un rato, en la planta inferior, en mi pequeño despacho.

Cuando estuvo tan cerca que casi podía sentir su calor corporal apoyó una mano en mi cadera, lo que hizo que me girase para tenerlo frente a frente. Nuestros rostros estaban separados por apenas unos centímetros y nuestros cuerpos casi se rozaban. Por un momento pensé que podría entrar cualquiera, y aunque la idea resultaba espeluznante, hizo que me sintiera aún más excitada.

Noté que él tragaba saliva. Sin pensar, me humedecí los labios mientras lo miraba a los ojos fijamente. Sentía palpitar las sienes y un ligero nudo en el estómago, una mezcla de miedo y deseo. Una vocecita en el fondo de mi mente me advirtió de que no siguiese adelante, pero la acallé con rapidez. Sabía lo que quería, y lo quería ya. Y lo tenía muy fácil. Incliné ligeramente mi cara y acerqué mis labios a los suyos, suaves y carnosos. Al principio ninguno de los dos hizo más que presionar su boca contra la del otro, pero enseguida me invadió una especie de sed increíble que me hizo entreabrir los labios y buscar su lengua con la mía mientras lo agarraba por la nuca con mis manos. No cerré los ojos en ningún momento, ni tampoco él. Nos mirábamos fijamente mientras nuestras lenguas se perseguían hambrientas y después se entrelazaban y se volvían a perseguir. Lo apreté más contra mí, apoyando el trasero en el lavabo, y cuando noté su erección contra mi pelvis solté un gemido involuntario. Entonces el beso se volvió aún más profundo mientras nos seguíamos mirando sin pestañear, sin pensar, como si no existiera nada más en el mundo aparte de nosotros y ese beso.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero separarnos fue como si me arrancasen algo. Los dos respirábamos con dificultad y estábamos un poco sudorosos. Yo me sentía incluso mareada. Sonreí tontamente

y él me acarició la barbilla con el dorso de su dedo mientras también sonreía. Me apoyé disimuladamente en el lavabo porque me temblaban las piernas y no quería que lo notase.

—Pasa buen fin de semana —me dijo cuando ya estaba a punto de salir.

Y yo, como quien no quiere la cosa, le di las gracias y le dije que igualmente. Fue como cuando en pleno invierno abandonas un lugar con la calefacción muy alta y te golpea el frío polar.

—¡¿Cris?! —La voz de Irene me saca por completo de mi ensoñación—. ¿Estás prestando atención?

Me obligo a sonreír y asiento con la cabeza.

—Uy, sí, perdona.

Ella me observa con el ceño fruncido y mirada sospechosa.

—A ver, ¿en quién estabas pensando?

Sacudo la cabeza un poco demasiado.

—No, en nadie, es decir... En Sara. En su despedida.

Estamos sentadas en el sillón, inclinadas sobre una mesita baja, e Irene cruza sus largas piernas y se vuelve hacia mí. Sé que no se cree lo que acabo de decir, pero quiere zanjar la cuestión que nos ha reunido hoy antes de someterme al quinto grado. Por eso dice:

—Bueno, yo creo que ya lo tenemos controlado. ¿Se lo decimos a Paola para que se quede tranquila?

—En realidad, ella piensa que todo está preparado, a falta de unos pocos detalles —respondo con una risita.

Irene arquea las cejas y me señala con el dedo.

—Usted es una chica muy mentirosa, señorita Alejo —afirma mientras se ríe.

Extiendo los brazos e inclino la cabeza hacia un lado en un gesto que quiere decir: «Eh, no me quedaba otra opción, no es culpa mía» y las dos soltamos sendas carcajadas.

—Por cierto, el otro día me contó que Ricardo la había llamado para decirle que Sara se está poniendo muy pesada. Al parecer no para de soltarle indirectas para que reserve mesa en el Miu Miu —me dice, partiéndose de risa, refiriéndose a nuestro deseo de que Sara no cene allí antes de su despedida—. ¡Pobre! Me dijo que no sabía cuánto

tiempo más iba a poder frenarla para que no reservase mesa ella misma.

—¡Mira que si Sara consigue una reserva y Ricardo tiene que llamar para cancelarla! —exclamo con los ojos muy abiertos, y de nuevo nos echamos a reír.

Cuando por fin paramos y conseguimos respirar con normalidad, Irene suelta de pronto:

—¿Es por Roberto?

Me pilla fuera de juego. No sé a qué se refiere.

—¿Eh? ¿El qué?

Irene se repantiga en el sofá, mirándome fijamente.

—Por lo que has estado tan distraída esta tarde —explica—. Prácticamente lo he hecho todo yo, tú solamente decías que sí a lo que yo te proponía. —No habla en tono de reproche, sino con preocupación, pero me disculpo igualmente.

—No quería cargarte con todo el trabajo, Ire, lo siento.

Ella sacude la cabeza y se enrosca un rizo en el dedo índice.

—No lo digo por eso, boba, lo digo porque quiero saber lo que te pasa.

—¿Aparte de la crisis de los treinta? —pregunto con una sonrisa.

—Aparte, sí. Gracias a eso tienes un aspecto fabuloso, no es por nada —añade mientras me guiña un ojo, refiriéndose al gran trabajo que hizo con mi pelo.

—Ya te digo. —Me muerdo el labio mientras pienso en la conveniencia de contarle lo que ha ocurrido hoy con Mateo. De mis tres amigas, creo que si quisiera contárselo a alguna sería a Irene, que es quien tiene la mente un poco más abierta. Pero no me apetece hablarlo con nadie.

—¿De verdad vas a hacer las fotos de la boda de Roberto? —me pregunta intentando tirarme de la lengua

Asiento con la cabeza.

—Sí, claro, ¿por qué no? —murmuro mientras encojo las piernas.

—Pues porque puede resultarte un poco raro —responde encogiendo los hombros—. Vamos, Cris, desde que lo viste has estado un poco apagada, ¿qué está pasando?

La miro a los ojos, un poco sorprendida. Irene suele tomarse a

guasa casi todo, así que la seriedad con la que me está hablando, sin intentar hacer ninguna gracia, me intimida un poco.

—Claro que fue un poco raro verlo —empiezo a decir intentando buscar las palabras que puedan describir qué es lo que siento. Pero es difícil, porque no lo sé, y por eso digo—: Es que no sé explicarlo. Es como si al verlo de repente me hubiera deprimido un poco, ¿sabes?

—¿Nostalgia?

Lo medito un momento y asiento.

—Sí, justo eso. No lo había pensado. Nostalgia, nostalgia acompañada de... sentimientos pasados. Quiero decir, no conozco al Roberto de ahora, probablemente ya no se parezca en nada al que era hace trece años, pero es como si al verlo se me hubiera removido todo. Todo lo que sentía por él, lo que vivimos, la forma en que me dejó... —Estoy a punto de contarle lo del mensaje que le envié diciéndole que me había alegrado mucho de verlo, y que esperaba una contestación, algo que me dijese que él también estaba sintiendo todo ese barullo de sensaciones, pero no lo hago.

Irene asiente con la cabeza.

—¡Pero eso es normal! Fue muy importante para ti, te dejó y ahora, diez años después, lo ves, y ¡zas! Resulta que se va a casar con otra. Y no solo eso, ¡resulta que tú eres la fotógrafa de su boda! ¡Como para no estar confusa!

Asiento con la cabeza, no muy convencida. Ire ha vuelto a su tendencia a quitarle importancia a todo, a reducirlo a una sencillez tan abismal que casi consigue que te sientas un poco tonta por sentir lo que sientes. Y es que no logro explicarle lo que siento. No creo que siga enamorada de Roberto, no. Pero sí me he enamorado de la idea que tengo de nosotros, de lo que sentíamos, de lo que vivíamos, de lo sorprendente que era pasar cada día juntos, de las esperanzas puestas en el porvenir. Desde entonces nunca me he sentido así en una relación, nunca he pensado en un futuro lejano acompañada de alguna persona. Cuando Roberto y yo salíamos me pasaba los días soñando con lo que haríamos con el paso de los años: dónde viviríamos, en qué trabajaríamos, cuántos hijos tendríamos. Y cuando todo aquello desapareció nunca me volví a plantear ninguna de esas cuestiones con ninguna de las pocas parejas que he tenido desde

entonces. Y al volver a verlo, es como si hubiera abierto una compuerta que me avisa de que el tiempo corre, de que todo eso sigue estando ahí pero ya no hay ninguna persona con la que compartirlo, ni nunca la habrá, porque nada dura eternamente.

Recuerdo una vez en que Roberto y yo tuvimos que estar forzosamente separados. Llevábamos saliendo apenas tres meses y estábamos muy enamorados, la etapa en la que pasarías las veinticuatro horas del día con esa persona, aunque sea sin hacer nada, solo viendo pasar las horas cogidos de la mano. Llegó el verano y sus padres lo obligaron a ir con ellos de vacaciones, aunque él se había negado una y mil veces. Ninguno lo entendíamos, porque él ya no era ningún niño y podía valerse muy bien por sí mismo durante un mes, pero ellos insistieron. Recuerdo que pasaba los días deprimida, sin ganas de hacer nada, esperando ansiosa a que llegasen las horas en que habíamos acordado que nos llamaríamos por teléfono, pensando y planeando una y otra vez cómo sería nuestro reencuentro, cómo nos abrazaríamos y nos besaríamos y entre lágrimas nos diríamos lo muchísimo que nos habíamos echado de menos. Creo que, hasta hoy, es la etapa de mi vida en que los días me han parecido más largos y tediosos. En una ocasión me encontraba en casa, sentada al lado del teléfono, esperando expectante a que dieran las cinco de la tarde, hora en la que podría escuchar su voz a través del aparato. Todavía nos aguardaban quince días de separación y la situación se me estaba haciendo insostenible. Entonces sonó el telefonillo. Contestó mi hermano, me dijo que era Paola. Me extrañó porque no esperaba su visita, pero me incorporé a regañadientes y fui a contestar. Sin embargo, ella no me respondió. Insistí una y otra vez: «¿Hola? ¿Paola? ¿Estás ahí?», sin resultado. Pablo enseguida me dijo que bajase a buscarla, que quizá no funcionase el telefonillo, y me entró el pánico al darme cuenta de que apenas faltaban diez minutos para las cinco. Con un poco de fastidio y algo enfadada, aunque no sabía con quién, salí de casa y tomé el ascensor hasta la planta baja sin parar de mirar el reloj, pensando en decirle a Paola que subiera a casa y por favor esperase hasta que terminase de hablar con Roberto. Cuando salí con rapidez del ascensor capté una silueta a mi derecha por el rabillo del ojo, me asusté y pegué un respingo. Tardé un par de

segundos en darme cuenta de que se trataba de Roberto, y entonces fue como si de repente hubiera salido un sol resplandeciente tras meses de lluvia continua. Me sentí ligera, pletórica y feliz, y cuando me recibió en sus brazos susurré: «Estás aquí», y me aferré a él como si no fuera a soltarlo nunca. Es la única vez que he tenido esa sensación en mis treinta años.

—Supongo que siento que él está avanzando en la vida y yo no — digo casi más para mí misma que para Irene—. Siempre he dado por hecho que tenía mucho tiempo por delante, tiempo para hacer todo lo que se me antojase: viajar, leer, aprender cosas nuevas, conocer gente, dar la vuelta al mundo, qué sé yo. Y ahora veo que he agotado aproximadamente un tercio de mi vida y en realidad no he hecho ni un tercio de las cosas que quería hacer, y eso me produce una cierta inquietud. Vale, no es que yo pensase que era inmortal, pero sí que tenía *más tiempo*.

—¿Cómo que no avanzas en la vida? ¡Claro que lo haces, Cris!

Lo dice para animarme, pero veo cómo se esfuerza en pensar en algo que yo haya hecho que parezca un logro o una evolución y no se le ocurre nada. Decido echarle un cable quitándole importancia al asunto.

—Bah, ya lo sé, es que estoy un poco sensible, eso es todo.

—¡Será la menopausia! —exclama ella con una carcajada, y sé que lo dice para que me tome las cosas con humor en vez de con tanta seriedad, pero no me hace mucha gracia, aunque finjo una sonrisa. En cualquier otro momento la actitud de Irene me habría resultado de gran ayuda, pero llevo una temporada que no entiendo qué es lo que me ocurre. Me siento como si fuera una montaña rusa emocional. Un día pienso una cosa, al siguiente me convengo de la contraria. En un momento dado tengo el ánimo por los suelos, y al minuto me río por cualquier tontería. Es un tópico enorme tratándose de mujeres, y hasta ahora nunca me había ocurrido, pero estos últimos días no logro entenderme ni yo misma, y eso es algo que me desconcierta muchísimo. Por ejemplo, esta lucha que me traigo sobre Mateo. En un momento dado me reprendo por perseguir a un hombre casado, pero al siguiente me olvido de todo y solo me concentro en lo que me hace sentir. Como esta mañana, en el servicio. Ha sido un estallido de

sensaciones que quizá tuve también con Roberto, a un nivel más inocente, eso sí, pero que no había vuelto a experimentar con nadie. Quiero decir, por supuesto que me he sentido atraída por otros hombres y he practicado un sexo muy satisfactorio con ellos, pero nada comparable con lo que me ha hecho sentir Mateo con tan solo un beso. En cierto modo, mitiga un poco los recuerdos sobre mi relación con Roberto que me asaltan de vez en cuando. Como si los eclipsase. Sé que eso no es una excusa razonable para querer tirarme al marido de otra mujer, pero es lo que hay.

—Aun así, piénsate un poco lo de la boda de Roberto, y si no quieres hacerlo no te sientas presionada, ¿vale?

Decido que sí, que lo pensaré fríamente, porque si verlo una vez me ha removido tantas emociones pasadas, no quiero ni pensar en lo que ocurrirá cuando tenga que verlo casándose.

En ese momento suena el timbre e Irene se pone en pie de un salto, muy emocionada por la llegada de su madre. Su familia vive en Alicante y apenas se ven, en parte porque Irene pocas veces puede permitirse el lujo de cerrar la peluquería, y en parte porque sus padres no son, lo que se dice, muy apegados. Es evidente que la quieren con locura, pero no son de esa clase de personas que pasan las navidades juntas, ni que exigen un contacto constante para mantener una relación fuerte con los demás. Y yo creo que Irene sí necesitaría un poco más de atención por su parte, aunque es demasiado orgullosa para decirlo.

Me levanto despacio del sofá mientras ella abre la puerta y oigo la voz de su madre, a la que he visto un par de veces, decirle:

—¡Pero bueno, cariño, estás preciosa!

Me quedo prudentemente quieta donde estoy mientras oigo cómo se besan y susurran cuánto se han echado de menos y lo guapa que está cada una. Al cabo de unos minutos Irene debe de acordarse de mí, porque hace pasar a su madre, cierra la puerta y nos reunimos las tres al lado del sillón donde Ire y yo hemos pasado la tarde sentadas.

—Mamá, te acuerdas de Cris, ¿verdad?

La mujer se acerca a mí con los ojos brillantes. Siempre que la veo pienso que, indudablemente, Irene ha heredado de ella su belleza.

Aunque conozco su edad, pues mi amiga me ha contado muchas veces cómo su madre la cuidó siendo solo una adolescente, aparenta unos cuantos años menos, no solo por su estilo juvenil al vestir, sino porque tiene la piel tan cuidada e impoluta que de pronto me parece que mis tenues nuevas arruguitas parecen surcos muy profundos en comparación con el rostro de esta mujer.

—¡Por supuesto que me acuerdo, es un cielo! —exclama mientras me toma de las manos y me repasa de arriba abajo como si fuera su propia hija—. ¡Estás estupenda, querida!

Le devuelvo el cumplido con una sonrisa y decido dejarlas solas, a pesar de que ambas insisten en que salgamos las tres a cenar. Pero supongo que están deseando ponerse al día y recuperar el tiempo perdido, así que me invento una excusa y me despido de ellas con besos y abrazos, dispuesta a pasar la noche del viernes en casa con Charlie. Antes hago una parada en la cafetería para tomar uno de los maravillosos caldos de Esperanza, que hoy está un poco ocupada y no puede detenerse demasiado tiempo para hablar conmigo, pero aun así sale a saludarme efusivamente y, como siempre, hace que me sienta como en casa. La cafetería está llena de gente que posiblemente me dobla la edad y me encuentro un poco rara allí un viernes por la noche, tomando un caldo y pensando en irme a la cama pronto. No es nada que no haya hecho antes, pero hoy me veo como una anciana.

Cuando subo a casa me lavo los dientes, me pongo un pijama cómodo y cálido y me repantigo en el sofá, con Charlie ronroneando en mi regazo y el móvil a mi lado. Enciendo la televisión y zapeo un poco hasta encontrar una serie de médicos que, sorprendentemente, no es *Anatomía de Grey*. Este tipo de series me engancha un montón, no sé por qué, y eso que las vísceras y la sangre no son lo mío. En un momento en el que dos de los protagonistas se juran amor eterno después de acostarse, me acuerdo otra vez de Roberto porque con él viví una situación similar. Acabábamos de hacer el amor por primera vez y los dos estábamos muy contentos. Nos hallábamos tumbados desnudos, uno al lado del otro, nuestros dedos entrelazados con fuerza y una sonrisa estúpida en el rostro. No es que todo hubiera sido idílico y perfecto, pero nos sentíamos más unidos que nunca y, al fin y al cabo, eso era lo más importante. Entonces, mientras me

acariciaba el vientre con suavidad, Roberto me dijo: «¿Sabes? Te voy a querer toda la vida». Sentí que mi corazón se saltaba un latido y no dudé en responderle que yo también. Y lo decía en serio. Jamás he vuelto a decir nada parecido.

Empieza a fastidiarme bastante que Roberto tome protagonismo en mi mente tan a menudo. No entiendo por qué de pronto empiezo a recordar cosas en las que hacía años que no pensaba, pero no es una sensación agradable. Me acuerdo de las palabras de Irene, aconsejándome que medite si de verdad estoy dispuesta a hacer las fotos de la boda, y comienzo a dudarlo de verdad. Me he evadido por completo de la trama de la serie e intento sacar por todos los medios esos pensamientos de mi mente, pero no puedo. Me siento patética, engañada por lo que alguien me dijo hace más de una década. Es de locos. Por suerte, el sonido del móvil avisándome de que he recibido un mensaje me da un respiro de tanta paranoia y me dispongo a leerlo. No puedo evitar que asome a mis labios una sonrisa cuando veo que es de Mateo.

#### **Mateo**

Nunca pensé que alguna vez desearía que pasase rápidamente el fin de semana, pero hoy tengo ganas de que llegue el lunes para verte.

El corazón se me acelera mientras pienso en una respuesta ocurrente, una que suene *sexy* y desenfadada. Pero justo entonces entra un mensaje de Irene en el grupo *(B)Ellas*:

#### **Ire**

Chicas, ya sé por qué ha venido mi madre tan de improviso. Mis padres se divorcian!!

Abro mucho los ojos y me apresuro a contestar:

**Cris**

Lo siento muchísimo, Ire! Y qué tal está ella? Y tú?

La respuesta de Paola tampoco se hace esperar.

**Paola**

Vaya, lo siento, Ire! Qué tal lo llevas?

Espero, expectante, aunque Ire aparece como desconectada. No sé leer entre líneas cómo le hace sentir eso. Siempre pensamos que es una persona a la que nada le importa demasiado, capaz de superar cualquier cosa sin un mínimo apoyo de nadie, pero no es cierto. Es verdad que es una chica muy independiente y segura de sí misma, pero todos necesitamos de vez en cuando que nos tiendan una mano y nos levanten, o que nos den un pequeño empujón.

**Ire**

Bueno, no sé, tengo que procesarlo aún...

**Sara**

¡Lo siento mucho, Irene! ¿Hay algo que podamos hacer por ti?

**Cris**

Sí, lo que sea, cualquier cosa.

**Paola**

Por supuesto, cuenta con nosotras!

**Ire**

No, no os preocupéis... Lo más extraño es que mi madre no parece en absoluto deprimida, es como si ya se lo esperase.

Me digo a mí misma que probablemente fuera así; un divorcio no ocurre de un día para otro. Me siento fatal por Irene, pero una parte de mí no puede evitar pensar que estaba claro que un día se divorciarían, como el noventa por ciento de los matrimonios. ¿Acaso no lo dijo ya Groucho Marx, que la principal causa del divorcio es el matrimonio? Estoy un poco moralista, ya lo sé, como si el divorcio de la madre de Irene fuese la ratificación de lo que defiendo a capa y espada desde hace tantos años, que no hay amor que dure para siempre y que hacerse ilusiones de lo contrario es condenar al fracaso cualquier relación.

**Paola**

Bueno, supongo que ellos ya se olerían que algo no iba muy bien.

**Sara**

Sí, seguramente ellos llevan tiempo asumiéndolo.

**Cris**

Coincido con ellas. Es a ti a la que ha pillado por sorpresa, pero seguro que te haces a la idea pronto.

**Ire**

Gracias, chicas!! Ya os contaré más despacio, que ahora nos vamos a tomar unas copitas por ahí. Si os queréis unir...

Todas declinamos la oferta, en mi caso porque no me apetece nada ahora que estoy con el pijama puesto, y también porque creo que Irene y su madre necesitan ese tiempo para ellas.

Suspiro y acaricio a Charlie, que ha empezado a roncar suavemente. Pienso durante unos minutos en qué contestarle a Mateo, y finalmente me decido:

**Cris**

Yo también tengo ganas de verte.

Me imagino a Mateo consultando el móvil para leer mi mensaje, con una sonrisita en los labios, y tumbándose en la cama junto a su mujer, ignorante de que su marido la está engañando con otra. Sacudo la cabeza con pesar y pienso que estoy completamente de acuerdo con Groucho.

## 6



El lunes a primera hora me espera en mi escritorio el pequeño ramillete de margaritas, que parece que ya nunca vaya a faltarme. Me pregunto de dónde saca este hombre tantas flores. ¿Acaso se dedica a recolectarlas antes de venir al trabajo? ¿Y siempre ha llegado tan pronto, o lo hace solo para poder dejarme las margaritas sin que yo lo vea? Pienso que ya no tiene mucho sentido porque ha perdido la sorpresa, pero decido que me gusta que lo haga.

Durante el resto del fin de semana no hemos intercambiado más mensajes, así que enciendo el ordenador con rapidez, deseando encontrar un correo suyo. Mientras el aparato arranca, tamborileo la mesa con los dedos, nerviosa. Me acuerdo de repente de la audición de Paola y le escribo un mensaje para desearle mucha suerte. Irene nos ha ido poniendo un poco al día, vía *smartphone*, de la situación de su madre. Dijo que fue ella quien decidió poner fin a la relación con su marido porque hacía un tiempo que ambos se habían distanciado. También nos comentó que la sigue viendo bastante relajada y contenta, aunque espera que en cualquier momento se derrumbe, y se está preparando para recoger sus pedazos.

### Ire

Aunque por el ritmo que lleva, más bien parece que le esté buscando un sustituto a mi padre a toda velocidad.

**Sara**

¿Por qué lo dices?

**Ire**

Ayer por la noche salimos a cenar y a tomar algo, ya os lo dije, no? Bueno, pues si no le entraron diez tíos distintos no le entró ninguno!!

**Cris**

En serio? Madre mía, qué éxito!!

**Ire**

Ya te digo!! A su lado me siento un verdadero adefesio!!

En aquel momento me entró la risa.

**Cris**

Tú? Y qué hay entonces del resto de las mortales? Las que tenemos que emperifollarnos un montón para conseguir ser al menos resultonas, vaya.

**Ire**

De qué hablas? Si tú estás buenísima!!

**Cris**

Muchas gracias, pero sé que no es cierto.

**Paola**

Venga, chicas, no os descentréis del tema.

**Ire**

Estás cañón, Cris. Bueno, a lo que iba, que le entraron por lo menos diez tíos, y todos ellos estaban buenísimos, joder!! Claro, cómo se va a acordar siquiera de mi pobre padre? Con esos tipos a una se le olvida todo!!

**Paola**

Jolín, Ire, no pintipares a tu padre con una horda de tíos que claramente captan que tu madre puede ser una presa

fácil.

**Cris**  
Pinti qué??

**Sara**

Comparar. No compares a tu padre con otros, Ire, dice Paola.

**Ire**

Si no los comparo!! Digo que con esos cañones apuntando en tu dirección es fácil olvidar al viejo calvo y regordete con el que tuviste una hija.

Irene siempre ha sido muy exagerada y tiene esa manía de reducir cualquier cosa a los dos o tres detalles que a ella le interesan.

**Sara**

Sí, eso, los cañones, je, je, je.

**Ire**

Hablando de cañones, Paola... Ya has tenido la ocasión de probar el de Nacho?

**Paola**

No cambies de tema!

**Ire**

Si yo ya he terminado!! Mis padres se han separado y sanseacabó, no hay que darle muchas más vueltas, no?

A veces admiro esa aparente facilidad que tiene para simplificar las cosas, pero muchas otras me pregunto si en el fondo no será una máscara que se pone para que todo le resulte más fácil.

Mientras sigo esperando a que arranque el ordenador —en algún momento habrá que advertir a alguien de que necesitamos equipos

más rápidos y potentes— mi móvil zumba alegremente para avisarme de que he recibido un correo. Es de Vicky.

De: Victoria Gómez <[vickylavikinga@coolmail.es](mailto:vickylavikinga@coolmail.es)>

Para: Cris <[calejo87@coolmail.es](mailto:calejo87@coolmail.es)>

Fecha: 29 de mayo de 2017 08:56

Asunto: Mil gracias

Buenos días, Cristina:

Quería darte las gracias por acceder a ser nuestra fotógrafa de boda. La verdad es que al dejarnos tirados el otro con tan poca antelación ya estaba bastante agobiada. No sé si te has casado alguna vez, si es así sabrás que los preparativos son una verdadera pesadilla; cuando piensas que todo está a punto, surge algún imprevisto que lo chafa todo. Pero bueno, no quiero aburrirte con detalles, simplemente quería darte las gracias, y más teniendo en cuenta las circunstancias. ¡¡¡Me salvas la vida!!!

Un abrazo,

Vicky

Trago saliva con los puños apretados porque en una primera lectura me rechina ese «teniendo en cuenta las circunstancias». ¿Acaso Vicky intuye los sentimientos que el encuentro con Roberto me ha producido? ¿Le habrá enseñado él aquel estúpido mensaje que le envié y se habrán estado riendo de mí? «¡Eh, mira, la pobre todavía está colgadísima de mí, ¿te lo puedes creer?». Y ella respondiendo: «Ay, sí, cielo, la verdad es que la pobrecilla tiene pinta de no comerse ni un colín, ¿no crees?». Y él carcajeándose mientras afirma: «Yo creo que la última vez que echó un polvo debió de ser conmigo. Y no eran demasiado buenos, no te vayas a pensar». Y Vicky, con el vestido de novia puesto, agitando su velo al decir: «¡Pobrecita! ¡Dejémosle eso al menos, tu recuerdo!».

Sacudo la cabeza con sorpresa. Mierda. No sabía que era tan paranoica, sinceramente. Leo el correo por segunda vez, poniéndole ahora un tono diferente, de agradecimiento, y me suena completamente distinto. Estoy al cien por cien segura de que Vicky solo quiere decir lo que dice literalmente.

He pensado durante el fin de semana, tal y como me recomendó Irene, sobre la conveniencia o no de ser su fotógrafa de bodas. No

llegué a ninguna conclusión, por mucho que planteé la cuestión en voz alta ante un Charlie especialmente mimoso que, sin embargo, no pudo sacarme de dudas. Por suerte, el correo de Vicky me da el empujón que necesito y respondo:

De: Cris <calejo87@coolmail.es>  
Para: Victoria Gómez <vickylavikinga@coolmail.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 09:04  
Asunto: Re: Mil gracias

¡Buenos días, Vicky!

Sin problema, lo hago encantada. Desentiéndete del asunto de las fotografías, que ya está todo controlado. Suerte con lo demás.

Un abrazo,  
Cris

Me siento bien después de enviar el correo. Me siento... No sé, madura, dueña de la situación. ¿Y qué si mi amor de la adolescencia se va a casar? ¿Por qué me va a afectar tal cosa?

Por fin termina de arrancar el ordenador, abro el correo electrónico y me falta el aire cuando veo que, tal y como esperaba, hay uno de Mateo aguardando que lo lea. Como mis compañeros están llegando, tengo que disimular un poco y ser paciente, pero no puedo más. Siento como si tuviera una pelota en mi estómago, botando sin parar, como cuando eres pequeña y te levantas la mañana del seis de enero deseando ver tus regalos. Algo así, pero no tan inocente.

Cuando por fin han terminado de entrar todos, cosa que se prolonga hasta las nueve y cuarto, consigo leer el correo.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 08:53  
Asunto: El mejor lunes  
Buenos días, preciosa:

Por fin es lunes. Estoy deseando saber de ti. ¿Qué tal has pasado el fin de semana? Yo he pensado mucho en ti, ¿y tú en mí?

Me sorprendo al comprobar que mi corazón va a mil por hora. ¿Cómo puede conseguir eso Mateo con un simple correo? Me digo que soy tonta, que estoy cayendo en las garras de un perfecto donjuán con mucha labia, pero sacudo de mí esa molestia porque quiero seguir adelante, aunque sé que está mal, aunque sé que no puede terminar bien, aunque sé que estoy siendo una estúpida. Pero, más que nada en el mundo, deseo seguir con esto, deseo sentirme siempre como él me hace sentir.

De: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 9:21  
Asunto: Re: El mejor lunes

Buenos días:

Sí, yo también he pensado mucho en ti, en lo del viernes. Me quedé con ganas de más.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 9:23  
Asunto: ¿Cuándo lo repetimos?

Yo también, con muchas ganas. ¿Cuándo lo repetimos?

De: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 9:25  
Asunto: ¿Ahora?

¿Ahora?

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 9:27  
Asunto: Re: ¿Ahora?

Sube al baño.

Trago saliva al leer estas palabras y noto cómo la excitación se abre paso en mí. No solo la sexual, que también, sino la excitación propia de la aventura, ese subidón de endorfinas que te hace creer que eres imparabile. No me lo pienso dos veces, me levanto de mi sitio, cruzo la oficina ante la mirada de extrañeza de algunos de mis compañeros —no es corriente que vaya al servicio hasta mitad de la mañana, aproximadamente— y subo a la planta de arriba. Cuando llego a la puerta del baño echo un vistazo furtivo al sitio de Mateo, que está vacío. Me tiemblan las piernas. Me recuerdo que de momento no estoy haciendo nada fuera de lo normal, respiro hondo y empujo la puerta del servicio.

La zona de los lavabos, donde el viernes tuve el encuentro con Mateo, está despejada. Suspiro con una mezcla de alivio y desilusión y me acerco a los espejos con la intención de echar un vistazo a mi reflejo antes de que llegue él. Si es que llega. No sería una broma, ¿no? Por un aterrador momento me imagino que salgo del baño con la frustración pintada en mi cara y que todos los compañeros de esa planta me señalan con el dedo y se ríen de mí, exclamando: «¡Ahí va la destrozahogares, miradla, venía pensando en encontrarse con Mateo!». Cuando un brazo salido de no sé dónde me tira de pronto del codo y me arrastra hasta uno de los cubículos del baño, esas imágenes se evaporan porque al fin aquí estoy, frente a frente con él, tal y como me lo he imaginado durante todo el fin de semana. Huele igual que el viernes, la misma fragancia con la que llevo fantaseando este par de días, y sus ojos tienen el mismo brillo cuando me mira fijamente.

Ninguno de los dos decimos nada, no hace falta. Sabemos a lo que hemos venido aquí. Nos besamos sin contemplaciones, un beso húmedo y profundo durante el que no dejamos de mirarnos ni por un segundo, tal y como sucedió el viernes. No sé cuánto tiempo dura, pero lo suficiente para que nos encontremos casi sin respiración, con las caras rojas y los ojos llameantes de deseo. Sin pensármelo dos veces —y, de paso, sin reconocerme a mí misma— le doy la espalda, me subo un poco la falda, me aparto la ropa interior y me ofrezco a él, apoyando mis manos en la pared. En parte me siento un poco humillada, como si lo que estoy haciendo me rebajase o algo parecido,

pero esa sensación queda eclipsada por la necesidad imperiosa que tengo de sentirlo dentro de mí. Como aquella noche en el callejón, él se pone un condón con habilidad y me embiste con fuerza. Noto mi cara pegada a los azulejos mientras él bombea en mí una y otra vez, sin parar, cada vez más rápido. De pronto tengo miedo de que entre alguien, pero no porque nos vayan a pillar y a abrir un expediente disciplinario o algo parecido, sino porque entonces esto terminaría, y ahora mismo quiero que dure eternamente. Podría estar así el día entero, sintiendo a Mateo moverse y agarrarme por las caderas, y susurrándome al oído lo muchísimo que lo excito y las ganas que tenía de hacer esto.

Pero como nada dura eternamente, cuando por fin se termina me siento, en parte aliviada, y en parte, una parte muy grande de mí, necesitando más, y no porque no me haya quedado físicamente satisfecha. Sin embargo, la cara de satisfacción de Mateo me avisa de que no es el momento de volver a acercarme a él, así que me coloco la ropa y aparento indiferencia mientras él se recompone también y escucha con atención por si oye algún sonido al otro lado.

—¿Sales tú primero? —susurra señalando con las cejas hacia el exterior.

Niego con la cabeza.

—Necesito un minuto —explico.

Él asiente con la cabeza y hace el amago de salir, pero yo lo retengo para darle un beso en los labios. No sé por qué lo he hecho. Sin embargo, lejos de lo que me temía, él me corresponde y me da un pequeño azote en el trasero.

—Espera unos minutos antes de salir —me dice mientras abre con cuidado la puerta del compartimento en el que nos encontramos. Desde dentro oigo el grifo del lavabo y luego el ruido del secador de manos. Después, el abrir y cerrar de la puerta del servicio, momento en el que salgo del cubículo y me detengo frente al espejo. Observo mi reflejo y apenas me reconozco. No es porque tenga la cara un poco roja y sudorosa, sino por mi expresión, que no sé describir, igual que no puedo describir cómo me siento. Feliz, exultante, excitada, sí, pero también, en cierto modo, hundida y usada. Y me pregunto cómo

puede ser que, sintiéndome de esa manera, no vea el momento de que lo que acaba de pasar con Mateo vuelva a suceder.

De vuelta a mi escritorio tengo la impresión de que todos saben lo que acabo de hacer. Sé que son solo paranoias mías, pero procuro caminar rápido y con la cabeza agachada, aunque sé que lo más disimulado sería actuar con normalidad. Pero ¿cómo hacerlo cuando todavía no han dejado de temblarme las piernas?

Cuando por fin llego a mi sitio me siento pesadamente y casi sin pensar abro de nuevo el correo, donde me espera uno que me acaba de enviar Mateo.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 9:52  
Asunto: Sin palabras

Ha sido espectacular. No paran de temblarme las piernas.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 29 de mayo de 2017 9:54  
Asunto: Re: Sin palabras

A mí tampoco!! Ha sido una pasada.

En ese momento un mensaje en el grupo de las chicas interrumpe mi debate interno sobre si es o no demasiado pronto para proponerle otro encuentro, y para hacer tiempo leo el mensaje que ha enviado Paola.

**Paola**

La audición me ha ido bastante bien, chicas!! Pero no creo que me cojan, me dijeron que las aspirantes eran muchísimas.

Contesto:

**Cris**

Bueno, nunca se sabe!! Cruzo los dedos!!

Devuelvo mi atención al correo que estaba redactando para Mateo y finalmente decido que sí es demasiado pronto, así que hago clic en el botón de enviar sin añadir nada más, ignorando esa vocecilla dentro de mi cabeza que me advierte de que lo que estoy haciendo no me va a traer nada bueno.

\* \* \*

Por la tarde estoy poniendo un poco de orden en casa, labor ingrata donde las haya, cuando suena el teléfono. Me alegro de la interrupción porque no hay cosa que más odie que limpiar. Me gusta que todo esté limpio —sin llegar a límites extraños, no soy una maniática del orden ni nada de eso—, pero no el proceso para conseguirlo. Como al noventa y nueve por ciento de la gente, supongo. Miro la pantalla antes de descolgar y veo que es Paola, por lo que esbozo una ancha sonrisa. No solo porque sé que una conversación telefónica con ella dura un tiempo medio de una hora, y que cuando termine el momento de la cena estará demasiado próximo como para reanudar mi ocupación actual, sino porque hace mucho que no hablamos ella y yo solas y me acabo de dar cuenta de que lo echo de menos.

—¡Hola, guapa! —exclamo más feliz que una perdiz.

Oigo una carcajada al otro lado del teléfono y ella pregunta:

—¿A que acabo de interrumpir tu proceso de limpieza del piso?

Me río. Paola me conoce demasiado bien.

—Uy, sí, pero no importa, puedo seguir más tarde. ¿Qué te cuentas?

—Pues nada, andaba por casa y de pronto he recordado que hace mucho que no hablamos tú y yo. Sin las chicas, quiero decir.

—Es verdad —coincido—. Al final, entre unas cosas y otras, se pasan los días casi sin darse una cuenta. —Me detengo y, al momento,

añado—: Joder, ¡parezco una anciana hablando!

Las dos nos reímos, pero la mía no es una risa real. De verdad que empieza a preocuparme esta obsesión con la edad.

—Escucha, quería hablarte de Nacho.

Me siento en el sillón con las piernas cruzadas, buscando con la mirada a Charlie, que normalmente acude presuroso en cuanto me oye acomodarme, exigiendo su sitio en mi regazo. Esta vez no es distinto, y lo recibo con una buena ración de mimos.

—Cuéntame.

—La verdad es que no sé por dónde empezar... —comienza y, por su voz impregnada de ilusión, sé que mi amiga está pillada de verdad.

—Por el principio —propongo—. Vamos a ver, ¿qué hay entre vosotros?

—Nada —se apresura a contestar—. O todo. No lo sé, Cris, no había sentido nunca algo... así.

—¿Así cómo? —le tiro de la lengua.

—Tan... ¡No sé! Me despierto pensando en él, y me voy a dormir con una sonrisa tonta también pensando en él... Y se me hace el tiempo superlargo cuando no lo veo... Y cuando quedamos para vernos me pongo tan nerviosa que hasta pierdo el apetito...

Me muerdo la lengua para no reírme, no de Paola, sino porque me emociona que mi amiga esté enamorada. Solo la he visto una vez así, y de eso hace ya unos cuantos años.

—Y luego, cuando estoy con él, parece que se me traba la lengua, y me pongo roja por todo, y tengo miedo de soltar cualquier dislate porque no sé ni lo que digo...

Pienso que me vendría bien la traducción de Sara para ese «dislate», pero como no es cuestión de cortar a Paola, no digo nada.

—... Y él se porta tan bien conmigo, Cris... Es encantador, siempre está pendiente de mí, de lo que quiero, de lo que necesito... ¡Hoy quería escaparse un par de horas del trabajo para acompañarme a la audición!

—Qué atento —intervengo para que sepa que la estoy escuchando, aunque no diga gran cosa.

—Le dije que no, claro, primero porque no es como si me fueran a operar o algo así, y segundo porque lo único que me faltaba al ir a

una audición, que ya de por sí voy nerviosilla, es que me acompañe él —dice con una carcajada.

—Jo, estáis en la mejor etapa, esa en la que todo es mágico.

Me abstengo de decir que la disfrute, porque en cualquier relación esa etapa tiene siempre los días contados.

—Supongo. —Suspira, emocionada—. Es una pasada.

—Me alegro mucho por ti, Paola, te lo mereces.

—Lo que pasa es que me da un poco de miedo, ¿sabes? Porque parece que todo va demasiado rápido... Bueno, Irene diría que a los treinta ya no está una para andarse con tonterías, ¿no?

Me río.

—Probablemente diría algo peor —respondo y soltamos sendas carcajadas.

—Bueno, ¿y tú qué tal? —me pregunta con timidez—. ¿Has pensado más en lo de las fotos de la boda?

—¿Qué pasa con las fotos? —me sorprendo.

—¿Vas a hacerlas? Ya sé que dijiste que sí, pero creí que a lo mejor lo pensabas más despacio.

Tardo unos segundos en comprender que no me está hablando de la boda de Sara, sino de la de Roberto.

—Ah, eso... —Le toco la nariz a Charlie mientras respondo y él gira un poco la cabeza. Seguro que piensa que es algún bicho o algo así. Me encanta hacerle esas perrerías mientras duerme—. Sí, voy a hacerlas.

Me doy cuenta de que, como llevo todo el día pensando en Mateo, no me he acordado de Roberto ni de su boda desde que contesté el correo de Vicky. Ojalá pudiera hablarle a mi amiga de Mateo. Creo que me haría bien decir en voz alta lo que siento, para poner en orden mis pensamientos, pero Paola no es la oyente adecuada porque sé que no le va a parecer bien, que intentará apelar a mi conciencia para que me sienta culpable —cosa que ya me ocurre sin su ayuda—, y en estos momentos lo que yo quiero es precisamente lo contrario, que alguien me diga que lo que estoy haciendo no es tan malo, y que si me está aportando algo mínimamente positivo, siga adelante. Hasta ahora, cada vez que alguna me ha preguntado sobre él y si ha ocurrido algo tras nuestro

encuentro en el callejón, he dado respuestas evasivas que de momento parecen surtir efecto.

—¿Estás segura? —insiste ella refiriéndose de nuevo a las fotos.

—Sí, lo estoy. —Estiro un brazo y me doy cuenta de que es verdad, no como cuando lo dije el otro día en el *pub*. Tal vez sea porque Mateo ocupa la mayor parte de mis pensamientos ahora, pero de verdad creo que no me va a afectar demasiado ver cómo se casa Roberto.

—Bueno, si tú lo dices... Es que te noto un poco rara últimamente. Desde que lo viste, vamos.

Me froto los ojos, sin acordarme de que esa mañana me he maquillado y todavía no me he lavado la cara. Seguro que se me ha corrido toda la máscara de pestañas, pero ¿a quién le importa? Total, ahora mismo solo me va a ver Charlie, y el pobre ya está acostumbrado a eso y a cosas peores. Eso me recuerda mi recién comenzada crisis de los treinta.

—La verdad es que sí me he sentido un poco rara últimamente —le confieso a Paola.

—¿Y eso? ¿Qué te ocurre? —Percibo su preocupación en la voz. Paola es como una hermana mayor excesivamente protectora.

—¿A ti el cumplir treinta no te ha hecho pensar en tu vida? ¿En si estás consiguiendo lo que quieres o no? ¿En el tiempo que te queda para lograrlo? ¿Y no estás empezando a verte arrugas y canas y cosas raras en el cuerpo?

—Pues... —Parece meditar un momento por dónde empezar a responder—... No sé, supongo que sí me he preguntado todas esas cosas, pero desde hace ya un tiempo. ¡A ver si ya pasé la crisis por adelantado! —se ríe.

—¡O a ver si es la de los veinte y la tengo yo con retraso!

—¿Hay crisis de los veinte?

—¡No creo! ¿Qué motivos puede tener alguien de veinte años para una crisis?

Lo piensa unos segundos y finalmente responde:

—Bueno, ¿y qué motivos podríamos tener nosotras, recién cumplidos los treinta?

—Uf, no sé, muchos, por ejemplo, mi teta caída. —Mientras digo

esto, aparto con cuidado a Charlie y me estiro para coger una manzana del frutero que tengo en la mesita de centro.

—¿De verdad te afecta tanto eso?

Le pego un buen mordisco a la jugosa fruta después de frotarla con mi pantalón para limpiarla un poco. Cuando trago, respondo:

—Pues creo que sí. Ya sé que suena tonto, pero...

—No, no suena tonto. Nada de lo que uno sienta debería considerarse tonto.

—¿En serio? ¿Y si siento que soy un extraterrestre y que estoy aquí para investigar a los terrícolas?

Oigo su suave risa al otro lado de la línea.

—Cada vez te pareces más a Irene —comenta—. Te daré una respuesta a su altura: pero, a ver, ¿de qué planeta eres? Porque si dices de Marte, la cuestión tiene mucho más sentido que si dices de cualquier otro.

—Soy de Plutón.

—Plutón no es un planeta desde hace por lo menos diez años.

—Bueno, pues llámalo como quieras, pero soy de Plutón y he venido a observarte, amiguita. —Hago una pausa dramática y aprovecho para dar otro bocado—. ¿No suena un poco tonto?

—Sí, ya veo por dónde vas. Pero aunque lo dijeras en serio, por muy tonto que sonara, resultaría preocupante porque me haría pensar que estás perdiendo la cabeza, así que...

—¿Y crees que estoy perdiendo la cabeza ahora porque me preocupa mi teta colgante?

Las dos soltamos una carcajada, porque esa expresión es tan propia de Irene que casi me cuesta creer que haya salido de mi boca.

—Creo que Ire es la de Plutón y se ha metido en tu cabeza —se ríe Paola.

—¡Ya te digo! Pero bueno, a lo que iba...

—No, no creo que estés perdiendo la cabeza, lo que quería decir es que, aunque pueda parecer una tontería, es importante porque te está afectando.

—Bueno, tampoco tanto, es que a veces exagero.

—Por eso te teñiste el pelo de negro azabache por un par de canas...

—Eh, oye, pero eso al final salió bien.

Charlie levanta la cabeza y me dirige una mirada que me hace pensar que mis risas lo están molestando, así que me levanto con la manzana en una mano y el teléfono en la otra y voy a la cocina, donde apoyo mi trasero en la encimera y prosigo la conversación. Oigo que Paola me dice entre carcajadas:

—Vale, al final te salió bien, pero eso no borra el hecho de que empiezan a preocuparte estas cosillas.

—¿Y a ti no?

Paola parece pensárselo unos segundos. Observo que la manzana comienza a oxidarse en los lugares donde la he mordido.

—De momento no mucho, esa parte todavía no.

—¿Entonces? —inquiero sabiendo que hay más.

—Bueno... Me preocupa más si alguna vez lograré ser una actriz de verdad, por ejemplo.

—¡Pero ya lo eres! —exclamo casi en automático, y al instante me arrepiento porque sé que ella se refiere a dar el gran salto, a ser una actriz laureada, nominada a un montón de premios y, por supuesto, ganadora de algunos. Sé que a veces le molesta que casi nadie la reconozca en ningún sitio, aunque no suele decirlo. Así que me disculpo al momento—. ¡Lo siento, Paola! No debería haber dicho eso.

—No te preocupes, si te agradezco el gesto, pero... ya me entiendes.

Asiento con la cabeza y, al recordar que no puede verme, digo:

—Sí, te entiendo. Ojalá lo logres algún día.

—Me preocupa ser demasiado mayor. Bueno, desde hace años ya soy demasiado mayor para iniciarme en este mundillo. La mayoría de las actrices revelación son apenas unas niñas.

Me muerdo el labio porque no sé qué decir. Ella tiene razón.

—Pero bueno —continúa—. Puedo vivir con eso. Me gusta lo que hago y pienso seguir haciéndolo mientras pueda.

—¿Entonces? —repito la pregunta de antes, porque de nuevo sé que hay algo más.

—Me da miedo que no me dé tiempo a tener hijos —confiesa casi en un susurro.

Estoy a punto de exclamar que eso es una tontería, que tiene

todo el tiempo del mundo, pero, por suerte, esta vez me contengo a tiempo. Al fin y al cabo, no hace tanto que yo he pensado exactamente lo mismo. Empiezo a sentir mi útero como si fuera un yogur con la fecha de caducidad muy próxima, pero, por supuesto, esto no lo digo en voz alta, ni siquiera para ponerle humor al asunto. A cambio, me lanzo con datos estadísticos que pueden o no ser ciertos, pero que suenan bastante verídicos:

—Hoy en día las mujeres son madres por primera vez cada vez más tarde. No es como antes, ahora las cosas van más despacio. Y tiene sus puntos positivos, ¿eh? Por ejemplo, aquí estás, un lunes por la tarde charlando por teléfono tan campante, en vez de yendo a recoger al niño de inglés, o de kárate, o de vete a saber qué actividad extraescolar.

—Ya, bueno, eso sí, pero, biológicamente, las mujeres seguimos estando programadas para concebir a edades tempranas.

Otra vez me deja sin nada que replicar, porque de nuevo tiene razón. Vale, hoy en día se es madre más tarde, pero no se puede estirar mucho el tiempo. Todos sabemos que a mayor edad, más inconvenientes. Sin embargo, no creo que sea eso lo que necesite oír ella ahora mismo. Por eso digo:

—Aún eres joven, Paola, disfruta de todo lo que tienes, y el ser madre ya llegará si así lo deseas.

Es una de esas cosas que no me suele gustar decir porque no sé si son ciertas. Es lo que de verdad quisiera, pero no soy adivina. Sin embargo, a Paola parece servirle, y lo agradece:

—Gracias, Cris, necesitaba oír eso.

Doy el último mordisco a la manzana con una sonrisa y tiro los restos al cubo de basura. Paola añade:

—Y tengo que decirte que todo lo que estás viendo en el espejo está magnificado por tu mente. Yo no te veo ni esas arruguitas que dices, ni te vi las canas. Sobre el pecho no puedo opinar, pero me juego el cuello a que está más o menos como siempre.

—Puede ser. Al fin y al cabo, lo de que sea un poco bizca de tetas no es ninguna novedad, ¿no?

—Seguro que no se nota tanto como crees. Estás perfecta como estás, y pasará mucho tiempo antes de que eso cambie.

Y esa es otra afirmación peligrosa de hacer si no eres adivina, pero le doy las gracias igualmente porque, al fin y al cabo, lo que cuenta es la intención.

Después pasamos un rato hablando de cosas intrascendentes y cuando colgamos me doy cuenta de que he recibido un mensaje durante la hora y cuarto —icasi un récord! — de conversación. Cuando veo que es de Mateo, me apresuro a leerlo:

**Mateo**

Deseando repetir.

Sonrío como si fuera estúpida o como si tuviera quince años y me hubiese mirado el chico que me gusta. Contesto con rapidez:

**Cris**

Y yo.

De pronto siento una sensación rara en la boca del estómago y unas ligeras náuseas. Creo que es mi conciencia. Necesito compartir esto con alguien, que alguien me diga que no le ponga fin. Y, por alguna razón, me sorprende llamando a mi hermano por teléfono, aunque en realidad no tengo intención de contarle nada.

—¡Hola, caracola! —me responde con alegría al segundo tono. De pequeño, Pablo cogió la fea costumbre de llamarme «caraculo», pero por suerte lo cambió cuando empezamos a ser adultos.

—¡Hola, hermano! ¿Qué tal va todo?

Regreso al salón, donde Charlie no parece echarme de menos, todo estirado en el sofá.

—Pues aquí andaba, haciendo unos recados, ¿y tú? ¿Qué te cuentas en este precioso lunes?

Sonrío. Pablo es de esas pocas personas a las que les encantan los lunes, aunque ni él mismo sabe explicar los motivos. Siempre responde: «¿Y por qué no va a gustarme igual que otros días?», y nunca sé qué replicar a eso.

—Pues... Ya sabes, poca cosa. Estaba aquí limpiando un poco y me acordé de ti.

Suelta una carcajada al otro lado del teléfono.

—¿Entonces soy tu excusa para no seguir limpiando?

Suelto un bufido y me río yo también.

—Bueno, no exactamente, la verdad es que antes he estado hablando con Paola.

—O sea, que encima ni siquiera soy tu primera excusa. Eso me parte el corazón —responde con sorna.

—Ya sabes que tú siempre serás el primero —lo tranquilizo, aunque sé que no es necesario.

—Bueno, ¿y qué es de tu vida últimamente cuando no estás limpiando la casa? ¿Ese gato se porta bien?

—Uy, sí, el pobre es un santo, ya lo sabes.

—Para aguantarte a ti ha de serlo, sin duda. Bueno, ¿y qué tal está la bella Paola?

De adolescente, Pablo tuvo un pequeño cueltito con ella, que nunca fue correspondido, pero ahora se ven mutuamente casi como hermanos.

—Pues ahí anda, bastante enamoriscada.

—¿Qué me dices? ¿Paola? ¿Hablamos de la misma persona?

—Eh, no te metas con ella. —Me sale la vena protectora. Vale, mi amiga es muy selecta con sus posibles parejas, pero no me gusta que se hagan bromas a costa de ello. Me parece una actitud no solo razonable, sino también muy encomiable.

—Uf, perdón, nunca me acuerdo del rollo tan raro que te traes con ella —me dice con guasa.

—Pues el mismo que contigo; nunca permito que nadie se meta con mis hermanos.

—¡Eh, perdona, pero tu único hermano de sangre soy yo! — exclama haciéndose el ofendido.

—La sangre no es lo único que une, que lo sepas.

—¡No te vayas a poner trascendental ahora, hermanita, y desembucha!

Me muerdo el labio y frunzo el ceño, maravillada por lo bien que me conoce Pablo, aunque decido disimular.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú llamándome un lunes casi a la hora de la cena, solo para decir hola? No cuela. Desembucha. ¿Qué te pasa?

Trago saliva y medito un momento cómo presentar la situación.

—¿Tú qué harías si desearas mucho hacer algo pero ese algo fuera malo?

Pablo guarda silencio un par de segundos y luego pregunta:

—¿Pero cómo de malo? ¿Malo como asesinar a alguien o malo como robarle el wifi al vecino?

Lo pienso un momento. Como hay un amplio abanico de posibilidades entre una opción y otra, respondo:

—Algo entre medias.

—¿Más cerca del asesinato o más cerca del wifi? —insiste él, y sé que lo hace para quitarle hierro al asunto.

—Supongo que más cerca del wifi —concedo finalmente, aunque tengo mis dudas.

—¿Y cuánto deseas hacer ese algo tan terrible?

Pienso en Mateo y en lo que me hace sentir con solo rozarme.

—Mucho —digo—. Mucho, mucho, mucho.

—Me tienes intrigado, hermanita —afirma Pablo con una entonación que casi lo convierte en una pregunta, aunque seguro que sabe que no le voy a responder.

—Di, ¿qué opinas?

—Opino que solo se vive una vez.

—¿En serio?

—Siempre y cuando no hagas daño a nadie.

Vaya. Esa afirmación me chafa el entusiasmo. Aunque, para ser justos, no sería yo la que haría daño a la mujer de Mateo, en caso de que se enterase, sino él. Y eso si ella llegara a enterarse. Afirmino con la cabeza y Pablo me pregunta:

—¿Te sirve de algo la respuesta?

—Sí, genial, muchas gracias, Pablo.

—Cuando quieras, ya lo sabes. Y si en algún momento necesitas hablar de ello...

—Lo sé, lo sé, solo me hará falta un telefonazo.

—Y estaré donde me digas.

Es un juego que llevamos practicando desde que éramos pequeños. Al contrario que otros hermanos, Pablo y yo nunca tuvimos una etapa en la que nos llevásemos mal ni nada parecido. Al revés, siempre nos apoyamos mutuamente y tuvimos una relación muy madura. Con el paso del tiempo, convertimos la canción de Diana Ross (con pequeñas variaciones) en una broma privada entre los dos.

Nos despedimos después de decirnos que nos queremos y nos echamos de menos, y medito un momento su respuesta. Sacudo la cabeza y me digo que probablemente el matrimonio de Mateo ya estaba roto antes de que apareciese yo, y ese simple pensamiento me reafirma en la decisión que ya había tomado.

\* \* \*

El miércoles, en la oficina, me levanto presurosa después de contestar el último correo de Mateo, en el que me proponía encontrarnos de nuevo en el baño. Ayer no pudimos vernos ni apenas intercambiar correos, porque tuvimos la visita de uno de nuestros clientes más importantes y todos nos comportamos con la profesionalidad que la situación requería. Aun así, me pasé la mañana disimulando mis ganas de encontrarme con él y me descubrí mordiéndome los labios con auténtica desesperación según me daba cuenta de que no podría verlo. Así que cuando he llegado esta mañana y he guardado, como siempre, las margaritas en mi cajón (que comienza a estar vergonzosamente lleno de ellas), lo primero que he hecho ha sido arrancar mi ordenador, resistiendo la tentación de morderme las uñas de impaciencia mientras tanto, y en cuanto he podido le he enviado el primer correo de la mañana. Su respuesta no se ha hecho esperar.

De: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 8:56  
Asunto: Impaciente

Estoy impaciente por verte. ¿Cuándo puedes?

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 9:00  
Asunto: Re: Impaciente

¿A y cuarto? Cuando todo el mundo esté en su mesa y haya menos movimiento por los pasillos...

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 9:02  
Asunto: Re: Impaciente

Perfecto. No puedo esperar.

Me arrepiento en el último momento de la última frase del correo, pero ya no puedo hacer nada por borrarla y espero con impaciencia, por una parte a que me responda, y por otra a que llegue la hora acordada. Como la primera cosa no ha ocurrido, a eso de las nueve y diez me levanto como impulsada por un resorte y me doy cuenta de que me tiemblan las piernas, seguramente por la anticipación de lo que me espera en escasos minutos, pero también porque soy consciente de que es muy descarado ir al cuarto de baño cuando no ha pasado ni un cuarto de hora desde que empezó nuestro turno. Procuo pasar lo más desapercibida posible por delante de mis compañeros de planta y casi suelto un suspiro de alivio cuando al fin alcanzo las escaleras. Pero entonces, cuando Rebeca dice mi nombre en un susurro, pego un brinco y ella se ríe mientras se disculpa:

—¡Ay, perdona, no quería asustarte!

—No pasa nada, no te preocupes —respondo mientras me llevo la mano al pecho.

—No hace falta que subas —me dice con una sonrisa.

La miro, sin entender, y frunzo el ceño. Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—Al baño —explica separando muy bien las sílabas de las palabras, como si yo fuera idiota o algo así. Y me siento como tal, porque tardo unos segundos en entender lo que me está diciendo. Se me queda la boca seca justo cuando ella añade—: Ya han arreglado el de aquí.

Mi cuerpo se resiste a alejarse de las escaleras que me llevarán junto a Mateo y trato de buscar desesperadamente una explicación lógica que me permita subir a la planta superior ahora mismo, pero no la encuentro. Maldigo en silencio a Rebeca mientras susurro:

—Ah, qué bien, gracias. —Y espero que no suene sarcástico.

—Ya era hora. Vale que mis piernas empezaban a agradecerme el esfuerzo, pero cuando tienes prisa no hace gracia tener que subir.

Intento decir algo que no parezca demasiado estúpido. Parezco una niña a punto de abrir sus regalos de cumpleaños cuando se los quitan de un manotazo. Frustrada. Triste. Cabreada. Cabreada con Rebeca, además, como en una pataleta infantil. Por supuesto, me ahorro las ganas de soltarle cuatro lindezas y me bato en retirada, aunque me da la impresión de que con cada paso que me alejo de las escaleras mi cuerpo pesa más y más. Tengo ganas de llorar y de gritar.

—¡Cris! —exclama Rebeca, esta vez sin susurrar, y cuando me doy la vuelta para mirarla veo que se está aguantando la risa.

La miro sin comprender, en mi mente la sola idea de llegar cuanto antes a mi ordenador para decirle a Mateo que no puedo subir. Entonces ella señala, divertida, la puerta del baño de nuestra planta, el que para mi desgracia ya han arreglado, y pregunta:

—¿Pero tú no ibas al baño?

De pronto me pongo como la grana. Me daría un par de bofetadas a mí misma por estúpida, pero, evidentemente, no lo hago. Ya estoy llamando demasiado la atención. Así que pongo los ojos en blanco y finjo sorpresa.

—Madre mía —digo—, ¡qué cabeza tengo!

Y me aproximo a la puerta del baño al que no quiero ir mientras Rebeca se ríe y dice:

—Bueno, nos pasa a todos.

Asiento rápidamente con la cabeza y busco refugio en el cuarto de baño, que es exactamente igual que el de arriba con la excepción de

que, por supuesto, Mateo no va a entrar en cualquier momento. Hago un poco de tiempo para que resulte creíble que he usado el retrete y pienso que ojalá hubiera traído conmigo el móvil para poder enviarle un mensaje avisándole de que no podré acudir. Me miro en el espejo y veo mis ojos brillantes, mi piel un poco sudorosa, los labios ligeramente hinchados. La cara de alguien que pensaba echar un polvo y se ha quedado con las ganas, vaya. En ese momento se abre la puerta y por un segundo estoy segura de que es él, y mi cuerpo reacciona en consecuencia. Me giro esperanzada, mis labios se entreabren anticipando el beso que llevan horas esperando, noto un ligero hormigueo en la entrepierna. Pero cuando en la estancia entra Luis, que evidentemente no esperaba compañía puesto que ya estaba en posición de bajarse la cremallera de los pantalones, vuelve esa mezcla de tristeza, frustración y enfado. Nos saludamos inclinando la cabeza, sin pronunciar ni una palabra, y me dispongo a salir.

Cuando llego a mi sitio le envío sin dilación un correo a Mateo.

De: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 9:21  
Asunto: Baño arreglado

¿Y ahora qué?

Pasan los minutos y no recibo respuesta. Me lo imagino esperando en la planta superior, impaciente como estaba yo, casi paladeando el momento en sus labios, y me vuelvo a enfadar con Rebeca. Vale, ya sé que no tiene la culpa de nada, pero no lo puedo evitar. Por un momento se me pasa por la cabeza la idea de que sea otra mujer la que entre en el baño y que a él le dé igual (o incluso me confunda) y terminen haciendo lo mismo que nosotros hace apenas un par de días... ¡Y que le guste más! Sacudo la cabeza con una sonrisa de suficiencia. «Vamos, Cris», pienso, «se te está yendo la olla».

Pero cuando dan las diez menos veinte no puedo dejar de recrearme en esa imagen, en Mateo teniendo sexo apasionado con

otra compañera en ese mismo lugar, y me clavo las uñas en la palma de la mano. Aprieto los dientes y de pronto siento la necesidad de subir a comprobarlo. Me contengo porque sé que estoy siendo irracional y no me gusta sentirme así.

Como no puedo concentrarme en el trabajo por el momento, decido repasar los correos que hemos intercambiado durante estos días y sonrío con ellos. Abro una nueva carpeta para guardarlos todos juntos, y entonces caigo en la cuenta de que puedo enviarle un mensaje al móvil. Mierda, ¿cómo no lo he hecho antes? En el baño no tenía opción, pero llevo sentada en mi escritorio por lo menos veinticinco minutos. Tecleo con rapidez en mi teléfono y respiro hondo cuando veo que él está conectado. Vale, si está conectado no puede estar tirándose a otra, ¿verdad?

**Cris**

El baño de mi planta ya está arreglado, no puedo subir al tuyo.

Mateo

Ya me pareció que algo raro pasaba cuando vi que no subías.

**Cris**

Has recibido mi correo?

Mateo

Sí, justo estaba contestándote.

**Cris**

OK.

Respiro, aliviada, y espero con impaciencia su correo, que no tarda en llegar.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>

Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>

Fecha: 31 de mayo de 2017 9:47

Asunto: Re: Baño arreglado

¡Menuda faena! ¡Con las ganas que tenía! Llevo soñando con eso desde el momento en que nos separamos el lunes.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 9:49  
Asunto: Re: Baño arreglado

¡Y yo! ¡Ya no aguanto más!

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 9:52  
Asunto: No sabes cuánto me pones

Yo tampoco aguanto más. Tenemos que buscar otro sitio. No puedo pensar en nada que no sea comerte entera.

Cuando leo su respuesta, siento que la excitación invade mi cuerpo. Echo un vistazo furtivo, temiendo que mi lenguaje corporal me delate, pero todo el mundo parece inmerso en sus propios quehaceres. Entonces se me ocurre la solución perfecta.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 9:55  
Asunto: Y tú a mí!!

¿Qué tal en mi casa?

Me siento un poco demasiado atrevida, pero me parece una idea estupenda. No es lo mismo un par de polvos en sitios públicos que uno bien echado en un lugar con intimidad y sin ninguna prisa. De todas formas, me pone un poco nerviosa lo que él pueda responder. ¿Y si me dice que no? Pero su respuesta no se hace esperar y me provoca una gran sonrisa.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 9:59  
Asunto: Perfecto

Tu casa suena perfecto. Pero, por favor, que sea hoy, porque no sé si voy a poder aguantar más o si tendré que bajar a tu despachito y hacértelo sobre tu escritorio.

La imagen de Mateo y yo teniendo sexo sobre mi escritorio me obliga a tragar saliva unas cuantas veces para que mi garganta deje de estar seca.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 31 de mayo de 2017 10:03  
Asunto: Re: Perfecto

Esta tarde, por mí genial, ¿al salir del trabajo?

Intercambiamos un par de correos más para fijar la hora y darle mi dirección, y pasamos el resto del día escribiéndonos correos cada vez más subidos de tono, por lo que, cuando llego a mi casa a eso de las siete, esperar hasta y cuarto, que es la hora que hemos acordado, me parece demasiado. Charlie se acerca a mí para que le haga arrumacos, pero me limito a ponerle la comida para que esté entretenido. Ya se lo compensaré después. Ahora mismo solo puedo pensar en una cosa. Me muerdo el labio, nerviosa, y se me pasa por la cabeza la idea de recibirlo con algo de lencería *sexy*, pero me parece demasiado. Me siento en el sofá y me vuelvo a levantar. Miro la hora para descubrir que solo han pasado un par de minutos. Compruebo que en el dormitorio todo esté en orden, sobre todo que no haya tirados por cualquier lado sujetadores o bragas, pero no los hay. Al fin y al cabo, el lunes estuve recogiendo todo. Me siento en el borde de la cama, imaginándome a Mateo encima de mí, y empieza a entrarme mucho calor. Miro la hora de nuevo y veo que ya son las siete y diez. Quedan apenas cinco minutos para que llegue y estoy muy nerviosa.

Intento entretenerme mirando tonterías en el móvil: mis perfiles en las distintas redes sociales, el tiempo que hará los días próximos, las fotos de los perfiles de WhatsApp de mis contactos... Pero nada hace que el tiempo pase más rápido, y cuando el reloj marca las 19:15 exactamente me levanto con rapidez, aunque el timbre no ha sonado. Entonces el tiempo parece pasar más lentamente todavía y noto que el corazón me golpea en el pecho, mezcla de excitación y nerviosismo. A las siete y veinte empiezo a pensar que Mateo no va a venir y me dispongo a mandarle un mensaje, pero me contengo. Tampoco quiero que piense que estoy loca de atar. Vale, puedo aguantar unos minutos más, llevo esperando todo el día, ¿no? Me siento de nuevo en el sofá y veo a Charlie mirarme con curiosidad. De alguna manera, sabe interpretar mis estados de ánimo y ya se ha dado cuenta de que no es el momento más apropiado para pedirme mimos. Me muerdo el labio y me levanto. Miro el reloj de nuevo. Me acerco a la ventana, aunque no da al portal y de esta forma no lo voy a ver llegar. Por fin, cuando suena el timbre, me contengo para no ir hasta la puerta dando saltos, me obligo a caminar a un ritmo normal, haciendo repiquetear mis tacones en el suelo, y abro con toda la tranquilidad que puedo.

En cuanto entra, cierra la puerta a su espalda y, sin fijarse para nada en el recibidor ni en ninguna otra cosa que no sea yo, me gira y me besa mientras me empuja contra la misma puerta que acaba de cerrar. De nuevo nos besamos con los ojos abiertos, y entonces él me agarra las piernas por debajo de los glúteos y me toma a horcajadas mientras yo le rodeo el cuello con los brazos sin parar de besarlo.

En medio de esa lucha de lenguas, que es la mejor forma que tengo de describirla, le sugiero que pasemos al dormitorio y le indico el camino, mientras él no para de besarme. En cuanto me tiende en la cama, con toda delicadeza, empieza a desnudarme y por un momento me acuerdo de mis pechos bizcos y le sugiero que apaguemos la luz, pero él susurra:

—De eso nada, quiero verte entera, que otras veces no pude. —Y, fijando su mirada en mis pechos, cosa que me incomoda por un momento, como si pensara que de pronto va a salir corriendo despavorido mientras grita: «¡Tiene las tetas bizcas! ¡Dios mío, hagan

algo, por favor!»), susurra con ternura—: Perfectas. Preciosas. Toda tú eres preciosa.

Eso me relaja y me hace sentir más segura de mí misma. Con una sonrisa traviesa, rodeo sus caderas con mis piernas, su cuello con mis brazos y lo acerco con decisión a mí.

\* \* \*

Un par de horas más tarde Mateo se levanta y comienza a vestirse lentamente. No puedo dejar de admirar su cuerpo. Vale, en el callejón y en el baño no fui plenamente consciente del cuerpazo que tiene, pero esta tarde me ha quedado muy claro. He de decir que los trajes que suele llevar a la oficina no le hacen justicia. Permanezco tapada mientras él se viste, con una sensación extraña. Por un lado sé que no soy, ni de lejos, tan atractiva como él, y eso me hace sentir un poco inferior, como si él tuviera todo el poder en esta *relación*, o como se pueda llamar. Pero, por otro, durante todo el rato que hemos estado juntos me ha hecho sentir como si fuese la mujer más maciza que ha visto nunca, y eso que no me cabe ninguna duda de que ha debido de ver unas cuantas. Así que me encuentro en un estado de seguridad/inseguridad en mí misma que no había tenido nunca.

—Ha sido genial —dice después de ponerse los pantalones, y se inclina para darme un beso, de forma que veo cómo sus abdominales se ponen tensos.

Respondo al beso y luego susurro:

—Ojalá no tuvieras que marcharte.

En el momento me doy cuenta de que he dicho algo equivocado, porque frunce levemente el ceño, tan solo un segundo, pero lo suficiente como para que yo lo aprecie.

—Tengo que irme, Cris. —Lo dice con voz de fastidio, y no sé si es porque él tampoco quiere marcharse o porque le he sugerido que no lo haga.

—Lo sé, lo sé —respondo recuperando la compostura e incorporándome un poco. Me veo vulnerable tumbada en la cama mientras él está de pie. Intento que mi tono suene desenfadado, pero

una vocecita en mi cabeza se empeña en decirme que esto es lo que significa «ser la otra».

—Maite me espera.

Lo dice con naturalidad, mientras se sienta a mi lado, en la cama donde acaba de hacerme el amor —«donde acaba de acostarse contigo», me corrige la molesta vocecita—, y se pone los zapatos.

Es como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Es como si saber el nombre de su mujer (quizá lo hubiera escuchado en algún momento, pero antes de que ocurriese todo esto, y no me acordé más) convirtiera lo que estoy haciendo en algo más patético de lo que es. Trago saliva, sin saber qué decir. Acabo de tener el mejor sexo de mi vida con un hombre que ahora mismo se está calzando para irse a casa porque lo espera su mujer. Me siento repentinamente hundida.

Mateo no parece darse cuenta de nada, y cuando termina de atarse los zapatos se pone la camisa, se sienta de nuevo a mi lado y me recorre el brazo con un dedo, cosa que, contra mi voluntad, hace que cada vello de mi cuerpo se erice.

—Nunca había sentido nada así —me susurra, y me mira muy serio.

Trago saliva de nuevo y le sostengo la mirada, otra vez sin saber qué decir. Él prosigue:

—He estado con muchas mujeres, Cris —y de nuevo esto me sienta como un puñetazo—, pero con ninguna he sentido esto que siento contigo... Tenemos una química especial, algo que me está volviendo loco. Me vuelves loco, Cris.

«¡Venga, Cris, eres más lista que esto!», exclama, muy enojada, la puñetera vocecita, empeñada en empañar el momento. Le doy un manotazo mental y sonrío a Mateo mientras afirmo:

—Yo también lo siento.

Él arquea las cejas, como si estuviera sorprendido, y pregunta con suavidad:

—¿Tú también?

Asiento con la cabeza.

—Sí, yo tampoco... Tampoco había sentido esto nunca. —Y lo digo de verdad. Mateo tiene razón: tenemos una química tan increíble que

creo que hasta aquel día en el callejón no había experimentado el sexo de verdad. Y, después de lo de hoy, cualquier duda que pudiera tener se ha disipado. Me pregunto si la gente cuando tiene sexo siente esto de ahora o lo que he sentido otras veces con otros hombres. Me parece que la respuesta es evidente. Esto no se consigue todos los días. Es algo que hay que cuidar y mantener.

Y cuando se inclina para besarme, de pronto me doy cuenta de que en realidad da igual que Mateo se tenga que marchar porque su mujer lo esté esperando, porque él no siente esto por ella, porque es imposible que ella me pueda superar en este aspecto. Porque los dos sentimos algo que nunca antes habíamos sentido y eso es lo que importa.



El jueves llego tarde a mi cita semanal con las chicas, hecho que no le pasa desapercibido a ninguna de ellas. Casi están terminando su primera consumición cuando Irene exclama:

—¡Es la primera vez que llego antes que tú! ¡Pensaba que no viviría para ver este día!

Me río y busco con la mirada a Toni para pedirle una pinta rubia; me muero de sed. Cuando al fin lo localizo detrás de la barra, le hago un gesto como si tuviera una copa en la mano y bebiese de ella. Él me entiende y, también gesticulando, me pregunta el tamaño. Abro exageradamente los brazos y los ojos, haciéndole ver que tengo muchísima sed. Él se ríe y va señalando uno por uno todos los grifos mientras yo niego con la cabeza, hasta que llega al de la cerveza rubia y asiento, entusiasmada. Levanta el pulgar y le tiro un beso. Esto último no sé a qué ha venido, la verdad, creo que todavía me dura el subidón de adrenalina tras el encuentro que acabo de tener con Mateo. Me paso la lengua por los labios y aún puedo notar su sabor en ellos.

—¿A qué ha venido ese beso? —pregunta Paola con una expresión pícara en los ojos.

Me encojo de hombros.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé.

De pronto noto que Irene me mira con los ojos entrecerrados, con cara de sospecha.

—¿Y por qué has llegado tarde, señorita?

Trago saliva y me encojo de hombros de nuevo. Soy una calamidad mintiendo; me doy cuenta de que tengo la cabeza gacha, como si quisiera desaparecer sobre mí misma. Seguro que cualquier experto en lenguaje corporal adivinaría enseguida que oculto algo.

—Trabajo —mascullo.

—Pero si nunca te hacen quedarte hasta tarde —insiste ella, ahora con una ceja enarcada.

—Bueno, pues hoy sí. —Levanto la vista a tiempo de ver acercarse a Toni, que me sirve la pinta y un cuenco de frutos secos y, por supuesto, otro de gominolas verdes. Le doy las gracias con una sonrisa y él me guiña un ojo mientras se aleja.

Irene lo observa todo con ojos nerviosos que van de uno a otro. Casi puedo sentir cómo su calenturiento cerebro se pone a trabajar, atando los cabos equivocados. O no tan equivocados, porque, de repente, se levanta, me señala acusadoramente con el dedo índice y exclama:

—¡Tú acabas de echar un polvo!

Las cabezas de Paola y Sara se giran hacia a mí, sin duda preguntándose si es cierta la sospecha de Irene. En realidad han sido dos, para ser exactos, pero tampoco hace falta dar más detalles.

Como todas las mañanas últimamente, Mateo y yo hemos pasado horas y horas enviándonos descarados correos, y tengo que confesar que he descuidado mi trabajo a causa de eso. Sé que es poco profesional, pero no lo puedo evitar. Es como una adicción: cuando recibo un correo de Mateo no me quedo a gusto hasta que lo leo. Después saboreo sus palabras, respondo y vuelvo al trabajo. Pero como sus respuestas suelen ser casi siempre inmediatas, de nuevo me desconcentro al recibir otro correo suyo y vuelta a empezar. Y estoy casi segura de que a él le ocurre lo mismo. Es una locura, una vorágine que me absorbe casi sin darme cuenta y que hace que se me pasen las horas volando, deseando que llegue el momento de poder verlo por fin. Así que, a pesar de saber que si aceptaba llegaría tarde para ver a las chicas, cuando me ha propuesto pasar por mi casa al

salir del trabajo le he dicho que sí sin dudar. Y, desde luego, no me arrepiento. Cada vez es mejor. Aunque parecía imposible mejorar lo de ayer, lo hemos conseguido, pero, lejos de sentirme plenamente satisfecha, me he quedado con ganas de más.

—¿Estoy en lo cierto? —La voz de Irene me saca de mis pensamientos, en los que Mateo me repite una y otra vez lo especial que es todo esto y la suerte que tenemos de poder experimentarlo—. ¿Te has tirado a Toni?

Trago saliva para contener una carcajada, no porque me resulte divertida la idea de Toni y yo teniendo sexo, sino por puro nerviosismo. Sacudo la cabeza mientras le doy un buen trago a la pinta, como si fuera agua.

—Pues Toni no ha podido ser, porque ha estado aquí todo este rato —interviene Paola.

—Es verdad. —Irene frunce el ceño y pone los brazos en jarras, mirándome como si fuera mi madre—. ¿Entonces quién ha sido?

Sacudo la cabeza.

—No ha sido nada, de verdad.

Algo en mi tono, o en la expresión de mi cara, hace que Irene de repente abra mucho los ojos y susurre:

—Joder, te estás viendo con el tío ese de tu trabajo, el casado, ¿no es cierto?

De nuevo trago saliva y le sostengo la mirada. Estoy a punto de mentir, pero finalmente agacho la cabeza, como una niña a la que han pillado haciendo alguna travesura.

—¡Joder, Cris! —exclama Irene—. ¡Claro, por eso cuando te preguntábamos nos dabas largas!

Paola se cruza de brazos y me mira con dureza. Bueno, con toda la dureza de la que es capaz, porque ella es como un trozo de pan tierno.

—¿Es cierto? —me pregunta con suavidad.

Veo que Sara apura su copa y la deja con cierto estrépito encima de la mesa. Me preparo para que *Sara Hyde* me suelte una retahíla interminable de razones por las que no debería acostarme con Mateo, aunque creo que no logrará descubrirme ninguna en la que no haya pensado ya. Sin embargo, se limita a hacerle una seña a Toni para

pedir otra ronda para ellas tres. Miro a Paola y a Irene con los ojos muy abiertos, sorprendida por el hecho de que Sara se vaya a tomar una segunda copa, pero están demasiado centradas en mí como para darle más importancia a que nuestra amiga esté a punto de ampliar ligeramente su cupo de alcohol.

—Di, ¿es verdad? —repite Irene con algo parecido a la exigencia en su tono, cosa que no me gusta—. ¿Te estás tirando a un hombre casado, Cris?

Respiro hondo intentando calmarme, porque empiezo a estar muy cabreada. Pero ella insiste, no me da el espacio que necesito.

—¿No habíamos quedado en que era una pésima idea?

Entonces golpeo la mesa con las manos y exclamo:

—¡Bueno, déjame tranquila, ¿vale?! —Las tres me miran un poco sorprendidas y me disculpo al momento—: Perdón, es que me estabas agobiando, Ire.

Entonces llega Toni con las bebidas de mis amigas y más aperitivos, y me dirige una mirada de curiosidad. Niego con la cabeza para decirle que todo está bien, y se aleja sin intercambiar más que un par de palabras con nosotras.

—Perdona —dice Ire—. Es que... Me parece que estás cometiendo un error, eso es todo.

Me dan ganas de preguntarle que quién narices le ha pedido su opinión, pero no quiero que nos peleemos, así que me quedo callada mientras asiento con la cabeza.

—Ya lo sé, sé lo que pensáis.

Por el rabillo del ojo observo que Sara le da un buen trago a su bebida y me sorprende que Paola e Ire no se percaten de que algo le ocurre. O quizá lo han estado hablando antes de que yo llegara.

—Pero Cris... —musita Paola, que obviamente se muere de ganas de aconsejarme que no lo haga, pero no encuentra la forma—. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—¿Quieres ser la otra? —interviene de pronto Sara con un deje de amargura en la voz que ratifica mi sensación de que le ocurre algo. Sin embargo, como me siento bastante ofendida, aunque en el fondo sé que están en lo cierto, me preocupo más de defenderme que de saber qué es.

—Pues sí, es lo que quiero, ¿vale? —respondo con agresividad, como una adolescente a la que no le dejan salir con el chico malo de turno, mientras doy un buen trago de mi vaso.

—Te estás equivocando —me presiona Irene—. Y lo sabes.

Apuro mi pinta y dejo el vaso vacío encima de la mesa con tanta fuerza que tengo miedo de haberlo roto. Por suerte, no es así. Me levanto, cabreada, y digo:

—¿Podéis dejar de juzgarme solo un minuto, por favor?

Y, sin darles tiempo a contestar, me dirijo al baño con un paso firme que se vuelve menos seguro a medida que avanzo. Y a punto de alcanzar la puerta, las lágrimas acuden a mis ojos y me siento estúpida.

—¿Estás bien, Cris? —me sobresalta entonces la voz de Toni a mis espaldas.

Como no quiero que me vea llorando, asiento con la cabeza y murmuro un «sí» que pretendo que suene despreocupado, pero que consigue el efecto contrario, porque él me agarra de la muñeca y su contacto me hace sentir aún más miserable.

—Estoy bien —le digo—. Solo necesito un momento.

—De acuerdo —dice él y me suelta la muñeca, lo que hace que, por algún motivo, de pronto tenga frío. Empujo la puerta y me miro en el espejo, apoyada en el lavabo. No sé por qué me siento así, pero lo odio. Hace escasas horas estaba muy segura de mi relación, o como se pueda llamar, con Mateo, algo sin ataduras, solo algo con lo que pasarlo bien —*muy* bien, tengo que decir—, experimentando emociones con las que hace unas semanas ni siquiera podría soñar, y resulta que en cuanto mis amigas dicen un par de cosas en contra, me vengo abajo.

Siempre he sido una persona muy segura de las decisiones que he tomado. Incluso aunque trajeran consigo cosas negativas, nunca me he arrepentido de ninguna de ellas, ni he dudado sobre mi buen juicio después de haber decidido. En cambio, últimamente tengo dudas hasta de las más pequeñas, y no digamos ya de las grandes decisiones. Me siento completamente perdida, y lo peor es que no puedo justificar ante nadie mi actitud con respecto a Mateo, porque no puedo describir con palabras por qué lo hago. Decir que si no lo

hiciera me moriría me parece un poco dramático, pero es lo que, en primera y última instancia, siento de verdad. Incluso ahora, en el cuarto de baño del *pub*, que parezco un despojo de la humanidad, no puedo evitar pensar en él y en lo que me provoca: sentirme tan deseable, tan emocionada, tan *viva*. Al fin y al cabo, no hace tanto que he sido plenamente consciente de que la vida no es eterna, de que el tiempo pasa para todos y que yo no soy una excepción. Estoy dispuesta a exprimir cada minuto al máximo, y lo que estoy viviendo con Mateo es tan intenso que no quiero perdérmelo.

La puerta del baño se abre con suavidad y Paola asoma la cabeza.

—¿Puedo entrar? —me pregunta con un hilo de voz.

Miro su figura reflejada en el espejo y siento un ramalazo de cariño. Digo que sí con la cabeza.

—Lo siento mucho, Cris. No queríamos hacerte sentir mal, cielo.

Se acerca a mí y yo me giro para mirarla a la cara.

—Lo sé —musito y se me escapa un puchero.

—*Ey*, ven aquí —murmura mientras me envuelve en un cálido abrazo, y me sorprendo pensando en lo suave que es su jersey. Me río y me separo mientras me limpio una lágrima antes de que se me corra el rímel.

—Gracias, Paola —susurro con una sonrisa triste.

—¿Quieres contarme qué está pasando? —pregunta con voz suave.

Me encojo de hombros y me muerdo el labio. Finalmente, niego con la cabeza. No sabría qué decirle. No sé ponerle palabras a lo que siento.

—Si alguna vez quieres hablar de ello sabes que puedes hacerlo, ¿vale?

Asiento con la cabeza y pienso que parezco muda, pero no me salen las palabras.

—¿Quieres que me quede o prefieres estar sola?

Me muerdo los carrillos, pensativa, y ella añade:

—Irene y Sara también querían disculparse, pero hemos preferido que entrase solo yo al baño. Ya sabes, por si te agobiábamos demasiado.

—¿Qué le pasa a Sara? —pregunto recordando la segunda copa de

mi amiga.

—No lo sé. Hoy es una noche extraña, ¿no te parece? Debe de haber luna llena o algo así.

Sonrío mientras mi amiga me coge del brazo y echamos a andar hacia la puerta. Cuando salimos, Toni me sigue con la mirada hasta que le hago un pequeño gesto para que entienda que está todo bien y él me guiña un ojo. Cuando llego a la mesa, Irene y Sara se disculpan.

—No queremos que nadie te haga daño —explica Sara.

—No es por su mujer, sino por ti —añade Ire. Paola le da un codazo discreto y ella cierra la boca con un ligero mohín mientras se sienta.

Sara está a punto de terminar su segunda copa y de nuevo me pregunto qué le ocurre, pero prefiero no preguntar. Sé que nos lo dirá a su debido tiempo. Me siento y Toni me sirve otra pinta, aunque no se la he pedido. Le doy las gracias y cuando se marcha le pregunto a Irene:

—Bueno, ¿y qué tal tu madre? ¿Va a venir hoy?

Ella mira su reloj y suelta un pequeño bufido.

—Ya debería estar aquí. Para una vez que soy puntual... —Está a punto de decir: «Para una vez que soy puntual, las tardonas son las demás», pero se contiene para no molestarme y a cambio añade—: Va mi madre y llega tarde, además de fastidiarme los polvos, claro. ¡Estoy en el dique seco, chicas!

Paola y yo estallamos en carcajadas. Observo que Sara solo sonrío sutilmente y la noto inquieta. ¿Tendrá problemas con Ricardo?

—¡En el dique seco! —exclama Paola mientras finge limpiarse un par de imaginarias lágrimas—. Si tu madre llegó hace menos de una semana...

Irene la mira con sorpresa.

—¡Pues eso! ¡En el dique seco! Llevo casi una semana sin echar un polvo, ¿te parece poco?

Ahora le toca a Paola mirarla con sorpresa.

—Madre mía; a tu lado soy, definitivamente, una monja.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa, que Nacho no te pone a cuatro patas cada noche?

Paola se pone colorada de repente, algo que no le pasa

desapercibido a Irene, que insiste:

—Bueno, di, ¿qué tal te va con tu semental?

Ella me mira un poco compungida y decido echarle un cable.

—No, no, cuéntanos tú, Irene. ¿Por qué tu madre está entorpeciendo tu agitada vida sexual?

Pone los ojos en blanco y se pasa la lengua por los labios.

—Chica, dicho así parece que soy una libertina o algo parecido.

Paola y yo nos reímos ante la ironía.

—¡Pero si yo lo he dicho de una forma mucho más discreta que tú!

Irene parece pensarlo un poco y frunce los labios.

—Si tú lo dices... El caso es —prosigue tras bajarse del taburete y apoyar los brazos en la mesa alta— que tenía algo en perspectiva, pero no puedo invitarlo a mi casa estando mi madre en ella. ¡Es como volver a la adolescencia, madre mía!

—¿Y por qué no le sugieres encontraros en la suya? —pregunta Sara y casi me sorprende oír su voz.

—Pues porque es muy descarado, Sarita —responde Ire como si fuera la cosa más obvia del mundo—. No es lo mismo invitar a alguien a tomar una copa en tu casa que invitarte tú a la suya...

—Pues no veo la diferencia —insiste la otra.

—Además, con lo directa que tú eres, ¿por qué te da corte? —quiere saber Paola.

Irene menea la cabeza un poco exasperada.

—No entendéis nada. No es porque me dé corte, es porque no es muy *sexy* invitarte tú misma. Es el juego de la seducción... —Nos mira una a una y, cuando todas la observamos como si no tuviéramos ni idea de qué nos está hablando (lo que, efectivamente, está sucediendo), exclama—: ¡Joder, os voy a tener que dar unas clases! Bueno, el caso es que estoy que me subo por las paredes...

Paola y yo cruzamos una mirada divertida y meneamos la cabeza al mismo tiempo con una sonrisa.

—Pues ya que no puedo echar un polvo, voy a ver si me agencio un amigo gay. —Irene escudriña el resto del local con los ojos semicerrados. Estoy a punto de decirle que tal vez empiece a necesitar gafas cuando la voz de su madre me interrumpe:

—No me digas que todavía sigues con ese rollo, hija.

Todas nos giramos para mirarla con una sonrisa en la cara, y todas, excepto Irene, nos quedamos boquiabiertas. Alcanzo a ver por el rabillo del ojo que no somos las únicas. La mayoría de los hombres del local, da igual la edad, están repasándola de arriba abajo, y unas cuantas mujeres la miran con envidia, admiración o una mezcla de ambas cosas. Es como el efecto que provoca Irene al entrar en un local, pero multiplicado por cuatro. Y no es de extrañar. Si la hija es *sexy*, lo de la madre no hay palabras que puedan definirlo.

Antes de que salgamos de nuestro estupor, ella nos envuelve en perfumados abrazos y besos mientras nos recuerda su nombre.

—Soy Estefanía, la madre de Irene, ¿os acordáis de mí? —pregunta dirigiéndose más bien a Paola y a Sara, dado que yo la vi el viernes pasado—. Madre mía, ¡estáis todas guapísimas!

Juraría que ya se ha tomado un par de copas antes de venir aquí, y sonrío al pensar en lo mucho que se parece Irene a su madre.

Cuando se sienta, Toni se acerca para tomarle nota y lo noto un poco cortado. Es la primera vez que lo percibo, pero supongo que no hay muchas mujeres en el mundo como Estefanía e Irene, y a esta última no solo está ya acostumbrado, sino que además su presencia no parece surtir ningún efecto en él, al contrario de lo que le ocurre con Estefanía. Cuando pronuncia el nombre de un cóctel que Toni nunca había escuchado, Sara le pide una tercera copa. Todas, excepto la madre de Irene, la miramos extrañadas. Incluso Toni le pregunta:

—¿Estás segura, Sara?

Ella lo mira con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido.

—Sí, ¿por? —No es una pregunta que invite a dar una respuesta, pero el tono sugiere que de verdad no entiende por qué a Toni le parece raro que pida otra copa.

Él sacude la cabeza y murmura un «no, por nada» antes de alejarse, no sin antes dirigirme una mirada de sorpresa.

Estefanía cruza sus largas piernas justo a mi lado y no puedo evitar envidiar lo kilométricas y sugerentes que se ven, enfundadas en unas medias negras combinadas con unos tacones de aguja.

—Entonces, Irene, ¿aún sigues a la busca y captura del chico gay más dicharachero o qué?

—Aquel de allí —señala la aludida con un ligero movimiento de cabeza. Como está apuntando detrás de mí, no me doy la vuelta para no ser descarada.

—¡Ni de coña! —exclama Sara y de nuevo la miramos con curiosidad porque no suele emplear esas palabras.

—Estoy de acuerdo con Sara, no creo que ese chico sea gay —opina Estefanía mientras apoya los codos en la mesa—. De hecho, la criatura está como para hacerle un buen favorcito.

Arqueo las cejas, sorprendida. Vale, nunca me dio la impresión de que Estefanía fuera precisamente una mojigata, pero siempre la he visto acompañada de su marido —bueno, supongo que futuro exmarido— y nunca la había oído decir estas cosas. A Irene debe de ocurrirle lo mismo, porque exclama, escandalizada:

—¡Mamá, por favor!

Estefanía le pone una mano en el brazo y susurra:

—No me llames mamá aquí, por Dios, que me hace parecer vieja.

Irene pone los ojos en blanco y menea la cabeza, aunque se le escapa una sonrisa mientras dice:

—Pero bueno, ¿qué clase de educación me estás dando?

Entonces llega Toni con el complicado cóctel y la tercera copa de Sara, que da un trago tan largo que estoy a punto de retirársela y preguntarle de una vez por todas qué le ocurre. Intercambio otra mirada con Paola, que se encoge de hombros, como diciéndome que no sabe muy bien qué hacer, exactamente igual que me pasa a mí.

Hablamos durante un rato de trivialidades. Nadie le pregunta a Estefanía qué tal se encuentra tras su separación, supongo que porque no hay confianza para ello y porque nos tiene un poco desconcertadas. ¿Es así cuando está soltera, o simplemente intenta pasar el trago lo mejor posible?

Sara apura su tercera copa y la deja encima de la mesa con estrépito. Y entonces anuncia con voz grave:

—No me voy a casar.

Todas giramos la cabeza hacia ella a la vez, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡¿Qué dices?! —exclamamos Irene, Paola y yo casi a la vez.

Estefanía, en cambio, murmura, supongo que casi sin querer:

—Haces bien, criatura.

Noto perfectamente cómo Irene le da una patada por debajo de la mesa y la mira con cara de circunstancias.

Paola coge una de las manos de Sara entre las suyas y le pregunta con delicadeza:

—¿Por qué dices eso, cielo? ¿Qué ha pasado?

Ella sacude la cabeza y noto que tiene los ojos húmedos.

—No puedo hacerlo —dice con un hilo de voz—. Es demasiado, es... demasiado.

Cruzamos una mirada entre las tres, un poco desconcertadas.

—¿Es por algo que haya hecho Ricardo? —inquire Irene.

Sara se muerde el labio inferior, que ha empezado a temblarle como si tuviera vida propia.

—No lo sé —gime y esconde la cara en las manos.

Ahora nos miramos con el ceño fruncido.

—¿Ha hecho algo Ricardo? —insiste Paola.

Por fin, Sara se descubre el rostro y niega con la cabeza.

—No, no ha hecho nada. De momento. Supongo. ¡Pero lo hará, seguro que lo hará!

—¿A qué te refieres? —pregunto con suavidad.

—¡Tú tienes razón, Cris! —exclama mirándome fijamente, y lo dice de tal manera que parece que me esté acusando de algo—. ¡Todo es una mierda, todo es...! —Hace una pausa, buscando las palabras adecuadas, y yo me contengo para no decir que nunca he afirmado que todo sea una mierda—. ¿Para qué nos vamos a casar si seguramente nos divorciemos? ¡Todo el mundo lo hace! ¿Cuántos matrimonios conocéis que no hayan fracasado estrepitosamente? —Se detiene un momento, mira a Estefanía y añade—: Sin ofender.

La madre de Irene hace un gesto con la mano, dando a entender que no se ha ofendido.

—A lo que voy —prosigue nuestra amiga— es a que puede que dentro de un tiempo Ricardo venga y me diga que ya no me quiere, porque es verdad, ¿qué seguridad tengo yo de que nos vayamos a querer toda la vida? ¡Cris tenía razón desde el principio!

Trago saliva, me siento culpable y miserable. Sé que no tengo motivos, porque al fin y al cabo cada uno puede tener la opinión que

le dé la gana, pero de alguna manera me considero responsable de las dudas de Sara, aunque jamás haya mostrado mi forma de ver la vida basándome en su relación. Es más, siempre he pensado que si hay alguna excepción sobre el tema es precisamente la pareja que forman Sara y Ricardo. Así que protesto:

—Pero, cielo, que yo piense así no significa que tenga razón.

Ahora Sara está llorando a moco tendido.

—¿Y si un día me entero de que tiene una amante o algo así? Eso es algo que solo había visto en las pelis o en los libros, pero no era consciente de que también pasa en el mundo real... ¡Mira Mateo! — exclama y al instante me mira compungida—. Perdona, no quiero decir que... Ya me entiendes.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo, pero niego con la cabeza como si no pasase nada; no es el momento.

—¡Y luego está el tema de la pesada de mi suegra y lo de que no venga mi padre a la boda! ¿Cómo voy a casarme si no está él allí? ¿Y para qué voy a casarme? ¿Para tener que divorciarme al cabo de cinco años, con dos niños pequeños y el cuerpo hecho una pena porque seguramente no me habré recuperado en condiciones de los partos? Porque las famosas se recuperan de un día para otro, prácticamente, pero si miras a tu alrededor, a las mujeres de verdad... Esas nunca se recuperan. Se quedan con forma de pera para siempre y no hay gimnasio ni dieta que lo arregle. Y seguramente Ricardo me estará engañando con una tía buenorra que...

—¡Basta! —exclama Ire, de repente, y surte tan buen efecto como si la hubiera abofeteado—. ¡Deja de decir chorradas, coño!

Sara la mira con los ojos muy abiertos, un poco ofendida. Yo no sé muy bien qué hacer. ¿Hubiera sido mejor dejarla hablar, o se le estaba yendo demasiado de las manos?

—Lo que te pasa es que estás muerta de miedo —le dice Irene, ahora con más suavidad—. Y muy estresada por todo el tema de la boda. Y además te has bebido tres copazos y no te ha dado el puntito gracioso precisamente. —Esto último hace sonreír un poco a nuestra disgustada amiga—. Pero todo está bien, Sara. Ricardo es un tío de puta madre. Y si tu padre no quiere ir a la boda, peor para él.

—Todo va a salir muy bien, Sara, ya lo verás, será un día

alucinante —interviene Paola.

Me siento obligada a decir algo, pero no se me ocurre nada. No puedo prometerle que su amor durará toda la vida, ni que la boda saldrá a pedir de boca, ni que su padre se arrepentirá de no ir al enlace de su única —que sepamos— hija. En cambio, afirmo:

—Ricardo y tú sois la única pareja por la que yo apostaría a que estará unida hasta la muerte.

Todas me miran sorprendidas, como si hubiera dicho que me ha tocado la lotería o algo parecido.

—¿De verdad? —dice Sara en un susurro.

No entiendo muy bien por qué significa tanto para ellas que diga una cosa así, pero lo ratifico:

—De verdad.

Vale. A lo mejor he exagerado un poco y lo he dicho del modo más romántico posible. De verdad pienso que Ricardo y Sara son una pareja sólida y creo que podrían llegar a estar juntos toda la vida sin matarse.

Sara se levanta del taburete, da un ligero traspie, no sé si de la emoción o por efecto del alcohol, y se acerca a mí con los brazos abiertos. Yo la recibo con cariño y nos quedamos así, aferradas la una a la otra, durante unos segundos, mientras me susurra «gracias» al oído repetidas veces. En realidad no sé qué he hecho, pero me alegro de haberlo hecho.

Cuando nos separamos, Paola le pregunta:

—¿Estás mejor?

Ella se encoje de hombros.

—Cansada —dice.

—¿Llamamos a un taxi? —pregunto.

Sara asiente con la cabeza y cuando saco el móvil veo que tengo un mensaje de Mateo.

**Mateo**

Me vuelves loco.

Procuro disimular la sonrisa mientras tecleo con rapidez: «Y tú a mí», y después llamo a un taxi para que venga a recoger a Sara. Me ofrezco a acompañarla, quiero asegurarme de que llega bien, pero Paola dice que también está cansada, que la acompañará ella y después regresará a casa, aunque tengo la sospecha de que va a reunirse con Nacho.

Cuando Irene, Estefanía y yo nos quedamos solas, propongo ir a por otra ronda y me dirijo a la barra.

—Una noche intensa, ¿eh? —me dice Toni cuando llego.

—¡Ya lo creo! —exclamo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Quién, yo? Sí, sí, muy bien, gracias.

No sé si miento o no, la verdad es que no sé muy bien cómo me encuentro. Mi conciencia es ahora mismo un galimatías difícil de interpretar. Toni frunce el ceño, quizá porque esperaba que le explicase lo del numerito del baño, pero lo ignoro y a cambio le pregunto:

—¿Y tú? ¿Qué tal esas ideas para la sala de escape?

—¡Caramba, te acuerdas! —se sorprende.

Yo me río y le digo, fingiendo que estoy ofendida:

—Oye, que me lo contaste hace nada, ¿tan mala memoria crees que tengo?

—Bueno, se comenta por ahí que eres un poco desastre, sí — responde con una carcajada.

En realidad no le falta razón, pero no tiene manera de saberlo.

—¿Entonces tienes alguna idea nueva?

Él, que había estado apoyado en la barra durante nuestra breve conversación, se yergue un poco y responde con una sonrisa misteriosa:

—Sí, alguna hay.

—¿Y no me la puedes contar?

—Da mala suerte —se excusa, y a mí me parece bien. A continuación, ya con su tono de camarero profesional, me pregunta—: Y bien, ¿qué vas a tomar?

—Pues venía a por otra ronda para Irene, su madre y yo.

—¿Así que esa es la madre de Irene?

Asiento con la cabeza.

—De tal palo... Es impresionante, ¿no? —digo. Y me giro para observarla, pero no las veo en nuestra mesa.

—Bueno, si es tu tipo. Ya sabes que yo prefiero a las mujeres más naturales —susurra apoyándose de nuevo en la barra y mirándome fijamente.

Yo me río como si bromeara —cosa que no tengo muy clara— y, cambiando de tema, pregunto:

—¿Dónde narices se han metido?

Toni atisba alrededor y, finalmente, su mirada se detiene en cierto punto.

—Creo que será una ronda solo para dos.

Me giro a tiempo de ver a Estefanía saliendo del local seguida muy de cerca por un hombre que la coge de la mano. Arqueo las cejas, sorprendida, y busco a Irene con la mirada.

—¡¿Te lo puedes creer?! —exclama de repente mi amiga, tan cerca de mí que ni siquiera sé cómo ha llegado. Tiene los brazos en jarras y menea la cabeza—. O sea, yo en el dique seco, y ella se marcha con un tío sin decir nada...

Echo una miradita de reojo a Toni, que disimula una sonrisa.

—¿Un par de pintas entonces para las dos morenas más guapas del local? —sugiere y yo asiento con la cabeza, pero Irene lo ignora.

—Estoy pensando... —dice en voz alta, aunque probablemente de verdad crea que solo lo está pensando—... que tengo la casa para mí solita esta noche, ¿no? —Me mira con una sonrisa traviesa y se responde a sí misma agitando la cabeza arriba y abajo. Saca su móvil del bolso y teclea con rapidez un mensaje mientras se muerde el labio.

Toni me sirve la pinta y le pego un buen trago. Debería empezar a beber menos, me digo, en un arranque de inspiración. Eso e ir al gimnasio. Creo que es hora de plantearme en serio lo de hacer ejercicio, comer un poco mejor y beber un poco menos. Y todo esto lo pienso mientras doy buena cuenta de mi tercera pinta de la noche y me atiborro a frutos secos. Ironías de la vida.

De pronto Irene me da un sonoro beso en la mejilla que me pilla por sorpresa.

—¡Me piro! —exclama mientras señala su *smartphone* con un dedo—. ¡Esta noche el dique va a llenarse!

Frunzo el ceño ante lo gráfico de la metáfora y levanto una mano a modo de despedida.

—¡Disfrútalo! —le deseo con picardía y sigo engullendo mientras pienso en los saludables cambios que voy a efectuar en mi estilo de vida.

\* \* \*

Al día siguiente me despierto con un poco de resaca y me arrepiento de haber tomado aquella última pinta. Por supuesto, mi propósito de empezar a comer más sano y hacer ejercicio cae voluntariamente en el olvido y desayuno en la cafetería un café con leche acompañado de un par de *donuts* de los más grasientos, que es lo que me pide el cuerpo siempre que me paso con la bebida. Esta vez me siento ligeramente culpable porque de verdad creo que va siendo hora de hacer unos cuantos cambios en mis hábitos de vida.

Mientras desayuno escribimos todas en *(B)Ellas*, un tanto exaltadas. La pasada noche nos ha dejado un sabor agridulce. Aun así, no se comenta nada sobre Mateo, lo cual no sé si me alivia o me molesta, porque, aunque supongo que ignorar el tema es el modo que tienen las chicas de no juzgarme, me gustaría poder compartir con ellas lo que me está ocurriendo. Sin embargo, la conversación lleva otros derroteros muy distintos.

**Sara**

Buenos días, chicas. Quería deciros que siento muchísimo lo de ayer. ¡No sé qué me pasó!

**Paola**

Lo importante es que tú estés bien. Lo estás?

**Sara**

Creo que sí. ¡Se me fue la pinza por completo!

**Cris**

Buenos días! Es normal, Sara, no te preocupes, son los nervios antes de la boda, todas las novias los tienen.

**Ire**

Buenas!! Sí, sí, por lo menos no te fugaste y dejaste tirado al novio en el altar!! Aunque aún tienes ocasión de hacerlo, eh!!

**Sara**

No tengo intención de tal cosa. No sé qué me pasó, la verdad.

**Paola**

Pero ahora en frío, tienes alguna duda?

**Sara**

No... Bueno, a ver, da un poco de vértigo, ¿eh? Es algo para toda la vida. Bueno, en teoría.

Esa última frase seguro que va por mí, pero decido ignorarla.

**Paola**

No serías humana si no tuvieras dudas.

**Sara**

Ya. Y también es verdad que me da mucha rabia lo de mi padre. Si no viene es como si me faltara algo, no sé... Ya sé que nunca hemos estado muy unidos, pero, al fin y al cabo, es mi padre.

**Cris**

Y por qué no hablas con él y se lo dices así, tal cual nos lo has dicho a nosotras?

**Sara**

Pues creo que porque no tengo tanta confianza con él como con vosotras... ¡Qué triste así dicho!

**Ire**

Jajajaja, para nada, es lo más normal del mundo!! Las amigas se lo cuentan todo!!

**Sara**

Bueno, lo dicho, que muchas gracias por ayudarme a pasar el trago.

**Cris**

Te dijo algo Ricardo al llegar? Te notó algo?

**Sara**

Pues la verdad es que no me acuerdo, tengo alguna que otra laguna y bastante resaca.

**Cris**

Yo también tengo resaca!!

**Ire**

Joooooooooooooooooder, no aguantáis nada!! Abuelas!!!

**Paola**

Vais a tener que morigeraros, eh!!

**Ire**

Ya está la otra con sus palabros. Traduce, Sara.

**Sara**

...

**Ire**

No me digas que no lo sabes!! No me digas que por fin ha llegado el día en el que Sara no sabe lo que significa una palabra!!!

**Cris**

Esto podría hacer historia!!

**Sara**

¡¡Lo estoy buscando en el diccionario!!

**Ire**

Eso no vale!!!

**Cris**

Eso es trampa!!

**Paola**

Significa moderarse.

**Sara**

Psé, más o menos. Aquí dice: «Templar o moderar los excesos de los afectos y acciones».

**Ire**

Sí, sí, todo lo que quieras, pero no lo sabías!! El fin del mundo ha llegado, oh, mis apreciadas amigas. Preparaos para la oscuridad eterna!!

**Cris**

Jajajajaja!

**Sara**

Bueno, no lo sé todo, ¿vale?

**Ire**

Pero nosotras pensábamos que sí!! Por cierto, Paola, tú a qué te dedicas por las noches, a escoger una palabra al azar en el diccionario de rarezas y memorizarla o qué?

**Paola**

Pues la verdad es que procuro aprender una palabra nueva cada día, sí.

Contengo una sonrisa. Lleva haciendo eso desde que tenía catorce años. El problema es que son palabras tan raras que enseguida se le olvidan; por eso intenta usarlas siempre que puede, para retenerlas en su memoria.

**Ire**

Mira que eres rarita.

**Cris**

Y hablando de lo que cada una hace por las noches...  
Algo que contar, Ire?

**Ire**

Buah, si os lo cuento no os lo creéis!!

**Paola**

A ver, prueba.

**Ire**

Bueno, Cris ya sabe que anoche mi madre se largó con un tío y me dejó tirada en el pub...

**Sara**

¿Qué dices? Pero si ni siquiera se ha divorciado todavía.

**Ire**

Bueno, eso es lo de menos, que ya están separados.

**Sara**

Pero no ha pasado nada de tiempo... Bueno, me callo, sigue.

**Ire**

Pues el caso es que, aprovechando que iba a tener por fin mi piso para mí solita, llamé al tío que os dije que tenía ahí pendiente y no se lo tuve que decir dos veces.

**Cris**

Sí, ahí es cuando me quedé en la barra bebiendo en soledad.

**Ire**

Bueno, en soledad porque tú quieres, que no te hace falta más que chasquear los dedos y seguro que Toni se encarga muy gustoso de cubrir todas tus necesidades.

Estoy a punto de replicar que de eso ya se encarga Mateo, y muy bien, por cierto, pero me contengo.

**Cris**

Bueno, y entonces qué pasó?

**Ire**

De verdad que no entiendo por qué le haces ascos a Toni, tía, a mí no me importaría darle un buen repasillo. Bueno, a lo que iba. Quedé con Marcos en un bar que está muy cerquita de mi casa, tomamos una cerveza y enseguida lo invité a subir. En el ascensor ya se caldeó la cosa, y allí estábamos, a la puerta de mi casa, yo intentando atinar con la llave en la cerradura mientras él no me quitaba las manos de encima. Yo, claro, cachonda perdida, porque llevo desde que llegó mi madre sin acostarme con nadie, y, cuando por fin conseguimos entrar, lo empujo hacia mi habitación. Y entonces oigo un «¿Qué pasa, qué pasa?», seguido de un «Aparta, que es mi hija», procedentes del salón...

**Cris**

Qué dices!!!! Jajajajaja!!

**Ire**

Como os lo cuento!! Claro, de repente mi libido se redujo a cero y pregunté en voz alta: «¿Mamá?», y ella me respondió: «¿Ire?», y yo volví a decir: «¿Mamá?», y ella repitió: «¿Ire?». Me quedé con la boca abierta y Marcos me miraba con los ojos como platos. Y el tío que estaba con mi madre, por hacer la gracia, va y dice: «¿Marco?», ya sabéis, como en el juego de «¿Marco? ¡Polo!», y Marcos responde: «¿Luis?», y ahí ya sí que me quedé helada del todo.

**Cris**

Jajajaja, que me meo!! Sigue, sigue!!

**Sara**

¡Eso, eso, sigue!

**Ire**

Pues nada, le pregunté a mi madre que si estaban presentables y me dijo que sí, y al entrar en el salón nos miramos todos extrañados los unos a los otros, y Marcos le preguntó al otro tipo que qué hacía allí, a lo que él respondió que estaba allí con Estefanía. Marcos, que enseguida había atado cabos y adivinó quién era ella porque yo ya le había dicho que estaba de visita, le preguntó: «¿Con la madre de mi chica?», y yo no dije que no era su chica porque no me pareció que fuera en serio, pero quedaba mejor que decir follamiga, supongo. Entonces el tal Luis nos miró espantados a mi madre y a mí, como preguntándose cuál de las dos posibilidades le convenía más: que mi madre fuera más mayor de lo que él pensaba o que yo fuera más joven de lo que parecía. Entonces, por fin, pregunté que de qué se conocían ellos dos, y... vais a flipar!!!! Marcos es el padre de Luis!!!

**Paola**

Qué dices???

**Cris**

No me lo creo!! Jajajajaja!! No, no, no, es imposible!!

**Sara**

¿Va en serio?

**Ire**

Os lo juro por mi vida, tías!!

**Paola**

Ostras, pero qué edades tienen?

**Ire**

Pues como mi madre y yo.

**Cris**

Madre mía, qué fuerte!! Y quién llama a su padre por su nombre de pila en vez de por papá, digo yo?

**Paola**

Pero a ver, según eso... Si tú te casas con Marcos y tu madre con Luis, serías la madrastra de tu padrastro?

**Cris**

Eso daría para un culebrón, eh.

**Ire**

Callad, cabritas, que al final nos quedamos todos en el dique seco!!

**Cris**

Jajajaja, no me extraña, vaya situación!!!

**Ire**

Después del desafortunado incidente del que nunca más volveremos a hablar, todos nos sentimos superincómodos, y Marcos y Luis aprovecharon la primera excusa que pudieron para salir de allí con viento fresco. Y luego mi madre y yo tuvimos una acalorada discusión sobre la conveniencia de colgar calcetines en el pomo de la puerta para avisar de que tenemos compañía. Lo cual me hizo pensar que a lo mejor esta visita se alarga más de lo esperado!!

**Sara**

¿Quieres que le haga un hueco en la boda? No contaba con ella, pero lo puedo arreglar.

**Ire**

Uy, no, no quiero que te estreses, pero gracias. Iré sola, como Paola y Cris, tal y como habíamos acordado, en plan piña de chicas nada más!!

**Sara**

¿Seguro que ninguna quiere reservarse el derecho a llevar acompañante? ¡Que todavía estamos a tiempo!

**Paola**

No, no, tranquila, yo estoy encantada de ir con las chicas.

**Cris**

Y yo también, Sara!!

**Ire**

Pienso lo mismo!! Y volviendo al otro tema, tengo que decir que Marcos está muchísimo más bueno que Luis, qué queréis que os diga. Los años hacen más atractivas a algunas personas!!

**Paola**

Sí, dicen que a los hombres les sientan bien. Todavía no he oído decir lo mismo de ninguna mujer.

**Sara**

Tan injusto como todo lo relacionado con las mujeres.

**Ire**

Anda, ya será menos...

**Cris**

Madre mía, Ire, casi me meo aquí mismo, la gente me mira como si estuviera loca.

Es cierto. Noto algunas miraditas de soslayo, y algunas cabezas están giradas en mi dirección sin ningún disimulo. Miro el reloj y me doy cuenta de que tengo que ir subiendo a la oficina. Me despido de las chicas con un par de comentarios jocosos dirigidos a Ire, guardo el móvil, cojo mi bolso, pago y me dirijo a mi puesto de trabajo, deseando tener noticias de Mateo.

## 8



Cuando llego a mi escritorio me doy cuenta de que no me están esperando las acostumbradas margaritas y siento una punzada en el pecho. Intento quitarle importancia mientras arranco el equipo, pensando que no es para tanto, tan solo son unas flores, ¿no? Y, sin embargo, me descubro teniendo ganas de llorar. No llorar como si no hubiera un mañana, pero estoy disgustada. «No seas tonta», pienso, «¿y qué si hoy no te ha traído margaritas?». Intento convencerme de que hay un montón de explicaciones posibles, entre ellas la alarmante posibilidad de que Mateo no haya venido a trabajar. Pero si no iba a venir, ¿por qué no me lo dijo? Bueno, quizá se haya puesto enfermo. Aunque esa idea tampoco me tranquiliza, porque estoy desesperada por verle. Así que llego a la conclusión de que no sé cuál de las dos posibilidades es peor, que no vaya a verlo hoy o que no me haya dejado margaritas aun pudiendo hacerlo.

Saludo distraídamente a los compañeros que van entrando y por un momento me sorprende que lo hagan mientras todavía no ha terminado de arrancar mi ordenador, pero luego me doy cuenta de que me he entretenido un poco más de lo acostumbrado en la cafetería y he llegado unos minutos más tarde de lo habitual.

Cuando veo un correo de Mateo en mi bandeja de entrada suspiro, aliviada. Entonces me percató de que aún llevo la chaqueta y el bolso puestos y de que no he tomado asiento, así que lo hago con

disimulo, mirando furtivamente alrededor, como si los demás pudiesen adivinar a qué se ha debido mi despiste. Me reprendo mentalmente, consciente de que todos estos altibajos están causados por un hombre, pero esa pequeña parte de mí queda eclipsada por la que se ha enganchado como una estúpida a Mateo cuando abro su correo.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 2 de junio de 2017 8:47  
Asunto: Buenos días

¡Buenos días!

Siento no haberte dejado hoy margaritas, pero han segado los jardines que me pillan de camino al trabajo y no he podido conseguirlas. Creo que se acabó la temporada.

Termina el correo con un emoticono de carita triste y eso me hace sonreír. Aquí está la tercera explicación en la que no había pensado y que es, con mucho, la mejor de todas. La imagen de Mateo arrancando margaritas para mí me resulta enternecedora. Respondo al instante, intentando hacerme un poco la dura.

De: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 2 de junio de 2017 9:09  
Asunto: Re: Buenos días

¡Hola!

No pasa nada, apenas me había dado cuenta.  
¿Hoy nos vemos?

Mientras espero su respuesta reviso el trabajo que tengo por hacer. He de preparar un par de reuniones para la semana que viene y hay concertadas tres citas con el director a lo largo de la mañana. Me dispongo a recabar los datos necesarios para organizar una de las reuniones, cuando el sonido de mi móvil me avisa de que tengo un

nuevo correo. A lo largo de esta temporada, a causa de los correos que intercambio con Mateo, he desarrollado una especie de respuesta automática que hace que deje lo que esté haciendo en el momento, sea lo que sea, para leer el correo entrante. Aunque, como en este caso, no sea de Mateo. Lo reviso y veo que se trata de Vicky.

De: Victoria Gómez <[vickylavikinga@coolmail.es](mailto:vickylavikinga@coolmail.es)>

Para: Cris <[calejo87@coolmail.es](mailto:calejo87@coolmail.es)>

Fecha: 2 de junio de 2017 9:20

Asunto: Queda poco

Buenos días, Cristina:

Ya sé que soy un poco pesada, pero quería asegurarme de que no hay ningún cambio de última hora. Ya sabes que según se acercan las fechas una se va poniendo cada vez más nerviosa y lo quiere tener todo bajo control.

Un abrazo,

Vicky

Es verdad, apenas queda una semana para la boda. Noto una sensación extraña que no sé identificar en la boca del estómago. ¿Nervios? ¿Preocupación? Estoy plenamente segura de que no me va a afectar, y buena prueba de ello es que casi lo había olvidado, pero aun así me noto algo rara. Contesto al correo inmediatamente para no arriesgarme a que después se me olvide, y la tranquilizo lo mejor que puedo. Le envió el itinerario previsto, que ya habíamos comentado en algún momento, y le digo que cualquier cambio lo podremos hacer sobre la marcha, en función principalmente de las condiciones climatológicas. Y, como siempre que me encargan hacer fotos de boda, pienso que es una pena no vivir en una zona costera, porque los novios en la playa siempre quedan muy bien.

Cuando envió la respuesta echo un vistazo a la pantalla del ordenador y, al comprobar que no tengo ningún mensaje de Mateo, me siento un poco decepcionada. Sin embargo, decido centrarme en mi trabajo y dedico la siguiente hora a organizar una de las reuniones.

Se me pasa el tiempo volando, hasta que oigo el sonido de alerta de la entrada de un correo. Entonces lo dejo todo y me apresuro a abrirlo.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 2 de junio de 2017 10:21  
Asunto: Re: Buenos días

Hoy no va a poder ser, lo siento. ¿Qué tal el lunes?

Me siento dolida y avergonzada a partes iguales, sobre todo por lo que lleva implícita la pregunta sobre vernos el lunes. Pues claro que no puede quedar conmigo un viernes por la tarde, seguramente ya tendrá planes con su mujer. No sé siquiera cómo se me ha podido ocurrir. Me planteo pedirle disculpas, pero decido que es demasiado. Bueno, no hay ningún problema, ya encontraré algo que hacer. En realidad, tampoco contaba con él. Vale, un poquito sí contaba. Pero no pasa nada. Cuando le respondo intento sonar lo más desenfadada posible.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 2 de junio de 2017 10:25  
Asunto: Re: Buenos días

Vale, sin problema. Sí, el lunes por mí genial.

Paso el siguiente par de horas trabajando sin conseguir la concentración que logré a primera hora, atenta a una posible respuesta de Mateo que no termina de llegar. Vale, me digo, en realidad no hay nada que esperar. No le he preguntado nada, ni estábamos hablando de nada en concreto, así que ¿por qué va a contestar algo? Una vocecita fastidiosa me dice que nuestros correos suelen ser así, una ida y venida de frases cortas y contundentes e insinuantes. Intento apartarla de mí, pero no puedo. Me insta a escribirle otra vez, casi desesperada por leer cualquier cosa que me quiera escribir. Bueno, no cualquier cosa, en realidad. Necesito leer lo

muchísimo que me desea y lo especial que es todo esto para él. Y no entiendo por qué no me lo dice. ¿Será que ya no lo cree? ¿Tendrá pensado no verme más? Pero entonces no me habría propuesto vernos el lunes, ¿no? ¿O simplemente quiere pasar el fin de semana tranquilo y luego hablar las cosas el lunes? Por otro lado, nada parece indicar que vaya a hacer algo así, ¿verdad? Es decir, nada excepto su silencio. ¿Por qué no me envía ningún correo? Tal vez tenga mucho trabajo, pero...

Me descubro escribiéndole casi sin querer, intento dotar a mi mensaje de la mayor ligereza posible.

De: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Fecha: 2 de junio de 2017 12:31  
Asunto: Re: Buenos días

¿Mucho trabajo hoy?

Esta vez responde casi al instante, lo que hace que el corazón me de un vuelco. Ignoro de nuevo a la parte de mí que me dice que me estoy convirtiendo en algo que siempre he criticado y leo su breve frase con avidez.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 2 de junio de 2017 12:33  
Asunto: Re: Buenos días

No, ¿y tú?

Me muerdo el labio. Su explicación no me tranquiliza; esperaba que me dijera por qué no ha seguido enviándome correos, pero no sé cómo hacérselo entender sin que parezca que se lo estoy preguntando. Pienso durante unos instantes y sigue sin ocurrírseme nada. De pronto, una voz me saca de mi ensimismamiento.

—¿Disculpe, señorita?

El hombre que está de pie delante de mí utiliza un tono que da a entender que lleva un rato intentando llamar mi atención. Al instante recupero mi profesionalidad, a pesar de que el corazón me va a mil por hora, pensando en por qué Mateo no parece tener hoy interés en mí.

—Discúlpeme, caballero —tartamudeo dirigiéndome al recién llegado—. Estaba concentrada y no le oí llegar.

Él asiente con la cabeza, quitándole importancia.

—No pasa nada. Sé lo que es perder la noción del tiempo.

Me dirige una sonrisa falsa y yo hago lo propio mientras lo miro.

—Tenía cita con el director Beltrán.

Le pregunto el nombre y consulto la agenda, aunque sé de sobra que está citado para dentro de unos minutos. Asiento con la cabeza y le digo que me acompañe hasta el despacho del director. Llamo con los nudillos a la puerta, anuncio la visita y lo hago pasar tras el visto bueno de mi jefe. Después me dirijo de nuevo a mi sitio y tecleo una respuesta para Mateo.

De: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>

Para: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>

Fecha: 2 de junio de 2017 12:42

Asunto: Re: Buenos días

No, tampoco mucho. ¿Qué vas a hacer este fin de semana?

Añado la última frase un poco a regañadientes, pero la única forma que se me ocurre de hacer que continúe escribiéndome es hacerle preguntas, y esa es la primera que me ha venido a la cabeza. Sin embargo, una vez enviado el correo, caigo en la cuenta de que quizá no haya sido la más adecuada. Suena un poco a desesperación, ¿no? Como si le estuviera preguntando si va a hacer algo especial con su mujer, si tal vez es su aniversario o si tienen pensado salir a cenar fuera en plan romántico para luego regresar a su hogar y hacer el amor con suavidad... Uf. Sacudo la cabeza intentando deshacerme de la sensación de ahogo que empiezo a tener. No debería pensar en esas cosas.

Antes siquiera de darme cuenta, llega la respuesta de Mateo, que me pinta una sonrisa boba en la cara.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <crisinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 2 de junio de 2017 12:44  
Asunto: Re: Buenos días

Nada del otro mundo, aparte de echarte de menos. ¿Y tú?

Paso el resto de la jornada como en una nube. Me fastidia sentirme así de dichosa solo porque un tío —casado, además, ¡un tío casado! — me ha dicho que me echará de menos durante el fin de semana. Porque eso me hace cuestionarme que, si tanto me va a echar de menos, ¿cómo es que no va a estar conmigo? Pero como en realidad no quiero saber la respuesta, aunque en el fondo la conozca de sobra, decido no ahondar más en la cuestión. El caso es que el subidón de adrenalina hace que recupere trabajo que he ido dejando atrasado debido a la abundante correspondencia que hemos mantenido Mateo y yo durante toda la semana, y además me da tiempo a adelantar cosas que no tendría por qué hacer hasta dentro de un par de semanas. Después de contestar el último correo de él, en el que he exagerado bastante mis planes para el fin de semana, no he vuelto a saber nada hasta casi la hora de marcharnos, cuando me ha enviado un correo despidiéndose hasta el lunes.

Me preocupa un poco darme cuenta de que he evitado a propósito hacerle ninguna otra pregunta, porque eso implicaría que espero una respuesta y estropearía la sensación de felicidad que he experimentado cuando ha dicho que me echaría de menos. Sin embargo, si no le pregunto nada, puedo explicar el hecho de que no siga escribiéndome continuamente, porque en realidad no hay nada que contestar. Me siento bastante patética dándole vueltas a esto.

\* \* \*

Por la tarde estoy sentada en el sofá, con Charlie tumbado en mi

regazo, mientras vemos una película en la televisión, cuando el timbre de mi móvil nos hace dar un respingo a ambos. Me mira con ojos acusadores, como si yo tuviera la culpa, y mientras alargo el brazo para alcanzar al aparato, le digo:

—No me mires así, échale la bronca a... —Miro el nombre del remitente y finalizo la frase—: Pablo.

Respondo y mi hermano exclama desde el otro lado con alegría:

—¡Hermanita! ¿Cómo estás?

Me gustaría decirle que me siento un poco rara; el subidón matutino tras la respuesta de Mateo se ha ido diluyendo a lo largo del día y me ha dejado con una sensación agri dulce.

—¡Hola, Pablo! Pues muy bien, estaba viendo una peli de terror con Charlie.

—No me digas que le has puesto a la pobre criatura *Beethoven*... ¡Mira que siempre te he dicho que le dan miedo los perros!

Me río ante su ocurrencia.

—Nada de eso. Estábamos viendo *The Ring*.

—¿Otra vez? Madre mía, sí que te gusta esa película.

En realidad no es que me guste *tanto*. Es que me gustan las películas de terror, pero como luego me da miedo a la hora de dormir, procuro ver solo las que ya he visto, y así sé que lo podré resistir. Si ya lo hice una vez, podré otra más, ¿no? Bueno, y otra, y otra, y otra. La verdad es que mi catálogo se ve bastante limitado por este motivo.

—Me encanta —digo, sin embargo. Tampoco hace falta que se entere todo el mundo de mi pequeño secreto.

—Bueno, ¿y qué te cuentas? Estás un poco desaparecida últimamente... ¿Qué vas a hacer hoy?

—Hala, ¿y este interrogatorio? —pregunto mientras acaricio a Charlie detrás de las orejas, como disculpa por haber permitido que el sonido del móvil lo despertara.

—Nada, por hablar de algo.

—Pues no voy a hacer nada interesante. Terminaré de ver la peli, cenaré y me iré pronto a la cama. ¿Y tú?

—Pues más o menos lo mismo. Joder, hermana, deberíamos salir más.

—Puede —respondo, aunque no lo tengo tan claro.

—Oye, Cris —comienza a decir Pablo en tono dubitativo—, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Dispara —respondo con curiosidad.

—¿Te encuentras bien últimamente? Te noto... rara.

—¿Rara en qué sentido?

—Bueno, más rara de lo habitual —rezonga y yo me río.

—Estoy bien, tranquilo —respondo, pero luego me lo pienso un momento y añado—: Aunque he estado dándole vueltas a unas cosas en los últimos días.

—Ajá. ¿Quieres hablar de ello? —me ofrece él.

No sé si a mi hermano le va a interesar mucho mi crisis de los treinta, sinceramente, así que, en vez de soltarle el rollo entero, me centro en los temas que probablemente vaya a comprender mejor.

—Me he dado cuenta de que apenas he hecho nada de lo que quiero hacer en la vida. Es decir... Siempre lo va una dejando todo para más adelante, pero el momento no parece llegar nunca.

—Entiendo. ¿Y qué cosas quieres hacer? ¿Tienes una lista o algo así?

Sonrío. Pablo es muy dado a hacer listas de todo, desde las películas que ha visto hasta los calcetines que lleva comprados. Vale, esto último es una exageración, pero no dista mucho de moverse entre esos límites.

—No, no tengo ninguna lista —respondo por fin—. Simplemente son ideas, cosas que dices: «Ah, me gustaría hacer esto, pero no es el momento. Da igual, tengo tiempo». Pero el tiempo pasa y no he hecho ni la mitad. Cosas como ir a ver el *David* de Miguel Ángel, o a Las Vegas, o hacer *puenting*, qué se yo.

—¿Quieres hacer *puenting*? —se asombra él.

—Era un decir nada más. —Aunque los dos sabemos que sí quiero ir a ver el *David* y también a Las Vegas.

—Bueno, pero aún eres muy joven —razona.

—¿Ves? Pues ese es el problema, que ya no soy tan joven, y me sigo repitiendo la misma frase una y otra vez. Quiero hacer cosas, y quiero hacerlas ya.

—Pues entonces haz una lista, por orden de prioridad, y luego vas tachando las que hagas. Si quieres, la hacemos juntos.

—No soy muy de hacer listas, en realidad —me excuso con delicadeza, porque no quiero que piense que no le agradezco el esfuerzo.

—Vale, pues entonces sin listas —concede él—. Piensa en una cosa que quieras hacer y que puedas hacer ahora mismo.

—¿Qué? —respondo riéndome—. No lo sé, así de pronto...

—¿No estás diciendo que estás agobiada porque se te acaba el tiempo para hacer cosas? ¡Pues piensa rápido!

Mi cerebro trabaja a toda velocidad, pero no se me ocurre nada. No puede ser, algo tengo que querer hacer, ¿no? Por un momento la imagen de Mateo se pasea por mi mente, pero como no es algo a lo que pueda dedicarme ahora mismo, la desecho con rapidez. La segunda cosa que se me ocurre es, tristemente, tomar uno de los fantásticos caldos de Esperanza, pero eso sí lo hago con relativa frecuencia, así que tampoco sirve para mi propósito. Y de repente se me ocurre. Algo perfectamente factible, que siempre he querido hacer y nunca he hecho. Sonrío y se lo digo a Pablo, muy orgullosa. Él se muestra entusiasmado, aunque me advierte:

—Bueno, pero ten cuidado, ¿vale? Tampoco se trata de que ahora empieces a hacer locuras ni nada de eso.

—A ver, que tampoco voy a ir a la guerra.

—Vale, entonces hazlo. Olvídate de todo y céntrate solo en eso... Pero llámame cuando estés de vuelta en casa, ¿vale?

Suelto una carcajada y me despido:

—Mil gracias, hermanito, qué haría yo sin ti. Te quiero un montonazo.

—Y yo a ti, loca. Y ya sabes que si me necesitas...

—Te llamo, por supuesto.

\* \* \*

Dos horas después empiezo a arrepentirme un poco de mi decisión. Llevo cuarenta y cinco minutos en las inmediaciones del parque de El Retiro, cuyo acceso al público han cerrado ya, con mi cámara réflex a cuestas. Siempre he querido colarme en este parque

en plena noche para verlo en toda su plenitud y poder captarlo en imágenes, sin gente que entorpezca mi trabajo. Y hasta hoy nunca había encontrado el momento, porque en realidad nunca es el momento oportuno para que te pillen colándote ilegalmente en un parque. «Pero no tienen por qué pillarte», me digo para tranquilizarme, aunque, por mucho que me repita una y otra vez la frase, parece que mi mente no se la cree del todo.

Me planteo regresar a casa, pero esa opción me parece deprimente, mucho más triste que el no haberlo intentado siquiera, porque significaría volver con el rabo entre las piernas, maldiciéndome por no haber tenido un par de pelotas. Así que respiro hondo, saco pecho y atisbo los alrededores. Como no veo a nadie, me aproximo a la valla que rodea el recinto y me doy cuenta de que solo me falta silbar para intentar disimular. Por suerte, otro vistazo alrededor certifica que no hay moros en la costa, así que escojo una parte de la valla donde la oscuridad es casi absoluta y comienzo a escalar.

Nunca he destacado precisamente por mi agilidad, y cuando estoy casi en lo alto de pronto el miedo a caerme me atenaza y estoy a punto de soltar la cámara. Por suerte, llego a tiempo de cogerla por la cinta, que enseguida me ajusto al cuello. Ahora tengo una pierna a cada lado de la valla y procuro no mirar hacia abajo porque me está dando vértigo. Por un momento me aterra la idea de no lograr ser *tan* ágil cuando quiera salir del parque y me vea condenada a pasar la noche allí. ¿Qué les diría a las personas encargadas de abrir las puertas por la mañana, cuando me vieran? Tal vez que me quedé dormida, nadie me avisó y se me echó encima la hora del cierre. O bien que la puerta estaba abierta y pensaba que ya se podía pasar.

Con todas estas opciones en mente, de pronto me percató de que ya me encuentro en suelo firme y respiro aliviada. Ya veré luego cómo logro salir de aquí.

De pronto soy consciente de que he tenido la gran suerte de haber escogido hacer esto precisamente esta noche, que hay luna llena, porque de no ser por su luz el parque estaría absolutamente a oscuras, pues las farolas ya se han apagado. ¿Las apagan todas las noches o es casualidad? Sin embargo, en cuanto mis ojos se han

acostumbrado a la penumbra, puedo darme cuenta de la belleza que se extiende a mi alrededor. Sé que mucha gente pensaría que soy exagerada, pero este parque tiene algo especial para mí, me hace sentir como en casa, y esta noche, que no lo tengo que compartir con nadie, muchísimo más.

Me dedico a pasear y a observarlo todo como si fuera la primera vez: la primera vez que veo un árbol, o el cielo, o la luna. Y cuando por fin llego al lago me parece tan precioso, con la luna grande y redonda reflejada en él, que estoy a punto de echarme a llorar. Respiro profundamente y tomo asiento en uno de los bancos que miran directamente hacia el agua. No sé cuánto tiempo paso allí, primero simplemente observando, en una completa paz, y más tarde tomando unas cuantas fotografías que creo que van a quedar preciosas, pero durante todas esas horas solo existimos mi cámara, todo este espacio natural y yo, lo que me brinda una sensación de tranquilidad como no había sentido nunca. Y en esos momentos me olvido por completo de mis canas, de mis incipientes arrugas, de mis pechos caídos y de Mateo, y por primera vez en la vida comprendo a qué se refiere la gente cuando afirma haber entrado en un trance donde todo es paz y amor y donde no tienen cabida las pequeñas preocupaciones que suelen atosigarnos las veinticuatro horas del día. Acierto a pensar por un segundo, con sarcasmo, que da igual si más tarde no consigo saltar la valla, porque no me importaría quedarme aquí toda la noche.

\* \* \*

El sábado por la mañana me despierto pensando en Mateo. Creo que he debido de soñar con él, aunque no lo recuerdo. Me desperezo lentamente y Charlie, que está tumbado encima de mis piernas, se remueve. Abro los ojos, dejo que se acostumbren lentamente a la escasa luminosidad que entra a través de las rendijas de las persianas y cuando lo hacen miro a mi gato, del que destacan su hocico y la punta del rabito, de un blanco deslumbrante, en contraste con el resto del cuerpo, tan negro como el tinte que me apliqué por error en el pelo el día de mi cumpleaños. Muevo un poco las piernas,

adormecidas tras aguantar el peso de Charlie durante gran parte de la noche, y él se levanta a regañadientes, camina sobre mí hasta llegar a mi regazo, donde se tumba y empieza a ronronear. Sonrío.

—Cómo sabes que es la hora de tu desayuno, ¿eh? —le pregunto mientras lo acaricio por detrás de las orejas, aunque más bien debería decir comida, porque son casi las doce de la mañana. Él me corresponde frotando su cabeza contra mi barbilla. Entonces añado—: ¡Pues entonces tenemos que ponernos en pie, amiguito!

Mientras realizo, casi por inercia, el ritual acostumbrado de los sábados, me pregunto qué estará haciendo Mateo. ¿Seguirá en la cama con su mujer? ¿O será de esos a los que no les gusta holgazanear y se levantan en cuanto despiertan? ¿O tal vez es ella la que se pone en marcha y lo deja a él disfrutar del curioso encanto de pasar parte de la mañana del sábado en la cama? ¿O estarán echando el polvo matutino de los sábados? Suspiro y cabeceo. No debo pensar en esas cosas. Pero por mucho que intento alejarlas de mi mente, Mateo vuelve una y otra vez y tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no enviarle un mensaje, desesperada por saber si él también está pensando en mí.

Decido ir a dar un paseo para despejarme y elijo el mismo destino de la noche anterior. Sin embargo, a plena luz del día y con los cientos de visitantes que pueblan El Retiro, la experiencia no se acerca a la vivida hace apenas unas horas. De pronto me siento deprimida y ni siquiera el alegre bullicio de los niños jugando mientras corretean de un lado para otro consigue animarme, tan solo me recuerda que estoy aquí sola, un sábado por la mañana, con treinta años recién cumplidos, pensando en un hombre que está casado mientras él, probablemente, no se ha acordado de mi existencia en el día de hoy mientras hace apasionadamente el amor con su mujer.

Una punzada en el estómago me recuerda que no he comido nada desde ayer por la noche y decido ir a tomar uno de los reconfortantes caldos de Esperanza. Probablemente el último de la temporada, porque nadie en su sano juicio se tomaría un caldo calentito en Madrid a partir de julio.

Esperanza me recibe, como siempre, con los brazos abiertos. Esta

vez me ha visto nada más cruzar la puerta porque no estaba en la cocina. Me acomodo en mi mesa preferida mientras ella me pregunta qué tal está mi familia.

—Muy bien, ya sabes, como siempre —digo y luego añado—: La verdad es que se echa de menos no tenerlos cerca.

—Ay, linda, pero no te pongas triste por eso. Galicia está aquí al lado, puedes ir a verlos cuando quieras.

Asiento con la cabeza, no muy convencida. No es lo mismo ir de visita que poder contar con su presencia en cualquier ocasión. Hoy, por ejemplo, me hubiera encantado poder comer con mis padres y con Pablo. Sin embargo, respondo:

—Gracias, Espe, tienes toda la razón. ¿Qué tal está tu hija, por cierto?

Me cuenta que lo del tobillo torcido ya pasó a la historia y que ahora la novedad es que parece que se ha echado un novio.

—Lo que pasa es que no me lo quiere presentar, la muy pilla, no sé muy bien por qué —se lamenta la mujer.

—Ya lo hará, dale tiempo —le aconsejo y recuerdo que una de las cosas positivas de que mis padres vivan lejos es, precisamente, que no me veo obligada a presentarles a cada chico con el que salgo. Por un momento me pregunto qué dirían si se enterasen de que su hija se está viendo con un hombre casado, y no me cabe duda de que no les haría ninguna gracia. Me siento como si el universo entero me estuviera juzgando por este asunto.

—Bueno, linda, lo de siempre, ¿no?

Asiento con la cabeza y sonrío mientras la veo dirigirse a la cocina. Mientras espero aprovecho para echar un vistazo a mis notificaciones del móvil y veo que tengo unos cuantos mensajes sin leer en *(B)Ellas*.

**Paola**

Chicas, me acaba de pasar algo increíble, todavía estoy asimilándolo!!

**Sara**

¿Qué ha pasado? Algo bueno, interpreto.

**Ire**

Cuenta, cuenta, no te andes por las ramas!

**Paola**

Os acordáis de la audición del lunes?

**Sara**

Sí, dijiste que era para una película importante, ¿verdad?

**Paola**

Sí, para una de esas que nunca me cogen, jeje.

**Ire**

Y te han cogido??? Tía, estás que te sales!!

**Paola**

No, no, no me han cogido, pero me han citado para una segunda prueba.

**Sara**

Anda, ¿eso se suele hacer?

**Paola**

Pues es la primera vez que me pasa, no lo sé... El caso es que me han dado más detalles sobre la película y podría ser un bombazo. Mi papel sería pequeño, pero estaría rodeada de actores de primera!!

**Ire**

Con Chris Hem... Buah, nunca me sale el apellido!! El tío bueno de Thor???

**Sara**

Hemsworth.

Sonrío. No sé qué clase de don tiene Sara para recordar cualquier palabra que haya visto escrita alguna vez, da igual lo complicada que sea.

**Ire**

Sí, ese, como sea.

En ese momento meto baza yo, mientras veo que Paola también está escribiendo.

**Cris**

Antes de nada, enhorabuena, Paola!! Y después, Ire, me parece que ese ya está pillado, así que no te hagas tus cábalas.

**Paola**

No puedo dar nombres, pero la película es española, así que dudo que esté él, Ire. Pero sería un sueño hecho realidad poder participar en algo así!! Estoy flipando!!

**Sara**

¡Madre mía, Paola, felicidades! ¡¡No conozco a nadie que se lo merezca más!!

**Ire**

Dios, vas a ser mi casamentera, Paola!! Y Cris, me da igual que el Thor ya esté cogido, en cuanto me conociese a mí le iban a ir dando mucho por saco a la Pataky.

Me muerdo el labio, con una media sonrisa por el comentario de Ire. El caso es que probablemente sea cierto: ni siquiera Elsa Pataky podría hacer sombra a Irene.

**Paola**

Bueno, chicas, no nos entusiasmemos tanto, que tan solo me han llamado para una segunda prueba.

**Ire**

Bueno, tampoco es malo hacerse ilusiones! Qué te cuesta soñar un poquito?

**Sara**

De momento disfruta del momento, el simple hecho de que te vayan a hacer una segunda prueba ya le añade mucho caché a tu currículum, ¿no?

**Paola**

Eso es!! Es la clave de todo esto, porque no creo que consiga el papel.

**Cris**

Después de la primera prueba nos dijiste lo mismo y, ya ves, ahora seguro que hay muchísimas menos aspirantes.

**Sara**

¿Y cuándo tienes la segunda prueba?

**Paola**

El doce de junio, en Barcelona.

**Cris**

Dentro de nueve días nada más!!

**Sara**

Estarás para la despedida de soltera, ¿no?

**Paola**

Sí, sí, tranquila.

**Sara**

Perdona, lo dije sin pensar. Si no puedes estar no pasa nada, esto es más importante.

**Paola**

Gracias, Sara, pero créeme, nadie va a impedir que vaya a tu despedida.

**Ire**

Uy, sí, ya verás qué pedazo de stripper nos hemos agenciado, Sara!!

**Sara**

¿Un stripper? No sé si...

**Cris**

Ignórala, Sara, tranquila, no habrá stripper.

**Ire**

Pero si le iba a gustar, sosas!!

**Sara**

Me muero del corte, vamos.

**Paola**

No te preocupes, que va a ser todo muy decente y tranquilo.

**Ire**

Aburrido!!

En ese momento Esperanza me trae el caldo y yo se lo agradezco con una sonrisa. Noto que estoy temblando, aunque no hace nada de frío, y lo achaco a la noticia de Paola. Aunque ella está convencida de que no conseguirá el papel, mi intuición me dice que sí lo hará, y yo me debato entre sentirme profundamente entusiasmada por ella y triste porque pienso que, una vez dado el gran salto, todo va a cambiar entre nosotras.

Tras tomarme el caldo, que, como siempre, tiene la virtud de templar mis emociones, hasta el punto de que lo único que queda de ellas con respecto a Paola es un gran entusiasmo y admiración, decido llamarla para felicitarla de viva voz. Descuelga al primer tono.

—¡Hola, Cris! —exclama, y en su voz percibo una gran emoción.

—Enhorabuena, estrella —respondo a modo de saludo.

Ella se ríe y dice exactamente lo que sabía que diría:

—Bueno, no adelantemos acontecimientos...

—No lo haremos —concedo, y añado—: Estoy muy feliz por ti, Paola, te lo mereces mucho.

—Mil gracias, guapa. La verdad es que estoy supernerviosa. No sé cómo voy a sobrevivir a esta semana... —Se calla de repente y luego exclama, horrorizada—: ¡Ay, mi madre, si el sábado que viene es la boda de Roberto, ¿no?!

—Sí, lo es —contesto con tranquilidad, sin saber a qué viene tanto alboroto.

—¡Yo quería estar contigo!

—¿En la boda? —me extraño.

—No, no en la boda exactamente... Solo estar, por si... me necesitabas o algo, ya sabes. —Su voz se ha ido apagando según iba avanzando en la frase y eso me da una idea clara de lo que en realidad piensa: que va a tener que recoger mis pedazos rotos.

—No te preocupes, Paola, ya os dije que no me importa en absoluto que Roberto se case.

—Ya. Bueno. Aun así, puedo viajar el domingo si lo prefieres.

—En realidad ni siquiera sé cuándo pensabas marcharte —razono con una carcajada. A veces Paola hace estas cosas, hablar de algo sin darte todos los datos.

—Anda, es verdad —se ríe—, pensaba viajar el viernes y aprovechar para hacer un poco de turismo por la ciudad. Además, Nacho se ha ofrecido a acompañarme.

—¡Qué bien! —exclamo, aunque no con todo el entusiasmo que quería.

De pronto me encuentro mal, porque me doy cuenta de que siento algo parecido a los celos. Celos de Paola, porque parece que empieza a tener su vida encauzada, con un trabajo increíble, su sueño de toda la vida a la vista, y un novio devoto que bebe los vientos por ella. Soy consciente de que, además de estar exagerando la situación, mis sentimientos son patéticos. Me siento una mala persona. ¿Por qué no puedo alegrarme sin más, como siempre he hecho cada vez que Paola o cualquiera de mis seres queridos han conseguido algo bueno? ¿Por qué he empezado a comparar mi vida con la de los demás y he llegado a la conclusión de que la mía es una mierda? ¿Qué me está pasando?

Trago saliva y procuro mostrarme más entusiasmada.

—¡Me alegro muchísimo por ti, Paola! —exclamo, y deseo con

todas mis fuerzas que suene tan bien como pretendo.

Paola parece interpretarlo de la forma correcta y me da las gracias, me dice que hoy lo celebrará con Nacho y que nosotras podemos celebrarlo el jueves, hablamos de algunos otros temas intrascendentes y colgamos.

Tras despedirme de Esperanza y pagar la cuenta, me dirijo a casa, donde me esperan Charlie y un montón de horas por delante con las que no sé qué hacer. Aunque procuro mantenerme entretenida, es uno de esos días en los que las horas parecen no pasar. Intento leer un libro, pero no consigo concentrarme; intento ver una película, pero ninguna me convence. Cuando miro el reloj apenas son las cinco de la tarde y mi sensación de desasosiego me resulta familiar. Me recuerda a cuando Roberto y yo estuvimos separados, aquella vez en la que sus padres lo obligaron a ir con ellos de vacaciones. Como entonces, hoy las horas parecen no pasar, me siento deprimida y mi único deseo es que pase el tiempo hasta que llegue el lunes, cuando por fin podré ver a Mateo. Pensar esto me hace deprimirme aún más, porque la vocecilla fastidiosa me recuerda que esta vez nadie me dará una gran sorpresa viniendo a visitarme sin avisar, y no lo hará porque la persona que me gustaría que viniese está con su mujer.

En un momento determinado me descubro mordándome las uñas. Eso me da una idea del nivel de ansiedad al que me estoy sometiendo yo sola. De pronto tengo el impulso de llamar a alguna de las chicas para que me anime un poco, pero cuando recuerdo que probablemente, por mucho que intenten evitarlo, el inevitable reproche estará presente en la conversación, me detengo.

—¿A ti qué te parece? —le pregunto a Charlie, que, como de costumbre, está tumbado en mi regazo roncando plácidamente. Levanta la cabeza, pero no llega a abrir los ojos. Yo prosigo—: ¿Crees que debería enviarle un mensaje?

La respuesta está muy clara: no, no y no, pero como mi precioso gato no dice nada en contra, yo me envalentono:

—Solo uno pequeñito, nada del otro mundo, solo para dar señales de vida.

En este caso, «señales de vida» significa que estoy desesperada por saber de él y que, si él no da el primer paso, tendré que hacerlo yo.

—¿Pero no será rebajarme un poquito? —pregunto en voz alta. No es que espere una respuesta del felino, pero hablar, normalmente, me ayuda a poner en orden mis ideas.

Medito mis opciones e ignoro adrede la sensación de que lo estoy haciendo todo rematadamente mal, hasta tal punto que no sé si seré capaz de salir de todo este embrollo sin terminar demasiado escaldada. No me hace falta que mis amigas entonen el «ya te dije que no era una buena idea», porque una cosa es que ya lo sepa y otra que sea capaz de hacer algo por evitarlo.

Me remuevo un poco en el sofá para coger el móvil y tecleo un mensaje apresurado. No lo he pensado del todo, no he decidido si realmente quiero enviarlo, pero aquí estoy, dándole al botón de enviar, como quien se mete de golpe en la fría agua del mar porque sabe que si lo hace poco a poco terminará por no hacerlo. Releo el mensaje mientras el corazón me golpea en el pecho con fuerza, un poco ansiosa por recibir una respuesta y al mismo tiempo cabreada por haberme metido en todo este jaleo. Sin embargo, cuando recuerdo cómo me hace sentir Mateo cuando estamos juntos, la segunda sensación se mitiga un poco. Vale, no es lo mejor que he hecho en mi vida, pero tampoco es tan horrible, ¿no es verdad?

**Cris**

Qué tal el finde? Yo acordándome mucho de ti.

No me parece que suene muy desesperado, es muy del estilo de los que me suele enviar él. Me acomodo en el sofá, segura de que recibiré una respuesta pronto. Cuando pasan veinte minutos y no tengo noticias de él decido darle un baño a Charlie. A él le encanta y a mí me ayudará a pasar el tiempo.

Bañar a un gato, por mucho que le guste, no es tarea fácil, porque implica poner el agua a una temperatura que él considere adecuada (cosa que, además, depende del día que tenga y de la época del año), cepillar el pelo mojado con delicadeza, cuidar de que no le entre agua en los ojos, sacarlo de la bañerita mientras se hace el remolón (a no ser que en algún punto de la experiencia haya decidido que ya está

bien de tanta agua y de pronto haya pegado un salto y salido corriendo a esconderse debajo de la cama) y, finalmente, secarlo con una toalla que por narices tiene que estar suave y esponjosa, porque si utilizas una áspera también se larga echando pestes. Mientras lo estoy haciendo me arrepiento, como de costumbre, de no haberme puesto un bañador o algo así, porque al final siempre termino casi tan mojada como él, de tanto como le gusta chapotear en el agua. Pero cada vez que se me ocurre pienso que sería muy ridículo bañar a un gato de esa guisa, aunque en realidad tenga todo el sentido del mundo.

Cuando Charlie ya está limpio, seco y disfrutando de una jugosa merienda, miro esperanzada el teléfono, pero me llevo una gran decepción cuando comprendo que no tengo noticias de Mateo. Son poco más de las seis de la tarde y decido ir a dar un paseo para despejarme. Me pongo unos vaqueros y un jersey finito y me aventuro por las callejuelas de Madrid, llenas de pequeñas tiendecitas encantadoras, para terminar tomando un capuchino en un Starbucks. Durante todo ese tiempo, evidentemente, he mirado de vez en cuando el móvil con avidez, hasta el punto de que creo que me hubiera valido más dejarlo en casa.

Sentada en la mesa con mi capuchino delante, miro alrededor y me doy cuenta de que soy la única persona en todo el local que no ha venido acompañada. La cafetería está llena de parejas y grupos de amigos, y de pronto me siento increíblemente sola. Los fines de semana no suelo salir mucho, a excepción de los que empleo en ir a ver a mi familia, o las ocasiones en las que quedo con Irene para salir por la noche, o con Paola para tomar una café a media tarde. Pero este ni siquiera me había planteado tener ningún plan, y empiezo a ser dolorosamente consciente de que lo he hecho a propósito para estar libre por si Mateo, de repente, pudiera hacer un hueco para vernos.

Cuando me doy cuenta el corazón se me para de golpe.

Esto es absurdo, me digo muy angustiada. Jamás me había comportado así, y el haberlo hecho de esta manera, burlándome a mí misma de esta forma, me aterra. Esta no soy yo. Yo no soy de las que esperan sentadas al lado del teléfono hasta que el chico llama. Empiezo a estar enojada con Mateo, aunque no tardo en darme

cuenta de que no tengo razones para ello, puesto que él me ha dicho claramente que durante el fin de semana no nos veríamos. He sido yo la única que, por algún motivo, se ha montado en su cabeza la historia de que quizá podría tener algo de tiempo para mí. Y aunque fuera así, aunque de repente él me enviara un mensaje diciéndome que puede verme, ¿iba yo a ir corriendo a echarme en sus brazos? ¿Cuándo me he convertido en un cliché tan patético?

Horrorizada, sacudo la cabeza, cojo el móvil y llamo a Irene, que contesta al tercer tono.

—¿Qué pasa, loca? —me saluda con entusiasmo.

—¿Tienes planes para hoy? —espeto, así sin más.

—Mi madre y yo pensábamos cenar en un italiano, ¿te apuntas?

—¡Qué pregunta! ¡Me encantan los italianos!

Ella resopla al otro lado de la línea.

—A mí también, es por su labia.

Suelto una carcajada.

—No, no, me refiero a la comida.

—Joder, ya lo sé, pero me lo has dejado a huevo.

De pronto me encuentro más tranquila. Respiro hondo y le doy un sorbo a mi café mientras vuelvo a mirar alrededor. Ahora ya no me siento tan sola; la perspectiva de salir por ahí más tarde me anima, y sonrío a un grupo de adolescentes ruidosas que tengo en la mesa de al lado. Tras asegurarme de que apuntarme a sus planes no les supone ningún problema a Irene o a su madre y fijar una hora, cuelgo mucho más animada.

Cuando termino mi café me dirijo a casa para arreglarme y, mientras lo hago, procuro dejar el móvil fuera de mi alcance. Acompaño mi rutina de acicalamiento con un poco de música que consigue levantarme el ánimo un poco más. Charlie se sube corriendo al sofá, que es lo que siempre hace cuando ve que voy a limpiar. Me hace gracia que tenga tan asociado el sonido de la música con mis — escasas— labores de limpieza.

Al acabar estoy bastante satisfecha del resultado. Me he puesto unos vaqueros negros ceñidos y una blusa blanca que contrasta con mi nuevo color de pelo oscuro y con las mechas caoba que me hizo Irene. También me he pintado un poco, lo justo para verme guapa sin

que parezca que llevo maquillaje. El colmo de las contradicciones femeninas, pienso con una sonrisa.

Después de cenar vamos a un *pub* que no conozco y nos sentamos en uno de los reservados porque queremos estar tranquilas. La música es suave y el ambiente todavía no muy ruidoso. La camarera se acerca a tomarnos nota de las bebidas y, cuando se marcha, Irene me señala con un dedo, acusadoramente.

—¿Estás embarazada? —pregunta como quien no quiere la cosa.

Me quedo con la boca abierta y pregunto en voz alta lo mismo que se me pasa por la cabeza:

—¿De dónde te sacas esa idea?

Su madre, como si fuera un eco retrasado, repite:

—¿Estás embarazada?

Me entra la risa, aunque es más una risa nerviosa que otra cosa. Vaya papelón si lo estuviera, ¿no? Por primera vez en toda la noche me acuerdo de Mateo y me imagino contándole que estoy esperando un hijo suyo. La sola idea me pone los pelos de punta.

—Te has pedido un refresco —responde Irene a mi pregunta con un tono que significa: «Está claro, dos y dos son cuatro, ¿no?».

Casi me atraganto de la risa.

—¿Y?

Estefanía nos mira a una y a otra consecutivamente. Su mirada parece querer decir: «Eso, eso, ¿y?».

—¡Tú nunca te pides refrescos! —exclama mi amiga como si acabase de resolver un caso muy misterioso.

—He bebido vino en la cena —respondo irónicamente.

—Eso es verdad —interviene Estefanía, que estira sus largas piernas por debajo de la mesa y me da una patada sin querer.

Irene se muerde el labio, pensativa.

—Hum, es verdad.

—A veces no tomo alcohol, ¿sabes? —le digo, ofendida y preocupada a la vez, por si doy la imagen de ser una borracha.

—¿En un bar? No te he visto tomar otra cosa que cerveza.

Pienso un momento. El caso es que tiene razón. No me gustan los refrescos, pedir agua pudiendo beberla del grifo me parece un

derroche, y siempre dicen que la cerveza es muy sana. Ah, bueno, a veces también tomo...

—¡Café! —rezongo terminando mi pensamiento en voz alta.

—Vale, sí, y café. Café y alcohol, todo un ejemplo —se ríe Ire, y yo hago una bola con la servilleta y se la tiro justo cuando la camarera se acerca con nuestras bebidas. Bajo los ojos, avergonzada, aunque ella parece no haberse dado cuenta, o simplemente le da igual.

La conversación con Irene me recuerda mi propósito de llevar una vida más sana y casi me arrepiento de no haber pedido una cerveza, porque todo el mundo sabe que los refrescos son aún peores. Sin embargo, creo que con el vino de la cena he llegado a mi límite de alcohol por hoy.

—Bueno, Estefanía, ¿qué tal lo estás pasando por aquí? —pregunto, en parte por dar conversación y en parte por curiosidad, porque Irene tiene razón: ¿no parece demasiado contenta para estar recién separada de su marido?

—¡Pues genial! —exclama ella, entusiasmada, mientras da pequeñas palmaditas con las manos como si fuera una niña en el día de su cumpleaños—. Irene y yo estamos haciendo miles de cosas, ¿verdad?

Su hija asiente con la cabeza, aunque con menos entusiasmo que Estefanía.

—Sí, menos ir de museos, hemos hecho de todo.

—Anda, mujer, los museos son aburridos —responde mientras coge un puñadito de frutos secos. Me extraña que todavía le quede algo de apetito después de todo lo que hemos cenado—. La verdad es que estos días aquí me están sentando estupendamente. Estoy más feliz que nunca —confiesa, pero cuando ve el ligero mohín de Irene, rectifica—: Bueno, a ver, dentro de la situación, claro está.

—Ya —suelta Ire—. No hace falta que disimules, mamá.

Me siento incómoda. Estoy a punto de mascullar una excusa para retirarme, cuando la aludida responde:

—Ya sé que te gustaría verme hecha polvo por la separación, cariño, pero...

—Hombre, ¡hecha polvo tampoco! —protesta la otra.

—Bueno, vale, un poco más compungida.

Irene da un trago de su copa —vodka con algo que no recuerdo— y parece sopesar la respuesta.

—No, tampoco. No sé, quiero que seas feliz, pero me preocupa que no estés asumiendo la situación de verdad.

Las dos guardan silencio y de nuevo estoy a punto de marcharme, cuando de nuevo habla Estefanía:

—Cariño, la relación con tu padre se terminó hace mucho tiempo. La separación no es más que el último paso.

—Pero, mamá, te veo tan... ¡descontrolada! —protesta Ire, y de pronto se me antoja muy frágil; atisbo una delicadeza que nunca antes había percibido en ella.

Me levanto con todo el cuidado del que soy capaz, pero mi amiga me agarra el brazo para que no me vaya. No acierto a entender muy bien por qué, pero obedezco.

—No sé cómo podría explicártelo... —empieza Estefanía—. Es solo que han sido tantos años viviendo... una mentira, si quieres llamarlo así...

—¿Una mentira? ¿Por qué una mentira?

—Porque tu padre y yo hace mucho tiempo que dejamos de querernos. Si aguantábamos era solo porque parecía más fácil.

Irene asiente con la cabeza.

—Sí, eso lo puedo entender.

—No creas que de pronto me he vuelto loca ni nada parecido.

Me dan ganas de intervenir, pero sé que no sería correcto. Entiendo lo que quiere decir Estefanía: lleva tanto tiempo fingiendo una felicidad que en realidad no sentía, que el hecho de poder volver a ser auténtica le ha supuesto quitarse un gran peso de encima.

—Bueno, en realidad esa recién descubierta locura tuya me gusta bastante —responde la otra con una sonrisita—. Menos cuando me espantas a mis ligués, claro.

Las dos se miran y sueltan una carcajada a la vez. Me doy cuenta de que son casi idénticas. Observo cómo se cogen de las manos y se miran, y sé que probablemente continuarán la conversación más tarde. Pero al menos esto ha servido para romper el hielo.

Busco otro tema para hablar, intentando escoger uno que no vaya a herir la sensibilidad de nadie, pero Estefanía se me adelanta

preguntándome:

—Bueno, ¿y tú, Cris? ¿Qué tal te va todo? ¿El trabajo? ¿El amor?

Ire y yo intercambiamos una mirada significativa, pero no veo reproche en sus ojos. A lo mejor ni siquiera se acuerda de lo mío con Mateo.

—La verdad es que últimamente estoy barajando la posibilidad de cambiar de trabajo.

—¿Estás pensando en cambiar de trabajo? —pregunta mi amiga, asombrada.

Asiento levemente con la cabeza mientras me encojo de hombros.

—No es nada seguro, es solo una idea.

—¿No estás bien en él? —se interesa Estefanía.

Lo medito un momento mientras doy otro sorbo al refresco, demasiado azucarado para mí. Me doy cuenta de que lo que empezó siendo una idea sin más tras aquella conversación con Toni, en la que me explicó su sueño de abrir una sala de escape, se está convirtiendo en algo que podría llegar a plantearme en serio.

—No es que no esté a gusto —digo respondiendo a la pregunta—. Es que no sé si me hace tan feliz como debiera.

—Pero te paga las facturas, eso ya es mucho decir hoy en día —opina Ire.

—Lo sé, lo sé. Si tenemos en cuenta solo la parte práctica, está claro que no sería muy cabal dejarlo y lanzarme a la aventura. Pero imagínate que a ti no te apasionara la peluquería...

Ella parece pensarlo un momento y termina asintiendo con la cabeza.

—Ya, lo pillo. ¿Entonces te gustaría ser fotógrafa profesional o algo de eso?

—Aún no lo sé. Supongo que sí.

—Tienes toda la vida por delante —me anima Estefanía con una sonrisa, y no le llevo la contraria porque a continuación añade—: Bueno, ¿y de chicos qué tal andas?

Me muerdo el labio, pensativa. Puede que sea por la intimidad que se ha creado con la conversación anterior, o porque pienso que Estefanía me comprenderá, pero me descubro diciendo:

—Me estoy viendo con un hombre casado.

Espero una mirada de desaprobación por parte de alguna de las dos, pero no llega a producirse.

—Vaya —dice finalmente Estefanía. Irene no abre la boca—. ¿Estás a gusto con eso? —Y no lo dice con tono de reproche.

Vacilo antes de contestar y pienso en todas las cosas que estoy haciendo que a mí misma me disgustan. Por ejemplo, esperar con ansia una respuesta suya a un mensaje, como me ha pasado esta misma tarde.

—Más o menos —digo finalmente, y luego reconozco—: No del todo. Adelante, Ire, ya puedes echarme la bronca.

Ellas cruzan una mirada y mi amiga se dirige a mí.

—No voy a hacerlo.

—¿Por qué no? —insisto—. Sé que ninguna comprende lo que tengo con Mateo, pero me hace sentir viva, me hace sentir deseable, me hace olvidar que ya he cumplido treinta años y que no he conseguido ni la mitad de las cosas que quería en la vida...

—Pero, cariño, si estás en la flor de la vida, aún puedes hacer todas esas cosas —interviene Estefanía.

—Comprendo lo que dices —la corta su hija dirigiéndose a mí—, pero creo que interpretaste mal nuestros motivos para darte la vara con el tema.

La miro con las cejas arqueadas.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, boba —me dice con cariño mientras me coge de la mano—. Sara y Paola no lo sé, porque son muy distintas a mí, pero yo personalmente me cabreé no porque me pareciese poco ético que te tires a un hombre casado, sino porque hay muchas probabilidades de que salgas hecha mierda de todo esto.

—De momento estamos bien —respondo con suavidad. Los motivos de Irene para que el otro día me pusiera de vuelta y media me han enternecido un poquito.

—Pero puede que un día te pilles por él —me advierte—, y ese día, lo siento, querida, pero estarás jodida.

—¡No me voy a pillar por él! —exclamo alzando demasiado la voz y veo cómo Estefanía frunce ligeramente el ceño. Trato de olvidar

todas las sensaciones que he tenido últimamente, todos esos vaivenes emocionales, la decepción de ayer al saber que no podríamos vernos durante todo el fin de semana, la especie de odio que le estoy cogiendo a su mujer sin motivo, y trato de sonar más convincente cuando repito—: No me voy a pillar.

—Si tú lo dices... —concede Ire con un tono que dice muy claramente que lo pone seriamente en duda—. Entonces me alegro por ti, Cris. ¡Disfrútalo! ¡Sácale todo el jugo y déjalo seco!

—Ay, cariño —se ríe Estefanía dándole un codazo—. Todavía no me acostumbro a oírte decir esas cosas.

—Joder, mamá, pues llevas oyéndome decirlas unos cuantos años. ¡Imagínate por lo que estoy pasando yo contigo ahora! ¡Ver como mi propia madre liga más que yo! ¡Eso sí podría causarme un trauma!

Todas soltamos una carcajada y, cuando paramos de reírnos, le doy las gracias a Irene y me disculpo para ir al baño. Mientras espero mi turno, saco el móvil fingiendo indiferencia, como si no esperase encontrar en él nada importante, como si no hubiera pasado el último rato, desde que Mateo regresó a mi mente, deseando mirarlo a hurtadillas para comprobar si por fin había contestado. Al mirar la pantalla veo que hay dos mensajes suyos y el corazón me da un vuelco. Casi doy un salto de alegría. El mundo de repente me parece un lugar mejor. La gente que me rodea me cae bien, aun sin conocerla de nada. Podría coger a la primera persona que pasara y darle un gran abrazo. Espero unos segundos para abrir el chat y ver los mensajes porque quiero disfrutar del momento, paladearlo. Mientras lo hago, la cola avanza un poco y después, por fin, leo lo que Mateo me ha escrito:

**Mateo**

Echándote mucho de menos!!

**Mateo**

Qué ganas de que llegue el lunes para poder comerte enterita.

De pronto nos imagino en mi cama, como las últimas tardes, con los cuerpos entrelazados y sin poder separar nuestras bocas, y noto que me pongo colorada. Se me escapa una sonrisa boba que no consigo controlar. Detrás de mí, una chica le comenta a su amiga que no sabe si logrará llegar al baño antes de mearse encima y, aunque estoy en la misma situación que ella, de pronto me siento muy generosa y le cedo mi turno. La chica me da las gracias efusivamente y yo no puedo dejar de sonreír. Queda un día. Un solo día y podré tener a Mateo en mi cama durante toda la tarde del lunes. Me siento ligera, como si durante todo el día hubiera estado soportando una carga invisible que ahora ha desaparecido, y de repente el resto de mis preocupaciones me parecen absurdas. Todo está bien porque él ha contestado, porque piensa en mí, porque no soy yo la única que está sintiendo esto.

Cae sobre mí la convicción de que lo que acabo de afirmarle a Ire es cierto: no me voy a pillar por Mateo. No voy a hacerlo porque ya lo estoy. Perdida, loca y estúpidamente pillada hasta las trancas.

## 9



El miércoles Mateo y yo estamos en mi cama, abrazados. Noto el corazón todavía un poco acelerado y me estoy empezando a quedar fría por el sudor, así que nos cubro con la sábana.

—Eres un poco friolerilla, ¿eh? —se ríe él, y me da un pellizco suave en el muslo.

Me giro para verlo mejor y entrelazo una de mis piernas con las suyas. También él tiene perlas de sudor en la frente y, aunque me dan ganas de limpiárselas, me contengo para no hacerlo.

Hoy el sexo ha sido, como siempre, increíble. No hay palabras que lo puedan definir, por mucho que me esfuerce en buscarlas. Quizá no ha llegado al nivel del que tuvimos el lunes, pero supongo que es porque, tras todo un fin de semana conteniéndonos, el reencuentro ha sido aún más tórrido de lo acostumbrado.

Cuando me doy cuenta de que tiene los ojos cerrados y su respiración empieza a hacerse más pesada, me acomodo en su hombro, con su brazo rodeándome la espalda. Observo su rostro: puede que no sea guapo en el más estricto sentido de la palabra, pero es innegable que resulta muy atractivo; la mitad de las chicas del planeta se darían de tortas por estar en mi lugar ahora mismo. Inspiro profundamente, intentando acompasar nuestras respiraciones, y en algún momento me quedo dormida.

Me despierto porque algo roza suavemente mi mejilla y, al abrir los ojos, me encuentro su cara tan cerca de la mía que me asusto y pego un pequeño brinco.

—Eh, tranquila, preciosa, solo soy yo.

Sonrío, satisfecha, y le rodeo el cuello con mis brazos para recibir un beso que empieza siendo suave y termina siendo muy intenso. Mientras lo miro a los ojos y nuestras lenguas se entrelazan, rodeo sus caderas con mis piernas y me aprieto más contra él. El beso se hace más apremiante y ya apenas distingo qué partes del cuerpo son las tuyas y cuáles las mías, hasta que de repente lo siento dentro de mí. Suelto un gemido involuntario y de pronto me doy cuenta de que no se ha puesto un condón. Quiero pararlo, pero mi cuerpo no responde, se halla en un lugar tan cercano a la gloria que ha decidido que da igual lo que pueda ocurrir después y que lo único que importa es lo que está ocurriendo ahora. Y lo que está ocurriendo es tan increíble que no tengo fuerzas para detenerlo. Me concentro solo en Mateo y en lo que me hace sentir mientras me hace el amor y me susurra palabras dulces al oído. Ahora somos solo él y yo, nuestros cuerpos entrelazados, nuestras respiraciones acompasadas, nuestras bocas devorándose.

Unos minutos después, cuando terminamos, enseguida me arrepiento, pero dejo que la sensación pase porque no quiero estropear el momento. Ignoro la voz que me está llamando estúpida ahora mismo y me recuesto contra él, poniéndole una mano encima del pecho.

—Qué rápido te late el corazón —murmuro.

—Eso es porque me pones a mil —responde él, zalamero.

Sonrío. Estos momentos con Mateo son irrepetibles. De pronto se me ocurre una cosa y, antes de pensármelo dos veces, lo suelto sin más.

—¿Sabes? Me encantaría pasar una noche contigo.

Él no responde al momento, lo que hace que me pregunte si he metido la pata, si acaso esa afirmación lo asustará o algo así. Noto que se remueve, incómodo, y añado:

—Pero no tiene por qué pasar.

Chasquea la lengua y frota los ojos con los dedos.

—No es que no quiera, preciosa, es que me iba a resultar un poco complicado.

—Ya, me lo puedo imaginar —respondo, y espero que mi voz no transmita la amargura que me hace sentir eso. Sin embargo, no puedo evitar añadir—: Por tu mujer y todo eso.

Ahora sí que he metido la pata. Mateo se aparta levemente de mí y no me cabe duda de que eso significa que mi comentario no le ha gustado.

—Oye, Cris —empieza a decir con tono serio—. No quiero que te hagas ideas equivocadas, ¿vale?

Me incorporo hasta quedar sentada y me tapo el pecho con la sábana, súbitamente cohibida.

—¿A qué te refieres?

Por lo que tarda en contestar, adivino que está escogiendo sus palabras con cuidado. Al otro lado de la puerta, Charlie se pone a maullar, molesto por encontrarla cerrada.

—No quiero que pienses que somos una pareja o algo así —dice, la voz suave contrastando con la dureza de su mensaje.

Sacudo la cabeza, un poco ofendida.

—¡No lo pienso! —exclamo—. ¿De dónde te sacas eso?

Se incorpora también y nos quedamos los dos sentados en la cama, mirándonos fijamente.

—Me lo pareció... Por lo de dormir juntos y eso.

Intento encontrar una manera de suavizar mi comentario y me maldigo por haber hablado sin pensar. Yo, que intento ser comedida con todo lo que digo con respecto a nuestra situación para no espantarlo, he cometido un terrible error. Me daría de bofetadas por ello.

—Pero era una forma de hablar nada más —explico con más alegría de la que siento en realidad—. No quiere decir nada. Ya sé que no somos una pareja.

—Ni lo vamos a ser, ¿vale? —De nuevo ese tono suave, como si tuviera miedo de que sus palabras me fueran a hundir en la miseria o algo así. Parte de mí se pregunta si acaso no acierta de pleno al pensar eso, pero lo ignoro.

—Ya, ya —me apresuro a contestar—. Estás casado, no estás

buscando otra relación, es evidente.

Tengo mis dudas sobre lo que acabo de afirmar. ¿De verdad es evidente que no busca otra relación? Vale, sí, está casado y todo lo que quieras, pero ¿no se suponía que esto que teníamos era especial? ¿Algo que no le había ocurrido con nadie? ¿Acaso eso era mentira? Tengo ganas de preguntárselo, pero no me atrevo porque estoy segura de que consideraría que lo estoy presionando.

—Eso es. Maite y yo estamos bien.

Me paso la lengua por los labios. ¿Están bien? ¿Y eso qué coño significa? ¿Están tan bien que se mete en mi cama de lunes a jueves? ¿No serán Mateo y su mujer una de esas parejas abiertas? Intentando comprender un poco la situación, le pregunto:

—¿Ella lo sabe?

Él me mira con los ojos como platos, como si le hubiera dicho que nació hombre o algo así.

—¡No, no! ¿Cómo va a saberlo?

Vale, así que no son una pareja abierta. Entonces, ¿cómo puedes estar bien con tu pareja y luego buscar este tipo de diversión fuera de ella?

—No sé —respondo encogiéndome de hombros—. Se me ocurrió que a lo mejor estabais de acuerdo en esto.

Él sacude la cabeza.

—Para nada. Esto es solo entre tú y yo —me dice con voz sensual, y yo sonrío. Con un simple cambio en el tono de voz le ha dado la vuelta a la tortilla y ha conseguido que vea de nuevo el encanto de nuestra situación. Se acerca a mí y siento su aliento cálido en mi oreja cuando me susurra—: Solos tú y yo, preciosa.

Entonces me besa y siento tal alivio por que no se haya marchado, quizá para siempre, que me olvido momentáneamente de todas las preguntas que se pasean por mi mente, preguntas que prefiero relegar al fondo de la misma, y me entrego totalmente a él una vez más

Más tarde, cuando Mateo ya se ha marchado, estoy en el sofá sentada con Charlie en mi regazo, intentando compensarlo a base de caricias por haberlo tenido abandonado prácticamente toda la tarde. Entonces, todos los pensamientos que he contenido anteriormente

acuden a mí en cascada, con tanto ímpetu que casi soy capaz de sentir su peso sobre los hombros.

Lo primero en lo que pienso es en lo estúpida que he sido por haber mantenido relaciones sin protección. Es un cliché tan grande como una casa, lo típico que ves en las series de televisión y por lo que serías capaz de pegarle bofetadas con un calcetín sucio a la descerebrada que comete tal estupidez. ¿Por qué lo he hecho? Soy consciente de que no ha sido algo puramente físico, al menos no en su mayor parte. Había otra cosa, un componente emocional que se parece demasiado a la dependencia. Trago saliva. Vale, ese autoanálisis está muy bien, pero me queda por enfrentar la peor parte de todo esto: las consecuencias. No solo tendré que tomarme la píldora del día después, yo, que evito la anticonceptiva porque no me gusta el baile hormonal al que somete a mi organismo, sino que entra dentro de lo posible que Mateo haya podido contagiarme alguna ETS. Decido pedir cita con mi ginecólogo cuanto antes.

—Soy boba, Charlie —me autocompadezco, y él levanta la cabeza y me mira con tanta ternura que me entran ganas de llorar.

¿Cómo he podido dejar que ocurriese algo así? Nunca lo había consentido en mis treinta años de vida, y empezar justo ahora me parece lo más patético que he oído en mucho tiempo. Parte de mí se enfurece con Mateo porque ni siquiera me preguntó, porque no mostró el suficiente respeto hacia mí. Siento un nudo en la garganta al pensar que yo tampoco lo tuve, y entonces me encuentro ante la ironía de preguntarme a mí misma por qué iba él a sentir por mí un respeto que ni yo misma me tengo. La claridad de esta aseveración me hace sentir muy miserable y me abrazo a Charlie en busca de consuelo. Las otras preguntas, las referentes a qué coño estoy haciendo perdiendo mi tiempo con un hombre casado que, desde luego, no tiene ninguna intención de dejar a su mujer, tendrán que esperar. Al menos, pienso, en esa parte no estoy representando un cliché: Mateo no me tiene engañada; solo, por alguna razón, perdidamente enganchada.

El jueves por la tarde las chicas y yo estamos en el *pub*, celebrando la nueva audición de Paola.

—¡Joder, vas a ser famosa! —exclama Irene llena de júbilo. Levanta su jarra y añade—: ¡Vamos a brindar!

Todas alzamos nuestros vasos, el mío apenas sin tocar, porque la píldora del día después me ha dejado el estómago un poco revuelto, y entrechocamos los vidrios con alegría.

—No adelantes acontecimientos, que da mala suerte —responde Paola un poco inquieta, porque es algo supersticiosa.

—¡Qué mala suerte ni qué nada! Vas a ser una estrella, ya lo verás. ¡Y te vas a codear con los actores más buenorros del mundo! Te he dicho ya cuánto te quiero, ¿verdad?

Sara y yo nos reímos mientras intercambiamos una mirada.

—Mira, hasta me valen las sobras —añade Irene en lo que viene siendo para ella una demostración de conformismo total.

—Por mi parte, todos para ti —responde la otra con una media sonrisa.

—¡Ah, es verdad, el bueno de Nacho! ¿Qué tal van las cosas con él?

—Sí, ¿qué tal os va? —se interesa también Sara.

Yo no pregunto nada porque sé bastantes más cosas sobre la situación que ellas, así que permanezco en silencio.

—La verdad es que las cosas van muy bien —confiesa Paola, y juraría que se pone colorada.

—¿Nos vas a dar detalles o qué? —rezonga Ire, aunque bien sabe la muy pícara que no.

—Va a acompañarme a Barcelona, a la audición.

—Vaya, qué atento por su parte —opina Sara dando un sorbito a su bebida.

Paola asiente efusivamente con la cabeza.

—Así, si veo que me acoquino, seguro que él me obliga a acudir. Porque la verdad es que estoy hecha un flan.

—Por el contexto, interpreto que quieres decir que si te cagas por la pata abajo, Nacho te dará una patada en el culo para enviarte volando a la audición, ¿no?

Sara suelta una carcajada y Paola mira a Irene con las cejas un poco enarcadas.

—Bueno, en tu idioma sí —concede, finalmente, y todas nos reímos.

—No te preocupes, Paola, seguro que lo haces genial —la animo, y las otras dos asienten con la cabeza. Todas confiamos en su talento, solo le hace falta tener suerte.

—Gracias, chicas, ya os iré contando... Por cierto, Sara, ¿qué tal vas con los preparativos de la boda? —añade y, al instante, parece arrepentirse, supongo que porque teme que nuestra amiga entre de nuevo en una crisis como la de la semana anterior.

—Le he pasado el testigo a mi suegra —responde ella bastante tranquila—. Se acabó. Que haga lo que le dé la gana. Yo me voy a limitar a casarme y ya está.

Todas aplaudimos su decisión.

—¡Bien dicho, nena! ¡Cero preocupaciones! Lo que tienes que hacer es disfrutar de tus últimos días de soltería, no comerte la cabeza con cada mínimo detalle.

—Estoy segura de que saldrá todo a pedir de boca —coincide Paola.

—Sí, cielo, ya verás como todo sale muy bien —le digo yo acariciándole brevemente la mano.

Irene termina de un trago su pinta y, mientras da palmadas en la mesa, pregunta:

—¿Segunda ronda?

Pero al ver nuestras consumiciones, que ni siquiera están a medias, arquea las cejas, sorprendida.

—¿Soy yo, o sois vosotras?

Nos encogemos de hombros casi a la vez, aunque en realidad la pregunta debería ir dirigida solo a mí, ya que Sara solo suele tomar una y Paola siempre pide su segunda botella de agua cuando Irene y yo ya tenemos nuestra segunda pinta por la mitad.

Irene le hace una seña a Toni, que levanta el dedo pulgar en señal de entendimiento.

—Bueno, Ire —pregunto—. Y tú, ¿has vuelto a ver a Marcos?

—Sí, ¿habéis hecho una doble cita? Tú y Marcos, su hijo y tu

madre... —espeta Sara y, precisamente porque es tan poco frecuente en ella ese estilo de bromas, todas nos partimos de la risa.

Cuando por fin retoma el aliento, Irene dice:

—Qué va, no lo he vuelto a ver. Y, que yo sepa, mi madre tampoco ha visto a Luis. Últimamente nos estamos centrando más en la búsqueda de mi mejor amigo gay.

Paola pone los ojos en blanco.

—¿Cuándo vas a olvidarte de eso? Madre mía, qué obsesión.

—Mira que eres cabezota —le digo yo—. Asúmelo: no hay un mejor amigo gay para ti.

—¿Tu teoría sobre las medias naranjas sirve también para los amigos gays? —quiere saber Sara, y la miro con cierta sorpresa mientras nos reímos. Dos bromas de ese estilo en menos de dos minutos, todo un récord para ella.

—Exactamente —respondo, y espero que el tema se diluya. No me apetece hablar ni de medias naranjas ni sobre el amor en general.

Después de mi terrible tropiezo de ayer con el asunto del condón, pensaba que los correos que intercambiase hoy con Mateo serían fríos, al menos por mi parte. Pero nada más lejos de la realidad: se ha mostrado más encantador que nunca. He intentado poner un poco de distancia, recordándome una y otra vez las conclusiones a las que llegué a última hora de la tarde de ayer. Es decir, que Mateo fue muy poco considerado al no preguntarme si deseaba tener sexo sin protección, que me ha dejado bien claro que lo nuestro es solo un entretenimiento y que no debo esperar nada de él. Y, sin embargo, cada vez que me repetía estas cosas en mi mente, como si se tratase de un mantra, él saltaba con alguna frase que me hacía pensar todo lo contrario, frases sobre lo increíble que es esto que tenemos, sobre la suerte de habernos encontrado, sobre las ganas que tenía de verme, sobre lo muy triste que le pone la cercanía del fin de semana porque sabe que no podremos vernos. Y así, tras tomarme la píldora del día después bajo la atenta mirada de un Charlie que se me antojó un tanto huraño conmigo (quizá porque preveía que la puerta de mi habitación iba a permanecer cerrada durante un rato), he recibido a Mateo como si nada hubiera ocurrido.

A primera hora de la mañana tenía una determinación muy clara:

hoy no lo vería. Llegaría a casa, me arreglaría y saldría a tomar algo con las chicas. Cogería las riendas y no las soltaría. Pero, a medida que fue pasando la mañana, él me fue convenciendo. Hubo un momento en el que la vocecita me dijo que tal vez había intuido perfectamente mis intenciones y que todos aquellos correos eran una sucinta manipulación, pero de nuevo la ignoré. Ante lo que me pareció una tierna confesión sobre cuánto me iba a echar de menos el fin de semana, tuve que admitir para mí misma que yo también lo extrañaría, incluso aunque estuviera bastante enfadada con él. Y, finalmente, sin saber muy bien cómo, quedamos para vernos esta misma tarde.

Por lo menos esta vez he sido fiel a mis amigas y a las ocho en punto le he dicho que debía marcharme, así que solo he llegado cinco minutos tarde, aunque finalmente sin haberme arreglado como me hubiera apetecido. Si Irene ha notado también esta vez que acabo de echar un polvo, no ha dicho nada, cosa que agradezco enormemente, porque hoy no me veo con fuerzas para escuchar nada en referencia a todo este asunto, ni aunque sean palabras que apoyen lo que hago. Tampoco yo estoy convencida de lo que hago y, sin embargo, no puedo evitar hacerlo. Me siento aliviada y deprimida al mismo tiempo al saber que hasta el lunes no volveremos a vernos. Es de locos.

—¿Y ese de ahí? —interrumpe Irene mis sombríos pensamientos y, a pesar de que he desconectado de la conversación, no me cabe duda de lo que está preguntando.

—No es gay —susurramos todas a la vez, aunque ni siquiera sé a quién se refiere. Pero no sería Ire si por una vez acertase en este asunto, ¿no?

—¡Qué cortarrollos sois! —se queja, justo en el momento en el que Toni aparece con su pinta. Mientras deja la jarra en la mesa me mira con una expresión que no sé descifrar y se aleja sin decir gran cosa.

—Bueno, Ire, ¿y tu madre qué tal va? ¿Va a venir hoy? —inquire Sara.

Irene se desabrocha un par de botones de su blusa, lo que deja ver parte de su generoso pecho.

—Uf, me estoy asando de calor, ¿vosotras no? —se queja

mientras se abanica con la mano. Después, contestando a la pregunta de Sara, dice—: No, hoy no creo que se pase. Se ha quedado en casa de *tranqui* viendo una peli.

Sara, Paola y yo cruzamos una mirada, como preguntándonos si resulta conveniente decir lo que todas estamos pensando: «¿Tu madre en casa? ¿Sola? ¿Viendo una peli? ¿Por qué?», pero ninguna dice nada. Al fin y al cabo, lo que hemos sabido de Estefanía hasta su divorcio es que era una mujer normal, bastante juiciosa y entregada a su familia. Lo más probable es que la etapa de «locura» esté llegando a su fin. Irene parece leernos el pensamiento, porque dice:

—Ahora ya se va pareciendo más a mi madre de verdad.

Pienso que Estefanía y yo tenemos algo en común: las dos nos hemos desmadrado y hemos hecho cosas que no solemos hacer. Desde fuera, yo no veo su caso tan terrible, aunque entiendo que para una hija ha de resultar desconcertante. Sin embargo, no sé qué pensar del mío. Me encantaría poder hablarlo con las chicas, pero no me atrevo.

Mientras terminamos las consumiciones charlamos sobre cosas poco trascendentes e Ire tiene que deshacerse de un par de chicos que se acercan a nuestra mesa con el propósito de ligar con ella.

—Aquí está todo el pescado vendido, ricuras —les dice, y cuando se alejan añade—: Eran un par de frikis.

—Pues yo juraría que el más bajito era gay —intervengo no porque lo piense de verdad, sino por picarla.

—¿En serio? —exclama levantándose de golpe y buscando con la vista a los chicos. Cuando empezamos a reírnos nos lanza una mirada asesina y rezonga—: ¡Ya os vale! ¡Me había hecho ilusiones!

—Hazte a la idea: nunca pasará.

Estallamos en carcajadas y me disculpo para ir al baño. De camino, Toni me sale al paso y me pregunta, preocupado:

—¿Estás bien?

—Sí, claro —respondo maquinalmente, aunque tengo ganas de decir que creo que me estoy volviendo loca.

—No has tocado las gominolas verdes.

—Ah, eso. —Sonrío y me enternece su preocupación—. Tengo el estómago un poco revuelto.

—Ah, vale. ¿Pero, por lo demás, todo bien?

—Sí, sí —digo, pero al mismo tiempo niego con la cabeza. No sé por qué he hecho eso.

Toni me mira extrañado.

—¿Quieres una manzanilla o algo?

—No, no, que si no Irene va a empezar a proclamar a los cuatro vientos que ya estoy entrando en la senectud, pero gracias.

Él se ríe.

—No tienes buena cara —insiste.

—Por el estómago —me excuso, y rezo para que deje de insistir. No quiero hablar de lo tonta que me siento ni de la contradicción conmigo misma en la que estoy viviendo. No quiero que nadie sepa lo estúpida que soy.

—Bueno, si necesitas algo ya sabes dónde estoy —me ofrece con una sonrisa, y soy vagamente consciente de su familiar aroma a fresa y a tabaco.

Se lo agradezco con una amplia sonrisa, un tanto fingida, y me dirijo al cuarto de baño. Estoy exhausta, supongo que debido a los vaivenes emocionales a los que me estoy sometiendo a mí misma, y tengo ganas de irme a casa, pero no quiero estropear la celebración de Paola. Saco el móvil para retrasar media hora la alarma que tengo programada como despertador por la mañana —así de cansada estoy, hasta el punto de renunciar a la ducha y al desayuno— y veo que tengo un mensaje de Mateo. Una parte de mí da saltos de alegría y otra se siente humillada por alegrarme de recibir noticias tuyas. ¿Cómo de grande es el poder que tiene ahora mismo sobre mí? Prefiero no saber la respuesta. Pienso que no entiendo cómo me ha ocurrido esto en tan poco tiempo. ¿Es así como se engancha la gente a la droga? Lo que me pasa es algo parecido: ansío su cercanía, cuando la consigo me provoca un enorme subidón y después la sensación se disipa hasta dejarme hundida en un pozo del que, irónicamente, solo soy capaz de salir con su presencia o, en su defecto, con la certeza de poder disfrutarla en un corto plazo de tiempo. Leo apresuradamente el mensaje y el corazón me da un vuelco.

**Mateo**

Ya deseando que llegue el lunes para poder tenerte para mí solo.

Con dedos temblorosos y casi como si estuviera escribiéndolo otra persona, alguien a quien me dan ganas de gritarle: «¡No lo hagas, estúpida!», tecleo a toda prisa una respuesta:

**Cris**

Yo también. Las horas se hacen eternas.

Al enviarlo siento el ya familiar subidón. Vuelta a empezar.

\* \* \*

El sábado despierto temprano sin necesidad de la alarma, aunque la puse a una hora prudencial para que me diera tiempo a revisar sin prisas todos los pequeños detalles de la boda de Roberto. Me desperezo y noto cómo Charlie se revuelve a mi lado, bajo las sábanas, pero no sale.

—Es muy pronto para levantarse siendo sábado, ¿eh, *peque*?

Para mí también lo sería si no fuera porque anoche me tomé un par de pastillas de valeriana y me fui pronto a la cama. Quería estar plenamente descansada para hoy, y mi ya no tan novedosa obsesión por Mateo y lo que hará cuando no está conmigo me hubieran impedido dormir de no haber incorporado una pequeña ayuda.

Me levanto despacio, conecto los datos de mi móvil y, antes de ponerme siquiera las zapatillas, recibo un mensaje. Me hago la ilusión de que es de Mateo, aun sabiendo que probablemente no lo será. Ayer intercambiamos la gran cantidad de correos que ya viene siendo habitual y por culpa de ello tuve que dejar un par de asuntos de trabajo pendientes para el lunes, lo cual me hizo sentir aún peor. Pasé la tarde bastante bien, ultimando los detalles para el reportaje de

hoy, y añadí algunas ideas que propondré a los novios sobre la marcha. Por la noche dudé si enviarle un mensaje, pero decidí que no querría despertarme con la incertidumbre de si habría contestado, y menos aún descubrir que no lo había hecho y derrumbarme. No puedo permitirme ese lujo hoy.

Cuando miro la pantalla descubro que el mensaje es de Paola, que me pregunta qué tal estoy y me desea mucho ánimo y suerte. Sonrío, mitad desilusión, mitad gratitud por poder contar con una amiga así. Le respondo con rapidez que ya estoy en marcha y que va a ser genial, y lo digo en serio: hoy me noto especialmente optimista. Aun así, antes de abandonar del todo la cama y dejársela en usufructo a Charlie, echo un último vistazo por si hubiera entrado un mensaje de Mateo y no me hubiera percatado. Por supuesto, no es el caso.

Me tomo mi tiempo para desayunar, ducharme y vestirme. Escojo un traje de chaqueta que tiene el punto justo de elegancia sin resultar ostentoso y lo combino con unos zapatos de tacón bajo; hoy es imprescindible que me encuentre cómoda para poder hacer bien mi trabajo. Me recojo el pelo en un moño sencillo pero sobrio que me enseñó a hacerme Irene para esas ocasiones en las que quieres lucir formal pero sin pasarte.

Cuando ya lo tengo todo listo me despido de Charlie, que ha salido de la cama para exigir su desayuno justo en el momento en el que me encontraba en el punto más delicado de la elaboración del moño. Cojo todo mi equipo, le sirvo al minino su comida preferida y bajo para subirme al taxi que ya me está esperando.

Cuando llego a la pequeña iglesia ya hay algunas personas merodeando por allí, a pesar de que aún queda más de una hora para que comience oficialmente la ceremonia. Entro en el edificio, sencillo pero encantador, y pienso que Roberto y Vicky han hecho una buena elección. Como ya conozco el lugar y veo que no hay cambios significativos, no tengo que hacer ninguna modificación en el último momento y me dedico a repasar mi equipo una última vez.

Según se acerca la hora la gente va llegando en pequeñas oleadas y yo me dedico a capturar instantes de conversaciones, saludos y abrazos. Todo el mundo se encuentra sonriente y en paz, como en todas las bodas. De pronto pienso en Sara y en cómo resultará la suya,

pero aparto ese pensamiento para centrarme en mi trabajo. El tiempo pasa volando y de pronto ya está todo el mundo sentado en los bancos barnizados, expectante. El padrino y la dama de honor se han colocado en su lugar y veo a Roberto ante el cura, muy tieso, sin dejar de mirar hacia la puerta por la que tiene que entrar Vicky. Aprovecho para hacer unas tomas y comprobar que el encuadre es perfecto. Cuando hago *zoom* en el rostro de Roberto siento un nudo en la garganta. Hacía mucho tiempo que no observaba sus facciones con tanto detalle. Cuando salíamos juntos lo hacía constantemente. A veces mientras dormía, como si quisiera grabar esos fragmentos en mi mente para que nunca se me olvidaran. Conocía cada lunar, cada peca, cada milímetro de su cara, y los recorría con suavidad con la yema de los dedos mientras hablábamos del futuro, de cuántos hijos tendríamos, de cómo se llamarían, de en qué trabajaríamos, de dónde viviríamos.

De pronto siento que me entran ganas de llorar y me quedo bloqueada. «¡Espabila, Cris!», me digo, porque no puedo fastidiarla. No voy a dejar que las chicas tengan razón haciendo un drama de todo esto. Sí, mi novio de la adolescencia se casa, ¡menudo problema! Sonrío porque me doy cuenta de mi estupidez. Seguramente los comentarios de mis amigas me hayan influenciado más de lo conveniente, así que trato de sacudirme esa sensación extraña de encima y, sobre todo, dejo de hacer *zoom* en Roberto.

Cuando entra Vicky se oyen murmullos de aprobación y asombro. Tengo que reconocer que está guapísima y radiante. Camina hacia el altar con una gran sonrisa, cogida del brazo de un hombre mayor que supongo que es su padre, sin dejar de mirar a Roberto. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de lo enamorada que está. Tomo unas cuantas fotografías en las que destacará su vestido sencillo, acorde con la decoración de la pequeña iglesia, adornado solo con unas pocas flores de distintos tipos, nada recargado ni ostentoso.

Consigo unas magníficas tomas durante el momento de los votos, del intercambio de anillos y de su primer beso como marido y mujer. Puedo ver a través del objetivo que un par de lágrimas de pura felicidad escapan de los ojos de Roberto mientras besa a su flamante esposa, y oigo los aplausos y las exclamaciones de la gente. Me hago a

un lado para no entorpecer a nadie y Vicky y Roberto por fin se separan y se toman de la mano para salir de la iglesia, arropados por sus familiares más cercanos. Más tarde se despiden de ellos y los invitan a pasar al aperitivo antes del banquete, mientras nosotros nos dedicamos al reportaje fotográfico posceremonia.

Tras visitar algunos de los parajes más idílicos de Madrid cercanos al lugar de la celebración, donde creo que consigo unas fotografías fabulosas, llegamos al restaurante y me doy cuenta de que estoy agotada. Me siento muy orgullosa de mi trabajo, y creo que es tan bueno precisamente por los sentimientos que me ha despertado ver a Roberto casándose con otra. Aunque aún no las he revisado, sé que las imágenes rebosan pasión. Que son muy buenas, uno de mis mejores reportajes, si no el mejor de todos.

Durante el banquete correteo de acá para allá, a pesar de que la pareja me ha reservado un sitio en una mesa, pero no se puede comer y trabajar al mismo tiempo. Así que voy picando de vez en cuando sin dejar de lado la labor para la que se me ha contratado. La gente, como es normal en las bodas, bebe mucho y muy rápido, y enseguida se respira un ambiente mucho más que festivo. Me siento rara siendo la única persona sobria de una sala, la verdad. En el momento en el que cortan la tarta, Roberto consigue mancharse su traje y Vicky se ríe mientras lo señala. Yo aprovecho para sacar la foto que, sin duda, será el punto humorístico del álbum. Pruebo un poco del trocito de tarta que me ha correspondido y pienso que está exquisita, ni muy dulce ni muy recargada. Perfecta. En conjunto, esta boda es exactamente lo que yo elegiría si algún día me casara. En realidad, es la boda con la que soñamos Roberto y yo en su día. «Nada ostentoso», decíamos, «algo sencillo pero con clase». «Pocas flores, pero todas distintas», sugería él, «porque no hay nada tan hermoso como lo escaso. Como tú, Cris, no hay dos como tú».

Trago saliva, aterrada porque me da la impresión de que empezaré a llorar de un momento a otro, pero no debo preocuparme, porque todo el mundo está pendiente de la apertura del baile por parte de los novios. Me apresuro para que no se me escape esa fotografía, imprescindible en todo álbum de boda que se precie, pero cuando resuenan las notas de *I do it for you*, de Bryan Adams, mi

corazón se detiene de golpe. Miro fijamente a Roberto, pero tiene los ojos cerrados mientras estrecha con fuerza a Vicky entre sus brazos.

Me digo que a lo mejor no se acuerda de que mientras escuchábamos esa canción perdimos los dos la virginidad, tal vez no recuerde que con la última nota me susurró al oído que me quería, pero me parece imposible que no lo haga. No sé si me ofende más que lo haya olvidado o que, incluso habiéndose acordado, haya escogido esta canción, precisamente esta, para abrir el baile de su boda. Me arde la cara de estupor y de ira y trato de contener las lágrimas. La gente comienza a juntarse en parejas y a acompañar a los recién casados en la pista de baile, y yo me doy cuenta de que la he fastidiado y no he logrado plasmar el momento en mi cámara. Se me seca la boca.

De pronto, alguien me agarra por el codo con delicadeza y, cuando me giro, me encuentro frente a Margarita, la madre de Roberto. Su cara está más arrugada y la noto un poco más gordita, pero es ella, sin duda alguna.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida —me pregunta.

No me salen las palabras. No sé si ella se acuerda de mí o no. Como no respondo, insiste:

—Ven, salgamos fuera —dice, y tira de mí con suavidad.

Me dejo llevar a lo largo del salón atestado de gente, con mi cámara a cuestas. El aire puro me despeja y consigue que por fin pueda articular las palabras.

—Lo siento —digo en cuanto puedo—. Deberías volver dentro, no quiero que te pierdas nada.

Margarita saca un cigarrillo de su pequeño bolso y me ofrece otro a mí. Niego con la cabeza.

—Me sentará bien algo de aire puro —replica ella con una sonrisa traviesa asomando en la comisura de los labios.

No puedo hacer otra cosa que reírme y ambas nos dirigimos a un banco situado junto a una fuente sobria y con el agua muy limpia, que le da el tono dinámico al pequeño patio en el que nos encontramos. Una vez que nos sentamos, dice:

—Me alegro de verte, Cris.

Arqueo las cejas, un poco sorprendida.

—¡Te acuerdas de mí!

Al fin prende su cigarrillo y le da una larga calada.

—Se supone que lo he dejado —dice mientras exhala—, pero no todos los días se casa tu hijo, ¿verdad?

—Supongo que no —murmuro, aunque no puedo evitar pensar que siempre existen los divorcios.

—Por supuesto que me acuerdo de ti —responde con retraso a mi pregunta, y no sé si me siento incómoda o solo un poco cortada—. ¡No ganaba lo suficiente para Nocilla!

Eso me hace soltar una carcajada. Siempre que íbamos a casa de los padres de Roberto, lo que solía ocurrir preferentemente cuando no se encontraban ellos, para poder estar a solas, merendaba cantidades ingentes de Nocilla. Me tapo la boca con la mano y exclamo:

—¡Madre mía, lo siento!

Eso le arranca también a ella una carcajada que casi le hace atragantarse con el humo.

—No pasa nada, la compraba solo por ti. A Roberto nunca le gustó demasiado.

La miro a los ojos y me vienen muchos recuerdos a la cabeza, como un día que había discutido con mi madre y tenía un enorme disgusto, y ella me hizo ver que no debía darle tanta importancia.

—Gracias —le digo, y es en serio: por la Nocilla, por sacarme del salón de baile y por la conversación que acabo de recordar.

—Cuando Roberto me dijo que tú sacarías las fotos no me pareció una buena idea. —Lo dice con naturalidad, con esa peculiar forma de cambiar de un tema a otro.

—A mis amigas tampoco —confieso—, pero yo no le vi mucho problema. Bueno, hasta ahora.

—¿Ha sido la canción?

Me pregunto si Margarita simplemente es una mujer intuitiva o si Roberto le contó alguna vez algo sobre nuestra primera vez, cosa que dudo. Asiento, evitando mirarla a los ojos, y en cambio me fijo en los gorriones que se están dando un chapuzón en la fuente. Por un momento los envidio por la sencillez de su existencia.

—Eso me había parecido. Los hombres son así. —Se encoge de

hombros—. No tiene nada que ver contigo.

—No entiendo cómo ha podido escoger precisamente esa canción —suelto de golpe, aunque no sé si debo hacerlo. Al fin y al cabo, ella es su madre—. Ha sido... No sé, me ha chocado. Es una bobada, ya lo sé, pero... Llevo una temporada un poco rara.

Me detengo. Me detengo porque tengo la sensación de que si empiezo a contarle las cosas que siento no podré parar nunca, y no es el momento adecuado ni tampoco ella la persona adecuada.

—No debe de ser fácil ver cómo se casa tu primer novio, es normal.

—Y encima no he podido sacar la foto de la apertura del baile y... Es un desastre. —Me sujeto la cabeza con las manos, con los codos apoyados sobre las piernas, derrotada—. Vicky y Roberto no tendrán un álbum de boda perfecto, y todo por mi culpa. Y encima tú te estás perdiendo el baile y... y... Todo es un lío, no sé qué me está pasando. —Y, sin poderlo evitar, me echo a llorar.

Pasan unos angustiosos segundos durante los que Margarita me frota la espalda, como aquella vez tras la discusión con mi madre, y me siento igual que entonces: muy pequeña, muy sola y muy triste.

—No me gustan los bailes —replica ella, y la sencillez de su respuesta me hace sonreír—. Además, mi cuñado ha estado con su cámara arriba y abajo durante todo el día, así que seguramente él sí haya conseguido esa foto, aunque no va a ser tan buena como las tuyas —añade mientras me guiña un ojo.

Consigo esbozar una sonrisita a través de las lágrimas y me siento avergonzada.

—Lo lamento —balbuceo, y acepto agradecida el pañuelo de papel que me tiende tras aplastar la colilla con el tacón de su zapato.

Cuando consigo serenarme, Margarita me mira con simpatía.

—Esto no es solo por la canción, ¿verdad?

Me muerdo un labio, dubitativa. No sé si me apetece compartir mis intimidades con ella. Entonces añade:

—A ver, seamos realistas, Bryan Adams está bien, pero tampoco es para ponerse así...

Me hace soltar una carcajada y noto que los hombros se me relajan.

—Tienes razón, es por todo. Estoy muy perdida últimamente. No sé qué pasa conmigo, lo hago todo mal.

—Todo mal es imposible —me indica amablemente.

—Casi todo, créeme. Y lo sigo haciendo a sabiendas de que está mal, que es lo peor de todo.

—¡Uy, cariño! Nombra a un ser humano que no haya hecho eso alguna vez en la vida.

—Pero me hace sentir... miserable. Y perdida, y enfadada conmigo misma, y frustrada.

—Eso se arregla con tiempo. Debes tener paciencia y darte un respiro. Eso que ahora mismo no puedes evitar hacer, aunque sepas que está mal, no va a desaparecer por el simple hecho de que deseas que desaparezca. Necesitas convencerte de que de verdad no lo quieres ni lo necesitas.

—Pues precisamente tiempo es lo que no me sobra... Ya he malgastado mucho. —Hago un mohín y me doy cuenta de lo infantil que parezco, pero no lo puedo evitar.

—¡Pero si estás en la flor de la vida! —se sorprende ella, que descruza las piernas y las estira.

—Pero no he hecho nada de provecho... Mis logros se pueden contar con los dedos de media mano. —Noto que se me acelera la respiración y de repente me agobio de verdad. Me imagino pasando el resto de mi vida así, sin avanzar, con el mismo trabajo de siempre, la misma gente, las mismas ideas, y no puedo soportarlo. De pronto, soy vagamente consciente de que no me importaría tener algo como lo que he visto hoy entre Roberto y Vicky. O como lo que teníamos antes Roberto y yo, antes de que me diera cuenta de que ningún amor dura para siempre. O tal vez sí lo haga. Tal vez...

—Tal vez las chicas tengan razón —musito en voz alta, más para mí misma que para Margarita.

—¿En qué? —pregunta ella.

—A lo mejor me saboteo a mí misma —digo, y me imagino a Paola y a Sara asintiendo con la cabeza, diciendo: «Por fin te has dado cuenta»—. A lo mejor rehúyo las relaciones por miedo.

La idea cala hondo en mí. ¿Por miedo a qué? ¿Por miedo a que salgan bien y que sea feliz toda la vida? ¿O más bien por miedo a que

se repita la historia de Roberto? Ya sé que pasó cuando aún era muy joven, pero creo que a día de hoy no he aprendido gran cosa sobre las relaciones.

—¿Y qué si no dura toda la vida? Quiero decir —añado dirigiéndome, esta vez sí, a Margarita. Lo hago elevando el tono de voz gradualmente, como quien está a punto de llegar a una conclusión muy interesante— que algunas relaciones durarán para siempre y otras no. Pero no pasa nada si no lo hacen, ¿verdad?

Ella asiente con la cabeza, un poco insegura. Normal, debe de estar alucinando la pobre. Pero no puedo parar, es como si de repente mis amigas se hubieran metido en mi cabeza y estuvieran dándome cuerda.

—No tengo que oponerme a ello... Si lo encuentro, bienvenido sea. Pero si no lo hago... —Sopeso un momento mis palabras y prosigo —: Y no creo que lo haga, porque nada es para siempre... Pero si no, debo disfrutarlo mientras dure, ¿no es verdad?

Margarita vuelve a asentir.

—Madre mía, las chicas tienen razón. Siempre he buscado excusas para zanjar cualquier relación que estuviera a punto de convertirse en algo serio. —Me paso la lengua por los labios, que siento repentinamente secos, recordando cuántas veces me han advertido de lo mismo a lo largo de los años, y cuántas veces les he dicho que están muy equivocadas—. En cambio, ahora me estoy volcando por completo en una relación, si es que puede llamarse así, completamente tóxica.

Decido que debo romper lo que sea que tengo con Mateo. De pronto, me siento más segura de mí misma, más positiva, más decidida. Me vuelvo hacia la madre de Roberto y le digo:

—No sabes cuánto me has ayudado.

—No he hecho nada, cielo.

—Sí que lo has hecho —digo con decisión—. Me has hecho ver las cosas de otro modo.

—Cielo, algún día una mujer muy afortunada tendrá la suerte de poder llamarte nuera.

Sonrío y acepto el cumplido, aunque me abstengo de decir que, probablemente, esa suegra será solo temporal, porque las medias

naranjas para toda la vida siguen sin existir.



Mi firme y a todas luces correcta resolución de terminar con Mateo se esfuma el lunes en el trabajo.

Pasé el domingo revisando las fotografías que había hecho el día anterior. Para mi sorpresa, recibí un correo de Margarita en el que me enviaba las fotos que su cuñado hizo durante aquel horrible momento en el que me quedé bloqueada y, tras contestarle para agradecersele infinitamente, vi que, con un poco de retoque, estarían en la línea que había pensado darle al álbum.

Las chicas escribieron varios mensajes en *(B)Ellas* para preguntarme qué tal me había ido en la boda, y yo respondí sin dar muchos detalles, excusándome con que tenía que seleccionar las fotografías. Aunque era cierto, en realidad eso no corría tanta prisa, pero no me apetecía hablar del vergonzoso capítulo, al menos no por el momento.

El tiempo pasó volando y cuando me quise dar cuenta ya era casi la hora de cenar. Me había tirado el día entero sentada ante el ordenador, con Charlie acomodado en mi regazo, trabajando en el álbum de Vicky y Roberto. Y sin pensar ni una sola vez en Mateo, bueno, ni en ninguna otra cosa en realidad, tan concentrada como andaba en mi labor. Sentí la familiar chispa que siempre he sentido cuando reviso mis fotografías. Esta vez, además, estaba

particularmente orgullosa de cómo habían salido y segura de que el resultado le gustaría muchísimo a la pareja.

Antes de ir a la cama le mandé un mensaje a Paola para desearle mucha suerte en la audición del día siguiente, y me dormí nada más tocar con la cabeza en la almohada.

El lunes llego a la oficina unos minutos antes, como de costumbre, pero la sensación es muy distinta a la de las últimas semanas. Enciendo el ordenador y me prometo a mí misma que no voy a abrir el correo. No quiero saber nada de Mateo. Aún no he pensado en cómo me alejaré de él, pero la lógica me indica que lo primero que debo hacer es no intercambiar ningún correo.

Al contrario que el día de ayer, el tiempo se me hace eterno. A las nueve y media, en poco más de media hora, he estado tentada de mirar la bandeja de entrada por lo menos una docena de veces. Suspiro, angustiada, y veo la semejanza entre mi situación y la de un drogadicto con el mono. Para distraerme curioso en el móvil diferentes nimiedades, y cuando Paola envía un mensaje en nuestro grupo aprovecho para gastar un poco más de tiempo.

**Paola**

Chicas, qué nervios!!! Dentro de solo una hora tengo la audición!!

**Cris**

Ánimo!! Ya verás como lo vas a hacer genial!!

**Paola**

Uf, no lo sé, ahora mismo dudo de todo. No he podido dormir casi nada y tengo un aspecto horrible.

Suelto un resoplido. Paola necesitaría cirugía (mala cirugía) para tener un aspecto horrible.

**Ire**

Un poco de maquillaje y listo!! Buenos días, guapas!!

**Cris**

Ire tiene razón, vas a estar genial!!

**Paola**

Si ya me he maquillado y todo!! Pero nada, no disimulo las ojeras ni a tiros...

**Ire**

No será para tanto, mujer!! Saca pecho, levanta el mentón y pisa fuerte, tú puedes con todo!!!

**Sara**

¡¡Eso, eso!! ¡¡Buenos días!!

**Paola**

Uf, gracias... Os cuento después!! Nos marchamos ya, por si pasa algo por el camino y llegamos tarde!!

**Cris**

OK!! Tranquilidad!!

**Ire**

Mucha mierda!!

**Sara**

¡Luego nos cuentas!

En parte para prolongar la conversación y no tener que enfrentarme a mi correo cerrado, y en parte porque caigo de repente en la cuenta, añado:

**Cris**

Sara, ya empiezas la cuenta atrás!!

**Ire**

Uyyyyy, verás qué pasada de despedida te tenemos montada!!

Ya está todo organizado para este sábado. A las siete vendrán las invitadas a mi casa y a las diez cenaremos en el Miu Miu.

**Sara**

Miedo me da Ire con ese entusiasmo...

**Cris**

No te preocupes, va a ser todo muy sencillo.

**Ire**

Uy, sí, jejejee, aburridas!

**Cris**

Y un par de semanas después..., casada!!

**Sara**

Ya te digo. Hace nada todavía estaba con las primeras ideas para la ceremonia, y ahora... ¡Madre mía, ya no queda nada!

**Ire**

Eh, tranquilidad, que te nos estresas!!

**Sara**

No, no, creo que ya ha pasado lo peor.

**Cris**

Claro que sí!! Ahora ya solo queda la parte buena.

**Ire**

Ey, apago esto, que me llaman!! Ciao!!

**Sara**

Sí, yo también tengo que entrar en clase en breve.

**Cris**

Y yo debería ponerme a trabajar también, jeje.

**Sara**

¡Hasta luego!

**Cris**

Ciaoooo!!!

Cuando miro el reloj veo que todavía no son las diez, y la perspectiva de pasar toda la mañana con esta agonía me agobia. Tengo que decidir qué voy a decirle a Mateo. No es que necesite una justificación ni nada de eso, pero quiero tener claro cómo voy a plantear la cuestión. A pesar de mi decisión, aún no me noto lo suficientemente valiente como para tomarla de una vez. La seguridad que había sentido tras la conversación con Margarita ha empezado a diluirse. La Cristina segura y centrada que volvió a asomar el sábado, tras una temporada transformándose en todo lo contrario, desaparece a marchas forzadas. Tengo que actuar, y tengo que hacerlo pronto.

El sonido de un mensaje hace que coja el móvil y automáticamente entro en mi bandeja de WhatsApp. Marcado como no leído, aparece un mensaje que Mateo me acaba de enviar. Se me seca la boca.

**Mateo**

Hoy no trabajas?

Noto que me tiemblan las manos y me siento estúpida. Cierro los ojos e intento recuperar la sensación que Margarita me ayudó a alcanzar, pero, por mucho que me concentro y rememoro las palabras que dijo, no lo consigo. Me obligo a alejar de mí el móvil y de pronto me parece como si estuviera encerrada. Procuero dejar la mente en blanco, concentrarme en el trabajo, y nada sirve. El cuerpo me pide a gritos ignorar a mi parte racional y volver a rendirme a los encantos de Mateo. Estoy tentada de enviar un mensaje de auxilio a las chicas, pero no lo hago.

Consigo pasar un par de horas, momento en el que mi móvil vuelve a sonar alegremente avisándome de la llegada de un nuevo mensaje. Lo consulto por inercia, muy consciente de que estoy

descuidando demasiado mi trabajo, y suelto un suspiro de alivio cuando veo que es de Paola.

**Paola**

Chicas, creo que la audición me ha salido bastante bien!!  
Aun así, hay muchas aspirantes, pero he hecho un par de contactos!!

**Cris**

Enhorabuena! Y cuándo te dicen algo?

**Paola**

Dijeron que en una semana aproximadamente.

**Cris**

Qué nervios!! Bueno, quédate con lo bueno de momento, que son esos contactos. Lo demás ya se verá.

**Paola**

Sí, la verdad es que ya solo eso es muchísimo más de lo que he conseguido hasta hoy!! Así que ahora vamos a celebrarlo!!

**Cris**

Di que sí, aprovecha, que te lo mereces!!

**Paola**

Os veo el jueves, no?

**Cris**

Sí, y así nos cuentas en persona!!

**Paola**

OK!! Bss!!

**Cris**

Besos!!

Cuando levanto la mirada veo a Mateo en la puerta de mi despachito. Me contengo para no exclamar un «¡mierda!» y finjo la mayor naturalidad posible, que no es mucha, porque empiezan a temblarme las piernas. Todavía no he decidido qué es lo que voy a contarle.

—Eh, estaba preocupado —dice él mientras avanza un par de pasos hacia mi escritorio.

Puedo oler desde mi silla su loción para después del afeitado y trago saliva. Quiero salir corriendo y a la vez echarle los brazos al cuello y no soltarlo nunca. ¿Qué hago?

—¿Estás bien? —insiste, y la preocupación en su voz me desarma del todo.

—Sí... sí —tartamudeo, aunque me doy cuenta de que a la vez niego con la cabeza.

Por fin llega hasta mi escritorio y apoya en él el trasero, ese trasero superrespingón y tonificado. A escondidas, roza mi mano con su dedo.

—Estás muy rara. —Su voz es todo dulzura, y la poca determinación que había conseguido retener desaparece del todo. Mierda. Miro mi móvil, como si pudiera enviar un SOS silencioso a alguien, a cualquiera, como el que acude a su padrino de Alcohólicos Anónimos cuando se da cuenta de que la recaída lo saluda con la mano.

Pero yo no soy una adicta, por el amor de Dios. ¿O sí? ¿Se puede ser adicta a una persona? Sí, ¿verdad? Si no, no habría tantas relaciones tóxicas. ¿Pero en tan poco tiempo? Si no ha pasado ni un mes desde el primer día que me acosté con él, y ni siquiera eso cuenta, porque el *enganche* en realidad no llegó hasta que empezó a venir a casa, y de eso hace apenas un par de semanas... Entonces, ¿qué me está pasando con este hombre?

Noto la insistencia de sus caricias y se me pone la piel de gallina. Retiro la mano con delicadeza, pero él insiste mientras me mira con una media sonrisa, la misma que usa después de besarnos, la que viene acompañada de un «Dios, cómo me pones». Trago saliva. Me toma la mano, entrelaza sus dedos con los míos y en ese momento me doy cuenta de que nos podría ver cualquiera. Nos podría ver

cualquiera ahora mismo y a él no le importa. Mi corazón pega un brinco de felicidad, aunque no entiendo muy bien por qué.

—*Ey*, ¿qué ocurre? ¿Ya no quieres verme más?

Levanto la mirada y me encuentro con la suya. Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo ahora, me lo ha dejado muy fácil. Abro la boca y cuando percibo preocupación en sus ojos la cierro de nuevo. Por alguna razón, el hecho de que le preocupe que dejemos de vernos me entenece. La vocecita me advierte de que no sea estúpida, por supuesto que le preocupa perder su ración de sexo diario. Pero, como llevo haciendo todo este tiempo, y a fuerza de eso me he convertido en una experta, la ignoro. Le aprieto la mano con los dedos y musito:

—No, no, nada de eso.

Y a partir de ahí ya no hay vuelta atrás.

\* \* \*

Pasamos las tardes del lunes y del martes sin salir de mi cama excepto, evidentemente, cuando Mateo se tiene que marchar a casa, con su mujer. El miércoles estamos tumbados uno junto al otro, con los dedos entrelazados.

—Así que este fin de semana tienes despedida de soltera —dice, porque se lo he comentado en algún momento.

Asiento con la cabeza, entusiasmada.

—Sí, espero que a Sara le guste.

—Seguro que sí, ya verás. Aunque tu amiga Irene se vaya a aburrir soberanamente.

Suelto una carcajada, encantada de que se interese por mis asuntos. Le he hablado de las chicas y es como si ya las conociera un poquito.

—Le daremos mucho alcohol, con eso se conformará.

—A ver tú qué vas a hacer por ahí, no te despendoles mucho...

Mi primer impulso es decirle que haré lo que me dé la gana —al fin y al cabo nunca he consentido a nadie que me haga rendirle cuentas—, pero a una parte de mí le halaga que se preocupe por lo que

puedo hacer cuando no estoy con él. De todas formas, decido picarle un poco:

—Bueno, en una despedida de soltera nunca se sabe...

Espero que se ría, pero no lo hace, y cuando lo miro lo encuentro un poco serio. ¿Acaso teme que pueda terminar pasando la noche con otro hombre? Decido no preguntar y cambio de tema.

—¿Tú tienes planes para este fin de semana?

—Nada especial, pasar el rato, ya sabes —responde mientras me acaricia el vientre con la yema de los dedos, cosa que me vuelve loca. Luego añade—: Cuéntame cosas de ti, Cristina Alejo. Apenas sé nada, aparte de que tienes tres amigas y una de ellas está muy loca.

Me río, sorprendida porque me pregunte cosas sobre mi vida. Normalmente no hablamos mucho, en realidad.

—Bueno, no solo tengo tres amigas, ¿eh? —matizo con un deje travieso en la voz.

—Ya me imagino, pero solo me has hablado de tres. Así que suelta por esa increíble boca tuya.

Me ruborizo ligeramente.

—¿Qué quieres saber? —inquiero.

Se gira y apoya el codo en la cama para sostener la cabeza en su mano mientras me mira intensamente.

—Todo. Lo quiero saber todo sobre ti.

—¡Uf! Tengo que remontarme muy atrás.

Mateo suelta una sonora carcajada y después me da un pequeño empujón.

—Tampoco hace falta que me digas cómo fue el día de tu nacimiento...

—¡Pues lo recuerdo! —espeto con una risotada.

—¡Sí, hombre!

—No, ya en serio. No sé qué contarte sobre mí, así sin más...

—Cuéntame cuáles son tus aficiones, por ejemplo.

—Me encanta la fotografía, no sé si lo sabías.

Él hace un gesto negativo mientras dibuja círculos con sus dedos alrededor de mi ombligo. Me estremezco.

—A veces me contratan para algún evento, como este fin de semana pasado, que hice las fotografías de una boda.

—Hum, qué interesante. Te estoy imaginando, cámara en ristre, y estás muy *sexy*.

Le doy un puñetazo cariñoso en el pecho.

—Anda, no te rías, que no te cuento más cosas.

—Vale, vale, perdona. ¿Qué más cosas te gusta hacer?

—Me encanta esto —digo haciendo un gesto con el brazo como si abarcase la cama con nosotros dos dentro.

—¿Y esto se puede considerar una afición? —pregunta él con sorna mientras levanta una ceja.

—Bueno, está en mi lista de cosas preferidas —me envalentono y suelto.

Mateo acerca su cara a mi rostro y junta sus labios suaves con los míos.

—También está en mi lista —susurra con ese tono de voz que me vuelve loca.

—¿Ah, sí? Qué bien —murmuro, coqueta, y luego añado, como para mí misma—: También me gusta viajar, pero no lo hago mucho. Debería hacerlo más.

—Me encantan las cosas que te gustan. Sobre todo una de ellas —dice mientras baja lentamente la mano desde mi vientre hasta la entrepierna.

Siempre me apetece tener sexo con Mateo, pero estoy interesada en esta conversación, así que detengo su mano con suavidad y le pregunto:

—¿Y a ti qué te gusta hacer?

—Hummmm, comerte enterita —responde mientras insiste en dejar la mano donde él quiere.

Una vez más lo detengo.

—No, en serio, ¿cuáles son tus aficiones?

Suelta un pequeño bufido de decepción y responde:

—Me gusta el golf.

Eso me sorprende mucho; nunca me lo habría imaginado.

—¿El golf? —no puedo evitar preguntar.

Asiente con la cabeza.

—Sí, aquí donde me ves, soy un pijo.

—¿Y vas mucho a jugar?

Parece pensarlo un momento y luego dice, con una sonrisa traviesa:

—Bueno, desde hace un par de semanas, las semanas más increíbles de mi vida, voy un poco menos.

Enarco levemente las cejas y también sonrío.

—Vaya, siento estar robándote tiempo para darle a una pelotita con un palo... —bromeo.

—Sabes que eso ha sonado muy mal, ¿no?

Me doy cuenta de a qué se refiere.

—Solo para las mentes calenturientas —replico dándole otro golpecito en el pecho. Luego añado—: Bueno, ¿y qué más?

—Voy al gimnasio.

Ya, eso no hacía falta que lo dijera, su cuerpo entero lo deja muy claro.

—Yo también debería ir —confieso recordando cuántas veces me he hecho el firme propósito para luego no cumplirlo nunca.

—Tú estás perfecta como estás. Eres como una muñeca: suave, delicada, perfecta.

Noto que me sonrojo mucho. ¿De verdad piensa eso? Porque yo últimamente me veo más bien un tipo Gollum. Pero mejor no comentarlo en voz alta.

—¡Qué exagerado! —comento casi esperando que me lleve la contraria, como si con un solo halago no tuviera suficiente.

—No exagero, tengo un gusto exquisito para las mujeres —dice, y al acariciarme la axila me río porque me ha hecho cosquillas. Él abre mucho los ojos y exclama—: ¡Ah! ¡Tienes cosquillas!

—¡No, no! —me apresuro a contestar—. ¡No tengo!

—¡Uy que no! ¡Ya verás, ya!

Se incorpora y me sujeta con firmeza un brazo mientras con la otra mano ataca sin compasión mi axila derecha. Me río y pataleo mientras sigo en mis trece asegurando que no tengo cosquillas. Después se emplea con mis costados y me doy cuenta de que con el pataleo nos he destapado por completo. Me da un poco de vergüenza mostrarme así ante él, pero en este momento no puedo pensar mucho en ello. Por un segundo, deseo que no ataque mi punto más débil en

el mundo de las cosquillas: los pies. Pero, evidentemente, sí que lo hace, y me río tanto que llega un momento en el que pido clemencia:

—¡Por... fa... vor, por favor! —digo sin aliento—. ¡Para! Que... ¡me meooooo!

Hablo sin poder dejar de reírme, tanto que estoy segura de que mañana tendré agujetas en el abdomen.

—¡Que me meo! —repito—. ¡En seriooo!

Él se detiene un momento y me mira a los ojos mientras pregunta:

—¿En serio, en serio?

Asiento con la cabeza. Sí, muy en serio. Y no quedaría muy erótico hacerme pis en la cama donde estoy tumbada con él.

—Vale, entonces ya paro —concede y me da un pequeño cachete en el trasero—. Ve al baño y vuelve pronto, por favor.

—¿Para que me hagas más cosquillas? ¡De eso nada! —exclamo mientras me levanto de la cama y me pongo a toda prisa una camiseta que apenas me tapa el trasero. Me inclino hacia él para darle un beso y por poco se me escapa un «te quiero».

De camino al baño me cruzo con Charlie, que me lanza una mirada acusadora. Le susurro que dentro de un ratito estaré con él y me encierro en el baño, dándole vueltas a lo que acaba de ocurrir. He estado a punto de decirle a un hombre casado que lo quiero. ¿De dónde ha salido eso? Porque yo *no quiero* a Mateo, eso es imposible. Como mucho, tengo un cuelgue de campeonato. Me horrorizo al pensar en lo que hubiese podido pasar si hubiera soltado esa perla por la boca. Menos mal que no lo he hecho. Pero es evidente que esto pinta mal. Muy mal.

\* \* \*

—Quiero dejar a Mateo. Quiero dejar a Mateo. Quiero dejar a Mateo.

Charlie me mira mientras tuerce la cabeza. Es jueves y estoy en el baño preparándome para mi cita semanal con las chicas. Intento convencerme a mí misma de que eso es lo que quiero —porque lo es,

¿no? — a fuerza de repetírmelo mientras miro el reflejo de mis ojos en el espejo. Al menos hoy no he aprovechado el escaso rato que tengo, entre que llego del trabajo y salgo con mis amigas, para estar con él. Algo es algo. Cuando termino de aplicarme sombra en los párpados compruebo el resto de mi maquillaje y me siento satisfecha. Meto a toda prisa lo necesario en el bolso que me regalaron por mi cumpleaños, le doy un beso en la nariz a Charlie a modo de despedida y me planto en el *pub* justo cuando Paola y Sara ya están tomando asiento. Me uno a ellas y abrazo a Paola mientras le digo:

—Enhorabuena por lo bien que te salió la audición.

Ella me estrecha con fuerza y se separa de mí con una amplia sonrisa mientras me da las gracias.

—Bueno, Sara, ¿estás nerviosa? —me intereso cuando tomamos asiento. Dejo el bolso encima del taburete que ocupará después Irene y cruzo las piernas.

—Curiosamente, no —confiesa—. Y me parece superraro, la verdad. Se supone que cuanto menos tiempo queda, más nerviosa debería estar, ¿no?

Justo entonces aparece Toni preguntando:

—¿Qué van a tomar las chicas más guapas del local?

—Ten cuidado, que estás hablando con una mujer a punto de casarse —le advierto de broma apuntándole con el dedo índice.

—¡Es verdad! ¿Es este fin de semana ya, Sara?

—No, dentro de dos.

—Pero este finde es la despedida de soltera —apunta Paola con una sonrisa.

Él sonrío y responde:

—Uhhh, fiesta de mujeres, ¡qué peligro!

—No, no, va a ser todo muy tranquilo —le digo yo.

Nos guiña un ojo y suelta una carcajada mientras dice:

—¡No me lo creo! ¡Ya me lo contaréis la semana que viene!

En ese momento llegan Irene y su madre, las dos vestidas para matar, subidas en unos tacones altísimos. Puedo oler sus perfumes desde aquí, y la mezcla de ellos resulta un poco rara.

—¡Ehhhhh! —exclama Irene mientras se acerca a cada una de nosotras y nos deja la marca de su pintalabios en las mejillas. Todas

nos lo limpiamos con disimulo antes de levantarnos para saludar a Estefanía.

Tras las exclamaciones, besos y efusivos abrazos, Toni se atreve a intervenir:

—Bueno, y ahora que estáis todas, ¿ya sabéis lo que queréis?

No lo dice con tono de reproche, pero igualmente nos deshacemos en disculpas por haberle hecho esperar y le pedimos lo que nos apetece tomar, tras lo cual volvemos a acomodarnos, yo esta vez con el bolso sobre las rodillas.

—Bueno, Paola, ya me ha contado Irene la fabulosa audición que tuviste el lunes —se dirige a ella Estefanía.

Nuestra amiga asiente con efusividad.

—¡Sí! La verdad es que fue estupendo.

—Vas a llegar muy lejos, cielo.

—¡Sí! ¡Estamos orgullosas de ti, Paolita! —exclama Sara. De vez en cuando le da un punto infantil y nos llama a todas por el diminutivo de nuestros nombres, aunque a Irene no le hace mucha gracia convertirse en «Irenita».

—Gracias, chicas, la verdad es que estoy muy contenta.

—Bueno, ¿y qué tal va el tórrido romance con el buenorro de Nacho? —se interesa Irene.

Paola se pone colorada y tiene suerte de que aparezca Toni con nuestras consumiciones. Por desgracia, Ire tiene buena memoria para lo que le interesa, y cuando el chico se ha marchado insiste:

—Di, Paola.

Se toma un momento para contestar y, cuando finalmente lo hace, se muestra más expresiva que de costumbre con estos temas.

—Pues genial, la verdad. Todo es perfecto.

Cojo un par de gominolas verdes y me las meto en la boca mientras observo el rostro arrebolado de Paola.

—Yo creo que pronto acudiremos a otra boda —apunta Sara.

Paola la mira con los ojos muy abiertos.

—Es pronto para plantearse algo así, pero... —Baja un poco el tono y añade—: Yo creo que sí que es el elegido.

—¡Bien! —exclama Sara con mucho énfasis—. ¡Brindemos por eso!

Todas alzamos nuestros vasos y los entrechocamos. Pienso que sí, que me imagino a Paola compartiendo el resto de su vida con Nacho, y me siento feliz por ella.

—Vale, y ahora que está claro que todos los *maromos* atractivos que encontrarás en tu carrera de actriz serán para mí..., dime, ¿cómo estaba el mercado por aquellos lares?

—Hija, de verdad, no sé de dónde te ha salido esa boquita —la riñe Estefanía.

—Ay, mamá, que lo digo de broma, ya sé que los hombres son seres respetables y no carnaza —protesta con cierta ironía.

—El tono no me convence —se ríe Estefanía, y todas le hacemos coro.

—Pues como el papel era para una mujer, no vi a ningún actor, pero sí a Natalie Portman.

—¿En serio? ¡Me encanta! —exclama Sara toda ilusionada.

—Y juraría que uno de los de seguridad era gay... —añade mirando a Ire con una sonrisa, que ella le devuelve con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué todos los gais tienen que estar donde yo no estoy? ¿Por qué huyen de mí? ¿Qué tengo que los asusta?

Suelto tal carcajada que se me cae el bolso desde las piernas al suelo. Me agacho para recogerlo y cuando me incorporo me golpeo la cabeza con la parte de abajo de la mesa.

—¡Joder! —exclamo y me froto la zona donde me he hecho daño mientras termino de incorporarme, con el bolso en la mano, eso sí, mientras las chicas se ríen y limpian con servilletas el escaso líquido que, con el golpe, se ha derramado de los vasos.

—Madre mía, ¿estás bien? —se preocupa Paola.

—Sí, sí, solo ha dolido en el orgullo —respondo con el ceño fruncido.

Seguimos charlando desenfadadamente y les hablo de la boda de Roberto, obviando de nuevo la parte en la que Margarita me convierte en una supermujer segura de sí misma y con las ideas muy claras. Pero algo en el ambiente hace que me relaje cada vez más y llegue otra vez casi al mismo punto al que me hizo llegar la madre de

Roberto, y mi resolución sobre Mateo es ahora tan firme que, por primera vez, me atrevo a decirla en voz alta.

—Quiero dejar a Mateo —espeto, así sin más, cuando todavía no he terminado de contar la historia de la boda. No tengo muy claro si mi expresión es la más correcta, porque no hay que olvidar que, en realidad, Mateo y yo no tenemos ninguna relación.

Decirlo en voz alta lo hace más real, y es en este preciso momento cuando me doy cuenta de que no hay vuelta atrás. Esta vez lo digo en serio. Arropada por mis amigas, me siento muy capaz de no volver a verlo nunca más.

—Me parece la decisión correcta —comenta Paola en voz bajita, como si no se atreviese a decirlo, seguramente un poco preocupada por la reacción que tuve la última vez que hablamos del tema.

—A mí también —dice Sara y, tras apurar la copa, la deposita con cierto estruendo en la mesa.

—Si es lo que tú quieres, perfecto —opina Ire, y me dirige una sonrisa de comprensión, al igual que Estefanía.

—Pues hazlo —dice Sara con el tono de voz que reserva para *Sara Hyde*.

Asiento con la cabeza mientras le doy un sorbo a mi cerveza.

—Lo voy a hacer.

—Ahora —añade ella, y todas giramos nuestras cabezas hacia nuestra amiga.

La miro con las cejas enarcadas.

—¿Ahora? ¿Cómo voy a hacerlo ahora?

De un manotazo, Sara abre mi bolso y saca de él el móvil.

—¿Por WhatsApp? —me sorprende y niego con la cabeza—. No, no, hacerlo así está muy feo. ¿A ti te gustaría que te lo hicieran?

—Estamos hablando de un tío que le está poniendo los cuernos a su mujer, ¿crees que tiene sentimientos o algo así? —espeto con sarcasmo.

Trago saliva porque me está dando un poquito de miedo. Creo que nunca la había visto tan seria. Sacudo la cabeza.

—No, Sara, no creo que sea la forma.

Echo un vistazo a las demás esperando que me den la razón, pero Paola baja la mirada e Ire tiene los labios fruncidos, sopesando la

posibilidad. Estefanía es la única cuya expresión no sé leer. Entiendo que para Sara ahora mismo sea un tema delicado que un hombre le esté siendo infiel a su mujer conmigo, pero zanjar el asunto con un mensaje me parece esconder la cabeza bajo el ala.

«¿Esconder la cabeza bajo el ala?», me pregunta la vocecita. «Eso es precisamente lo que has estado haciendo hasta ahora, Cris», me advierte.

—Creo que Sara tiene razón —opina Ire mirándome como si se sintiera culpable por contrariarme.

Sara agita mi teléfono en su mano mientras me dirige una elocuente mirada.

Intento meditarlo unos instantes, pero la voz de Irene me interrumpe:

—¡No lo pienses, simplemente hazlo! Estás segura de que quieres hacerlo, ¿no? Pues entonces no te des la opción de pensártelo mejor.

Abro y cierro la boca como un pez. Es como si me hubiera leído el pensamiento y supiera exactamente lo que me ha ocurrido estos últimos días. Decido que tiene sentido. Si voy a hacerlo es mejor que sea ahora, antes de que el valor me abandone. Asiento con la cabeza lentamente, aceptando lo que dicen. Pero necesito un momento, solo un momento. Echo mano de mi pinta y le doy un trago largo. Después respiro hondo y tiendo la mano, pidiéndole el móvil a Sara. Cuando me lo entrega me parece que pesa una tonelada. Abro la conversación de WhatsApp que mantengo con él y de pronto me bloqueo.

—¿Y qué pongo? —digo levantando los ojos. Tengo la cabeza completamente en blanco.

—Dile que se vaya a la mierda —propone Sara.

—Tampoco te pases —interviene Paola—. En realidad, él no te ha mentado ni nada de eso, ¿verdad?

—Es cierto —concedo—. No tiene nada que ver con él.

Me repito esto mismo para mis adentros. Es verdad. Mateo nunca me ha prometido nada ni me ha hecho daño en realidad. Todo me lo he hecho yo misma. Ser plenamente consciente de ello me cabrea, pero siento tal alivio al ver que al fin voy a zanjar esto, y ahora de verdad, que no me importa.

—Entonces, algo más asertivo —opina Irene—. Simplemente dile

que ya no quieres verlo más.

Todas coinciden en que es la mejor idea: rápido, directo y sencillo. Una *relación* de apenas dos semanas no merece más parafernalia. A diferencia del caos en el que ha convertido mi vida.

Respiro hondo de nuevo y tecleo en mi móvil, intentando no hacerle mucho caso al último mensaje que intercambiamos. Cuando termino, lo que me lleva un par de minutos durante los cuales ellas guardan un respetuoso silencio, se lo enseño para su aprobación.

### Cris

Mateo, han sido unos días increíbles, pero creo que es mejor que no nos veamos más.

—Yo quitaría lo de los días increíbles —dice Sara, de nuevo con mi *smartphone* en la mano—. Tampoco hace falta que le hinchas el ego.

—Pues yo no lo veo mal, no hay por qué ser desagradable.

—Sí, si alguien tiene que ponerse así, como mucho será su mujer —añade Ire y luego exclama—: ¡Ay, lo he dicho sin pensar, no te molestes!

No me molesta. Le hago un gesto con la mano para indicárselo y le digo a Sara:

—Ya sé que te provoca mucha inquina, pero creo que Paola e Ire tienen razón, tampoco tengo por qué ser borde.

Ella frunce el ceño y suspira. Como sabe que lo máximo que va a conseguir es esto, aunque si fuera por ella colgaríamos a Mateo de un árbol por su impío pecado, finalmente cede:

—Vale, está bien, creo que valdrá.

Me devuelve el móvil y releo la frase una vez más. Qué distinta resulta de todas las anteriores, en las que de nuevo intento no fijarme, pero casi me las sé de memoria. Dudo un instante. Si hago esto ya no habrá vuelta atrás. Pero es lo que quiero, así que debo mandarle el mensaje, si no es ahora me pasará como el lunes. En un arrebato de «que sea lo que Dios quiera» pulso el botón de enviar y durante unos segundos deseo volver atrás, poder retractarme. La idea

de no besarlo más, de no abrazarlo más, me vuelve loca. Se me seca la boca. Pero es solo un instante, porque entonces las chicas gritan, jubilosas, e Irene exclama:

—¡Esto se merece una segunda ronda!

Todas aplauden la idea, aunque Sara dice que esta vez tomará un refresco, e Irene se levanta para dirigirse a la barra, no sin antes darme unas palmadas en el hombro. Minutos después estamos brindando y me contagio de su entusiasmo, a pesar de que no dejo de echar vistazos furtivos al móvil en espera de una respuesta.

—Bueno, Sara, ¿preparada para desmelenarte el sábado? —inquire Irene con los codos apoyados en la mesa y la barbilla en las manos.

Sara la mira con los ojos como platos.

—¡Nada extravagante, por favor! —le advierte, y todas la tranquilizamos repitiéndole una vez más que será algo muy sencillo y moderado.

En un momento dado de la conversación, Estefanía interviene diciendo:

—Bueno, chicas, quiero aprovechar para deciros que el lunes vuelvo a casa.

—¡Oh! ¿No te quedas para la boda? —se sorprende Sara.

—Me encantaría, cielo, pero hay algunos detalles que he de solucionar con Ramón —responde refiriéndose al padre de Irene—. Ya no puedo postergarlo. Necesitaba unos días para estar preparada y enfrentarme a todo el proceso, pero creo que estoy lista. No es justo para él retrasarlo todo más. Pero si no os importa a ninguna, me encantaría ir a la despedida el sábado.

—¡Por supuesto! —exclama Sara—. ¡Serás muy bienvenida!

Todas soltamos pequeñas exclamaciones de aprobación.

De pronto mi móvil vibra y todas miramos hacia él.

—¿Te ha contestado? —se impacienta Sara.

—Todavía no lo sé, no me ha dado tiempo a verlo —respondo mientras desbloqueo la pantalla para ver que el mensaje es, efectivamente, de Mateo. Asiento como respuesta a la pregunta de Sara y pienso en lo irónico que resulta que otras veces haya esperado

un mensaje suyo durante horas y que ahora, justo cuando ya no hay nada que decir, sea tan rápido.

—¿Y qué dice?

Lo leo en silencio, para luego repetirlo en voz alta:

#### Mateo

Por qué dices eso? Estos días contigo han sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y pensé que a ti te pasaba lo mismo... Me estabas mintiendo?

La respuesta hace que Sara se indigne.

—¿Cómo se atreve? ¡Será manipulador!

La miro sin comprender lo que dice. ¿Manipulador? ¿Por qué piensa eso? Noto que los ojos se me humedecen al releer el mensaje. ¿De verdad he sido lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo? ¿No me estaré equivocando al acabar con nuestra relación?

Paola lee perfectamente mi expresión y susurra:

—No vayas por ahí, Cris. Sara tiene razón, te está manipulando.

—¡Qué cabrón! —rezonga Irene y cruza los brazos sobre su abultado pecho.

Yo sigo sin entender.

—¿De qué estáis hablando? —susurro. Me siento como si todas conocieran una información que yo no poseo.

Las cuatro me miran como si de pronto me hubieran crecido dos cabezas.

—¿No lo ves? —pregunta Sara con un cierto tono compasivo.

—¿El qué? No sé de qué estáis hablando...

—¿No ves lo que hace? —insiste *Sara Hyde*—. Eres más lista que todo esto, Cris, no sé qué porras te ha hecho ese tío, pero es terrible.

—Bueno, bueno, tampoco exageremos —tercia Irene—. El tío es un manipulador y un zalamero, eso está claro, pero bueno, tampoco ha cometido un crimen. No le ha hecho una lobotomía a Cris ni nada de eso.

Sara suelta un bufido.

—¿Me podéis decir ya de qué coño estáis hablando? —exijo saber.

—A ver, lee otra vez el mensaje, Cris —me ayuda Paola.  
Obedezco.

—«¿Por qué dices eso? Estos días contigo han sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, y pensé que a ti te pasaba lo mismo... ¿Me estabas mintiendo?».

Levanto la mirada hacia ellas, todavía sin comprender.

—¿No ves que con ese «¿me estabas mintiendo?» te está haciendo un chantaje emocional?

—¿Qué? ¿Dónde veis eso?

—¡Coño, Cris, espabila! —exclama Sara, y el taco salido de sus labios nos hace dar un respingo a todas—. Intenta hacerte sentir culpable para que des marcha atrás.

Arqueo las cejas. ¿Lo ha hecho? ¿Intenta hacerme sentir culpable?

—¿Es así como ha conseguido que comas de su mano en tan poco tiempo? —espeta Sara, de nuevo muy enfadada.

Se me seca la boca. No lo sé. Creo que no. Siempre ha sido tan encantador...

—Siempre ha sido un encanto conmigo —lo defiende—. Siempre me ha hecho sentir guapa, y joven, y segura, y...

—O sea, todo lo que tú ya eres, ¿no? Se lleva el mérito por eso y luego suelta el dardo cuando ve que puede perder a su presa.

Me ofende un poco lo de «presa», pero lo dejo pasar. ¿Tienen las chicas razón?

—Utiliza algo que tú has dicho para darle la vuelta y convencerte de que eres una mentirosa y nunca sentiste eso por él. Y como tú sabes, y él también, que no eres ninguna mentirosa y que lo decías muy en serio, la única opción viable para no quedar como tal es continuar viéndolo.

—¿Eso no es muy retorcido? —digo frunciendo el ceño.

—Puede —concede Paola, que le hace una seña a Sara para que la deje hablar—. Quizá no sea tan turbio como lo ve Sara ahora mismo, pero... algo de eso sí que hay.

Releo el mensaje por tercera vez, pero sigo sin ver lo que las chicas dicen. Sin embargo, son cuatro opiniones en contra de la mía. Estadísticamente, es poco probable que quien tenga razón sea yo.

Pienso con sarcasmo que todo hubiera sido más fácil si hubiera llegado a esta misma conclusión el día que debatimos sobre la conveniencia de seguir viendo a Mateo.

—Mira, casi todos recurrimos a estos pequeños chantajes en uno u otro momento, a veces sin darnos cuenta, pero creo que en el caso de Mateo esta es la guinda del pastel y que es muy consciente de lo que hace —razona Paola.

—¿Tú crees? Nunca me ha dado esa impresión, ha sido siempre tan...

—¿Galante?

—Iba a decir amable, pero bueno, sí.

—¡De manual! —espeta Ire.

—No seas boba, no caigas en su trampa.

Respiro hondo. Sigo sin ver esa trampa, pero no puede ser que todas estén equivocadas excepto yo.

—¿Y qué hago ahora?

—No contestes. No le des pie a que le dé la vuelta a cualquier cosa que digas. Solo conseguirás sentirte peor —me aconseja Ire con voz grave. Miro a su madre, que ha permanecido callada todo este tiempo, como buscando su aprobación, su permiso para enviarle un mensaje de vuelta a Mateo, que es lo que mi cuerpo me pide hacer. Pero cuando nuestras miradas se encuentran, ella niega levemente con la cabeza y frunce casi imperceptiblemente el ceño: Estefanía está de acuerdo con las chicas.

Me remuevo inquieta en mi taburete. No estoy segura. Me vuelvo a bloquear. Empiezan a temblarme las manos y Sara se percata. Con un movimiento rápido, coge el móvil de encima de la mesa y se lo guarda en el bolso.

—Así ya no tienes nada que pensar —dice, muy seria.

Estoy a punto de protestar, pero me doy cuenta de que es lo mejor. Tiene razón, así la responsabilidad de tomar la decisión ya no recae sobre mí. Es mucho más fácil. Noto que me relajo. Pienso que es una suerte que haya pedido librar al día siguiente, porque no estoy segura de encontrarme preparada para enfrentarme a él. No sé si seré capaz de pasar el día entero sin responder a su mensaje, pero es una

liberación pensar que, al menos por esta noche, no tengo que decidir nada.



El sábado a las siete en punto de la tarde estoy esperando a las invitadas a la despedida de soltera de Sara. Ayer Irene me ayudó a decorarlo todo y a dar los últimos detalles, así que al final no ha sido mucho trabajo. Tengo que dar las gracias por tener amigas así, que hacen sacrificios para ayudarme.

Cuando desperté el viernes por la mañana lo primero que vi fue el rostro de Ire a escasos centímetros de mis ojos. Por un momento me asusté y me pregunté si es que la noche anterior me había emborrachado tanto como para necesitar que se quedara conmigo en casa. Di un bote en la cama, pensando que tendría que llamar al trabajo para avisar de que iba a llegar tarde, pero luego recordé todo y solté un suspiro.

—Buenos días —gruñó Irene mientras escondía la cabeza debajo de la almohada.

—Buenos días —susurré intentando hacer el menor ruido posible, porque mi amiga no es de esas personas que tienen un buen despertar.

Eché de menos a Charlie, que decidió no compartir la cama conmigo debido a la presencia de Ire. Por instinto extendí la mano hacia la mesilla buscando el móvil, aunque sabía que estaba en el bolso de mi amiga. Después de la última ronda del jueves, entre todas

decidieron que lo mejor para que no contestase a Mateo era tener una vigilante las veinticuatro horas.

Cuando intenté incorporarme, la mano de Irene me lo impidió.

—¿A dónde vas? —gruñó.

—Al baño.

Sacó la cabeza de debajo de la almohada y, aunque no era la primera vez que la veía recién levantada, me sorprendió que incluso con el maquillaje corrido siguiera estando guapa. Extendió el dedo índice y me advirtió:

—Ni se te ocurra tocar mi bolso.

Arqueé las cejas.

—No podría, lo tienes ahí..., creo —respondí señalando sus pies tapados, donde se intuía un bulto sospechoso.

Efectivamente, había insistido en que, para más seguridad, dormiría abrazada al bolso donde tenía escondido mi móvil. El problema fue que, con todo lo que se mueve mientras duerme, aparte de pegarme sin querer con él en repetidas ocasiones, el pobre había acabado enterrado bajo sus pies.

—Ah, entonces vale —suspiró y cerró los ojos de nuevo.

Charlie se frotó contra mí cuando nos cruzamos en el pasillo y, después de hacer mis necesidades y ponerle el desayuno, preparé una cafetera para nosotras. Irene tardó aún una media hora en aparecer en el salón, despeinada y un poco ojerosa. En silencio, cogió la taza que le ofrecí y en cuanto probó el primer sorbo se espabiló.

—Qué rico te sale siempre el café, no sé cómo lo haces.

—Gracias —respondí y le indiqué que se sentara a mi lado en el sofá.

Cuando lo hizo, Charlie, que se había acomodado en mi regazo, gruñó un poco.

—Tranquilo, *Saco de Pulgas*, que no te voy a hacer nada.

—Está enfadado porque le has robado el sitio esta noche.

Ella se encogió de hombros y, dirigiéndose al gato, lo riñó:

—Yo no te dije que no vinieras. Debería ser yo la ofendida, de hecho.

Charlie la ignoró a propósito y me dedicó tal serenata de ronroneos que pensé que estaba sacando su genio dominante ante

Ire.

—Oye, Ire —le dije dándole vueltas a la taza entre mis manos—, ¿tú crees de verdad que Mateo es un... chantajista emocional?

Ella estiró los brazos antes de contestar y, al hacerlo, la camiseta que le había prestado para dormir casi le estalló en la parte del pecho. Luego sacudió la cabeza y respondió:

—A ver, no es tan exagerado como Sara lo dibujaba, pero, desde luego, buena pinta no tiene. —Se detuvo un momento y me miró fijamente a los ojos para luego exclamar, horrorizada—: ¡¿No estarás pensando en volver a verlo, no?!

—No, no, tranquila —respondí haciendo un gesto con la mano, y lo decía de verdad. Por primera vez esa mañana me sentía *libre*, aunque suene raro. Debajo de una cierta tristeza y unas ganas inmensas de encender el móvil para ver si Mateo me había enviado algún mensaje más, me encontraba bien, y eso quería decir que estaba haciendo lo correcto.

—Vale. Porque si sigues por ahí te va a hacer mucho daño, lo sabes, ¿no?

Me miró con tanta intensidad que me pareció que había leído en mi interior. Aunque Ire no podía saber con certeza hasta qué punto estaba colgada de él, supongo que se hacía una idea bastante fiel a la realidad. Asentí con la cabeza.

Pasamos el resto de la mañana de compras con su madre. Yo andaba preocupada porque mi amiga no había ido a trabajar, pero una vez más jugó su carta de «para-eso-soy-la-jefa», y contra ello no se puede hacer nada. Escogimos algunos conjuntos con la idea de lucirlos en la despedida de hoy, y nos dedicamos a probarnos ropa que sabíamos que en realidad no compraríamos, porque no nos lo podemos permitir. Terminamos comiendo en un restaurante mejicano y le pedí mi móvil. Aunque al principio se negó, la convencí alegando que mi hermano se preocuparía si no tenía noticias mías, ella sabe que todos los días intercambiamos mensajes. Finalmente, cedió en el forcejeo y me tendió el móvil, acompañando el gesto con una mirada de advertencia.

En cuanto lo encendí empezaron a llegar notificaciones de correos electrónicos, mensajes y recordatorios. Entre todo aquello,

acerté a ver el nombre de Mateo. Tragué saliva y le devolví el móvil a Irene.

—Me ha escrito —le dije y me sorprendió que mi voz sonase un poco asustada.

Quería leer aquel mensaje, lo quería con todas mis fuerzas, pero al mismo tiempo no deseaba hacerlo. No lo entendía. Mi optimismo flaqueó un poco.

—Voy a bloquearlo, ¿vale?

Me quedé mirándola un momento, sin saber a qué se refería.

—¿Bloquearlo?

La simple idea de que Mateo no podría ponerse en contacto conmigo me entristeció y enervó a la vez. Irene no me dio la opción de decir que no, porque a los dos segundos me devolvió el teléfono diciendo:

—Hecho.

Me mordí el labio. Me reconcomía no saber qué había dicho en aquel mensaje.

—¿Lo has leído?

Ella meneó la cabeza.

—Da igual lo que dijera, Cris, olvídalo.

—Sabes que puedo desbloquearlo, ¿no?

Me miró con los ojos entrecerrados y, cuando vio que sonreía, me imitó.

—Voy a confiar en ti, mira por dónde.

Las dos soltamos una carcajada.

—Muchas gracias, Ire, en serio.

Respiré hondo e intenté concentrarme en lo que iba a pedir para comer, pero no pude.

—Antes o después voy a tener que enfrentarme a él —dije casi sin pensar.

Ire me cogió de la mano, que había empezado a temblarme ligeramente. Estaba muy bien ignorar los mensajes de Mateo, pero iba a ser muy distinto cuando lo tuviera cara a cara.

—Vale, pero no va a ser hoy. Hoy solo tienes que centrarte en lo que estás haciendo —me dijo con una suavidad que me sorprendió

viniedo de ella. Más bien esperaba que soltara alguna burrada, una especie de terapia de choque a lo bestia o algo así.

Asentí con la cabeza.

—Poco a poco —dijo antes de soltarme la mano.

No sé si fue porque mi amiga se mostró muy convincente, pero el caso es que pasé el resto del día sin apenas acordarme de él. Incluso cuando entré en WhatsApp para contestar algunos otros mensajes bajo la atenta mirada de Irene, me controlé bastante bien. Respondí a Sara y a Paola, que se interesaron por mi estado tras la noche anterior, y también a mi hermano, que me contaba que había conocido a una chica.

A última hora de la tarde me sentía bastante orgullosa de mí misma y de buen humor, así que nos divertimos mucho preparando la decoración para la despedida de Sara. Irene se ofreció a acompañarme también esa noche, pero decliné la oferta con una sonrisa. Estaba preparada. Podía hacerlo. Se marchó recordándome que la llamara a cualquier hora si veía flaquear mi determinación.

La llamé a las tres de la mañana y no tardó ni veinte minutos en llegar a mi piso y recuperar mi teléfono del congelador, donde lo había metido tras mi conversación telefónica con ella, a falta de un sitio mejor donde mantenerlo alejado de mí. Charlie, que ya se había acomodado en mi cama, no huyó despavorido cuando Irene se metió entre las sábanas, pero, en vez de colocarse a mis pies, lo hizo a la altura de mi pecho, como alzando una barricada entre ella y yo.

Esta mañana le he agradecido a Irene todo su esfuerzo con un opíparo desayuno y hemos pasado el día viendo *pelis* antiguas hasta la hora de arreglarnos. A eso de las cinco y media se ha unido también su madre para ayudarnos a dar los últimos toques, y ahora solo nos queda esperar. Justo cuando decidimos abrir una botella de vino llegan las primeras invitadas, y ese incipiente bullicio hace que Charlie se refugie en mi habitación.

Aproximadamente un cuarto de hora después de la acordada, como manda la tradición, aparece Sara acompañada por Paola. Casi se me saltan las lágrimas: está preciosa. No puedo esperar a verla vestida de novia. La hacemos pasar entre grititos y exclamaciones, y todas nos sentamos en el salón, la mayoría en el suelo, por falta de sillas,

pero a nadie parece importarle. Cuando llega el momento de darle los regalos todo son carcajadas ruidosas y empiezo a preocuparme por si los vecinos se quejan. Sara va desenvolviendo los regalos con impaciencia y los ojos se le abren como platos cuando encuentra algunos artículos de broma, como el consolador negro de tamaño descomunal que casi se le cae al suelo de la impresión, o la fusta rosa que eligió Irene. En algún momento alguien le pone una tercera copa de vino en la mano alegando que, en realidad, las dos anteriores no podían llamarse copas porque no estaban llenas hasta arriba.

Cuando estamos animándonos a bailar, un poco apretujadas —y yo me planteo irnos a cualquier otro sitio antes de que algún vecino llame a la policía—, suena el timbre. El respingo que pega Irene me resulta sospechoso.

—¿Quién será? —pregunta entrecerrando los ojos, que se ha pintado tanto de negro que me recuerda a una pantera. Conjuntado con la ropa que se compró ayer, un mono de cuero negro ceñido, el resultado es, como siempre en ella, impresionante.

Paola y yo intercambiamos una mirada de preocupación y Estefanía se une a nosotras, como queriendo decir: «Esta hija mía siempre la lía». Irene se encamina con presteza a la puerta cuando la detenemos, agarrándola del codo.

—¿Qué has hecho? —susurra Paola.

—¡Ponerle un poco de salsa al asunto! ¡Vosotras tranquilas!

—Pero Irene, si Sara dijo que...

—¡Mírala! —exclama señalando a nuestra amiga, que se contonea en mi salón como si estuviera en un club de *striptease*. Me tapo la boca con la mano—. ¡Ya sabía yo que se iba a desmelenar! ¡Menos mal que me tenéis a mí!

Paola, Estefanía y yo nos quedamos mirando a Sara con la boca abierta.

—Madre mía —susurro—. ¿Quién es esa y qué ha hecho con Sara?

Al escuchar el sonido de la puerta al abrirse, me vuelvo y me encuentro con un hombre de unos dos metros de altura y quién sabe cuántos kilos de puro músculo, enfundado en un uniforme de policía. Por un absurdo momento, pienso que al final yo tenía razón y los

vecinos se han quejado. Irene me mira mientras da pequeños saltitos de entusiasmo y vocaliza sin hablar, de manera exagerada y de espaldas al *stripper*: «¡Vaya polvazo!».

Me siento un poco perdida. ¿Qué hago? ¿Le digo que pase? ¿No debería tomar él la iniciativa? ¿Le gustará a Sara o le dará un sponcio? Miro inquisitivamente a Paola, que se encoge de hombros. Por suerte, Irene toma de nuevo la iniciativa y, poniéndole la mano en la espalda al chico, lo hace pasar al salón y exclama:

—¡Me han informado de que unas chicas muy traviesas están armando mucho escándalo!

Si no fuera porque estoy completamente obnubilada ante la visión de semejante Adonis en mi casa, me hubiera reído del cliché. Creo que a todas nos pasa lo mismo, porque, lejos de burlarnos, estallamos en chillidos estúpidos y torpes saltitos. Nos hemos convertido, así de pronto, en un grupo de mujeres histéricas que se vuelven locas por un cachitas. Patético, pero morbosamente novedoso.

El chico da un paso hasta el centro del salón y yo observo la expresión de Sara, que, en contra de lo esperado, no parece nada contrariada. A estas alturas, ya ni siquiera me extrañaría que de pronto decidiese tirarse al cuello del muchacho.

Durante un instante la imagen de Mateo se pasa por mi cabeza, pero la rehúyo intentando concentrarme en el caos que reina alrededor. Por lo visto, Irene está intentando configurar el iPod del *stripper* para conectarlo con mis altavoces, Estefanía no le quita ojo y el resto de las chicas beben vino nerviosamente. Estoy convencida de que ninguna va a llegar sobria a la cena.

—Nos van a echar del Miu Miu —le susurro a Paola y ella se ríe como si hubiera dicho algo graciosísimo.

Cuando suenan los primeros acordes de una conocida canción que ahora mismo no logro identificar, el chico comienza su número bajo nuestra atenta mirada. Hay que reconocer que sabe lo que hace; con algunos de los movimientos que ejecuta yo me habría partido la crisma por lo menos siete veces. Todas lo acompañamos con palmadas, e Irene nos reparte billetes de cinco euros que pretende que metamos en los escuetos *boxers* en los que finalmente se ha

quedado. Dos de las chicas se animan a ello, pero la mayoría nos quedamos con el billete en las manos sin saber qué hacer con él.

—Entonces, ¿quién es la afortunada novia? —pregunta él con una sonrisa.

Todas señalamos a Sara, que, ahora sí, parece espantada ante la perspectiva de que le dedique su numerito especial. Entonces, Irene exclama:

—¡Pero si la novia no quiere yo me presto voluntaria!

Agradecida, Sara asiente con la cabeza y el *stripper* se dirige muy insinuante hacia Irene. Ella le mantiene la mirada con seguridad y por un momento están tan cerca que parece que van a besarse, pero en el último instante, él, con gesto brusco, se retira hacia un lado para posicionarse detrás de mi amiga, que es como empieza este número.

Me siento al lado de Sara y le doy unos golpecitos en el hombro mientras observamos cómo Irene se deja hacer sin mostrarse cohibida en ningún momento. Observo a Estefanía, que contempla la escena con una media sonrisita.

—¿Estás bien? —le pregunto a Sara.

—Sí, sí —asegura—. La verdad es que ha sido divertido, pero eso... —dice señalando al chico, que está contoneando el trasero muy cerca de la cara de Irene, ahora sentada—, eso ya era demasiado —termina con una carcajada.

—¡Ya te digo! —respondo, aliviada. Por un segundo había pensado que soy un poco mojigata, pero la verdad es que la escena que se está representando ante nuestros ojos tiene poco que envidiar a una película porno.

Cuando el número termina, una Irene sudorosa y sonriente felicita al muchacho y lo invita a una copa.

—Claro, ¿por qué no? Ya he acabado y nunca se le dice que no a una chica guapa.

Mi amiga se pasa la lengua por los labios y le dirige una sonrisa.

—¿Qué prefieres, vino o cerveza?

Él elige la segunda opción y, mientras Ire va a la cocina, comienza a vestirse, ahora ya con menos gracejo que hace un momento. Como me siento algo violenta, intento normalizar un poco

la situación, que quizá sea el pan de cada día para él, pero no para nosotras.

—Bueno, lo has hecho muy bien —digo, y me daría de bofetadas por mi apoteósica afirmación.

Sin embargo, las chicas deben de estar igual de apuradas, porque todas sueltan murmullos de aprobación, como quien está hablando de una tarta.

El *stripper* me mira directamente a los ojos con una sonrisa que me desarma.

—Gracias. Aunque siento que la novia no haya querido participar activamente.

Sara se pone un poco roja, pero no dice nada.

—Me llamo Cris, por cierto —digo, una vez más, para llenar el vacío.

—Óscar.

Le tiendo la mano antes de darme cuenta de que la tiene ocupada abrochándose la camisa y la retiro, un poco cortada. Entonces aparece Irene con el botellín de cerveza, que le tiende con una sonrisa coqueta. Él se lo agradece y le da un trago largo. Los dejo charlando mientras me dirijo a Sara, que se ríe como una loca de algo que ha dicho Paola. Arrastra las palabras y me parece una buena idea que por el momento cambie el vino por agua, si es que queremos que llegue consciente al Miu Miu.

En ese momento, Charlie hace acto de presencia entrando sigilosamente en el salón. Lo mira todo con cara de susto y empieza a olisquear uno de los bolsos que está en el suelo.

—Vaya pasada de gato —murmura Óscar mirándolo fijamente.

Todas las cabezas se vuelven hacia Charlie y noto que se pone tenso. Me acerco, lo cojo en brazos para tranquilizarlo y no tarda en empezar a ronronear. Óscar se aproxima y le acaricia la cabeza.

—Es precioso.

—Gracias —respondo con una gran sonrisa—. Se llama Charlie.

Le dedica un par de mimos y, para mi sorpresa, el minino hace amago de irse con él, que le tiende los brazos para dejar que se acomode.

—Vaya, nunca había hecho eso —me sorprende. Y es cierto. Es

muy cariñoso, pero tarda en coger confianza con los desconocidos.

—Por algún motivo les gusto a los animales —dice él sonriendo.

Irene se ha acercado y los observa, divertida.

—Bueno, parece que el sentimiento es mutuo —opina acercando su mano a Charlie para acariciarlo, pero él enseguida se pone en guardia, levanta la cabeza y le dirige un bufido de advertencia.

—No se puede decir lo mismo con respecto a ti —comenta Óscar con una carcajada.

—Qué va, si le caigo muy bien, lo que pasa es que está asustado —asegura mi amiga un poco cortada.

Óscar la mira, divertido.

—¿En serio?

Por primera vez, Irene parece haberse quedado sin palabras, pero finalmente sale de la situación con su gracejo habitual.

—No, la verdad es que no. Lo decía solo para caerte bien.

Los dos se ríen a carcajadas, como si hubieran oído una broma que las demás no hemos entendido. Parece obvio que hay química entre ellos.

—¿Tienes gatos? —intervengo yo dándome cuenta de lo bien que sabe tratar a Charlie.

—Dos —responde, muy orgulloso, y veo que Irene le lanza una mirada de fastidio—. Los adopté cuando rompí con mi ex.

—Oh, vaya, lo siento —dice Irene con gesto compungido, aunque sé que no es más que una pose; en el fondo está encantada de tener el camino libre.

—No pasa nada, ya está superado. Él odiaba a los gatos, así que, en el fondo, casi es mejor así. Ya no me imagino sin mis dos pequeños —añade mientras continúa haciéndole carantoñas al mío.

Nosotras cruzamos una mirada elocuente. A Irene se le iluminan los ojos.

—Discúlpanos un momento, Óscar —le dice y, tomándome de la mano, me arrastra hasta la cocina, con Estefanía pisándonos los talones.

—¿Qué pasa? —inquiere un poco preocupada, porque ha visto el gesto de su hija y no ha sabido interpretarlo.

—¡Por fin! —exclama Irene en voz bajita—. ¡Por fin los dioses han

escuchado mis ruegos! ¡Ahí está! ¡Por fin!

—¿De qué hablas?

—De Óscar —explico y, ante su mirada de estupefacción, añado—:  
El *stripper*.

Se encoge de hombros y pregunta:

—¿Y qué pasa con él?

—¡Es gay! —grita Irene un poco demasiado alto, y se tapa la boca de inmediato para luego añadir—: Es mi media naranja gay, estoy segura.

—O bisexual —la pincho.

Ella me saca la lengua.

—No me ha mirado ni una sola vez las tetas, así que es gay. —En cualquier otra mujer, ese comentario sonaría pretencioso, pero en labios de Irene resulta completamente adecuado—. ¡Es la oportunidad de mi vida, chicas!

Sonrío. Tengo curiosidad por ver cómo se lo mete en el bolsillo, porque, gay o no, no me cabe duda de que mi amiga conseguirá su objetivo.

Paola aparece en la cocina acompañando a Sara, que pregunta:

—Bueno, ¿y a qué hora tenemos reserva para cenar? ¡Me muero de hambre! ¿Y a dónde vamos? ¡Es todo un misterio!

Tras consultar brevemente el reloj, respondo:

—En media hora salimos, el lugar no está lejos. —No quiero dar muchas pistas, aunque creo que Sara no captaría ninguna ahora mismo. Alcanzo una botella de agua y se la tiendo, con la esperanza de que recupere parte de su sobriedad habitual. Mientras tanto, Irene se escapa de nuevo al salón, dispuesta a acaparar a Óscar.

La media hora transcurre rápidamente. Charlie se deja hacer por Óscar, que parece encantado de tenerlo en brazos todo el tiempo mientras apura su cerveza y conversa animadamente con Irene, que ha cambiado su actitud *comehombres* por la de *busco-amigo-gay-para-toda-la-vida*. Cuando llega el momento de prepararnos para salir compruebo que Sara acierta a meter los dos brazos en la chaqueta que ha traído, una muy finita, aunque no hace ni pizca de frío, y eso me tranquiliza; parece que no llegará borracha a cenar, después de todo. Óscar me devuelve a Charlie, que parece un poco

molesto por el gesto, y lo llevo a mi habitación para que siga durmiendo. Luego todos abandonamos mi piso a trompicones y, ya en la calle, nos despedimos de Óscar agitando la mano. Cuando nos estamos alejando de él en dirección contraria, le pregunto a Ire:

—Bueno, ¿qué tal se te ha dado?

—¡Eso, eso! ¿Te lo has ligado? —pregunta Sara muy entusiasmada.

—Ay, que todavía no lo sabes... ¡Es gay! —responde la otra.

—O bisexual —la pico de nuevo.

Me fulmina con la mirada y saca pecho.

—Gay —ratifica.

—¿Qué? ¿Con ese culo? —rezonga Sara.

—¿Cuántas copas te has tomado, Sarita? —pregunta Paola.

—Nada, poquitas, ¿por?

—Creo que estás un poco perjudicada...

—¡Sí! Esos comentarios superficiales no son propios de ti. Los gais tienen tan buenos culos o incluso mejores que los hetero —opina Irene.

—¡Tú lo sabrás bien, que casi te lo ha restregado por la cara! —se ríe Sara. Está desenfundada la tía.

—¿A que ahora te arrepientes de no haberle dejado que te hiciese el bailecito? —inquire Irene mientras la señala con un dedo.

—Psé, no creas... ¡Qué hambre tengo! —se queja ella. Esta chica necesita comer algo desesperadamente.

—Bueno, entonces, ¿habéis hecho buenas migas? —quiere saber Paola—. Parece muy barbián.

Por inercia, todas miramos hacia Sara, que va dando saltitos, muy entusiasmada. Cuando se percata de lo intenso de nuestras miradas, pregunta:

—¿Qué?

—Que dice Paola que Óscar es muy... ¿Cómo era, Paola? —pregunto antes de dar un traspié que casi me hace caer al suelo.

—Barbián.

Sara pone los ojos en blanco, como si estuviera pensando.

—Pues por el contexto... Con ese culo... Yo diría que se refiere a que está muy bueno.

—¡Ay, madre, como te oiga Ricardo! —se ríe Paola.

—Uy, ¡a saber qué estará haciendo en este preciso momento! — exclama Ire—. Apuesto a que él sí ha dejado que la *stripper* le dedique un baile.

Sara la fulmina con la mirada.

—De eso nada —protesta—. Habíamos prometido que nada de *strippers* y...

—¿Y crees que sus amigos no van a hacer lo mismo que he hecho yo contratando a uno por sorpresa?

De repente Sara abre mucho los ojos, pero luego relaja de nuevo su expresión y justifica:

—Bah, pero Óscar es gay.

—O bisexual —insisto, e Ire me da una patada con el tacón un poco más fuerte de lo que seguramente pretendía.

Nadie dice nada sobre la aseveración de Sara. Si eso la deja más tranquila... En ese momento saca el móvil del bolso, busca el número de Ricardo y espera a que conteste.

—Respondiendo a tu pregunta —dice Irene—, nos hemos añadido al Facebook.

—¡Oh! ¡El primer paso! —exclamo cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Todo empieza con el Facebook! —canturrea Paola. Solo la he visto tomar dos copas de vino, pero, teniendo en cuenta que nunca bebe, es normal que vaya un poco borracha. Todas lo estamos, para ser sincera.

—¡Hola, cariño! —exclama de pronto Sara con demasiada efusividad, tanta que el resto de las chicas que van delante se vuelven para mirarla—. ¡Cariño, Irene contrató a un *stripper*!

Estefanía, Ire, Paola y yo intercambiamos una mirada y nos echamos a reír. Incluso borracha, Sara no es capaz de mentir en nada a Ricardo. La observamos mientras camina agitando la cabeza y gesticulando con el brazo que tiene libre.

—¡Pero no pasa nada, porque el chico era gay! ¡Y no me meneó el culo en la cara ni nada de eso! ¡Eso se lo hizo a Irene cuando todavía no sabía que era gay! —Hace una pausa y añade—: No, cuando Irene no sabía que era gay; supongo que él ya lo sabría de antes... —Se me

escapa tal carcajada que casi se me cae la baba. Me limpio lo más discretamente que puedo con la manga de mi blusa—. Bueno, sí, tal vez sea bisexual...

Miro a Irene con los ojos muy abiertos y ella rezonga:

—¡A la mierda todos, hombre!

—¡Vale, eres un cielo, cariño, te quiero mucho! ¿Tus amigotes no habrán contratado a una tía buenorra también, ¿no? —Pausa—. Bueno, este chico no estaba mal, pero ya te he dicho que era gay...

—¡Anda, que lo estás arreglando! —se ríe Ire y le coge el teléfono de la mano para dirigirse a Ricardo—: Tu novia está muy bien, no te preocupes, no la vamos a pervertir ni nada. ¡A pasarlo bien! —Y, tras colgar, le devuelve el teléfono a una Sara estupefacta que, sin embargo, no dice nada y se lo guarda en el bolso como si tal cosa.

En ese momento me acuerdo de mi propio móvil y del mensaje de Mateo que no he llegado a leer. Estoy tentada de desbloquearlo momentáneamente, solo por curiosidad, solo para ver qué había puesto, nada más. Cojo a Ire del brazo y se lo sacudo.

—Ire, Ire. Emergencia de desbloqueo, emergencia de desbloqueo. Por alguna razón, ella me entiende y me dice muy seria:

—Respira hondo y recuerda por qué haces lo que haces. Vas a olvidarlo. Vas a ser feliz. Todo va a pasar. Solo tienes que tener paciencia.

Obedezco y respiro hondo, lo que sirve para relajar un poco los músculos de mis hombros. Ella me coge el bolso y se lo cuelga en el lado contrario al que lleva el suyo.

—Solo por si acaso —afirma mientras se queda un poco atrás para darme un cachete en el trasero.

Me siento más tranquila. Aunque estoy casi convencida de que no iba a caer en la tentación, así me aseguro.

El resto de la noche pasa entre carcajadas. Sara lanza exclamaciones de júbilo al llegar al Miu Miu y se empeña en llamar de nuevo a Ricardo para decirle que por fin va a cenar allí. Irene le informa de que él ya lo sabe y le quita el bolso también a ella. Al final de la noche carga con seis, aunque no tengo ni idea de por qué lleva los otros tres. Pienso que el mundo está lleno de personas deseosas de ponerse en contacto con quien no deben. Con la cena pedimos

agua, lo que nos da una tregua que nos permite salir después a bailar a unos cuantos bares. Aun así, terminamos todas muy borrachas.

Al día siguiente me despierto a las cuatro de la tarde, muy arrepentida por haber bebido tanto alcohol y con la imagen difusa de Irene golpeándonos en la cabeza con el consolador negro gigante. Paso el resto de la tarde lo mejor que puedo, dadas las circunstancias, al menos no siento ninguna vez la tentación de desbloquear a Mateo, tan centrada como estoy en recuperar las energías. Ninguna de nosotras escribe tampoco en *(B)Ellas*, ni siquiera Paola, lo que da una idea bastante clara de lo mucho que nos pasamos anoche. Tengo noticias de mi hermano Pablo, como cada día. Me pregunta qué tal lo hemos pasado en la despedida, pero le respondo que no estoy en condiciones ni de teclear un mensaje. Ello provoca una explosión de emoticonos partiéndose de risa. A eso de las nueve me arropo de nuevo en la cama, acompañada de Charlie, contenta y relajada, completamente ignorante de lo terrible que va a ser el día siguiente.



El lunes no empieza mal. Nada más encender el móvil recibo un mensaje de Irene ofreciéndome su apoyo moral si hoy me tengo que enfrentar a Mateo, y me dice que no dude en llamarla si veo flaquear mi determinación. La verdad es que, aunque me siento bastante segura al respecto, pues he pasado el domingo sin apenas acordarme de él, cuando llego a la oficina me empieza a embargar una ligera inquietud. Me digo que es normal y evito dejarme llevar por el pánico. Es aquí donde empezó todo, razono mientras miro la pantalla del ordenador con cierta reticencia. Pulso el botón de encendido y me dejo caer en la silla mientras acomodo el bolso encima de la mesa. Me doy cuenta con cierta sorpresa de que todavía sufro una leve resaca. La vocecita fastidiosa me recuerda que esa es otra de las consecuencias de cumplir los treinta. A las canas, las arrugas y la preocupante caída de una de mis tetas súmale ahora resacas que se prolongan días y días. Suspiro, con una leve sonrisita irónica en los labios.

Cuando el ordenador termina de arrancar, por inercia dirijo el puntero del ratón al gestor de correo, pero me contengo para no abrirlo. En ese momento llega un mensaje al móvil y por un momento estoy segura de que es de Mateo, pero entonces recuerdo que Irene lo bloqueó y cojo el aparato para leerlo. En el grupo *(B)Ellas*, Paola nos da una grandísima noticia.

**Paola**

Chicas!!! Me han cogido, me han cogido!! Estoy flipando!!!

Al instante me contagio de la emoción que desprenden sus palabras y contesto enseguida:

**Cris**

Madre mía, cielo, enhorabuena!!! Te lo mereces más que nadie!!

Las chicas deben de estar tan entusiasmadas como yo, porque enseguida empiezan a llegar mensajes de todas, hasta que la conversación se convierte en un galimatías.

**Sara**

¡Dios mío, Paola! ¡Mi más sincera enhorabuena!

**Ire**

Esa Paolaaaaa!! Ya lo sabía yo!! Y cómo ha sido? Te han llamado? Te has desmayado de la emoción? Cuenta, cuenta!!

Paola tarda un poquito en contestar, pero como la aplicación dice que está escribiendo, todas aguardamos, expectantes, a que termine.

**Paola**

Sí, me han llamado ahora mismo! Ha sido todo muy rápido, no lo sé todo, pero lo que es seguro es que me han cogido para esa película. Ay, mi madre! No sé ni cuándo tengo que ir, ni a dónde, ni por cuánto tiempo, ni nada!!

**Cris**

Jajaja, frena, frena, relaja un poco. Respira!!

**Ire**

Y cuándo te vas?

**Paola**

Por lo que he entendido, el rodaje empezará en septiembre, pero no sé qué tengo que hacer.

**Sara**

¿Y ya has dicho que sí?

**Paola**

No lo sé!! Es que no me acuerdo ni de la mitad!! Me dijeron que se pondrían en contacto conmigo para ultimar detalles y para la firma del contrato.

**Ire**

Y cuánto te van a pagar?

**Paola**

No lo sé!!

**Ire**

Una pasta, seguro. Y con qué actores vas a trabajar?

**Cris**

Ire, relaja tú también!!

**Paola**

Ay, chicas, no lo sé, es que no sé nada, solo sé eso, que me han cogido...

**Sara**

¡Qué emocionante! Me alegro muchísimo, Paola.

**Paola**

Gracias, chicas. Estoy demasiado nerviosa para pensar!! Tengo que decírselo a Nacho!

**Ire**

Ah, pero no estás con él?

**Paola**

No. No siempre dormimos juntos, Ire.

**Ire**

Y por qué no? Si yo tuviera un tiarrón así para mí sola no lo dejaría escapar ni por una sola noche.

**Paola**

Bueno, chicas, os dejo, que voy a llamarlo.

Nos despedimos con más muestras de entusiasmo y júbilo, que incluyen un montón de *emojis*, y luego seguimos charlando las tres que quedamos.

**Ire**

Bueno, Sara, qué tal la despedida, lo pasaste bien?

**Sara**

Sí, lo pasé genial!

**Cris**

Incluso la parte del stripper?

**Sara**

La verdad es que así en frío... ¡¡Ire, yo te mato!!

**Ire**

Andaaaaaa, no exageres, bien que lo pasaste!! Eso fue lo que le dio vida a todo, antes de Óscar estábamos más aburridas que todas las cosas.

**Cris**

Eh, tampoco exageres, que lo estábamos pasando bastante bien.

**Sara**

Sí, es verdad. Pero bueno, hay que decir que sí que le dio vidilla al asunto.

**Cris**

Eso y las tropecientas copas que nos tomamos, no?

**Ire**

Alguna sabe por qué iba dándoos porrazos con el consolador a primera hora de la mañana del domingo?

**Cris**

Ah, pasó de verdad? Pensé que habían sido imaginaciones mías.

**Sara**

¿Era de día ya?

**Ire**

Seguís teniendo resaca hoy?

**Cris**

Sí.

**Sara**

Sí.

Añadimos algunos *emojis* con caras tristes y continuamos:

**Sara**

Oye, Ire, no recuerdo si el sábado nos despedimos de tu madre...

**Ire**

Uf, a saber!! Yo creo que sí, pero vamos, esta mañana se ha marchado de casa muy pronto porque cogía el avión a las seis y me ha dicho que os dé besos a todas.

**Cris**

La vamos a echar de menos!!

**Ire**

Pues seréis vosotras, yo ya estaba deseando tener un poco de intimidad!

**Sara**

¡Anda! ¿A que tú también la vas a echar de menos?

**Ire**

Un poquito nada más.

**Cris**

Ya, ya!! Un muchito!!

Irene añade unos cuantos emoticonos con forma de corazón, dando por zanjado el tema, y prosigue:

**Ire**

Pues ayer estuve cotilleando un poco el Facebook de Óscar. Tiene un montón de fotos de gatos! A ti te gustarían, Cris.

**Cris**

No estoy muy convencida de que vaya a ser tu media naranja gay, Ire...

**Ire**

Bueno, el pobre tiene una tara, no voy a tirar por la borda el esfuerzo de tantos años por un par de sacos de pulgas. Y hablando de medias naranjas... Apuesto a que Sara está de los nervios. Quedan menos de dos semanas!! Y a partir de ahí... Te casaste, la cagaste!!

**Sara**

¡Qué cosas dices! Casarse es lo mejor que voy a hacer en la vida... Bueno, hasta que tengamos hijos, entonces será eso lo mejor que haya hecho en la vida.

**Ire**

Bueno, depende, igual el niño os sale repelente y te arrepientes de lo dicho.

**Cris**

Ay, Ire, qué bruta eres.

**Sara**

No estoy tan nerviosa como pensaba que iba a estar...  
Tengo miedo de que el día señalado me dé un ataque de pánico o algo así.

**Cris**

Qué va, no te preocupes, todo va a salir muy bien.

**Sara**

¡Eso espero! Bueno, os dejo, que es mi último lunes de profesora soltera y tengo una clase a las diez.

**Cris**

Yo también voy a trabajar un poco!!

Nos despedimos con besos y sonrisas y, cuando todavía no he dejado el móvil en la mesa, Irene me envía un mensaje privado.

**Ire**

Qué tal lo llevas? Has sentido tentaciones o qué?

**Cris**

No me he atrevido a abrir el correo por si acaso me ha enviado algo...

**Ire**

Y necesitas abrirlo por trabajo?

**Cris**

Rara vez me llega algo, pero sí, debería.

**Ire**

Vale, hazlo y vete contándome qué pasa, tengo el móvil a mano.

Parece una tontería, pero el saber que Ire va a estar pendiente de lo que vaya ocurriendo me infunde valor. Sin pensármelo más, abro el correo y al instante veo dos nuevos en la bandeja de entrada, uno de ellos de Mateo. Me apresuro a decírselo a Ire, sintiéndome un poco tonta.

**Cris**

Tengo un correo tuyo con el asunto «Te echo de menos».

Trago saliva antes de enviar el mensaje. Las palabras de Mateo me hacen flaquear. La respuesta de mi amiga llega al instante:

**Ire**

Bórralo sin leerlo ni nada!! Directo a la papelera!!

Una parte de mí quiere leerlo, igual que quiere leer los dos mensajes que ignoré y cualquier otro que me haya enviado. Pero sé que Ire tiene razón. Sin embargo...

**Cris**

Voy a tener que hablar cara a cara con él en algún momento, Ire.

**Ire**

Para eso no te hace falta leer su correo. Bórralo.

Tiene razón. Sé que la tiene, que abrir ese correo no me va a ayudar en nada, que no debo hacerlo, que lo mejor es ignorarlo y luego preparar lo que vaya a decirle cuando lo vea cara a cara.

---

Ire

Bórralo!!!!

Pero no lo hago. Antes de darme cuenta, mi dedo índice ha hecho doble clic en el botón derecho del ratón y lo leo.

De: Mateo Prados <mateoprados@cmi.es>  
Para: Cristina Alejo <cristinaalejo@cmi.es>  
Fecha: 19 de junio de 2017 10:21  
Asunto: Te echo de menos.

No entiendo nada, Cris, ¿qué ha pasado? Pensaba que estábamos genial, o yo por lo menos lo estaba. Veo que me has mentido y que en vez de decírmelo directamente te dedicas a darme largas. Creo que no me merezco lo que me estás haciendo, que por lo menos me debes una explicación.

Trago saliva y al momento me arrepiento de no haberle hecho caso a Irene, porque ahora me siento mal. Por una parte, necesito explicarle a Mateo el porqué de mi actitud, demostrarle que no soy una mentirosa y que todo lo que le he dicho ha sido siempre cierto. Que lo ponga en duda me ofende y cabrea a partes iguales. Igual que me cabrea ese «me debes una explicación». Yo no le debo nada. He decidido terminar con nuestra relación o como se le pueda llamar a lo que teníamos, y no tengo por qué explicarle mis motivos. Sobre todo porque mis motivos son tan patéticos como que estoy demasiado colgada de él, incluso a pesar de que desde el principio me advirtió de que lo nuestro no iría a más.

Por suerte, ni siquiera me planteo contestar al correo y lo envío directamente a la papelera de reciclaje. Al menos eso puedo decírselo a Irene.

Cris

Borrado.

Ire

Lo has abierto, a que sí?

Es absurdo mentirle, me conoce demasiado bien. Le envió una línea entera de emoticonos lacrimosos, con la esperanza de que no me dé mucha caña.

Ire

Bueno, no pasa nada, tranquila, lo más importante es que no le contestes, ¿vale?

Cris

Hecho!! Mil gracias, Ire!!

Ire

Para eso estamos!!

A continuación, con curiosidad, abro el otro correo, cuyo remitente no reconozco, pero que indudablemente es un compañero. Me doy cuenta enseguida de que ha sido enviado a varios destinatarios, cuyas direcciones están protegidas por la copia oculta. Comienzo a leer sin excesivo interés hasta que llego a una parte y se me para el corazón. No puede ser. Joder. Tengo que leer de nuevo el correo para cerciorarme de que no me estoy imaginando cosas. Incluso lo leo una tercera vez, por muy masoquista que pueda parecer. Se me acelera el pulso y me pongo a sudar. Tengo ganas de llorar y de gritar al mismo tiempo. Me siento hundida, engañada, triste y, sobre todo, muy muy cabreada. Cojo el móvil de inmediato y tecleo con rapidez un mensaje para Irene.

Cris

No te lo vas a creer!!

Lo envió y comienzo a escribir frenéticamente en el teclado que aparece en la pantalla cuando mi jefe sale de su despacho y se dirige directamente a mí:

—Cristina, por favor, ¿puedes venir un momento?

Noto que me pongo rígida al instante. Bueno, más de lo que me he quedado tras la inesperada revelación. El director nunca me llama a su despacho y estoy convencida de que va a echarme la bronca por haber descuidado mi trabajo esta última temporada. Empiezo a ponerme como la grana mientras me levanto, tras dejar el teléfono encima de la mesa con el mensaje para Irene escrito solo a medias. Alcanzo a ver que me pregunta qué ha pasado, pero no puedo contestar. Me dirijo al despacho del director como un condenado a muerte en la silla eléctrica. Vale, es un poco exagerado, pero me siento así. Las miradas de mis compañeros están fijas en mí, o al menos eso me parece, pero no me molesto en comprobarlo.

Una vez dentro, el director me pide que me acomode y lo hago lo mejor que puedo, dadas las circunstancias. Agacho la cabeza y bajo la mirada, avergonzada, mientras pienso qué excusa puedo poner. Lo peor es que no hay ninguna. He sido poco profesional, descuidada y muy irresponsable.

—No tengo buenas noticias, Cristina —comienza, directo al grano.

Me muerdo el labio y lo miro, intentando mantener la compostura, aunque estoy a punto de echarme a llorar. Maldito Mateo. Me va a destrozar la vida, si es que no lo ha hecho ya. Ojalá nunca hubiera ocurrido lo de la primera noche. Ojalá hubiera hecho caso a las chicas y no le hubiera vuelto a mirar dos veces.

—Ya sabes que la empresa está atravesando unos momentos complicados y que se están haciendo muchas negociaciones para que no se ejecuten todos los recortes de personal previstos.

Asiento, un poco confusa. No entiendo qué tiene eso que ver conmigo. ¿No estoy aquí porque últimamente no cumplo con mi trabajo en condiciones?

—Quiero que sepas que he luchado muchísimo por mantener tu puesto.

Estoy a punto de decir que lo siento mucho, que será la última vez que ocurra, que nunca jamás volveré a ser tan descuidada con mis obligaciones, pero de pronto las palabras del director calan por primera vez en mi mente. ¿Mantener mi puesto? ¿Quiere decir que...?

—Lamentablemente, los cargos más altos han decidido que es prescindible. Lo siento mucho. Por descontado, recibirás una

indemnización y todas las cartas de recomendación que requieras. Eres una gran trabajadora, Cris, estoy seguro de que no te costará encontrar otro trabajo con condiciones parecidas.

Trato de asimilar la información, pero es como si las palabras se hubieran quedado atascadas en algún punto. Él interpreta mi silencio como una muestra de disgusto y se disculpa de nuevo. Finalmente consigo juntar letras que se convierten en palabras que salen de mi boca temblorosas:

—¿Me... me está despidiendo?

Hay un asomo de duda en sus ojos. ¿Lo está haciendo? Parece que él no quiere, pero...

—Tu puesto ha sido suprimido.

Entonces me invade el enfado. Vale, durante la última temporada no lo he hecho muy bien, pero ¿qué hay del resto de años que me he dejado la piel en este trabajo? ¡No pueden simplemente ignorarlo!

—Pero no es justo —protesto con la voz apagada, con un tono muy distinto del que adopta en mi mente—. He trabajado mucho y...

—Lo sé, lo sé. No es por nada que hayas hecho tú. Es simplemente un recorte de gastos.

¿Simplemente? ¿Un recorte de gastos? ¡Me dejan en la calle, joder! Recuerdo que a todos mis compañeros les preocupaba el expediente de regulación de empleo, pero yo siempre me sentí a salvo. Tal vez debí tomármelo más en serio. Claro que ¿de qué hubiera servido? Al menos durante el tiempo que ha durado no he estado angustiada por si un día me echaban a la calle. Simplemente ocurre y ya está, no puedes hacer nada por evitarlo. Sufrimiento ahorrado.

—Pero no es justo —repito—. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

—Eres una gran trabajadora —repite él—, y estoy seguro de que...

—¿Cuándo me tengo que ir? —lo interrumpo. No tengo ganas de ser cordial.

—En un mes. Puedes cogértelo de vacaciones aunque no te corresponda entero, te lo pagarán igual.

Un mes. Genial. Con la de trabajo que hay hoy en día, en un mes lo tendré todo arreglado. La parte más sarcástica de mí queda

eclipsada de pronto por el terror más absoluto. Sé que me corresponderán una cuantiosa indemnización y años de paro, pero estoy muerta de miedo. Aunque no me voy a quedar en la calle ni pasaré hambre, me siento como si me hubiera caído de un puente muy alto y me fuera acercando más y más al suelo. Vértigo. Tan real que casi me mareo de verdad.

Asiento con la cabeza. Un último intento.

—¿Y no hay otro puesto que pueda ocupar aquí? —Al momento sé que he dicho una tontería, porque en realidad todos los puestos de trabajo de mis compañeros siguen peligrando, así que no, no hay ningún otro puesto que pueda ocupar.

—Lo siento —repite él, y suena sincero—. Has sido siempre una trabajadora excelente, Cristina, y créeme cuando te digo que estoy muy disgustado y enfadado con esta decisión, pero no depende de mí. Si así fuera, sin dudarle un momento conservaría tu puesto.

Recobro la compostura. Siempre he sido una profesional, a excepción de la última temporada, y no voy a dejar de serlo ahora. Me marcharé de aquí con dignidad, aunque eso signifique llegar a casa y pasarme la tarde llorando con Charlie en mi regazo. La imagen de mi minino frotando su mejilla contra las mías me sube un poco el ánimo y me permite ponerme en pie sin tambalarme. Le tiendo la mano a mi jefe, que en realidad siempre se ha portado maravillosamente bien conmigo, él me la estrecha en la suya y cubre ambas con la que tiene libre, en un indiscutible gesto de apoyo.

—Gracias —le digo justo antes de salir del despacho, y agradezco que no vuelva a disculparse, porque creo que no lo podría soportar. Me aconseja con voz suave que me marche a casa y regrese otro día a por mis cosas, y yo asiento despacio con la cabeza.

Voy a mi escritorio y otra vez noto la mirada de mis compañeros clavada en mí. Debo de llevar pintada en la cara la horrible situación a la que me acabo de enfrentar y bajo la cabeza, un poco avergonzada. Decido aceptar la oferta de tomarme el día libre y empiezo a recoger mis cosas mecánicamente. Cuando cierro los programas para apagar el ordenador, mi mente vuelve de nuevo al correo que tanto me ha agitado justo antes de recibir la fatídica noticia. No logro saber si lo que decía ha dejado de importarme o no. Solo puedo pensar en que en

un mes me quedaré sin trabajo y eso me hace sentir muy pequeña e insignificante. Rebeca se levanta de su asiento y viene hacia mí, y yo me doy prisa para terminar. Le lanzo una mirada elocuente y ella capta enseguida que ahora mismo no es el mejor momento, que necesito un poco de espacio, y asiente muy levemente con la cabeza mientras abandono mi puesto de trabajo.

De camino a casa me siento tentada de contarles la mala noticia a las chicas, pero no quiero estropearle el día a Paola. Lleva mucho tiempo esperando esta gran oportunidad y no sería justo que le restara ni un ápice de felicidad. Sin embargo, decido llamar a Irene.

—¡Eh, loca! —contesta al tercer tono—. ¡Que me has dejado a medias! ¿Qué coño ha pasado?

Por un momento había olvidado que estaba a punto de contarle a Irene el contenido del dichoso correo. Ahora no me parece tan importante. Es curioso lo relativas que son las cosas.

—Ah, eso.

—¿Cómo que «ah, eso»? ¡Ya estás soltando por esa boquita, que ha sido un *coitus interruptus* en toda regla, y eso no se hace!

—Un compañero envió un correo a todos los del departamento para ver si queríamos participar en el regalo que le van a hacer a Mateo por el próximo nacimiento de su hija.

Ya está. Ya lo he dicho. Ni siquiera en voz alta me parece tan terrible ahora mismo. No tanto como «estás en la puta calle», la verdad.

Irene guarda silencio al otro lado de la línea para terminar exclamando:

—¡Será cabronazo!

—Ese fue mi primer pensamiento, sí —coincido yo.

El segundo fue que mientras su mujer pasaba por las calamidades del embarazo, él estaba follándose a una compañera del trabajo. El tercero fue que esa compañera era yo y que debería haber sabido que estaba a punto de ser padre. ¿Cómo no me lo dijo? Pero claro, ¿acaso hubiera cambiado algo? En realidad, que vaya a tener una hija no cambia nada entre él y yo. El cuarto pensamiento quedó eclipsado por la presencia de mi jefe antes de decir que iba a despedirme.

—¿Y lo sabían todos en el trabajo menos tú? —se sorprende Ire, y me ofende un poco, porque es como si pensase que me he puesto una venda sobre los ojos aposta. ¿Lo había hecho? ¿Habían existido indicios de aquello y yo me hice la tonta? No lo creo, pero ya no estoy segura de nada.

—No lo sé. —Me encojo de hombros mientras observo mi reflejo en el escaparate. Camino con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Pienso que el sol radiante que hace no está nada en sintonía con el día que llevo.

—Menos mal que ya lo has dejado —dice Ire—. Es un cabronazo.

No estoy segura de eso. Quiero decir, ¿por qué habría de decírmelo? No hubiera cambiado nada entre nosotros, las cosas estaban muy claras desde el principio.

—Bueno, ya da igual —zanjo el asunto, porque no quiero seguir hablando de él.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya por allí y tomamos un café o algo?

Niego con la cabeza antes de darme cuenta de que no puede verme. Están a punto de saltármeme las lágrimas.

—No, es que... No estoy en la oficina.

—¡No habrás ido a hablar con él! —se espanta.

—No, no, nada de eso. Es... —No hay forma suave de decirlo—. Me han despedido.

—¡¿Qué dices?! —exclama mi amiga con sorpresa—. ¿Y eso?

—Expedientes de regulación de empleo, ya sabes...

—Sí, recuerdo que algo nos comentaste, pero pensé que no iba contigo la cosa.

Paro en un semáforo y observo pasar a los coches con tristeza.

—Pues por lo visto sí —digo y me muerdo el carrillo para no echarme a llorar.

—Oh, joder, lo siento mucho, reina. ¿Quieres que quedemos?

Estoy a punto de decirle que no puede abandonar su puesto en la peluquería tan alegremente cuando le da la gana, por mucho que sea la jefa, pero lo único que me sale es:

—Me apetece estar sola. —Bueno, con Charlie, pero eso no lo comparto con Ire. Cruzo la calle y camino arrastrando los pies,

sintiéndome derrotada.

—Lo entiendo. Pero, oye, tengo el móvil a mano, así que llámame si te apetece, ¿vale?

—Gracias, Ire, no sabes cuánto te agradezco todo lo que estás haciendo por mí.

Y es cierto. Aunque siempre me he sentido más cercana a Paola, porque congeniamos mejor, estos últimos días Irene se ha convertido en mi tabla de salvación.

—No es nada. Y escucha, Cris, tal vez ahora no lo veas, pero puede que esto sea bueno.

Arqueo las cejas y me detengo de sopetón, haciendo que el chaval que va detrás de mí casi tropiece conmigo.

—¿Y cómo es eso? —quiero saber.

—Piensa. En el fondo, ese trabajo no te hacía feliz.

—Joder, pero me daba de comer.

—Sé que da miedo, pero ya verás como al final es bueno.

La verdad es que lo dudo, pero no tengo ganas de discutir. Lo único que quiero es llegar a casa y tumbarme con Charlie a ver series divertidas que consigan que olvide un rato mis desgracias.

—Ya veremos —digo muy poco convencida.

Nos despedimos con la promesa de que si me encuentro muy mal la llamaré sin falta y enseguida llego al portal. Abro la puerta, que hoy me parece más pesada que nunca y, por primera vez desde hace tiempo, subo en ascensor y no por las escaleras.

Cuando llego a casa me extraña que Charlie no salga a recibirme. Y me extraña que me extrañe, porque pocas veces lo hace. Dejo el bolso y las llaves en el armario del recibidor y me dirijo al salón, donde suele estar tumbado en el sillón siempre que entro por la puerta. Vacío. De pronto es como si toda la pesadez que sentía en mi cuerpo tras la mala noticia me abandonase y dejara paso a un estado de alerta frenético. Voy casi corriendo hasta el cuarto de baño, a su cajón de arena, pero también está vacío.

—¿Charlie? —lo llamo, casi en un susurro, y luego en voz más alta—: ¡¿Charlie?!

Me digo que seguramente se habrá escondido en algún armario o cajón, pero esa idea no me tranquiliza, porque no es algo que suela

hacer. A no ser que se haya puesto enfermo. En algún sitio he leído que cuando un gato se pone enfermo tiende a aislarse, así que se me ocurre que tal vez sí esté en algún armario, arrebujado entre mi ropa, como pienso que hacen todos los gatos. Me pongo a abrir armarios y cajones sin orden ni concierto mientras el pánico se apodera de mí. Revuelvo en cada espacio que encuentro, lo dejo todo patas arriba, pero Charlie sigue sin aparecer. Sigo llamándolo con desesperación y me doy cuenta de que tengo ganas de vomitar. Abro el frigorífico y, haciendo mucho ruido, desenvuelvo el paquete de jamón york, porque es un sonido al que no puede resistirse. Está donde esté, ese sonido debería hacerle salir. Pero no sale. Me quedo callada durante unos segundos, aguzando el oído para ver si lo oigo, por si acaso se ha quedado encerrado en algún sitio que no logro imaginarme. Pero solo escucho silencio.

Me quedo sin respiración. No sé qué hacer. El paquete de jamón se me ha caído y ha aterrizado en el suelo, esparciendo todo el contenido. A buen seguro, si Charlie estuviera aquí, ya hubiera acudido raudo y veloz y se habría llevado un par de buenas lonchas. Entonces yo habría reprimido la risa para perseguirlo, diciéndole con tono serio y firme que eso no se hace, y quitarle el jamón de la boca. Él me habría mirado con los ojos muy abiertos, todo inocencia, como preguntándome por qué le quito la comida que tanto trabajo le ha costado cazar, y yo hubiera tenido que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no acariciarlo y darle un montón de besos.

Ahora, sin embargo, tengo que echar mano de todo mi autocontrol para no empezar a llorar. Intento pensar, pero no puedo. Para mí es obvio que tiene que estar en casa. Compruebo todas las ventanas, hasta que llego a la de mi habitación y se me cae el alma a los pies: está abierta. No de par en par, pero sí lo suficiente como para que un intrépido felino se cuele por ella. Nunca dejo abiertas las ventanas de la estancia en la que se encuentre Charlie. Ya sé que los gatos no son tontos, que son muy ágiles y todo eso, pero siempre me ha dado un miedo terrible que se cayera. Así que, si se ha encontrado de pronto la libertad al alcance de la pata, sin duda habrá aprovechado la oportunidad. Abro la ventana del todo y me asomo, horrorizada al pensar que quizá vea su cuerpecito tirado en el suelo. Pero no lo veo.

Y no sé qué es peor. Como vivo en un segundo, la caída no ha podido ser muy dura para un gato, pero a buen seguro después de eso habrá echado a correr muerto de miedo.

Se me para el corazón cuando entiendo las implicaciones de lo que imagino. Podría haberle atropellado un coche, en el peor de los casos, o, en el mejor, andará vagando por calles desconocidas buscando un lugar donde guarecerse. La sola imagen de Charlie perdido me hace llorar de nuevo.

Tengo que actuar. No puedo quedarme aquí parada sin hacer nada. Debo dejar de pensar y empezar a hacer algo. Lo que sea. Se me ocurre que tal vez algún vecino lo haya visto, y dedico veinte minutos a llamar a los timbres de todas las puertas. La mayoría deben de estar trabajando o no quieren abrirme, y solo consigo hablar con una anciana con el audífono mal calibrado que no ha terminado de entender lo que le estaba preguntando, y con una pareja de sexagenarios que me aseguran que si lo ven no dudarán en avisarme.

Salgo a la calle con el móvil y las llaves en la mano, y me doy cuenta tarde de que debería haberme cambiado los zapatos. Pero no importa. Correré descalza si hace falta. Pero ¿a dónde voy? Soy consciente de que no estoy pensando, y ahora mismo no pensar podría salirle muy caro a Charlie. Solo tengo en la cabeza que he de recuperar a mi gato, y por eso aviso a las chicas. Llamo llorosa a Paola y, en cuanto me contesta, me doy cuenta de que estoy a punto de fastidiarle el día, pero ya ha oído mis gemidos y no hay vuelta atrás. La pongo al corriente de la situación y, por suerte, enseguida piensa con lógica y me aconseja que lo primero que debo hacer es publicar una foto suya en las redes sociales, para difundirla.

—Es lo mejor —me dice, tranquila, intentando que yo también me tranquilice—. Además, así podré aprovecharla para hacer unos carteles y pegarlos por el barrio.

—Gracias, Paola, siento arruinarte tu momento de felicidad, pero estoy desesperada.

—No seas boba, lo importante ahora es que encontremos a Charlie. Vamos a coordinarnos y me vas informando de todo, ¿vale?

Hago caso a Paola y escojo una, entre los cientos de fotos que guardo en mi móvil, en la que se le ve muy bien. Redacto la

publicación en mis redes sociales y ruego a la gente que la comparta.

Justo entonces mi teléfono suena. Es Irene, que supongo que se ha enterado de la noticia por Paola. Pero en ese momento creo ver a Charlie al otro lado de la carretera, así que ignoro el teléfono y salgo corriendo hacia el extremo de la acera. Ahora lo veo con toda nitidez. Sí, es él. Entusiasmada, lo llamo varias veces y él mueve las orejas, como intentando adivinar de dónde viene el familiar sonido. El ruido del tráfico lo distrae, pero finalmente mira en mi dirección y casi me caigo por intentar correr más rápido.

Enseguida me arrepiento de haberlo llamado. Ha sido estúpido e impulsivo. A Charlie y a mí nos separa una carretera, una bastante concurrida, además. Está asustado y, al identificar mi presencia, el alivio que siente le hace abalanzarse hacia la carretera sin mirar.

—¡No! —chillo, pero es inútil. Gesticulo con la mano desesperadamente y miro a un lado y otro de la carretera.

Lo veo como a cámara lenta: un camión se aproxima peligrosamente, a una velocidad moderada pero que no le va a permitir parar a tiempo. A su vez, Charlie ya está cruzando sin mirar, corriendo hacia mí, muerto de miedo.

—¡No, no! —chillo de nuevo y, sin pensar, me lanzo yo también a la carretera.

Después solo oigo un tremendo bocinazo y el chirriar de frenos del camión, que ha intentado no atropellarme. Salto hacia adelante al tiempo que Charlie da media vuelta, asustado, y echa a correr como alma que lleva el diablo por la misma acera por la que venía. Caigo al suelo y enseguida se forma un gran revuelo a mi alrededor.

—¿Se ha vuelto loca? —me grita un hombre que supongo que es el conductor del camión.

Intento levantarme, mascullando disculpas sin parar.

—Mi gato... —susurro señalando el lugar por donde ha desaparecido de nuevo—. Tengo que ir a por él.

Alguien me agarra del brazo y cuando quiero echar a correr me lo impide. Intento desasirme, pero los dedos de un hombre me agarran hasta hacerme daño.

—¡Suélteme! —exijo—. ¡Tengo que encontrar a mi gato!

—¿Se encuentra bien? —me pregunta una mujer, preocupada.

—Estoy bien, estoy bien —digo, pero no lo estoy. No lo estoy porque por mi culpa casi atropellan a Charlie y ahora lo he perdido de nuevo. En este momento me da igual haberle dado un susto de muerte al conductor del camión; me da igual todo lo que no sea encontrar a Charlie.

Mi teléfono vuelve a sonar, pero lo ignoro e intento deshacerme del agarrón del hombre.

—¡Suélteme! —repito, desesperada, sin pensar si le estoy arañando en mi intento de escapar. Él, por fin, me obedece, y salgo corriendo hacia la acera, a tiempo de oír rezongar a uno de ellos:

—Dejad que se marche, está histérica y por suerte no ha pasado nada.

Me gustaría preguntarle cómo se encontraría él si su mejor amigo estuviera en peligro, pero no lo hago. Simplemente corro sin parar, gritando el nombre de Charlie, sin importarme que todo el mundo me mire como si me hubiera vuelto loca.

Recorro las calles con rapidez, agachándome para mirar debajo de los coches y echando vistazos furtivos a la calzada, temiendo que en cualquier momento pueda encontrarme su pequeño cuerpo aplastado bajo las ruedas de algún vehículo. Esto no puede estar pasándonos a nosotros. Maldigo mi resaca, que he decidido que ha sido la causante de haberme dejado la ventana abierta. Desearía poder dar marcha atrás en el reloj, hasta el momento en el que voy a cometer el descuido, para arreglarlo. Pienso en esta mañana, preguntándome qué es lo último que le he dicho, aparte de haberlo llamado a voces en la calle y provocar su estampida. Creo que le he dicho: «¡Hasta luego, peque, sé bueno!», como siempre, pero no estoy segura. Tal vez el dolor de cabeza me haya impedido despedirme. ¿Lo he hecho? ¿Por qué lo dudo? ¿Por qué no puedo estar segura de qué es lo último que le he dicho? Sacudo la cabeza y con el dorso de la mano me limpio las lágrimas. No puedo pensar en eso ahora. Ahora solo tengo que buscarlo, encontrarlo y llevarlo a casa, donde podré decirle muchas más cosas. Pero el pensamiento vuelve una y otra vez a mí como una obsesión. ¿Qué es lo último que le he dicho? ¿Qué es? ¿Qué coño es? No sé por qué es tan importante, pero una parte de mí piensa que si logro recordarlo todo se arreglará. Una parte de mí

piensa también que si voy a casa él estará allí esperándome y todo habrá sido una maldita pesadilla.

El sonido de mi teléfono me saca de mis pensamientos. Me doy cuenta de que no le he devuelto la llamada a Irene y ahora es Paola quien me llama. Lo cojo al segundo tono.

—¿Dónde estás? —pregunta a modo de saludo.

—Pues... —Miro en derredor, buscando el nombre de la calle. Llevo mucho camino recorrido y esta zona no la conozco tanto. Le digo el nombre de la calle.

—Estoy cerca, espérame.

No me da opción a replicar y cuelga, pero yo no me paro. No puedo permitírmelo. Debo encontrar a Charlie. Unos minutos después oigo que alguien corre detrás de mí y Paola se pone a mi altura. Por su gesto, debo de estar hecha un auténtico desastre. No dice nada, solo me abraza durante un buen rato. Yo intento apartarme porque tengo que seguir buscando, pero durante esos segundos en los que estoy quieta me doy cuenta de que estoy agotada.

—Vamos a tu casa —me ordena.

Yo niego con la cabeza, espantada, hasta que señala mis pies. No me había dado cuenta, pero uno de los zapatos ha perdido el tacón y estoy caminando a la pata coja. Es increíble que no lo haya notado.

—Pero Charlie... —digo con la voz apagada y señalo en la dirección contraria al camino que lleva a mi casa.

—¿Lo has visto?

—Sí. Salió corriendo... Hacia allí. —Y vuelvo a señalar en la misma dirección.

—Puede estar en cualquier sitio —murmura ella y me envuelve los hombros con su brazo.

Me fastidia darle la razón, pero es verdad. Que Charlie haya tomado ese rumbo no significa que no lo haya abandonado ya. Me dejo llevar por Paola, totalmente hundida.

Cuando llegamos a casa me descalzo y la recorro de arriba abajo de nuevo, como si existiera la posibilidad de que haya encontrado el camino de vuelta por sí mismo. Paola no dice nada, se limita a acompañarme y a darme palmadas en la espalda que de verdad me resultan reconfortantes. De pronto suena el timbre y corro hacia la

puerta, convencida de que alguien lo ha encontrado y me lo trae de vuelta. Abro sin preguntar y me encuentro cara a cara con Mateo, la última persona a la que quiero ver ahora mismo.

—¿Qué haces aquí? —espeto.

—Cris, coño, ¿qué está pasando? Llevo todo el fin de semana intentando hablar contigo. He aprovechado la hora de la comida para venir.

Por un momento me suena raro que ya sea la hora de comer. ¿Tanto tiempo he pasado recorriendo las calles en busca de Charlie?

—Ahora no —digo e intento cerrar la puerta, pero me lo impide poniendo el pie en medio.

—Cris, por favor —suplica con los ojos muy abiertos.

Paola se aproxima a la puerta y me mira, como preguntándome, y yo asiento con la cabeza. Nos entendemos sin palabras.

—Creo que es mejor que te marches —afirma con rotundidad Paola dirigiéndose a Mateo.

Me percató de cómo él le da un repaso de pies a cabeza, deteniéndose unos segundos en sus caderas, antes de ignorarla.

—Cris, creo que me merezco una explicación. No sé por qué me haces esto...

Me da igual lo que diga. Me da igual que vaya a tener una hija y no se le haya ocurrido siquiera mencionármelo. Lo único que me importa es encontrar a Charlie.

—Ahora no —repito con más firmeza que antes—. Charlie se ha perdido.

Me arrepiento al instante de darle una explicación que no se merece, y más cuando abre mucho los ojos y responde:

—Bueno, ya volverá, es un gato.

En ese momento Mateo se me antoja muy feo. Su rostro atractivo de pronto me produce náuseas y tengo ganas de escupirle en la cara. Esta vez consigo cerrarle la puerta en las narices sin que su pie logre impedírmelo.

—Vete a la mierda, Mateo —digo para acompañar el gesto.

Puedo oír cómo desde el descansillo me dedica una sarta de insultos a cuál más bestia, pero me da igual. Me calzo unas deportivas mientras Paola vigila por la mirilla que él se marche y enseguida

estoy lista para reemprender la búsqueda. Entonces vuelve a sonar el timbre y esta vez pienso que es él de nuevo con su sarta de chorradas, pero Paola abre la puerta y enseguida entran Irene y Sara, muy preocupadas.

—¿Qué tal estás, cielo? —pregunta Sara dándome un cálido abrazo.

No puedo responder porque las lágrimas se han cebado conmigo y me atraganto. Ninguna espera que diga nada más.

—Tu publicación se ha compartido más de cien veces —informa Ire y levanto la mirada. Es la primera buena noticia que recibo desde que el jefe me llamó al despacho— y hemos llenado el barrio de carteles.

—Tengo que ir a buscarlo —digo y me deshago de sus abrazos para dirigirme con firmeza a la puerta.

—Deberías descansar —opina Paola, pero yo sacudo la cabeza. No voy a descansar hasta que Charlie esté sano y salvo en casa.

—Entonces te acompañamos —decide Ire, resuelta, y me coge del brazo.

Pasamos horas pateando las calles sin resultado. He perdido la noción del tiempo, así que cuando las chicas dicen que deberíamos comer algo me sorprende que ya sea la hora de cenar. Al ver el cielo oscureciéndose me entran ganas de salir corriendo. Va a hacerse de noche y Charlie no tendrá dónde dormir. Cuando lo pienso se me cae el alma a los pies. Irene ha ido consultando las redes sociales de cuando en cuando, y mucha gente ha seguido compartiendo mi publicación, pero nadie ha comentado que lo haya visto en ningún sitio. Empiezo a temerme lo peor, pero no quiero pensar en ello. No puedo.

Comprendo que ya les he robado demasiado tiempo a las chicas, que Sara se casa en pocos días y tiene derecho a estar tranquila y descansada, y que Paola estará deseando celebrar su buena noticia con Nacho, así que digo:

—Chicas, os agradezco muchísimo todo lo que estáis haciendo, pero creo que ahora me apetece estar sola.

En parte es cierto. Si estoy con ellas me obligarán a regresar a casa o a comer algo en algún sitio y no me permitirán seguir

buscando a Charlie.

—¡De eso nada! —exclama Ire.

Aunque se lo agradezco de todo corazón, ahora mismo no puedo soportar el entusiasmo de Ire. Por alguna extraña razón, me hunde.

—No, en serio, quiero ir a casa y descansar. —Casi lo suplico mirándolas con lágrimas que son mezcla de tristeza y de puro cansancio.

Ellas intercambian una mirada y me doy cuenta de que las he convencido. Me obligan a prometerles que las llamaré si en algún momento necesito compañía, o simplemente hablar, y, tras acompañarme hasta el portal, nos despedimos con un montón de abrazos de los que intento zafarme lo más rápido posible para seguir buscando a Charlie. Entro en el ascensor y subo hasta mi piso, y después vuelvo a bajar. Espero unos minutos prudenciales y salgo de nuevo al exterior para continuar con la búsqueda de mi pequeño mientras la noche cae sobre mí.



No sé cuántas horas paso recorriendo una y otra vez a pie las mismas calles, pero, cuando me decido a recuperar fuerzas tomando uno de los reconfortantes caldos de Esperanza, me encuentro la cafetería cerrada. Estoy temblando, no sé si porque la temperatura ha bajado y yo sigo llevando la misma blusa ligera que escogí esta mañana, o porque estoy agotada. Encontrarme la cafetería cerrada me hunde aún más. Llevo horas dando vueltas sola, agudizando la mirada para intentar distinguir el pelo negro de Charlie en la oscuridad, hasta el punto de que creo que empiezo a sufrir alucinaciones. Me siento en el escalón a la puerta de la cafetería y meto la cabeza, que me duele horrores, entre las piernas. Me imagino sentada en el sofá, con Charlie en mi regazo, mientras tomo un chocolate caliente, y las lágrimas acuden de nuevo a mis ojos. Creo que nunca en mi vida he llorado así y me sorprende tener tanto líquido en mi interior. Recuerdo cuando lo adopté. Lo encontré en la calle, dentro de una caja de cartón, intentando guarecerse del frío. Era tan pequeño que casi cabía en la palma de mi mano, y, según el veterinario, tuvo mucha suerte de sobrevivir sin su madre. La busqué durante días por la misma zona donde había encontrado a Charlie, a pesar de que el veterinario me había dicho que, al estar en una caja, era probable que lo hubiera abandonado alguien que no pudo darle un hogar a todos los gatitos de una camada. La ironía de haberlo encontrado en la calle

y que ahora esté perdido en ella no me pasa desapercibida y me hunde un poco más.

Charlie no tardó mucho tiempo en acostumbrarse a mí. Al principio era un pequeño diablillo, siempre correteando de acá para allá, trepando por las cortinas o por las perneras de mis pantalones. Pero investigué mucho y conseguí educarlo de la mejor manera posible. Cuatro años después se ha convertido en un gato dócil y, la mayor parte de las veces, muy obediente.

Me echo a llorar de nuevo, desconsolada, y por primera vez en muchas horas miro el móvil: es la una de la mañana y tengo cuatro llamadas perdidas de Pablo, supongo que preocupado porque no ha tenido noticias mías en todo el día. Le envío un sucinto mensaje diciéndole que estoy bien y que lo llamaré mañana, y echo un vistazo a las redes sociales. Hay muchos mensajes de ánimo de mis contactos, pero ninguno avisándome de que lo han encontrado.

Debería haberle puesto el chip, me digo. Sopesé la opción con el veterinario, pero me pareció tan improbable que un gato casero fuera a salir alguna vez a la calle que, finalmente, no lo hice. Por suerte, pienso con un ligerísimo alivio, tiene todas las vacunas al día.

Me levanto pesadamente, preguntándome a dónde ir a continuación, y la simple idea de regresar a un piso vacío para meterme en una cama que se me antojará fría me deprime. Sin embargo, no tengo otro sitio. Me dirijo con paso pesado hacia casa y cuando paso por delante del *pub* pienso en Toni y me aproximo a la puerta con rapidez, alentada por la perspectiva de ver una cara amiga. Me arrepiento un poco de haber dejado marchar a mis amigas, pero si no lo hubiera hecho llevaría horas sin buscar a Charlie y eso me habría hecho sentir aún peor. Si antes tenía la esperanza de encontrarlo, cada vez lo veo más improbable. Temblando, me pregunto dónde estará pasando la noche, si se encontrará bien, si tendrá frío o miedo, y sacudo la cabeza para intentar alejar de mí esas imágenes. Empujo la puerta del *pub*, pero no se abre. Claro, es tarde para que esté abierto siendo lunes. Sintiéndome como una tonta, me doy la vuelta en dirección a casa cuando un ruido a mis espaldas me hace dar un respingo.

—¡Eh, Cris!

Me doy la vuelta y veo a Toni con los brazos alzados, como si estuviera a punto de echar el cierre, mirándome con curiosidad. Respondo a su pregunta silenciosa subiendo los brazos y dejándolos caer al tiempo que meneo la cabeza. No encuentro las palabras.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, preocupado, acercándose a mí.

Corro hacia él sin pensar. No quiero hablar, no quiero explicar nada, solo quiero que me abracen y llorar, y eso es lo que hago ante un sorprendido Toni que me envuelve en sus brazos y me acaricia la cabeza con suavidad. Me parece imposible que pueda seguir llorando, pero a la vez creo que nunca podré parar. No sé cuánto tiempo transcurre, pero, después de un rato, él dice:

—¿Quieres pasar dentro?

No hace falta que diga que sí; me dejo llevar, sintiendo todo el peso del agotamiento acumulado durante el día. Una vez en el local, él cierra con llave y me acomoda en el sillón de uno de los reservados. Está mullido y resulta cómodo y reconfortante. Adopto una posición fetal sin parar de llorar. Él se sienta a mi lado y me ofrece una botella de agua.

—Charlie ha desaparecido —digo sin más con la voz temblorosa, y después me bebo la botella entera casi de un trago. Tal vez no sepa quién es Charlie, pero no hace preguntas—. Llevo buscándolo todo el día y creo que ya no lo voy a encontrar. —Se me rompe la voz y el corazón al expresar en voz alta lo que llevo temiendo desde hace unas horas. Como si al escucharlo de mi propia boca se hiciera más real. Ya no hay forma de eludirlo. Esto es real.

Toni no dice nada, simplemente me acaricia la frente y de algún sitio trae una manta que usa para arroparme. Intento resistirme, porque no me parece bien estar aquí cómoda y calentita mientras Charlie vaga por Dios sabe qué calles, pero él posa una mano enérgica sobre mi brazo y dice:

—Solo descansa un rato, así luego tendrás más fuerzas para buscarlo.

Algo en mí me dice que tiene razón, que debo descansar, que con este nivel de agotamiento, ni aunque se me apareciese bailando la chirigota me daría cuenta, pero no puedo evitar sentirme culpable.

Voy a cerrar los ojos solo un momento para seguir buscándolo luego. El tiempo que haga falta. No me marcharé a casa sin él.

\* \* \*

Despierto porque algo me hace cosquillas en la frente, y lo primero que pienso es que es Charlie frotando su cabeza contra la mía para pedir su desayuno. Por un maravilloso segundo todo vuelve a ser perfecto, pero cuando abro los ojos y veo a Pablo, lo ocurrido el día anterior cae sobre mí en forma de toneladas y toneladas de tristeza.

—¿Ha aparecido? —pregunto, y cuando mi hermano meneaba la cabeza me echo a llorar. Empiezo el día igual que terminé el anterior.

En un primer momento no reconozco el lugar, pero mi memoria enseguida se abre paso en mi abotargada mente y recuerdo lo que Toni hizo por mí. Sin embargo, no lo veo por ningún sitio.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto a Pablo, aunque en el fondo no me extraña tanto verlo. Creo que lo único constante en cada desgracia que me ha ocurrido ha sido su presencia.

—Cogí tu teléfono porque no paraba de sonar —oigo la voz de Toni, que parece disculparse.

—Estaba preocupado porque no había sabido nada de ti en todo el día —explica Pablo—, y el mensaje a la una de la mañana tampoco me tranquilizó mucho.

Sonreiría si tuviera fuerzas, pero no las tengo. Me incorporo con rapidez porque hay que seguir buscando a Charlie. Sin embargo, un fuerte mareo hace que me lo piense dos veces antes de ponerme en pie.

—Primero vamos a desayunar —decide Pablo, pero yo niego con la cabeza—. Es una orden.

—¿Qué hora es? ¿Has conducido toda la noche?

—En cuanto Toni me contó lo ocurrido cogí el coche y me planté aquí en menos que canta un gallo.

—¿Y el trabajo? —pregunto sorprendiéndome por estar pensando en cuestiones prácticas cuando ayer fui incapaz de tal cosa.

Mi hermano se encoge de hombros, restándole importancia.

—He pedido unos días libres.

No pregunto nada más, no me hace falta. Pablo sabe que Charlie es como un miembro más de la familia y no me extraña que lo respete tanto. Me apoya y me quiere hasta el punto de escaquearse del trabajo por mí sin apenas avisar. Me sentiría muy afortunada si no fuera porque la situación es la que es.

—Tenemos que marcharnos —dice Toni—. Dentro de poco vendrán los de la empresa de limpieza y se supone que yo no debería estar aquí.

No añade que tampoco Pablo y yo, *especialmente* nosotros, deberíamos estar en el *pub*.

Un rato después hablamos sentados a una de las mesas de la cafetería donde tomo el caldo de Esperanza, aunque ella no está por las mañanas. Por el camino no he podido evitar mirar a todos lados en busca de Charlie, pero no lo he visto. Lluve, y eso me hunde todavía más: imaginármelo empapado, intentando guarecerse en cualquier rincón, me parte el alma. Me impaciento cuando tardan en traernos los desayunos, porque todo lo que quiero hacer es proseguir mi búsqueda. Consulto los mensajes del móvil, que incluyen unos cuantos de las chicas interesándose por mí y por Charlie y les contesto que aún no sé nada y que Pablo está aquí. Su sola presencia logra tranquilizarme mucho, aunque me temo que no lo suficiente.

—¿Has dormido algo? —le pregunto a Toni un poco intranquila por haberle dado la noche.

—Sí, no te preocupes, tus ronquidos no me han desvelado.

A mi pesar, sonrío. Creo que por primera vez desde ayer. Por desgracia, las fuerzas no me dan para alegar que yo no ronco, aunque él parece contentarse con mi amago de sonrisa.

En ese momento nos traen los desayunos y Pablo me ordena que me lo coma todo. En otras circunstancias, la tostada me sabría a gloria, pero no esta mañana. A duras penas consigo terminarla empujándola con el café, y nada más hacerlo me pongo en pie y anuncio:

—Yo voy a seguir buscando, chicos, vosotros quedaos aquí un ratito si queréis.

Pablo me agarra por la muñeca y me dice:

—¿Por qué no vamos a casa y te das una ducha? Te vendrá bien.

—Estoy de acuerdo —interviene Toni mirándome a los ojos con preocupación.

Sacudo la cabeza.

—No, no, de eso nada, voy a seguir buscándolo.

Mi hermano chasquea la lengua, pero asiente con la cabeza.

—Está bien, pero espera cinco minutos y te acompaño.

Lo pienso un momento. No quiero perder ni un solo minuto más, así que me niego. Le dejo las llaves de casa encima de la mesa y respondo:

—No puedo, Pablo, lo siento. Sube tus cosas cuando termines y me pegas un toque para ver dónde estoy.

Se rinde y cruza una mirada con Toni. Me dirijo a este último:

—Toni, no sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho. Siento no poder demostrártelo más ahora mismo, pero de verdad lo aprecio.

Me gustaría sonar más efusiva y no como un médico informando a un paciente sobre su prematura muerte, pero no puedo.

—Lo he hecho con mucho gusto —murmura él, y juraría que se ruboriza un poco.

Salgo a la calle y me doy cuenta de que no tengo paraguas, pero me da igual. Al cabo de un rato mi teléfono suena y antes de responder alcanzo a ver en la pantalla que se trata de un número desconocido. Pensando que puede ser alguien que tenga noticias de Charlie, me animo un poco. Pero la voz que oigo al otro lado de la línea es la de Mateo.

—Quiero que me expliques qué coño está pasando para que me trates como a una mierda —exige a modo de saludo.

Mi primer instinto es colgar, pero no lo hago. Necesito a alguien con quien ensañarme y Mateo me lo está poniendo en bandeja con su insistencia.

—A lo mejor es porque lo eres —espeto, aunque creo que en el fondo no lo pienso—. No quiero volver a verte, así que deja de llamarme.

—¿Pero se puede saber qué te he hecho yo?

—Nada, simplemente ya no quiero verte. Respeta eso. Vete con tu

familia perfecta y olvídate de una puta vez.

Se me quiebra un poco la voz con la última frase, no porque Mateo esté a punto de crear una familia con su mujer, sino porque yo acabo de perder a parte de la mía.

—¿Es por lo de María? —Tardo un momento en saber a quién se refiere. Así que la niña ya tiene nombre—. Cris, no te dije nada porque no era de tu incumbencia.

—No me apetece discutir —respondo y cuelgo.

Empiezo a llorar otra vez, una mezcla de rabia por todo el asunto de Mateo y preocupación y tristeza por Charlie. Camino pisando fuerte, casi pateando el suelo, en un intento de deshacer el enorme nudo que tengo en el estómago.

\* \* \*

El día pasa de la misma forma que el anterior. Recorro las calles una y otra vez acompañada por Pablo. Toni y las chicas se han turnado para acompañarnos, y para cuando llega la noche estoy agotada. Me han convencido de que haga pequeñas paradas para comer, pero no han logrado que vaya a casa. No quiero sin él. Me han traído un chubasquero y calcetines secos y he accedido a regañadientes a ponérmelos. Pero ahora, a punto de caer la noche, hasta yo tengo que reconocer que no puedo hacer nada más. Sin embargo, me siento terriblemente culpable por rendirme. Solo ha pasado un día, es demasiado pronto; puede estar en cualquier sitio, esperando a que vaya a por él. Mientras Toni, que está empleando su día libre en ayudarme, me abraza para despedirse, noto que me duelen músculos que ni siquiera sabía que existían. Después Pablo y yo nos dirigimos a casa a paso lento, él con su brazo sobre mis hombros. Una vez en la puerta, me resisto a entrar.

—Es como si lo estuviera traicionando —intento explicarle.

—No lo haces. —Y me da un suave empujón para hacerme pasar.

Sé que no soy muy racional ahora y que, visto desde fuera, estoy dramatizando, pero no lo puedo evitar. Pablo se hace cargo de la situación y, mientras yo me ducho con el agua muy caliente, me deja

encima de la cama un pijama limpio y prepara la cena con el escaso contenido de mi frigorífico. Procuro no fijarme mucho en ningún detalle porque todo me recuerda a Charlie. Tras la cena, no me quedan fuerzas ni para lavarme los dientes y caigo rendida en la cama.

Al día siguiente Pablo emplea otra táctica conmigo y me obliga a recuperar una cierta rutina, excluyendo la parte de ir a trabajar. Las chicas siguen llamándome y enviándome mensajes y me siento un poco culpable por amargarle a Sara sus últimos días de soltera, pero ella le quita importancia y me dice que la prioridad ahora es que yo esté bien.

A la hora de la comida mi hermano intenta darme conversación para distraerme, pero le sale el tiro por la culata cuando me pregunta por el trabajo.

—Me han despedido —digo encogiéndome de hombros, y él se queda boquiabierto.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—El lunes.

Pablo asiente con la cabeza, entendiendo por qué no se lo había comentado.

—Es por un ERE —explico.

—Joder. —Y guarda silencio, como si estuviera buscando un tema que no vaya a derivar en desgracia.

Finalmente, terminamos de comer en silencio y después le propongo dar un paseo para bajar la comida. Evidentemente, mi pretensión es seguir buscando, pero Pablo no me lo pone tan fácil y me arrastra a la sesión de sobremesa del cine. Escoge una película de terror porque sabe que me encantan, pero no logra mantenerme distraída más que un par de momentos, y cuando salgo me siento ansiosa por estar perdiendo el tiempo, aunque en el fondo sé que no puedo hacer mucho más. Ya hemos acudido a centros de acogida, protectoras de animales, veterinarios y todo lo que se nos ha ocurrido durante estos días, pero nadie nos ha llamado para darnos una buena noticia. Al menos tampoco lo han hecho para darnos una mala. Observo que Pablo mira su móvil y esboza una gran sonrisa. Supongo que es algo relacionado con esa chica a la que está empezando a ver,

pero no le pregunto, porque, en realidad, egoístamente, no me apetece hablar de eso ahora mismo.

—Vamos a casa —me dice de pronto cogiéndome del brazo y tirando de mí.

Asiento y me dejo llevar, porque en realidad me da lo mismo a dónde vayamos; tengo la sensación de que siempre voy a estar así de triste. Pablo acelera el paso hasta el punto de que apenas puedo seguirlo, pero al menos intentándolo consigo sacarme de la cabeza mis oscuros pensamientos.

Cuando giramos la esquina de mi calle distingo a lo lejos la silueta de Irene, enfrente de mi portal, de espaldas a mí. Está charlando con otra persona más alta a la que no puedo ver bien porque ella está delante. Cuando se retira ya sí reconozco a Óscar, el *stripper* de la despedida de Sara. Me quedo sin aliento, no por él, sino por lo que adivino que sostiene en sus brazos. De pronto me paro en seco y Pablo tiene que tirar de mí para conseguir que avance. Cuando mi mente termina de procesar la imagen de Óscar sosteniendo un pequeño bulto negro y entiendo lo que significa, estoy a punto de echar a correr hacia ellos, pero no lo hago por miedo a que Charlie se asuste y salga corriendo como la otra vez. Me aproximo lo más rápido que puedo sin armar mucho escándalo y según me voy acercando me doy cuenta de lo sucio y desaliñado que está mi minino, pero da lo mismo, porque lo importante es que está vivo y a solo unos metros. Al llegar observo que le han puesto un pequeño arnés para evitar que vuelva a escaparse. En ese momento Charlie levanta la cabeza, tal vez alertado por mi olor, y enseguida se revuelve en los brazos de Óscar, donde seguro que se ha sentido tan a gusto como la primera vez, y se dirige hacia mí. Extiendo los brazos y cuando Óscar me lo tiende y vuelvo a sentir su calidez en mi regazo me echo a llorar de nuevo. Me fallan las piernas y me dejo caer, con él en brazos, mientras frota sus mejillas contra las mías, limpiándome de paso las lágrimas.

—Charlie —susurro mientras lo acaricio por debajo de la barbilla —. Mi pequeño, ¿dónde te habías metido?

Lo veo más delgado y terriblemente sucio, nada que no se arregle con un buen baño y una opípara comida. A primera vista no parece herido, aunque siento la aspereza de sus almohadillas en mis brazos.

Decido que lo llevaré al veterinario mañana, hoy prefiero que descansa. Su suave ronroneo me transporta a un estado de tranquilidad absoluta y de pronto toda la tensión acumulada desaparece para dar paso a un profundo pero agradable cansancio. Seguimos unos minutos más deshaciéndonos en carantoñas y entonces me doy cuenta de que lo estoy agarrando demasiado fuerte, tengo miedo de que vuelva a desaparecer, aunque lleve puesto el arnés. Cuando él decide que ya está bien de contacto humano deja de frotarse contra mí y se acomoda sin más en mi regazo. Yo me levanto y me dirijo a Óscar y a Irene:

—¿Cómo...? ¿Dónde...? —Estoy tan emocionada que las palabras no me salen y decido exclamar sin más—: ¡Mil gracias!

Los miro y de pronto siento un gran cariño por este desconocido que me ha devuelto a Charlie.

—Óscar vio tu publicación en mi Facebook —explica Ire— y enseguida se prestó voluntario para buscarlo.

—¿Y dónde estaba?

—No muy lejos —responde el chico, al que es difícil reconocer sin su disfraz de policía—. En la plaza de Tirso, acurrucado debajo de un banco.

—Habíamos llevado unas salchichas, pero no nos hicieron falta —continúa Ire—. En cuanto el *Saco de Pulgas* vio a Óscar se dirigió a él sin dilación. De mí pasó, por cierto, lo cual está muy feo. —Esto último lo dice dirigiéndose a Charlie. Por su sonrisa comprendo que también está muy contenta de haberlo recuperado, y no solo porque eso me haga feliz a mí.

—Es un gato muy bueno —dice Óscar mientras le acaricia la cabeza con cariño. Charlie se incorpora para frotar su frente contra la de él. Estoy convencida de que comprende la situación y ve a Óscar como a un salvador. Es una pena que no consiga sentir lo mismo por Irene.

—Sí que lo es —coincido—. Es mi vida entera.

Me parece mentira volver a tenerlo entre mis brazos. En un plano profundo de mí me había convencido de que no volvería a ser posible.

—Esto hay que celebrarlo —decido—. Esta noche, en el *pub*, ¿qué os parece?

—No es necesario —dice Óscar.

—Insisto. Pasaré la tarde con Charlie y a última hora tomaremos unas cervezas.

—¡A mí me parece genial! —exclama Ire—. Yo aviso a las chicas, tú ocúpate de las pulgas —me dice con una sonrisa y yo se la devuelvo. Sí que es posible que Charlie se haya ganado ahora ese apodo.

En cuanto subimos a casa le preparo a mi minino un gran plato de agua y otro de jamón york y lo observo mientras lo engulle como si no hubiera un mañana. No voy a pensar en lo mal que lo ha debido de pasar porque no quiero ponerme triste otra vez. Lo único que importa es que está aquí, sano y salvo, y que todo ha terminado de la mejor forma posible. Cuando acaba su comida me mira con esos ojos suplicantes y suelta un ligero maullido. Me río y lo abrazo.

—Tragoncete, luego te pongo más, no sea que te siente mal. Ahora vamos a darte un baño, porque la verdad es que apestas.

Pablo nos observa divertido durante la hora del baño. Atiende mi teléfono cuando suena y me anuncia que es Paola. Pone el altavoz y le digo a mi amiga que estoy ocupada bañando a Charlie, pero que la veré esta noche. Ella se muestra muy emocionada porque al fin haya aparecido y cuelga para dejarme tranquila con mi quehacer.

Después de secarlo le sirvo otra generosa ración de jamón, que se zampa con el mismo entusiasmo que el anterior, y luego se dirige al sofá, donde me acurruco con él hasta que nos quedamos dormidos.

Pablo me despierta más tarde con suaves sacudidas y mi cuerpo entero se pone en tensión hasta que veo a Charlie roncando tranquilamente a mi lado.

—¡Oh, lo siento, me he quedado frita! —me disculpo—. ¿Qué hora es?

—Las ocho. Hemos quedado a las nueve y media, para dejarte dormir, pero tampoco quería que te echaras una siesta muy larga, mejor que puedas dormir a pierna suelta esta noche.

—Gracias —digo justo antes de bostezar y estirarme. Podría quedarme durmiendo hasta mañana perfectamente, pero también tengo ganas de ver a mis amigos.

En cuanto me remuevo en el sofá, Charlie se despereza y se

dirige a la cocina en busca de más comida. Pablo le ha dejado un poco de pienso en su plato y eso será todo lo que reciba hasta el desayuno de mañana, para que no se empache.

Mi hermano espera mientras yo me doy una ducha y disfruto de la sensación del agua cayendo por mi cuerpo. Después me pongo unos vaqueros y una camiseta y me recojo el pelo en una coleta. Añado un poco de color a mis labios y mejillas y ya estoy lista para salir, pero como aún quedan casi tres cuartos de hora para las nueve y media decidimos tomar un aperitivo en casa, suponiendo que en el *pub* comeremos unas hamburguesas o algo así. Nos sentamos en el sillón y abrazo impulsivamente a Pablo. Por primera vez desde su llegada puedo experimentar la emoción que siento siempre que viene a visitarme.

—Bueno, cuéntame —le digo cuando nos separamos—. ¿Qué hay de esa chica que te vuelve loco?

Noto que se ruboriza, súbitamente cortado.

—Se llama María —confiesa, lo que me trae a la mente el feo asunto de Mateo y eso nubla por un momento mi buen humor. Decido ignorar la sensación.

—¿Y vais en serio? —quiero saber.

—No lo sé. Todavía no.

Asiento con la cabeza. No quiero presionarlo porque sé que no le gusta, pero tengo mucha curiosidad. Pablo ha salido con infinidad de mujeres, pero pocas han conseguido que se ruborice cuando le pregunto por ellas.

—¿Y tú qué? —me dice mientras da un sorbo al botellín de cerveza.

—Pues ahora mismo más feliz que una perdiz —río. Desde la aparición de Charlie es como si no pudiera dejar de sonreír. Luego añado con seriedad—: Pablo, no sabes lo muchísimo que ha significado para mí el que hayas venido.

—¡Cómo no iba a hacerlo! —protesta—. Eres mi hermana, Cris.

—Lo sé, lo sé, pero... —Escojo mis palabras con cuidado—: Para la mayoría de la gente hubiera sido solo un gato, no sé.

—Pero es que yo no soy la mayoría de la gente. Cuando quieres a una persona, respetas lo que es importante para ella.

Me muerdo el labio, pensativa. Tiene razón. Así me lo han demostrado las chicas y Toni. Y hasta un perfecto desconocido, aunque en su caso estoy bastante segura de que su aliciente principal ha sido el propio Charlie.

—¡Eh! ¿Habéis avisado a Toni?

—Está todo cubierto, tranquila.

—Gracias. —Me gusta esta sensación de que sean los demás los que hayan cogido las riendas mientras yo no podía hacerlo.

—Papá y mamá también me han llamado cada poco —me dice Pablo—, pero no querían molestarte.

Noto que las lágrimas acuden de nuevo a mis ojos, pero esta vez son de felicidad. Qué suerte haber decidido no echarme rímel; ya sabía yo que iba a ser una noche muy emotiva. Hay mucha gente que se preocupa de verdad por mí, y eso es maravilloso. El único que no ha demostrado ninguna empatía ha sido, de hecho, Mateo. Creo que su indiferencia en todo este asunto de la desaparición de Charlie fue lo que en realidad me dolió; el resto puedo entenderlo, por mucho que no me guste. Pero el encuentro en la puerta de mi piso marcó un antes y un después.

—He estado liada con un hombre casado. —Se lo suelto a mi hermano a bocajarro, pero nada en su reacción parece indicar que me tome por una depravada o algo por el estilo.

—Así que eso era lo que te traías entre manos —replica con sencillez.

Asiento con la cabeza mientras le doy vueltas a mi botellín.

—La verdad es que no sé cómo pasó. —Sé que me estoy excusando, aunque nadie me lo ha pedido—. Tuve una época muy rara, ¿sabes? Me sentía vieja y fea, me habían salido canas... —Me callo, algo avergonzada. Ahora mismo todas esas cosas me parecen idioteces. Madre mía, ¿cómo he podido ser tan boba? Mi vida es prácticamente perfecta. Tengo una familia y unos amigos que me adoran, y Charlie está durmiendo tranquilamente en mi cama. ¿Por qué tanto escándalo por un par de arrugas?

Pablo interpreta acertadamente mi silencio repentino y me dice:

—Sabes que no tienes nada de lo que avergonzarte, ¿verdad?

Me encojo de hombros, nada convencida.

—Sí que lo tengo —decido—. He sido una estúpida.

—Se llama tener una crisis —apunta Pablo.

Doblo las piernas sobre el sofá, observando mis coloridos calcetines.

—Si todas las personas que tienen crisis se dedicasen a tirarse al marido de otras la vida sería un caos.

—Bueno, algunos se dedican a tirarse a mujeres que no son su esposa —apunta él con delicadeza.

—¿Quieres decir que Mateo también tenía una crisis?

Él se encoje de hombros.

—No lo sé. Es una posibilidad.

—La verdad es que creo que es más del tipo mujeriego —suspiro y me siento obligada a darles a las chicas la razón que nunca me había dado la gana darles. De hecho, ahora veo claramente que no habré sido la única mujer de la oficina con la que ha tenido un lío.

Me tapo los ojos con las manos.

—Madre mía, ¡qué estúpida! —Y no lo digo por lo de Mateo, o por lo menos no exclusivamente—. Ha tenido que pasar lo de Charlie para que me dé cuenta de lo estupenda que es mi vida en realidad. En vez de quejarme por tener una teta caída y la otra no... —Pablo me lanza una mirada que es mitad curiosidad, mitad diversión—... Sí, son así, ¿vale? ¡Pues en vez de quejarme por eso lo que debería hacer es dar gracias por todo lo que tengo!

Pablo suelta una carcajada.

—A ver, que te estás viniendo muy arriba —opina—. Cris, que es normal preocuparse por esas cosas. Son chorradas, pero nos afectan. Solo cuando les damos más importancia de la debida es cuando se convierten en un problema. Pero eso de despertarnos un día y ser conscientes de lo mucho que hemos envejecido nos ha pasado a todos. Tampoco te vayas ahora al otro extremo y te pongas en modo zen a agradecer lo que tienes a cada momento.

—Ya, el punto medio estaría bien —coincido con una sonrisa.

—Exacto.

—Brindemos por eso —digo y hacemos entrechocar los botellines.

—¿Qué piensas hacer con lo del trabajo? —inquire mi hermano. Casi lo había olvidado.

—No lo sé —reconozco y me acuerdo de las palabras de Ire—: Puede que sea una oportunidad para hacer algo que verdaderamente me guste.

—Sí, me habías comentado que últimamente estabas pensando en ese tema.

Asiento con la cabeza.

—Efectivamente. Tal vez haya llegado la hora, ¿no crees? Con la indemnización y el paro tengo un margen para buscar algo que me guste.

Pablo se termina de un trago la cerveza y responde:

—¡Me parece una gran idea!

Sonrío ampliamente.

—¿Verdad que sí?

—¡A por ello, hermanita! —exclama y los dos nos echamos a reír sin un motivo concreto.

—Deberíamos ir bajando ya —dice cuando recupera el aliento, tras echar un vistazo a su reloj.

Yo asiento con la cabeza y me incorporo con pereza. Mientras él recoge los botellines cojo mi móvil y veo un aviso de correo nuevo. Lo abro y es de Vicky.

De: Victoria Gómez <[vickylavikinga@coolmail.es](mailto:vickylavikinga@coolmail.es)>

Para: Cris <[calejo87@coolmail.es](mailto:calejo87@coolmail.es)>

Fecha: 21 de junio de 2017 20:38

Asunto: ¡Nos encanta el álbum!

¡Hola, Cristina!

Siento no haberme puesto en contacto contigo antes, pero llegamos ayer de nuestra (breve) luna de miel.

Acabamos de ver la prueba digital del álbum de boda y nos ha encantado. Por nuestra parte, no vemos necesario ningún cambio para el definitivo. ¡Ha sido una gran suerte que accedieras a hacer las fotos de nuestra boda! Creo que no hubiéramos encontrado a nadie mejor.

Ya vamos hablando.

Un gran abrazo,

Vicky

No puedo evitar sonreír. Cuando a alguien le gusta mi trabajo me cuesta muy poco hinchar el pecho y pasarme un par de días plena de orgullo.

—¿Buenas noticias? —pregunta Pablo de regreso en el salón.

—A Roberto y a Vicky les han gustado las fotos de la boda.

Percibo un ligero titubeo en la expresión de Pablo, como si estuviera intentando hacer memoria. Estoy a punto de recordarle quién es Roberto cuando exclama:

—¡Ah! ¡No me acordaba! ¡Genial! Bueno, en realidad, ¿a quién podrían no gustarle tus fotografías?

—Menos adulaciones, que no pienso invitarte a la cena —bromeo mientras lo empujo para que se dirija a la puerta.

Por un momento pienso en contarle la breve paranoia que me dio también con Roberto, pero no lo hago. Al fin y al cabo, todo forma parte de lo mismo, y bastante boba me siento ya. De pronto pienso que el correo de Vicky me ha hecho feliz no solo porque haya halagado mi trabajo, sino porque, en cierto modo, con él he zanjado la cuestión de la boda de Roberto. Me siento como si volviera a tener los pies en la tierra, capaz de alegrarme por la dicha de los demás sin tener la sensación de que eso entorpece en cierto modo la mía.

—Espera, que voy a despedirme de Charlie —susurro y dejo a Pablo en la puerta mientras yo me aproximo a mi habitación para ver a mi gato tumbado sobre la cama, durmiendo plácidamente. Me acerco a él y le doy un besito en la cabeza, procurando no despertarlo. Pero lo hace y me mira un momento antes de volver a cerrar los ojos.

—Volveré enseguida —le prometo, y lo digo en serio, porque aunque me apetece mucho esta pequeña celebración, también me muero por meterme en la cama con él arrebuñado en mis pies.

Me alejo intentando no hacer ruido y me reúno con Pablo, que ya tiene la puerta entreabierta. Cuando llegamos al *pub* las chicas ya están esperándonos acompañadas de Óscar, Ricardo y Nacho. Los dos últimos me reciben con sendos abrazos, diciéndome lo mucho que se alegran de que Charlie haya aparecido, y yo respondo con sonrisas y suspiros, dando gracias por que al final todo haya quedado en un susto.

Cuando Toni se acerca le pregunto si puede tomarse unos

minutos libres y, con todos reunidos en la mesa, comienzo a hablar:

—Quería agradeceros lo muchísimo que me habéis apoyado con este asunto. Ya sé que para mucha gente sería muy exagerado tanto drama como he montado, pero vosotros, que me conocéis bien —digo mirándolos uno a uno, aunque en el caso de Óscar y Toni no sea del todo cierto—, sabéis lo importante que es Charlie para mí y no habéis dudado en darme todo vuestro cariño. De verdad, muchísimas gracias.

Me siento como si estuviera dando un discurso o algo así, sobre todo porque cuando termino de hablar todos me aplauden.

—A ver, que yo vi ahí la oportunidad clara de librarme del *Saco de Pulgas*, pero me daba no sé qué —rezonga Ire de broma, y después me saca la lengua.

—Ya. Tú, señorita, mucho quejarte de Charlie, pero en el fondo lo quieres.

Ella pone los ojos en blanco.

—Esto es como los hermanos, al final se les coge cariño —replica dándole un puñetazo amistoso a Pablo mientras todos nos reímos.

—Óscar, quiero agradecerte especialmente, porque sin conocerme de nada enseguida acudiste en mi ayuda.

Él se encoge de hombros, restándole importancia.

—En cuanto vi la publicación en el Facebook de Ire no lo dudé. Aquel día en tu casa ese animalito me había camelado por completo —confiesa con una sonrisa.

—Sí, este nos ha salido un poco demasiado sensible —bromea Irene, y él responde dándole unos golpecitos en la frente y diciendo: «Toc, toc, ¿hay en casa alguna neurona?», lo que me da una idea de lo bien que empiezan a llevarse. De hecho, Ire irradia una luz especial. Si no fuera por la tendencia sexual de Óscar, pensaría que lo que ocurre es que se están colgando el uno del otro. Bueno, tal vez sea así, pero no de forma romántica.

—Perdona, guapo, pero yo tengo neuronas a raudales. De hecho, tengo tantas que voy a cargarme unas cuantas tomándome un cóctel cargadito. —Y dirigiéndose a Toni, le pregunta—: ¿Alguna sugerencia?

Él lo piensa un poco y responde:

—¿Os fiais de mí?

Todos ponemos cara de «bueeeeno, no sé yo», pero él las ignora

y dice:

—Os voy a preparar unas copas que os vais a morir del gusto.

En los diez minutos que tarda Toni en traernos las copas, bromeamos y charlamos sobre cuestiones intrascendentes, y me pregunto si Ricardo sabrá que Óscar fue el *stripper* de la despedida de Sara. De saberlo, ¿no resultará un poco incómodo todo esto? Cuando Toni nos reparte las bebidas me fijo en que ha traído un par de botellas de agua. Le tiende una a Paola, que la acepta con gratitud, y la otra se la queda él mientras dice:

—Hay que brindar, chicos. Por Sara y Ricardo y su próxima boda. Por Cris y Charlie.

—¡Por Paola y su nuevo trabajo! —exclama Ire y la aludida sonrío mientras Nacho le rodea la cintura con un brazo.

—¡Por Ire y por encontrar lo que siempre buscó! —dice Sara y Óscar mira a su nueva amiga con curiosidad.

Todos levantamos nuestras copas y, entre risas, las entrechocamos con cuidado antes de beber un trago del líquido más exquisito que haya probado nunca.

—¡Joder! Podría estar bebiendo esto toda la vida —suelta Ire.

—¡Ya te digo! —nos mostramos de acuerdo todos mientras lo saboreamos con deleite.

Paola se encoge de hombros y señala su botella de agua.

—Venga, va, Paola, prueba un poco —le pido tendiéndole mi copa.

—Vale, un trago, para ver por qué tanto jaleo —accede aceptando el vaso. Primero huele el contenido, luego le da un pequeño sorbo y, por último, hace una mueca.

—¿Y bien? —pregunta Toni.

—No está mal, pero... No es lo mío, ya sabes.

—¡Qué puritana nos ha salido la chica! Mira que intentamos embaucarla más de una vez, y no hay manera —le cuenta Ire a Óscar. Eso, que vaya conociéndonos, que sepa exactamente dónde se mete, pienso con una sonrisa—. Fijo que ahora le decimos de pedir unas hamburguesas y nos suelta que eso es comida basura.

—¡Ah, no! —protesta Toni—. Que aquí todo lo que servimos es de buena calidad.

—Pues la verdad es que sí tengo algo de gazuza —dice Paola y,

mientras todos miramos a Sara esperando la traducción, Óscar y Toni la miran a ella, que les corresponde abriendo mucho los ojos, toda inocencia.

—¡Pidamos unas hamburguesas entonces! —se emociona Sara y todos nos mostramos entusiasmados con la idea y olvidamos que no nos ha traducido la palabra.

Después de elegir la comida, me acerco a la barra para que Toni tome nota y, cuando él despacha la comanda a la cocina, me siento en un taburete enfrente de él, mientras coloca las jarras recién salidas del lavaplatos.

—Quería darte las gracias por lo del otro día, Toni.

Él me mira con ojos brillantes y percibo unas ligeras arruguitas debajo en las que no me había fijado antes.

—No fue nada.

—Sí que lo fue —insisto. Me estoy refiriendo no solo a que me dejó pasar aquí la noche, cosa que seguramente está prohibida, sino a que se quedó cuidándome—. Quiero que sepas que no lo voy a olvidar nunca.

Él asiente con la cabeza.

—Para eso están los amigos, ¿no? —me pregunta mientras apoya las manos en la barra y acerca su cara a la mía.

Fresa y tabaco, ese olor que tengo tan asociado a Toni. Observo que sus ojos se desvían hacia mis labios por un momento, solo un segundo, tras el cual devuelve su mirada a los míos y me sonrío con simpatía. Asiento con la cabeza.

—Supongo —digo respondiendo a su último comentario—. Pero no todos los amigos harían algo así.

—Es que yo no soy un amigo cualquiera —susurra acercando su rostro otro centímetro al mío. Trago saliva. Me tiemblan ligeramente los labios.

—¡Toni, mesa tres! —nos interrumpe su compañera mientras lanza una bayeta en su dirección.

Él pone cara de fastidio y sacude la cabeza mientras encoge los hombros. Correspondo a su gesto y me encamino a nuestra mesa, desde la que Ire me ha estado observando con socarronería. Por suerte, decide ser discreta y no decir nada, aunque me dedica un gesto

obsceno que pasa desapercibido para los demás. Niego con la cabeza, para hacerle entender que no, que Toni y yo no nos hubiéramos besado, y ella pone los ojos en blanco, diciéndome claramente: «Ya, ya, no te lo crees ni tú».

Para cuando terminamos de cenar y de tomar otra ronda de esos cócteles tan deliciosos que prepara Toni, me encuentro agotada, así que empiezo a despedirme de todos. Ninguno insiste para que me quede a tomar la tercera ronda que ya han encargado, y agradezco muchísimo el gesto. Los abrazo uno por uno y le reitero las gracias a Óscar por encontrar a Charlie. A Pablo le doy una copia de las llaves de casa para que regrese cuando quiera. Me acerco a Toni para despedirme también de él y nos abrazamos en silencio. El corazón comienza a latirme más rápido. Me separo de él con torpeza y evitando mirarlo a los ojos y le hago un gesto con la mano mientras me dirijo a la puerta. Noto sus ojos clavados en mí cuando salgo del local.

Una vez en casa me pongo un pijama limpio que huele a suavizante y me acurruco en la cama, donde Charlie me recibe con un suave ronroneo. Con él entre mis brazos, cierro los ojos y me quedo dormida al momento.



Pablo se marcha el sábado, tras asegurarse de que estoy realmente bien. Y lo estoy; de hecho, hacía mucho tiempo que no me sentía así. Nos despedimos entre besos, abrazos, unas cuantas lágrimas y parte del estribillo de la canción de Diana Ross. Le prometo que muy pronto iré a verlos, después de la boda de Sara y Ricardo, y le doy las gracias una vez más por venir cuando más lo necesitaba.

Paso los días tranquila, holgazaneando mientras pienso las posibilidades que tengo en cuanto a mi vida laboral. La mayor parte del tiempo con Charlie, paseando con mi cámara a cuestas o charlando con las chicas en *(B)Ellas*.

**Sara**

Cris, me vas a matar, ¡¡me olvidé de decirte una cosa!!

**Ire**

Uyyy, eso suena interesante!! Y si se lo dices en el grupo es para que te caiga menos bronca!!

**Cris**

Tú calla, Ire, que yo no le echo la bronca a nadie. Qué ha pasado, Sara?

**Sara**

Bueno... ¿Recuerdas cuando se perdió Charlie?

**Ire**

Ni que hubiera pasado un siglo!! Vale que Cris ya tiene una cierta edad, pero...

**Cris**

Sí.

**Sara**

Pues pensé que no estarías de humor para hacer las fotos en la boda. Bueno, de hecho pensé que no estarías de humor para la boda...

**Cris**

Y buscaste a otro fotógrafo.

**Sara**

Eso es. Y ahora me sabe mal despedirlo, pero... ¡Podéis hacer las fotos los dos, si quieres!

**Ire**

O puedes disfrutar de la boda como una invitada más y emborracharte como hace todo el mundo en los banquetes.

**Sara**

Eso solo lo haces tú, Ire.

**Ire**

Ja!! Has ido a pocas bodas, no?

**Cris**

No te preocupes, Sara. La verdad es que Ire tiene razón... Voy a llevar la cámara porque ya sabes que soy incapaz de ir a una boda sin hacer unas cuantas fotos, pero...

**Ire**

Vas a emborracharte? A ver, que no es que me parezca raro, eh? Lo que me parece raro es que ya lo lleves planeado!!

**Cris**

Jajajaja, no, no tengo pensado emborracharme. Pero voy a sentarme tranquilamente y a ver cómo se casa una de mis mejores amigas.

**Sara**

¡Ohhhhhh! ¡Gracias, Cris!

**Ire**

Qué potito, qué potito!!! Que se beseeeeen!!!

**Cris**

Estás fatal, Ire!!

**Paola**

Hola, chicas!! Suscribo lo dicho por Cris. Fatal, pero fatal. Y desde que te ves con ese Óscar, mucho peor todavía.

**Cris**

Es verdad... Qué tal tu idilio con Óscar?

**Ire**

Es la caña el tío!! Me parto con él!! Uf, tenéis que conocerlo mejor, os va a encantar.

**Paola**

Jajaja, me alegro de verte tan contenta.

**Cris**

Sí, ya era hora!! Tanto tiempo buscándolo y por fin apareció!!

**Ire**

La verdad es que no tiene pinta de gay, verdad?

**Sara**

No sé. ¿Qué pinta tienen los gais, exactamente?

**Ire**

Hombre, pues muchos son superafeminados y visten mejor que las mujeres, y tienen el pelo ideal, la piel inmaculada y controlan mucho de cine.

**Cris**

Jajajaja, y Óscar tiene el pelo hecho un asco, la piel como de camaleón y no ha ido al cine en su vida?

**Ire**

Uy, ojalá, me costaría menos trabajo recordar que es gay!! Porque hay veces que... uffff! Me tengo que contener, eh!! Nunca pensé que mi mejor amigo gay fuera a estar tan bueno!

**Cris**

En tu fantasía tenías de amigo al jorobado de Notre Dame o algo así?

**Paola**

Eso digo yo, jajaja. Vas a tener que conformarte con el guaperas.

**Ire**

No, no, si yo encantada, eh?

**Sara**

Veo que os habéis caído bien.

**Ire**

La verdad es que sí. Al principio pensé que como es tan ñoño con sus gatos la cosa no iba a cuajar, sinceramente. Sin ofender, Cris.

**Cris**

Tranquila, tranquila, que no me ofendo. Ya sé que en el fondo pierdes las bragas por Charlie.

**Ire**

De eso nada! Es un saquito de pulgas.

**Cris**

Ohhhh, mira, ahora es un saquito, no un saco!!

**Paola**

Venga, Ire, reconoce que desde el rescate le has cogido cariño.

**Sara**

Uy, pero ya le tenía cariño de antes.

**Ire**

Que os digo que no, no me gusta Charlie ni ningún otro gato!! No sé qué le pasa a la gente con ellos! Incluso mi madre está pensando en adoptar uno!

**Sara**

Es verdad, ¿qué tal le va a Estefanía?

**Cris**

Va a adoptar un gato?? Qué monada!!

**Ire**

Mi padre y ella ya se han puesto de acuerdo para firmar los papeles del divorcio, así que parece que la cosa va para adelante...

**Paola**

Y qué tal lo llevas tú?

**Ire**

Bien... Bueno, ya sabéis, es un poco extraño, pero... Puede que estén mejor separados, no?

**Cris**

Sí, si ya no quieren estar juntos seguramente estarán mucho mejor.

**Ire**

Bueno, pero no hablemos de esas cosas!! Más bien, Cris, cuéntanos qué te traes entre manos con Toni. O si te

traes algo de Toni entre las manos, vaya!!

**Cris**

Madre mía, qué bestia eres!! Ya te he dicho muchas veces que no hay nada entre nosotros!

**Paola**

En realidad lo que siempre has dicho es que no te gusta.

**Ire**

Joder, es verdad!! Te gusta!!

**Cris**

Ay, chicas, dejadme respirar un poco. Es pronto.

**Paola**

Has sabido algo de Mateo?

**Cris**

No, ahora que lo dices, desde que Charlie se perdió...

**Ire**

Cuando le mandaste a la mierda, sí!! Ahí le salió por fin el carácter de tía chungu a mi Cris!!

**Sara**

Eh, ¡yo esa historia me la he perdido!

**Ire**

Uy, mejor en persona, que Paola la escenifica muy bien!!

**Sara**

Jolín, vale, tendré que esperar.... Pero bueno, fuera como fuera, me alegro mucho, Cris. No te había querido preguntar hasta ahora porque después de lo de Charlie...

**Cris**

Ya, tranquila, Sara. Si Ire lo sabe porque es una cotilla, jeje.

**Ire**

Pues claro!!

**Paola**

Bueno, chicas, os dejo, que he quedado con Nacho y tengo que arreglarme.

**Cris**

Muy bien, yo voy a salir a hacer unas fotos.

**Sara**

Pues yo me voy a dar un baño calentito para relajarme.

**Ire**

Diría que voy a echar un polvo, pero por desgracia no es el caso!! Os quiero, chicas!!

**Cris**

Y yo!

**Paola**

Idem.

**Sara**

Os quiero un montón.

\* \* \*

El miércoles acudo a mi antiguo puesto de trabajo para recoger mis cosas y dejar todas las tareas al día. Cuando llego a media mañana mis compañeros me observan sin saber muy bien qué decir; las noticias vuelan. Algunos, aquellos con los que tengo más confianza, se acercan para despedirse y dedicarme unas palabras de ánimo. Rebeca, además, me da un gran abrazo.

—Te voy a echar de menos, Cris —dice con voz compungida, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Para quitarle hierro, añade—: ¡Mira con quiénes me quedo!

Echo un vistazo y asiento con la cabeza. Rebeca y yo creamos un frente común porque éramos las únicas mujeres de esta planta; ahora

ella será la única representante femenina.

—Anda, no te quejes, que te van a tratar superbien —respondo con una sonrisa.

Ella me da otro abrazo.

—Bueno, te dejo que recojas tus cosas. Pero antes de marcharte dímelo y tomamos un café, ¿vale?

Le prometo que así lo haré y, tras comprobar que el despacho de mi jefe, bueno, de mi exjefe, está vacío, me dispongo a recoger mis pertenencias. Encima de la mesa solo tengo un par de portalápices que decido dejar aquí. Abro el cajón y lo primero que me llama la atención son las margaritas, o lo que queda de ellas. Una sensación agridulce me sube desde el estómago hasta la garganta cuando pienso en todo lo que ha ocurrido con Mateo. Me siento y observo las florecillas secas. Recuerdo cuando las recibí, frescas, abriéndose a medida que el sol bañaba sus pétalos, y la comparación con su estado actual me parece un poco deprimente. Respiro hondo y las cojo a puñados, sin importarme aplastarlas, y las tiro a la papelera todas excepto una que me quedo de recuerdo. Después organizo el resto del cajón, lleno de papeles sin importancia que van directamente a la papelera. Cuando termino con ese, abro el siguiente, sin recordar siquiera cuándo fue la última vez que lo hice.

De pronto unos grititos de alborozo me distraen. Me levanto para ver qué está ocurriendo y allí, al otro lado de la oficina, cerca del lugar donde se sienta Rebeca, veo a Mateo con una mujer que sujeta algo entre sus brazos y un carrito de bebé delante de ellos. Se me seca la boca. Estoy a punto de marcharme cuando Rebeca exclama:

—¡Ven, Cris, mira qué ricura!

Todos vuelven la cabeza hacia mí y mi mirada se cruza con la de Mateo, que la aparta inmediatamente. Yo aprieto los dientes y echo a caminar hacia allí, consciente de que no tengo alternativa. Finjo una sonrisa y evito mirar a Maite, temerosa de delatar a Mateo, de delatarme. Apenas puedo mirar a la niña, que duerme plácidamente en brazos de su madre, que parece agotada.

—Es preciosa —digo, y no solo porque es lo que hay que decir en estas situaciones, sino porque es cierto.

—¡A ver si te animas tú también, Cris! —exclama Rebeca muy

desafortunadamente.

Cruzo una rápida mirada con Mateo y bajo la vista, avergonzada. ¿Qué pensarían todas estas personas si supieran que me he estado acostando con Mateo mientras su mujer estaba embarazada? Claro que, para ser justos, yo ni siquiera sabía que lo estaba, porque él no me dijo nada.

Para mi sorpresa, pensar esto no me hace enfadar ni altera sustancialmente mi humor. Es verdad que, si pudiera, haría las cosas de otra manera —o, directamente, no las haría—, pero, aparte de un ligero malestar que considero normal en esta situación, no siento que lo que ocurre me esté afectando gran cosa. No hay nada como pasar un gran mal trago para relativizar el resto de cosas, y, aunque por supuesto no me alegro de que Charlie desapareciera, ha resultado ser más terapéutico que el más caro de los psicólogos. Como dicen por ahí, no hay mal que por bien no venga.

Ahora sí que miro a Maite de frente. El amor con el que contempla a su hija mientras nos la muestra es tan puro que siento una punzada en el estómago. En este preciso momento tengo muy claro que quiero ser madre algún día, uno no muy lejano además. Me atrevo a mirar a Mateo, que me observa de reojo, y nos sostenemos mutuamente las miradas. No sé qué siento. Todo mi enfado se ha evaporado como por arte de magia y lo único que tengo es pena. Pena porque se arriesga a perder a su familia por unos breves escauceos amorosos. No sé si le compensa, pero no me gustaría estar en su lugar. Ese es precisamente el camino que no quiero tomar. En sus ojos veo miedo, como si temiera que así, de buenas a primeras, le voy a soltar todo a Maite. Con la intención de que se relaje, digo:

—Enhorabuena, me alegro mucho por vosotros.

Maite casi parece no escucharme, embelesada como está con su pequeña, pero Mateo me mira sorprendido. Sin embargo, no tarda en recobrar la compostura y responde:

—Gracias, Cris. —Pronuncia mi nombre de una manera muy distinta a como lo hacía antes, y no sé interpretar si sigue enfadado, aunque es algo que ya no me importa. Luego añade—: Nació el miércoles. —Lo dice como excusándose y me doy cuenta de que ese

fue el día en que dejó de llamarme. Espero que no signifique que va a volver a hacerlo.

—Madre mía, debéis de estar agotados —comento.

—Me he enterado de lo tuyo —dice Mateo y, por un momento, creo que se refiere al regreso de Charlie, pero enseguida me doy cuenta de que habla de mi despido cuando añade—: Lo siento.

Hago un gesto con la mano para quitarle importancia y digo:

—Bueno, es una oportunidad para dedicarme a otras cosas. —Lo digo con el entusiasmo que siento, pero que resulta un poco fuera de lugar emplear en el mismo lugar del que me han despedido, como si no me importase nada. Añado—: Para empezar de cero, ya sabes.

Él asiente con la cabeza y mira a su hija con la cara arrebolada.

Empezar de cero. Tal vez eso también sirva para él. Levanta la mirada y me dirige una breve sonrisa. Asiento con la cabeza y se la devuelvo.

—Bueno, os voy a dejar, que tengo que terminar de recoger mis cosas —digo y, dirigiéndome a Maite, añado—: Me ha encantado conocer a vuestra hija.

Ella me dirige una sonrisa cansada y echo un último vistazo a la pequeña figura que descansa en sus brazos.

—Que te vaya todo muy bien —dice Mateo mientras me alejo.

Me vuelvo y le digo:

—A vosotros también.

Nos sonreímos y prosigo mi camino, con la certeza casi absoluta de que aquella será la última vez que lo vea.

Cuando termino de recoger mis cosas suena mi teléfono. Veo que es un número desconocido y respondo, con la coletilla «no, muchas gracias, no me interesa» pegada a la lengua. Pero no es un comercial quien me saluda, aunque al principio me lo parece, sino la vicedirectora de una prestigiosa revista de moda, una tal Aurora Soler.

—He conseguido tu número a través de Victoria Gómez —explica, y tengo que pensar durante unos minutos quién es esa Victoria, hasta que caigo en la cuenta de que no es otra que Vicky, la flamante mujer de Roberto—. Espero que no te importe.

Lo dice como excusándose y yo parpadeo, preguntándome a qué se deberá su llamada.

—No, no, para nada —digo, aunque no sé si me importa o no, la verdad.

—La cuestión es que Vicky me ha enseñado el álbum de fotos de su boda y me quedé muy impresionada con tu trabajo.

Me deja estupefacta. No sé qué decir. Carraspeo e intento que salga algo inteligente de mi boca.

—Ah, me alegro. —Es lo máximo a lo que llego, lo siento.

—Te llamaba porque tenemos un puesto vacante en la revista y, después de consultarlo con mi superior, creemos que nos vendría muy bien contar con tu talento.

Casi se me cae el teléfono de la mano. ¿Esto está pasando de verdad? ¿Una de las revistas más famosas está interesada en que trabaje con ellos?

—Oh, vaya —tartamudeo.

—No sé si te está interesando algo todo esto que te cuento o no —comenta ella, supongo que un poco extrañada por mi falta de palabras.

Reacciono enseguida.

—¡Sí, sí! —exclamo—. Es que no me lo esperaba, eso es todo, me he quedado en blanco. —Me río y ella corresponde con otra risa.

—Ya, supongo que a Vicky no le ha dado tiempo a avisarte porque casi ha sido darme tu teléfono y llamarte.

—Sí, pues por eso... Madre mía. Ahora mismo no sé qué decir...

—No hace falta que me des una respuesta ahora, por supuesto. De momento solo quería saber si estarías interesada.

—Pues sí, claro, claro que estoy interesada.

¿Cómo no estarlo? Vale, no es fotografía de boda, ipero es una revista superprestigiosa!

—¿Te parece que concertemos una cita para comentar el asunto en profundidad? —propone ella.

—Sí, por supuesto, por mí perfecto.

Me encantaría escoger palabras más profesionales, pero no puedo, simplemente no las encuentro. Es como si todo mi vocabulario se hubiera reducido a cero.

Concertamos una cita para la semana siguiente y cuando cuelgo me contengo para no ponerme a bailar y a gritar de entusiasmo. En su

lugar, cojo el móvil y escribo en *(B)Ellas*:

**Cris**

Flipad!! Adivinad a quién han llamado de Moda y Más para trabajar como fotógrafa!!

La primera en contestar es Irene:

**Ire**

No jodas!! Vas a hacer fotos a tíos buenorros sin camisa?

**Cris**

Bueno, es una revista de moda, supongo que lo suyo es que lleven la camisa puesta.

**Ire**

Ay, no, espera!! En gayumbos!!

**Paola**

Qué me estás contando? Enhorabuena, Cris!!! Madre mía, qué noticia!!

**Cris**

Gracias, Paola!! Uffff, estoy temblando!!

**Sara**

Pero bueno, ¿os ha dado por triunfar a todas a la vez o qué? ¡Me alegro muchísimo!

**Cris**

Gracias, Sarita!!

**Paola**

Ire, tú has hojeado esa revista alguna vez?

**Ire**

Estaba justo buscándolo en la web, por?

**Paola**

Es una revista elegante. No hay tíos en gayumbos.

**Ire**

Buah, es igual, también me valen vestidos, siempre y cuando me los presentes!! Joder, entre los tíos que me presente Paola y los que me presentes tú voy a estar bien surtida!! No me va a quedar tiempo para Óscar!

**Cris**

Jajajaja!! Oye, tú tranquila, que yo también estoy soltera, eh?

Irene añade unos emoticonos graciosos poniendo los ojos en blanco.

En ese momento mi teléfono vuelve a sonar y veo el nombre de Vicky en la pantalla. Descuelgo casi al momento.

—Hola, Cristina, ¿qué tal?

—¡Hola, Vicky! No me digas más: me llamas para decirme que le has pasado mi teléfono a Aurora.

Al otro lado se escucha un suspiro de sorpresa.

—¿Ya te ha llamado? Sí que es rápida... Espero que no te importe. La vi tan entusiasmada y me insistió tanto que...

—No, no, no te preocupes, al contrario, te doy las gracias.

—Ya sé que tienes un trabajo y todo eso, pero... Bueno, no sé, pensé que podría interesarte.

Me siento en la silla, pensando que esta será la última vez que ocupe este lugar.

—En realidad —respondo mientras enredo un mechón de pelo en el dedo índice— me han despedido. Y aunque no fuera así... Madre mía, es muy tentador. Tengo que ver las condiciones y todo, pero pinta muy bien.

—¿Te han despedido? Vaya, ¡lo siento mucho! —exclama Vicky, apurada.

—No te preocupes, ya lo tengo asumido y tal vez no sea tan malo como me pareció en un principio —me apresuro a tranquilizarla—.

Además, está la llamada de Aurora. ¡Eso sí que todavía no lo he asumido! —añado y se me escapa una risita.

Ella también se ríe y luego pregunta:

—¿Van a hacerte una entrevista?

—Sí, hemos concertado una para el martes que viene.

—Genial. Oye, pues ya me irás contando, si te parece.

—Desde luego —respondo con una sonrisa—. Muchísimas gracias, Vicky.

—El mérito es todo tuyo —dice y después nos despedimos y colgamos.

Me quedo sentada unos minutos, observando el que ha sido mi puesto de trabajo durante tanto tiempo. Parece mentira que hace solo unos días me fuera todo tan mal y de repente las cosas se hayan enderezado de esta manera. Respiro profundamente y, finalmente, me levanto de la silla. Me despido en silencio, sin pena ni nostalgia, mientras cojo de nuevo el móvil para llamar a mi hermano y darle la buena noticia.

\* \* \*

Sara está espectacular.

Nos hemos reunido todas alrededor de ella, que, sentada, mira nuestros reflejos en el espejo de cuerpo entero impoluto de su habitación. Ha escogido para la ocasión un sencillo vestido azul celeste que le cae como un guante —opinaba que era hipócrita ir de blanco— e Ire le ha recogido el pelo corto con dos horquillas a los lados, además de maquillarla de forma natural pero indiscutiblemente profesional, a pesar de que esto último no sea su especialidad.

—Oh, Dios mío, creo que voy a llorar —confiesa mientras se abanica los ojos con las manos para secar sus incipientes lágrimas.

—¡Ni se te ocurra, o arruinarás todo mi trabajo! —protesta Ire y le tiende una copa de vino mientras dice—: Toma, bebe.

Pero Sara rechaza la copa con un gesto.

—No, no, no quiero llegar al altar dando traspiés —comenta con una sonrisa.

La imagen me recuerda a una ocasión en la que un chico había roto con Paola y ella se había venido abajo. Nos habíamos reunido todas en el mismo lugar donde nos encontramos ahora y entre las tres intentábamos consolarla, pero no nos lo puso fácil.

—¡Nadie me va a querer nunca! —se lamentaba de una forma que nos hubiera resultado graciosa de no ser porque lo decía completamente en serio—. ¡Creo que tengo una tara! —concluyó mirándonos con los ojos muy abiertos.

Yo tuve que morderme la lengua para no reírme, porque, a pesar de que era evidente lo mal que lo estaba pasando, estaba siendo tan dramática que no la podíamos tomar completamente en serio.

—¡Voy a morir sola! —prosiguió mientras el resto cruzábamos miradas nerviosas entre nosotras.

Por suerte, Sara tomó la iniciativa y le apoyó una mano en el hombro.

—No digas bobadas, Paola. Si ese tío no te quiere, peor para él.

—¡Eso! —intervine yo envalentonada por Sara. Por supuesto, me tragué mis ganas de decir que, al fin y al cabo, cualquier relación termina en fracaso antes o después.

—Hay muchos peces en el río —añadió Ire—. Solo tienes que lanzarles tu caña.

Las tres la miramos con el ceño fruncido.

—¿De dónde te sacas esas cosas?

—¿Lo de los peces? ¡Eso es un dicho popular! —se defendió ella.

—No, no, lo de la caña.

—Vale, en realidad los de la caña son ellos, tenéis razón —concedió Ire con una sonrisa picarona, lo que nos hizo reír a las tres.

Era la primera vez que Paola se reía en por lo menos tres días.

—¿Pero de verdad creéis que voy a encontrar a alguien? —insistió Paola un par de minutos después, mientras se secaba las lágrimas y un poco más relajada.

—Por supuesto que sí —respondió Sara, que se sentó a su lado y le rodeó los hombros con el brazo—. Ahí fuera hay un chico

estupendo esperando encontrarte, ya lo verás. Y será un tipo muy afortunado.

Yo quise aportar mi granito de arena sin ser demasiado idealista, así que dije:

—Cualquier tío tendría mucha suerte de que te dignases siquiera a mirarlo dos veces.

E Ire, encogiéndose de hombros, espetó:

—Yo lo que te aconsejo es que, cuanto más grande la caña, mejor. Y las tres estallamos en carcajadas.

Ahora Paola y Sara han intercambiado los lugares, pero nuestra posición es exacta a la de aquella vez, aunque estamos bastante más arregladas. Finalmente, Sara suelta un suspiro, se incorpora y se gira para quedar de frente a nosotras.

—Se acerca la hora —dice, nerviosa.

Todas asentimos. En diez minutos nos recogerán los coches.

—Chicas, soy muy feliz de que estéis aquí —dice Sara—. Ya sabéis que lo he pasado un poco mal con eso de que mi padre no vaya a venir... —Se le apaga la voz por un instante y me entra el pánico; espero que no tenga un ataque de nervios a última hora. Pero no tarda en recomponerse y continúa—: Pero ¿quién lo necesita cuando os tengo a vosotras, que sois mi verdadera familia?

—Oh, calla, no te pongas sensiblera ahora, mujer —protesta Ire, aunque puedo ver que le asoma una lagrimilla por el rabillo del ojo.

—Cielo, para mí también sois mi familia —responde Paola mientras le toma la mano a Sara y se la aprieta.

—Y para mí —convengo y abro mis brazos para abarcarlas a todas.

—No, ¡abrazo en grupo no! —exclama Ire, pero ahogamos sus protestas con nuestros brazos.

Permanecemos así unos minutos. Apenas puedo crearme que dentro de un rato Sara vaya a ser una mujer casada. Sé que no cambiará nada entre nosotras, que todo va a seguir igual, pero siento como si un capítulo se cerrase, como si algo fuera a ser distinto para siempre. Tal vez sea así. Sara estará casada, Paola se irá una temporada a Barcelona para rodar esa película tan importante, Ire tiene un amigo nuevo —un mejor amigo gay, como ella diría— y yo voy a cambiar de trabajo. Definitivamente, es el fin de algo. Pero, más

importante, también es el comienzo de algo, algo que se anuncia maravilloso y positivo.

—¡Joder! —exclama Ire—. ¡Ya se me ha corrido todo el rímel, ahora pareceré la tía paleta que no sabe maquillarse! ¿Estáis contentas?

Todas nos reímos mientras nos separamos y contestamos al unísono:

—¡Sí!

\* \* \*

La ceremonia transcurre con absoluta normalidad. Ahora me alegro de ser una invitada más porque puedo disfrutar de cada momento sin la presión de tener que capturar cada uno de los mejores instantes con mi cámara. Finalmente, nuestro maquillaje se viene abajo cuando Sara y Ricardo se dan el sí quiero entre lágrimas y sonrisas para terminar con un beso de película durante el que Ire grita: «Por favor, ¡buscaos un hotel!», lo que desata las carcajadas de todo el mundo.

Durante el banquete, Ire, Paola y yo nos sentamos en la misma mesa, acompañadas de otras dos amigas de Sara con las que también estuvimos en su despedida de soltera. Intercambiamos anécdotas sobre nuestra amiga, comemos, bebemos, reímos y nos lo pasamos fenomenal. Cuando Sara recorre mesa por mesa repartiendo los detalles de boda, la abrazamos de nuevo y le decimos cuánto la queremos y lo felices que estamos por ella, y ella nos confiesa que hace ya una hora que necesita ir al baño y todavía no ha encontrado el momento. Le prometemos rescatarla después de que corte el pastel y antes de abrir el baile. Para eso está la familia, ¿no?

Una vez cumplida nuestra promesa, con los estómagos llenos de una comida deliciosa y abundante y de un pastel sumamente exquisito, Ricardo y Sara abren el baile con *Marry you*, de Bruno Mars. Los observo bailar con los ojos brillantes. Veo cómo Ricardo la mira, como si no hubiera otra mujer en el mundo, convencido de querer pasar el resto de su vida con ella, y cómo ella responde con

todo su lenguaje corporal, totalmente enamorada incluso después de llevar juntos tantísimos años. Se abrazan y se miran fijamente, compartiendo una conversación silenciosa que los demás no podemos entender. En ese momento pienso que no me importaría sentir algo así. Es decir, *volver* a sentir algo así, como lo que sentía con Roberto, cuando todavía creía que una relación podía durar toda la vida, cuando todavía pensaba que para cada uno de nosotros había una persona perfecta que nos complementaría.

En esas estoy cuando de pronto un chico que se ha acercado a nosotras extiende el brazo y me pregunta:

—¿Quieres bailar?

Estoy a punto de decir que no, pero sería una grosería y, además, en realidad me apetece bailar. Acepto su mano, me incorporo y, mientras nos dirigimos a la pista de baile, a la que ya se han empezado a unir más parejas, me giro a tiempo de ver a Ire levantando los dedos pulgares en mi dirección y haciendo gestos obscenos con la lengua. Reprimo una sonrisa.

—Me llamo Adrián —se presenta mi compañero de baile mientras pone sus manos en mi cintura y yo le echo los brazos al cuello.

—Cris —respondo con una sonrisa.

Comenzamos una danza un tanto torpe; nuestros pies no se ponen de acuerdo.

—Perdóname, soy un pésimo bailarín.

—No importa —digo, y de pronto recuerdo una escena parecida, hace muchos años.

En aquella ocasión era la primera vez que bailaba con Roberto, incluso a pesar de que llevábamos saliendo varios meses. La segunda vez que me pisó pronunció aquella misma frase acerca de lo mal bailarín que era, y yo respondí:

—Sí que lo eres.

—Tampoco es que tú seas una Fred Astaire —dijo él, divertido.

Solté una carcajada.

—Lo sé, lo sé, qué me vas a contar. Tengo que caminar con estos pies todos los días, ¿sabes?

Roberto hizo un gesto exagerado para señalarlos.

—¿Con eso? —exclamó fingiendo espanto—. ¿Y cómo te las

apañas?

—Ya ves, me busco la vida —repuse riéndome.

—Oye, Cris... —dijo Roberto entonces, muy serio.

—¿Sí? —repuse intuyendo la contestación.

Aquel era el momento en el que me iba a decir que me quería, sin duda alguna. Y yo tenía muy claro qué le contestaría, porque estaba completamente enamorada. Si en aquel preciso momento me hubiera pedido que me casara con él, le habría dicho que sí sin dudarlo. Así de enamorada estaba. Pero, por alguna razón, Roberto se echó atrás.

—Nada, no es nada —recoló y me agarró mas fuerte, como si no quisiera que me alejase nunca.

Me sentí decepcionada, pero entonces decidí tomar las riendas y le dije:

—Te quiero, Roberto.

Noté perfectamente cómo su corazón golpeaba con fuerza su pecho.

—Yo también te quiero —respondió, y entonces nos abrazamos más estrechamente, como si nada ni nadie nos pudiese separar jamás.

Por segunda vez en el día, pienso que no me importaría volver a vivir momentos como aquel. Me muerdo el labio, observando en silencio a Adrián, que, un poco incómodo, pregunta:

—¿De qué conoces a Ricardo y a Sara?

—Sara es una de mis mejores amigas. Como mi hermana. ¿Y tú?

—Soy compañero de trabajo de Ricardo.

Seguimos intentando nuestro baile chapucero y mi mirada se encuentra con la de Sara, que en realidad ni me ve, porque está agarrada a Ricardo como si no lo fuera a soltar nunca y parece soñar despierta, con una sonrisa en los labios. Siento una punzada de algo parecido a la envidia. ¿Por qué me privo a mí misma de sentir algo como lo que está experimentando ella? Entonces tomo una decisión y me prometo cumplirla en cuanto salga de aquí.

Cuando termina el baile, Adrián y yo nos despedimos educadamente, conscientes de que no ha habido ninguna química entre nosotros.

—Joder —se ríe Irene en cuanto ocupo de nuevo mi silla junto a ella—. No he visto a nadie bailar peor, te lo juro. Era como si tuviéseis

aletas en vez de piernas...

—Anda, calla, bruja —la riño dándole una palmada cariñosa en el muslo.

El resto de la velada transcurre entre risas y bailes. Por suerte, el baile de pareja es lo que peor se me da; con el baile en solitario todavía me defiendo. Cuando Ricardo y Sara se despiden para marcharse y comenzar oficialmente su luna de miel, yo también decido retirarme, a pesar de que mucha gente se queda para aprovechar la fiesta al máximo. Sin embargo, tengo una promesa que cumplir. Paola también manifiesta su deseo de marcharse, y por suerte Ire está demasiado ocupada ligando con uno de los invitados como para darse cuenta siquiera de nuestra sigilosa salida. Paola y yo tomamos un taxi que la deja a ella primero en la puerta de su casa. Después me bajo yo, un poco apartada de mi portal, tal y como le he indicado.

Cuando salgo del taxi tengo frío, pero no sé si es por mi ligero vestido, con el que me siento un poco fuera de lugar en mitad de la noche en una calle poco transitada, o porque estoy nerviosa. Echo a andar despacio y me arrepiento tres o cuatro veces de lo que estoy a punto de hacer. Estoy tentada de dirigirme a casa, acurrucarme junto a Charlie, sopesar mejor mi idea y esperar a mañana para tomar una decisión.

«No, Cris, una promesa es una promesa», me digo, aunque no puedo contar con los dedos de las dos manos la cantidad de veces que me he hecho una promesa a mí misma y la he incumplido sin ningún cargo de conciencia: «Mañana empiezo a ir al gimnasio», «Este año dejaré de beber refrescos»...

Prosigo mi camino, andando cada vez más lentamente a la vez que mi corazón late cada vez más fuerte. Llego a la puerta, respiro hondo y, cuando entro, un par de chicos me lanzan miradas de admiración. No les hago caso, aunque me siento secretamente halagada, y camino con seguridad, los hombros rectos, sacando pecho, la cabeza bien levantada. Trago saliva al divisar su figura a lo lejos y entonces, de pronto, mis piernas no responden. Me siento tan torpe como hace un rato bailando con Adrián. Estoy a punto de darme la vuelta y salir echando leches cuando él me saluda con la mano. Está

claro que ahora no puedo marcharme. Por suerte, mis extremidades inferiores parecen responder de nuevo y me acerco hasta la barra, esta vez con un paso menos seguro que antes, pero por lo menos no han tenido que venir a recogerme al lugar donde mis pies se habían quedado clavados; algo es algo.

—Guau, estás... —tartamudea cuando llego a su altura. Me mira de arriba abajo un par de veces y veo que se ruboriza—. Perdona, es que... —dice rascándose la cabeza—. Estás muy guapa —concluye por fin dando con las palabras adecuadas.

—Gracias —acepto el cumplido y sonrío.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta apoyando los brazos en la barra para acercarse a mí—. ¿Qué tal la boda? ¿No habrá salido Sara huyendo o algo así?

Nos reímos.

—No, no, qué va. Al contrario. Estaba encantada.

—Bueno, claro, es su boda.

Trago saliva antes de apoyar yo también mis codos en la barra, lo que me permite acercar mi cara a la suya. Y ahí esta: tabaco y fresa. Noto la confusión en su mirada, un ligero fruncido de ceño. Sonrío y deslizo mi mirada de sus ojos a sus labios. Me acerco un poco más. Noto su aliento en mis labios, las puntas de nuestras narices casi se rozan. En la barra, una de mis manos se acerca a la suya y la roza como por casualidad. Me pregunto de dónde me sale el descaro, sobre todo porque lo que vengo buscando no es tan solo un polvo de una noche. Es la primera vez desde lo de Roberto que me acerco a un chico pensando que tal vez encuentre algo duradero.

—¿Cuándo es tu noche libre? —susurro sin separarme ni un ápice de él.

—El martes —responde y su aliento roza mis labios, lo que hace que se me ponga la piel de gallina.

—¿Quieres cenar conmigo? —pregunto en voz baja sin dejar de mirarlo.

Esboza una sonrisa, y sus labios están a punto de juntarse con los míos. Me muero por probarlos y descubrir si también saben a fresa y a tabaco, pero entonces se separa con una sonrisa pícaro.

—¿Es una cita, morena? —dice mientras me guiña un ojo y me

señala con el dedo.

Sacudo la cabeza, un poco decepcionada por el beso que no ha sido.

—Es una cita —aseguro con una sonrisa.

Me alejo de la barra camino de la puerta, contoneándome a propósito, segura de que él me estará observando. Se me escapa la sonrisa de la boca sin querer; podría ponerme a saltar en este preciso momento. Por mi mente cruza la imagen de Sara con Ricardo y después la de Paola con Nacho. Incluso la de Ire con su recién descubierto amor platónico gay. Me he pasado tanto tiempo convenciéndome de que las medias naranjas no existen que ni siquiera me he dado cuenta de que muchas personas ya las han encontrado. No digo que Toni sea la mía, pero si no lo intento siquiera, si me niego esa posibilidad desde el principio, ¿cómo voy a averiguarlo?

En la puerta del *pub* me vuelvo y veo que Toni, tal como esperaba, me está observando desde la barra. Desde aquí distingo en su rostro una amplia sonrisa. Yo también sonrío, me vuelvo de nuevo y salgo del *pub*, deseosa de que llegue el martes y exultante ante la idea de que por fin le voy a dar una oportunidad al amor.

# AGRADECIMIENTOS



Quiero darle las gracias, en primer lugar, a Adelaida Herrera, por haber vuelto a confiar en mí y hacer posible que *Las medias naranjas no existen* haya visto la luz. Gracias también al resto del equipo de Click Ediciones, que ha mimado tantísimo a mi novela, especialmente a Maite Izquierdo y a Elena Lobato, que han hecho un trabajo tan maravilloso y me han tratado tan bien que estoy deseando volver a tener la oportunidad de trabajar con ellas.

Gracias a mi familia, porque casi os alegráis más que yo cuando traigo buenas noticias literarias. Diana, Julio, mamá, papá, Jandro, Jose, Yoli, Bego, Montse y Aitor, vuestros ánimos constantes son un regalo para mí. Quiero dedicarle un agradecimiento especial a mi padre, que últimamente se ha convertido en mi lector cero más entusiasta, a pesar de que los géneros que escribo no son sus preferidos. Gracias, papá.

Gracias a los que me seguís por las redes sociales y me perdonáis mis pequeños lapsus. Sé que todavía tengo mucho camino que recorrer para convertirme en una profesional, pero vuestra comprensión y paciencia siempre me anima a no rendirme; ya sabéis que la promoción no es mi punto fuerte, pero con vosotros se me hace más fácil.

Y, por último, pero como siempre digo, no menos importante, gracias a ti, lector, por dedicarme tu tiempo. Espero que hayas

disfrutado con la historia de Cris. Me encantaría conocer tu opinión, crecer y mejorar con ella; puedes hacerlo dejando un comentario en la plataforma donde adquiriste la novela o haciéndomela llegar por el medio que consideres más oportuno.

¡Nos vemos pronto!



**Elena Garralón** nació en Madrid el ocho de junio de 1981. Desde niña se sintió atraída por la lectura y la escritura, aficiones heredadas de sus padres. En el año 2014 decidió dar a conocer algunas de sus obras y se aventuró en el universo de la autopublicación, a raíz de lo cual recibió críticas positivas de diversos blogs y lectores que le hicieron ampliar sus horizontes y lanzarse al mundo editorial publicando su primera novela chick lit con Click Ediciones. Ha participado también en varios concursos literarios, y como resultado uno de sus relatos se proclamó finalista en uno de ellos y otros dos se incluyeron en sendas antologías benéficas: *Hijos del mal* (Editorial Egarbook, 2016) y *Gritos y pesadillas* (Grupo LLEC, 2018).

Escritora polifacética, sus trabajos abordan géneros y extensiones muy variados: relatos de diversas temáticas, novelas de ciencia ficción ligera, misterio o comedia romántica, aunque, como lectora empedernida de *thrillers* psicológicos, la mayoría de sus ideas a la hora de escribir suelen identificarse más con este último género.

Amante de los animales en general y de los gatos en particular, en la actualidad convive con dos de ellos y con su pareja en Gijón,

donde trabaja como auxiliar administrativo.

Facebook: <https://www.facebook.com/elenagarralonescritora>

Twitter: @ElenaGarralon.

Web: [www.elenagarralon.wordpress.com](http://www.elenagarralon.wordpress.com)

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Cuatro momentos (2014): Autoeditado en Amazon.
- Doble realidad (2104): Autoeditado en Amazon.
- Chantaje (2016): Autoeditado en Amazon.
- Una NoMo del montón (2017): Click Ediciones.
- Atrapada (2017): Autoeditado en Amazon.
- Fantasma (2018): Autoeditado en Amazon.
- LOGIN (2018): Autoeditado en Amazon.

*Las medias naranjas no existen*

Elena Garralón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Elena Garralón, 2019

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20485-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

*Una NoMo del montón*

Elena Garralón

*Tu te lo pierdes*

Isa Quintin

*La suerte de encontrarte*

Helena Nieto

*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*

Alexandra Roma

*Anna*

Nora Alzávar

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

